

3 1761 06742637 9
UNIV OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS DE QUEVEDO

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

OBRAS COMPLETAS

DE

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

EDICIÓN CRÍTICA, ORDENADA É ILUSTRADA

POR

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

de la Real Academia Española

CON NOTAS Y ADICIONES

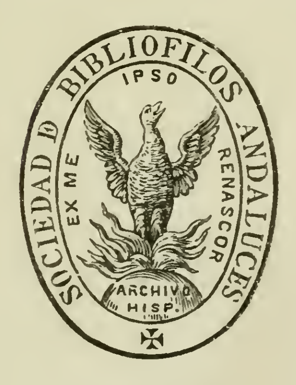
DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

de la misma Academia.

TOMO TERCERO

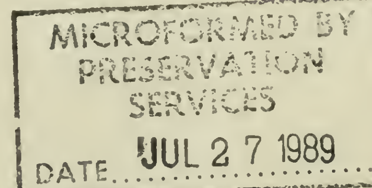
Y SEGUNDO DE LAS POESÍAS



SEVILLA

Imp. de FRANCISCO DE P. DÍAZ, Plaza de Alfonso XIII, 6

1907





ADVERTENCIA

Circunstancias de todo punto ajenas á la voluntad de la Junta de Gobierno de la Sociedad editora han hecho que se publique con mucho retraso el presente volumen. Por fortuna, aquéllas han cambiado, y, Dios mediante, los tomos sucesivos irán saliendo á luz sin más dilación que la que requiere la esmerada revisión de los textos, muy estragados por lo tocante á la parte poética en todas las ediciones anteriores á la presente.

POESÍAS

(CONTINUACIÓN)



POESÍAS

1632

JURA DEL SERMO. PRÍNCIPE D. BALTASAR CARLOS

EN DOMINGO DE LA TRANSFIGURACIÓN (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa I.)

Cuando glorioso, entre Moisés y Elías,
114. Tiñó de resplandor el velo humano
El que, por desquitar las Jerarquías,
En mejor Árbol restauró el manzano;
Cuando á cortes llamó las profecías,
Y por testigos sube desde el llano
Al monte donde eterno reina el cedro,
Con sus primos Jacob y Juan, á Pedro (2);
Cuando el tesoro de la luz ardiente,
Que se disimulaba detenido,

---

(1) Para la jura de este príncipe se habia señalado el día 22 de febrero de 1632; pero á causa de un accidente que le sobrevino no se verificó la ceremonia hasta el 7 del siguiente marzo, día de Santo Tomás de Aquino. El príncipe, que á la sazón no había cumplido dos años y medio, falleció en Zaragoza á 9 de octubre de 1646. Á su prematura muerte aludió don Jusepe Antonio González de Salas, poniendo á esta composición la siguiente nota: «Con presagio fatal parece que dexó el auctor esta relacion imperfecta. Pero aquí sale ya bien digna de leerse, si la lástima y la ternura no embaraçan los ojos.» Sin duda, González de Salas la pulió, y aun acaso añadió algunas octavas.

(2) Este pasaje alude á la Trasfiguración del Señor, en cuya fiesta, como indica el epígrafe, se celebró la jura del príncipe don Baltasar Carlos.

Se explayó por la faz resplandeciente
Y en incendios del sol bañó el vestido;
Y cuando, por gozar siempre presente
Trono en eternas glorias encendido,
Quiso hacer tabernáculos quien era
Del que vino á fundar Piedra primera;
Cuando, abrasado con hervores de oro
(Rey de armas, una nube soberana),
Ostentando elocuente su tesoro,
Por más perlas que llora la mañana,
Con la lira en que templa el santo coro
Orbes por cuerdas cuando canta Hosana,
«Oidle, que me agrado en Él (les dijo)
Y es mi querido y siempre amado Hijo»,
Entonces tú, Monarca, que coronas
Con dos mundos apenas las dos sienes;
Tú, que haces gemir las cinco zonas,
Para ceñir los reinos que mantienes;
Tú, que con golfos tuyos aprisionas
Las invidias del mar y los desdenes;
Tú, cuarto á los Filipos, con honrarlos,
Que el quinto quitas, que pasó á los Carlos,
Tú entonces, pues, ¡anuncio venturoso,
Colmado y rico de promesas santas!
Á imitación del Rey siempre glorioso
De quien indigno calza el sol las plantas,
Próvido juntamente y religioso,
Y humilde emulador de glorias tantas,
Siempre en el Cielo tu discurso fijo,
Cuando el Hijo nombró, nombras tu hijo.
Porque fuese la acción más parecida,
Si de partida con los dos trataba,
Tú tratabas también de la partida,
Por rescatar la Religión esclava;
Él con su muerte parte á dar la vida;
Tú con la vida, que tu celo alaba,
Vas á que, rojo en sangre, tus leones
Te muestren mar de tantos Faraones.
Al nombre de tu hijo se debía
La corona, que hereda, de la estrella
De quien tomó los rayos y la guía
El que halló al Hombre y Dios, madre y doncella;

Páguele á Baltasar tan claro día
Lo que peregrinó sólo por vella,
Y, aunque Herodes le aguarde peregrino,
Baltasar volverá por buen camino.
El nombre del que estuvo de rodillas
Vertiendo en el pesebre gran tesoro,
Informó (1) de grandeza (2) las mantillas
Del que vimos venir con real decoro:
Por besarle la mano, ilustres sillas
Dejó del mundo el más sublime coro;
Él, en la majestad, seso y cariño,
Niño pudo venir, mas no fué niño.
De Trinidad humana ví semblantes,
Como pueden mostrarse en nuestra esfera,
Pues, á ti tus hermanos semejantes,
Son segunda persona, y son tercera:
Los Geriones, que nombró gigantes
En España la historia verdadera,
Mejor los unen en los tres las lides,
Pues del uno en la cuna tiembla Alcides.
Viéronse allí zodíacos mentidos;
Con presunción de estrellas los diamantes;
Ásperos y pesados los vestidos,
En las pálidas minas centellantes:
De granizo de perlas van llovidos,
Y en tempestad preciosa relumbrantes;
Otros, que, porque nadie los compita,
De aljófar los nevó la Margarita.
Luego que la lealtad esclarecida
Fabricó eternidad artificiosa,
Haciendo pasadizo de tu vida
Á la del primogénito gloriosa,
La nobleza del orbe más temida,
Que de tal heredero deseosa
Estuvo, hoy al Señor, que le concede,
Le pide por merced que nunca herede.
Precedió la Justicia á los Poderes (3),

(1) «Porque le llevó en brazos don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares.» *(Nota de la edición de 1648.)*

(2) En la segunda edición de *El Parnaso* (Zaragoza, 1649), *de grandezas.*

(3) «Alude al orden del acompañamiento» *(Nota de la ed. de 1648.)*

Reinos en quien influye amor y vida
Tu augusto corazón, y adonde quieres
Siguen tus rayos con lealtad rendida;
En luz mirando el sol que le prefieres,
Con la suya turbada, ó convencida,
Si no empezó á llorar, con el rocío
Tu exceso confesó, pálido y frío.
En cuatro ruedas lirio azul venía,
Reina que Francia dió á los españoles,
De quien estudia luz, mendigo, el día;
En quien aprenden resplandor los soles;
Para saber amanecer pedía
Aurora á sus mejillas arreboles;
Y á la tarde Fernando fué mañana,
Que en púrpura precede soberana.
Carlos en luz, y en el lugar lucero,
Resplandeciente precursor camina;
Viene Adonis galán, Marte guerrero,
Y á Venus dos congojas encamina;
Va con susto la gala del acero,
Y menos resplandece que fulmina;
Porque tu providencia, que le inflama,
La destina á los riesgos de la Fama.
Inundación de majestad vertiste,
Tú, hermosamente presunción del fuego;
De los ojos de todos te vestiste,
Pues los de todos te llevaste luego:
Con tantos ojos, pues, tu pueblo viste,
Dulce deidad de Amor, pero no ciego;
Tu caballo, con músico alboroto,
Holló sonoro y grave terremoto.
De anhelantes espumas argentaba
La razón de metal que le regía;
Al viento, que por padre blasonaba,
En vez de obedecerle, desafía;
Herrado de Mercurios se mostraba;
Si amenazaba el suelo, no le hería:
Porque, de tanta majestad cargado,
Aun indigno le vió de ser pisado.
Á las damas el Fénix dió colores,
El Iris, la mañana y primavera;
En paz vimos por marzo nieve y flores,

Y el suelo sostituir la octava esfera;
Sus blasones de luz fueran mayores
Si la Reina de España no saliera;
Tratólas como el sol á las estrellas:
Anególas en luz con sólo vellas.
  En Oriente portátil de brocado
Sigue tu Sol recién amanecido,
En generosos brazos recostado,
Y á tu corte por ellos repartido;
Mira en todos tus reinos el cuidado
Que le tienen los cielos prevenido,
Pues la que atiende alegre gala y fiesta
Le aguarda en más edad cárcel molesta.
  Juraron vasallaje y obediencia,
Y besaron la mano al que no sabe
Cuánto en su soberana descendencia
De augusta majestad gloriosa cabe;
Mas, con anticipada providencia,
Monarca sin edad, se muestra grave;
Que al tiempo le dispensa Dios las leyes
Para la suficiencia de los reyes.
  «Vive, y ten heredero, y no le dejes»,
La voz común y agradecida aclama,
Que aun tiene por fatiga que te alejes
A dar que hacer al grito de la Fama;
Por ejército vale en los herejes
Tu nombre solo, que temor derrama;
Las señas de tu enojo, por heridas;
Que no aguardan el golpe tales vidas.
  Ya sus rayos á Jove provocaron
Denuedos de los hijos de la tierra,
Y de montes escala fabricaron,
Que tumbas arden hoy de injusta guerra (1);
Los dos polos gimieron y tronaron:
¡Tanta discordia la soberbia encierra!
Sicilia estos escándalos admira,
Y Encélado en el Etna los suspira.
  En su falda Catania, amedrentada,
Cultiva sus jardines ingeniosa;

(1) «Con la comparación de guerra de los Gigantes contra el cielo se promete vitorias contra los herejes.» *(Idem.)*

Yace la primavera amenazada:
Con susto desanuda cualquier rosa;
Insolente la llama, despeñada,
Lamer las flores de sus galas osa:
Parece que la nieve arde el invierno,
Ó que nievan las llamas del infierno.
Soberbio aunque vencido, desde el suelo
Al cielo arroja rayos y centellas (1);
Con desmayado paso y tardo vuelo,
Titubeando, el sol se atreve á vellas:
En arma tiene puesto siempre al cielo,
Medrosa vecindad de las estrellas,
Cuando de combatir al cielo airado
Los humos solamente le han quedado.
Tal osa contra ti, tal le contemplo
Al monstro de Stocolmia (2), que, tirano,
Padecerá castigo, cuando templo
Se prometió sacrílego y profano;
Tú á Flegra añadirás ardiente ejemplo:
Allí triunfante colgará tu mano
Su piel de alguna planta, que, cargada,
Á fuerza de soberbia esté humillada.
Padrones han de ser Rin y Danubio
De tu venganza (3) en tanto delincuente;
Rebeldes venas les será diluvio;
Cuerpos muertos y arneses, vado y puente;
Rojo en su sangre se verá, de rubio,
El Alemán, terror del Occidente:
Tal gemirán las locas esperanzas
De quien no teme al Dios de las venganzas.

---

(1) «Encélado.» *(Idem.)*

(2) «Es la metrópoli y corte del reino de Suecia. Los latinos la nombran *Holmia*, y está fundada en agua, como Venecia.» *(Idem.)*

(3) En Janer y en otras ediciones, *vergüenza.*

TÚMULO AL SERENÍSIMO INFANTE D. CARLOS (1)

(En *El Parnaso Español*, Musa III.)

115. Entre las coronadas sombras mías
Que guardas, ¡oh glorioso monumento!
Bien merecen lugar, bien ornamento,
Las llamas antes, ya cenizas frías.
Guarda ¡oh! sus breves malogrados días
En religioso y alto sentimiento (2),
Ya que en polvo atesora el escarmiento
Su gloria á las supremas monarquías.
No pase huésped por aquí que ignore
El duro caso, y que en las piedras duras,
Con los ojos que el título leyere,
Á don Carlos no aclame, y no le llore,
Si no fuere más duro que ellas duras,
Cuando lo que ellas sienten no sientiere.

AL MISMO SEÑOR INFANTE

(En *El Parnaso Español*, Musa III.)

116. Tu alta virtud, contra los tiempos fuerte,
Tanto, don Carlos, dilató su vuelo,
Que dió codicia de gozarla al Cielo,
Y de vencerla al brazo de la Muerte.
Si puede donde estás, de alguna suerte,
Entrar cuidado de piadoso celo,
Mira invidioso y lastimado al suelo,
Anegado en las lágrimas que vierte.
Si el Cielo adornas, vuelto estrella hermosa,
Cual ojo suyo (3) puedes ver el llanto

(1) «Habla España al Escurial, entierro de sus reyes, en donde está.» *(Nota de la edición de 1648.)* — Refiérese este soneto al hijo cuarto de don Felipe III y de doña Margarita de Austria, muerto en Madrid el día 30 de julio de 1632.

(2) *Pensamiento*, en algunas ediciones de *El Parnaso*, entre ellas, la segunda (Zaragoza, 1649).

(3) *Tuyo*, por errata, en la edición de Janer.

Que de los nuestros es razón que esperes.
  Pues, según fué tu vida generosa,
No dudo que tu pie en el coro santo
Pise estrellas, si estrella en él no fueres.

FRAGMENTOS QUE SE PUDIERON HALLAR, ENTRE LOS ORIGINALES DEL AUTOR, DE LA TRADUCCIÓN Y PARÁFRASE DE LOS CANTARES DE LA ESPOSA (1).

SCHIR HASSCHIRIM ASCHER LISCHLOMÓH (2)

CANTAR DE CANTARES DE SALOMÓN

(En *Las tres Musas últimas,* Musa IX.)

CONTEXTO

  En un valle de mirtos y de alisos,
117. Que el cielo es jardinero de sus calles,
Donde todas las yerbas son narcisos,
Y el valle es el Narciso de los valles,
En quien el sol, con elegantes rayos,
Todos los meses los enmienda en mayos;
  Todo el nombre del año es primavera,
Todas las horas son oriente y día,
Estudio de la luz y de la esfera
Cuantas flores y plantas viste y cría,
Y, para su abundancia y su belleza,
Docta y pródiga fué naturaleza,
  Aquí, pues, cuidadosa y congojada,
Llorosos pasos daba Esposa ausente,
La vista por los ojos derramada,

(1) Entre estos fragmentos encontró el sobrino de Quevedo uno en liras, que, á juzgar por el estilo, y aun por el vocabulario, no pertenece á nuestro poeta, y otro, en octavas reales, que es conocidamente de la versión hecha por Benito Arias Montano; mas ignorándolo D. Pedro Aldrete, lo creyó de su tío, sin duda por estar escrito de su letra, y como tal ha venido corriendo en todas las ediciones, aun en la moderna de Janer. En la nuestra hemos suprimido ambos fragmentos.

(2) En *Las Tres Musas últimas,* probablemente por estar escrito con caracteres hebreos este epígrafe y no haberlos entendido bien don Pedro Aldrete, *Sir ha siriin li selomo.* Janer enmendó, también defectuosamente: *Sir hasirin li selomo.*

Y la voz por la púrpura doliente;
Dice su pena, y muestra su semblante,
Que puede ser amada y que es amante.
Incendio fué del aire con suspiros;
Diluvio fué de perlas con el llanto;
Amarteló del cielo los zafiros,
Que el sentimiento hermoso pudo tanto;
Y, sin ver al que llama y al que espera,
Con él habló sin él de esta manera:

ESPOSA

«Béseme con el beso de su boca,
Pues de panales dulces está llena;
Cuanta más hiel y más acíbar toca,
Sus labios son la gloria de mi pena;
Y, en tan inmensa multitud de agravios,
Sus besos son la vida de mis labios.
»Sus pechos santos, que lagares fueron
Del vino anciano, por edad precioso,
En blanca leche á mis niñeces dieron
Alimento materno generoso;
Que para mi sustento y mi camino
Mejores son sus pechos que no el vino.
»Bien pueden los aromas, de tu aliento
Aprender á flagrantes, si supieren;
Mas no será capaz algún ungüento
De los olores que de ti salieren;
Tu nombre es un perfume (1) derramado,
Que guardó el olio y repartió el cuidado.
»No de balde te siguen las doncellas;
Que viven del olor que tú derramas,
Como se visten de oro las estrellas
Que más de cerca (2) al sol beben las llamas;
Y como de tu olor ricas salieron,
Por eso enamoradas te siguieron.
»Si no me lleva á ti tu propia mano,
Sin ti no acertaré tan gran camino;
Sé Esposo y guía por el monte y llano (3),

(1) Janer, por errata, *tu perfume.* Seguiremos anotando los descuidos de su texto, par ser hoy el más leído.
(2) *Que más cerca al sol...*, y así no es verso.
(3) Janer, *por el monte llano.*

Y correremos tras tu olor divino;
Llévame á ti por tu camino asida,
Siendo Esposo, y Verdad, Camino y Vida.
»Á su más confidente y retirada
Cuadra el Rey me introdujo, y el contento
Despertó la memoria enamorada
De sus pechos, que al alma dan sustento;
Que aquellos solos van á ti derechos
Que se apartan del vino por tus pechos.
»Aunque negra me veis y anochecida,
Hijas de la magnífica y gloriosa
Jerusalén, y en sombras escondida,
Si bien se considera, soy hermosa:
Miradme bien; que no porque esté oscura
Pierde el ser hermosura la hermosura.
»Negra soy, mas en todo semejante
Á las tiendas del Nómade Cedreno,
Que afuera muestran rústico semblante,
Para que al sol resista y al sereno,
Y por de dentro, para más decoro,
Son tejido jardín de plata y oro.
»Soy semejante á las feroces pieles
Que á Salomón le sirven de cortinas:
Que en lo grosero guardan los doseles
Y en lo duro y lo vil las telas finas;
Pase del exterior la vista, y luego,
Después del humo, hermoso verá el fuego.
»No hagais caudal de mi color moreno;
Que el sol tiene la culpa en estos llanos,
Pues me hicieron guardar el pago ajeno,
Á poder de amenazas, mis hermanos;
Que si mi Esposo dulce no acudiera,
No guardara mi viña, y la perdiera.
»En pago del amor con que te adoro,
Enséñame á tu choza y tu cabaña,
Y díme, cuando el día hierve en oro
Y el sol está cociendo en la campaña
Las mieses, dónde llevas tu ganado,
Dónde pace y descansa descuidado.
»Díme tu albergue, antes que engañada,
Con pie dudoso, sola y peregrina,
Por esta confusión ciega y turbada,

Que tantos ganaderos descamina,
Pregunte por tu senda á los perdidos,
Que se dejan llevar de sus sentidos.
»No des lugar que, viendo una doncella
Preguntar por pastor entre pastores,
De poca edad y entre las otras bella,
Sospechen (1) liviandad en mis amores;
Que yo no busco gustos ni placeres,
Y ni saben quién soy ni ven quién eres.»

CONTEXTO

Como atiende al honor de su querida
El Esposo pastor, y, siempre amante
Su queja tantas veces repetida,
Pronunciada de amor tan elegante,
Halló su corazón hecho de cera,
Y dulce respondió de esta manera:

ESPOSO

«Si no sabes quién eres, y si ignoras
Que el imperio de toda la hermosura
En solas tus facciones le atesoras
(Que sola tu belleza es casta y pura),
Sal de ti propia, y sigue las pisadas
De mis pastores y de sus manadas.
»No dejes el camino que te enseño,
Ni des crédito á pastos (2) aparentes;
Yo soy pastor, y Esposo, y padre, y dueño;
Esotros siguen sendas diferentes.
Con mis pastores no temerás robos:
Guárdate de pastores que son lobos.
»Á mi caballería, que, lozana,
Es presunción del Nilo, y que en el coche
De Faraón, la envidia la mañana,
Para traer la luz contra la noche,
Por quién trocara el tiro ardiente el día,
Comparo tu belleza, Esposa mía.
»Dos tórtolas parecen tus mejillas,
Que arrullan con las rosas y las flores;

(1) Janer, *sospechan.*
(2) Janer, *á los pastos.*

Tu cuello está brillando maravillas,
Como el collar precioso resplandores;
Tan bien sacado, tan perfecto y bello,
Que de sí propio es el collar tu cuello.
»Del oro que en Ofir con mejor rayo
Fabrica el sol te labraré arracadas;
Dellas aprenderá colores Mayo;
Serán con blanca plata varïadas;
Guardaránte de silbos las orejas,
De la sierpe que engaña las ovejas.»

ESPOSA

«Mientras el Rey estuvo recostado
En mi regazo blando, tierno amante,
El aire en suavidad dejó bañado
Mi nardo, que mi Rey hizo flagrante;
Y el trascender de olor un haz tan breve
Al reclinarse el Rey en mí lo debe.
»Ramillete de mirra es mi querido
Para mí, amarga al gusto, y provechosa
A la verdad del alma, y del sentido,
Austera, y desabrida, y olorosa;
Conozco en su amargor mi medicina;
Por eso entre mis pechos se reclina.
»Paréceme mi Esposo á los racimos
De los frutos del cipro, que, oloroso,
En las viñas de Engadi están opimos,
Igualmente flagrantes y preciosos,
Cuyo fruto, que aroma eterno exhala,
Más tiene de remedio que de gala.»

CONTEXTO

Aunque á tan buen pastor se debe todo,
Y es interés de quien le quiere amarle,
Viendo cómo la Esposa de este modo
Atiende á obedecerle y obligarle,
Viéndola padecer enamorada,
La acarició con voz tan regalada.

ESPOSO

«Con sólo desearme, amiga mía,
¿No ves cómo eres ya blanca y hermosa?

Más hermosa que el sol que alumbra el día
Eres, por ser mi amante y ser mi Esposa:
Más me enamoras cuanto más suspiras,
Porque con ojos de paloma miras.»

CONTEXTO

La Esposa, que se vió favorecida,
Le dijo:

ESPOSA

«Tuya es sola la hermosura (1);
Que á la belleza das la gracia y vida;
En ti solo se ve perfección pura,
Y ya que solo remediarme puedes,
Cama florida tengo en que te quedes.
»No salgas de mi casa, ni de paso
Vayas, mi bien; alójate en mi pecho,
Ya que en tu puro y santo amor me abraso.
De ciprés son las vigas de mi techo;
De cedro lo demás: entra contento,
Que es todo incorruptible el aposento.»

LAMENTABLE INSCRIPCIÓN

PARA EL TÚMULO DEL REY DE SUECIA GUSTAVO ADOLFO (2)

(En *El Parnaso Español,* Musa III.)

118. Rayo ardiente del mar helado y frío,
Y fulminante aborto, tendí el vuelo;
Incendio primogénito del yelo,

---

(1) En la primera edición de *Las tres Musas últimas,* D. Pedro Aldrete, por no entender una indicación de su tío, puesta entre paréntesis, copió como quien copia un verso:

le dixo (Esposa) tuya es sola la hermosura,

y así lo han seguido copiando los demás, Janer inclusive, pero leyendo *esposo,* para hacer más grave el yerro. Claro es que Quevedo, con aquella palabra, sólo quiso indicar que volvía á hablar la Esposa.

(2) «Después de muchas victorias, murió con una bala, peleando en una batalla.» *(Nota de la edición de 1648.)*

Logré las amenazas de mi brío.
  Fatigué de Alemania el grande Río,
Crecíle, y calenté con sangre el suelo:
Azote permitido fuí del cielo
Y terror del augusto (1) señorío.
  Y bala providente y vengadora,
Burlando de mi arnés, defensa vana,
Me trujo negro sueño y postrer hora.
  Y, despojo á venganza soberana
Alma y cuerpo, me llora quien me llora:
El que los pierde, ¿qué victorias gana?

ARDOR DISIMULADO DE AMANTE

(En *El Parnaso Español,* Musa IV.)

119. Salamandra frondosa y bien poblada,
Te vió la antigüedad, columna ardiente,
¡Oh Vesubio (2), gigante el más valiente
Que al cielo amenazó con diestra osada!
  Después, de varias flores esmaltada,
Jardín piramidal fuiste, y luciente
Mariposa, en tus llamas inclemente,
Y en quien toda Pomona fué abrasada.
  Ya, fénix cultivada, te renuevas
En eternos incendios repetidos,
Y noche al sol y al cielo luces llevas.
  ¡Oh monte, emulación de mis gemidos;
Pues yo en el corazón, y tú en las cuevas,
Callamos los volcanes florecidos!

---

(1) «Es anagramma de *Gustavo.*» *(Idem.)*
(2) «El monte *Vesubio*, hoy llamado la *Montaña de Soma,* arde en la cima, vestido en contorno de jardines.» *(Nota de la edición de 1648.)*

1633

FUNERAL ELOGIO AL PADRE MAESTRO
FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICINO Y ARTEAGA
PREDICADOR DE SU MAJESTAD

(En *El Parnaso Español,* Musa III.)

El que vivo enseñó, difunto mueve,
120. Y el silencio predica en él difunto:
En este polvo mira y llora junto
La vista cuanto al púlpito le debe.
Sagrado y dulce el coro de las Nueve,
Enmudece en su voz el contrapunto.
Faltó la admiración á todo asunto,
Y el fénix que en su pluma se renueve.
Señas te doy del docto y admirable
Hortensio, tales, que callar pudiera
El nombre religioso y venerable.
La Muerte aventurara, si le oyera,
À perder el blasón de inexorable,
Y, si no fuera sorda, le perdiera.

1634

SEPULCRAL RELACIÓN
EN EL MONUMENTO DE WOLISTAN (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa III.)

Dióle el León de España su Cordero (2),
121. Y, lobo, quiso ensangrentar sus galas;
El Aguila imperial le dió sus alas,
Y con sus garras se le opuso fiero.

(1) «El César Ferdinando II le hizo de pobre caballero gran príncipe, y por traidor después le mandó matar. Habla el mármol con Veimar, general de los suecos.» *(Nota de la edición de 1648.)*

(2) «El Tusón.» *(Idem.)*

Más soberbio y aleve que guerrero,
Al reino de Bohemia puso escalas;
La elección de su cetro dió á las balas,
Y esperó la corona del acero.
Cayó deshecho en átomos sangrientos
El Duque de Frislant, por advertidas
Manos en su castigo y sus intentos.
No se ve el hombre: vense las heridas;
Del cuerpo muerto nacen escarmientos;
Tú los quieres crecer si los olvidas.

AL DUQUE DE LERMA

MAESE DE CAMPO GENERAL EN FLANDES (1)

(En *El Parnaso Español*, Musa I.)

Tú, en cuyas venas caben cinco grandes,
122. Á quien hace mayores tu cuchilla,
Eres Adelantado de Castilla,
Y, en el peligro, adelantado en Flandes.
Aguarda la Victoria que la mandes:
Que tu ejemplo sin voz sabe rejilla;
Y, pues desprecias miedos de la orilla,
Nadando es justo que en elogios andes.
No de otra suerte César, animoso,
Del Rubicón los rápidos raudales
Penetró con denuedo generoso.
Fueron, sí, las acciones desiguales;
Pues en el corazón suyo ambicioso
Eran traidoras, como en ti leales.

---

(1) «Escribióse este soneto en ocasión de haber ido el Duque á una interpresa, y viendo reparadas en una ribera sus tropas, se arrojó al río, y con su ejemplo todos, y ganó la plaza.» *(Nota de la edición de 1648.)*

1635
EPICTETO TRADUCIDO

(En el libro intitulado *Epicteto y Phocílides en español con consonantes*..... Madrid, 1635.)

Á DON JUAN DE HERRERA,

SU AMIGO, CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, CABALLERIZO DEL EXCMO. SEÑOR CONDE DUQUE, Y CAPITÁN DE CABALLOS

Dar libros á los príncipes ó es ambición de sobrescribir
123. la obra con magníficos títulos, ó negociación disimulada en la protección, y alguna vez reconocimiento de beneficios recibidos: delgado es este reconocimiento; mas suficiente en quien no puede con otro caudal mostrarse agradecido. Yo no he pecado en el primero intento, ni he burlado mi ánimo en el segundo; empero heme valido del último, con lealtad á mi obligación. Hallo quejoso el estudio y culpada la voluntad en no haber dado al amigo alguna prenda útil; mía no lo podía ser: por eso busqué el precio de la obra en el gran Epicteto; basta que en la traducción v. m. lo reciba de mí. Quien presenta el diamante en el anillo no da lo que hizo, sino lo que engastó, y se reconoce por dádiva. Hánle traducido en todos los idiomas doctísimos varones, y en nuestra habla el maestro Francisco Sánchez de las Brozas, y, poco después, el maestro Gonzalo Correas, con algún rigor más ajustado al original, y por eso menos apacible. De las advertencias de todos he procurado adornar esta versión que hago en versos, con la suavidad de conso-

nantes, para que sea á la memoria apetito la armonía. Decir soy el primero que lo ha hecho no es alabarme de docto, sino de atrevido. Doy á v. m. con este libro grande espíritu, y en pocos preceptos mucha enseñanza. No es lección para entretener el tiempo, sino para no perderle. No detiene el camino de la hora, mas lógrale, y esto porque á la dirección de la vida humana está escrito con tantos nortes como letras. Enseña á sufrir, y á abstenerse, puerto cerrado en dos palabras, donde no se sienten las borrascas del siglo, que se ven feas y se oyen roncas. Es su dotrina la paz de nuestra discordia en la composición humana, cuya salud, por los humores, es sediciosa; cuyo gobierno, por las costumbres y afectos, es amotinado, y frecuentemente rebelde. Enseña al alma á ser señora, rescatándola de la esclavitud del cuerpo, y al cuerpo le anima á pretensiones de alma con la obediencia á la razón. Enseña cuánto más rico está el sabio con el desprecio de los bienes de la fortuna que con la posesión de ellos; no promete premios de la virtud, sino virtud, que ella misma es premio. Afirma que sólo el sabio es rico y libre; que no es capaz de injuria, ni puede ser vencido. Pretende que, como Dios solo está fuera de los males, esté el sabio encima de ellos, ya que no fuera. ¡Oh, cuánta salud enseña este libro, para quien como v. m., viviendo vida que es guerra (así lo dice Job), ha vivido su vida en la guerra en la Armada Real, de donde le llevó á Flandes codicia de mayores peligros, y de Flandes á Alemania el mayor servicio de Su Majestad, donde sirvió de capitán de caballos, con admiración de los enemigos y alabanza de sus generales, y hoy milita v. m. en los afanes y polvo de la corte, que no es tregua á la una ni á la otra, donde tantos son forzados á reir sus lágrimas y á blasonar su gemido! Vivamos con todos; mas para nosotros, pues moriremos para nosotros. Vivamos no sólo como quien algún día ha de morir, sino como quien cada instante muere, y cada día puede morirse. Vivamos no con ansia de vivir

mucho, sino bien. Ocupémonos en prevenir la muerte; no en rehusarla. Cosa es que quien más la difiere no la evita. Ajustemos la república de nuestros sentidos y potencias, para atrevernos á vivir en público. Los porteros y las clausuras mañosas las inventó el miedo de la conciencia; no la vanidad de la soberbia: puédense aventurar muchos malos á llamarse buenos, mirando á los testigos; empero muy pocos mirando á las conciencias. Ser malos y que, por nuestro cuidado, lo sepan pocos, no nos hace buenos, sino más peligrosos. La ignorancia que los otros tienen de mis maldades no me disculpa á mí, y los engaña á ellos; sólo sirve, cuando ahorra el escándalo, de añadir el engaño. No enseña Epicteto este arbitrio: antes excluye lo aparente y condena por peor lo que parece virtud sin serlo que lo que, siendo vicio, contradice la virtud; porque de aquella representación se fía el ánimo, y se opone á esta enemistad. El espíritu poseído del pecado se irrita con las virtudes, para apetecer los vicios. En la mujer hermosa más apetece el deshonesto la honestidad que la hermosura: antes sin aquélla desprecia ésta; la disolución le empalaga; la mesura le provoca. Ser malo con las virtudes, es ser exquisitamente malo; el que lo es no hace caso de pecados conocidos, ni del uso plebeyo tratados. Contra estas abominaciones son infinitos los espíritus que se han alimentado de valentía triunfante con la lección de este Manual, corto para leído, grande para obrado: pocas horas consume su estudio, muchas logra; bien se ocupa la vida en estudiarle, cuando con obedecerle merece llamarse vida. Quien no merece vivir, ya murió. Quien mereció vivir, aun después de muerto vive. Muchos, por la ignorancia y el delito, murieron antes de empezar á vivir. La verdad no cuenta el espacio de la vida por cuánto, sino por cuál. Estos errores corrige la filosofía estoica, si los perficiona la cristiana. ¿Qué disculpa daremos á la parte racional de no admitir esta luz, que, desconfiada de que la busquemos, nos busca?

Dos cosas lamento en la miseria humana, no porque no haya más que lamentar, sino porque juzgo que ningunas otras se deben lamentar más. La primera, ver que en esta vida ni la envidia ni la compasión saben lo que se hacen (hablo en lo dependiente de bienes de fortuna): cada día vemos que á quien se había de tener lástima se tiene envidia, y á quien se había de envidiar se tiene lástima. Estas dos cosas, por andar al uso entre los mundanos, se ocupan en lo que no las toca. Diga el rico, que no duerme, y padece el oro que junta, á quien gasta el dinero que no gasta, si merece la envidia que le tiene el pobre, ó la compasión que él tiene de sí. Diga el poderoso, á quien no puede quitar la fortuna cuanto le dió y le envidian, si tiene envidia al ignorado, á quien no puede quitar nada porque no se lo dió; si fué dichoso porque no lo recibió; si fué cuerdo porque lo despreció; si lo tuvo, si fué sabio. No es dichoso aquél á quien no pueden quitar nada. La fortuna cobra lo que tenemos, y la muerte, que es su postrero cobrador, lo que ya no podemos tener ni llevar.

Lo segundo, que aun en las cosas naturales para la vanidad de los hombres, las virtudes envilecen las cosas, y el no tener alguna es el precio y calidad de otras. La piedra bezoar tiene, en excesiva cantidad al cuerpo del diamante, muchas y eficaces virtudes; el diamante no tiene alguna; éste, aun en la calidad de átomo, es precioso, y si le excede poco, es hacienda, y si crece en estatura de almendra, es tesoro, no habiendo podido su precio disculpar su polvo de veneno. Aquélla se tasa en precio vil, siendo defensa de la vida, y contradicción de las dolencias, y polvo vencedor de los venenos. Éste, que en la escuridad, por la dádiva y beneficio de la centella de un tizón, resplandece mucho menos que la centella, y que de día y de noche no tiene otro resplandor que el que mendiga del sol ó de una vela hipócrita de luces, agota en su estimación la locura humana. Admírame que sea tan rudo nuestro conocimiento que, sin

aguardar á aprender el desengaño de Epicteto, no le abracemos en lo que nos dice el oro, que es el martelo de la ambición: él nos dice de sí, y por sí, que sólo estimamos lo más pesado y tenemos por mejores bienes los que son más carga. Él dice que por más pesado vale más: cierto es que quien tiene más oro tiene más peso. Tuvo la tierra vergüenza de tenerlo encima de sí, y no tenemos vergüenza nosotros de estar debajo de él. Si le escondió la naturaleza, ¿para qué le descubrirá la razón? Quien hace estéril á la tierra que le cría, ¿qué hará á la codicia que le arranca de la tierra? No le busca la necesidad, sino la demasía. ¡Oh, grande Dios, qué poca disculpa deja tu Providencia divina á los que buscan lo que les escondiste, á los que no se contentan con lo que les das! Léese en el texto sagrado del Testamento Nuevo que los Reyes trujeron oro de Oriente á Cristo Nuestro Señor; dice que se lo ofrecieron; mas no que él lo tomó, ni que lo guardó su Santísima Madre, ni San Joseph, ni allí se hace mención de su uso, ni después en la retirada á Egipto, donde pudo ser necesario. El oro en el Portal vino á llenar la Profecía: por eso basta decir que se trujo y ofreció; no vino á llenar codicia: por eso no se hace más mención de él. Ténganle los reyes, que en ellos es necesario; tráiganle á los pies del Hijo de Dios, que es lograrle, que en esto se emplea el oro, si le guía luz celestial. Lo que aquí, por cumplir con los plazos de la edad, como verdadero Hombre, siendo verdadero Dios, calló Jesucristo, dijo cuando le trujeron las monedas para tentarle: no rehusó tomarlas con sus manos sacrosantas, ni leer su inscripción; mas luego dijo que se diese á César lo que es de César; que aquellas monedas no le pertenecían, por no ser (así lo dijo) su reino de este mundo. Faltóle dinero para dar de comer en el desierto á los cinco mil; mas, como la moneda de su omnipotencia eran milagros, sobró mucho donde faltaba todo. No saliera defetuosa la doctrina de nuestros estoicos si, como Epicteto la escribió á la luz de su pobre

candil, la hubiera estudiado á los rayos puros de la vida y palabras de Jesucristo Nuestro Señor, de quien como el Sol de justicia precede día privilegiado de noche y escuridad. Lo que fervorosamente encargo á v. m. es que lea este tratado con asistencia de la Cruz de Cristo, meditada por la doctrina de los Santos Padres, nivelándole para el ejercicio por la *Introducción á la vida devota* del beato Francisco de Sales; que si así lo ejecuta v. m., conocerá la calidad del verdadero amor que le tengo, en los aumentos del amor que debemos tener á Dios Nuestro Señor para las mejoras espirituales. Dé Dios á v. m. su gracia y larga vida con buena salud. Madrid, 12 de enero de 1634. Amigo de v. m., que desea serlo en lo que importa,

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

RAZÓN DE ESTA TRADUCCIÓN

Con deseo de acertar en lección tan importante, y con el recato de quien trata joyas, he visto el original griego, la versión latina, la francesa, la italiana que acompañó el Manual con el comento de Simplicio, la que en castellano hizo el maestro Francisco Sánchez de las Brozas, con argumentos y notas; la última, que hizo el maestro Gonzalo Correas, que en la división de los capítulos sigue á Simplicio, que numera 79; empero el maestro Sánchez, cuya división sigo, incluyó los 19 y numeró solos 60 capítulos, á mi parecer, con buena advertencia.

El maestro Correas blasona haber ordenado y enmendado muchos lugares en el original griego, que no reconoció Sánchez; en alguno se justifica; en otros se atribuye la razón que no tiene. En esto remito el juicio del letor á lo que le informarán las dos versiones: hallará más rigurosa y menos apacible la de Correas, y la de Sánchez docta y suave, y rigorosa en lo importante; no en lo impertinente.

En qué manera he usado de la inteligencia de todas estas versiones, conocerá quien atendiere á la disposición de la mía. Hícela en versos de consonantes, porque el ritmo y la armonía sea golosina á la voluntad y facilidad á la memoria. Atrevíme á mudar dos capítulos, que en el texto griego son el 74 y el 75, haciendo éste el 78, que es el penúltimo, y el 74 el 79, que es el último; y fuera culpa si en el orden de los capítulos no hubieran arbitrado otros, no con más razón. Á esto me movió ver que el capítulo que en todos es postrero, no puede serlo, por lo que trata, y por no ser capítulo, sino tercera parte de otro, pues literalmente dice así: *Alla outo triton: Sed et tertium illud.* En que se ve es oración pendiente, y que supone primero y segundo. Sánchez y Correas reconocieron dificultad en decir sin otra cosa antecedente, *Mas lo tercero:* y así, ninguno tradujo *tercero*. Correas tradujo: *Al fin, ¡oh Kriton!* Sánchez, huyendo, tradujo: *Decía Sócrates: ¡Oh Kriton!;* y, aunque le acusa Correas que esta palabra *Sócrates decía* no está en el texto, lo que es verdad, no se puede negar que la dijo Sócrates, y es comento necesario en dos palabras. El francés tradujo el texto literalmente: *Adjoustons ce troisièsme et dernier poinct.* Y reconociendo la dificultad, declaró la palabra *tercero,* por *último,* cuando dijo: *Ajustemos este tercero y postrero punto.* Yo, este capítulo en mi versión le paso al 78, y forzosamente en razón y método juzgo por penúltimo el que dice:

Dime, pues, ¿hasta cuándo te detienes.
Despreciando al espíritu sus bienes,
En valerte de avisos tan preciosos?

Pues cuatro versos más abajo dice en este capítulo Epicteto estas palabras:

Ya recibiste los preceptos todos.

De que se convence con evidencia que ya había dádole

los preceptos, y que este capítulo es exhortación á que no difiera el usar de ellos: y, por la misma razón, es último, sin duda ni respuesta, el que yo hago último, pues manda *que se guarden estos preceptos como leyes, que sin delito no se pueden violar.* Y por si alguno no se desagradare de esta advertencia, digo (puede ser que merezca aprobación de los doctos) que este capítulo, que hasta mi versión era último, y evidentemente se ve que está truncado de otro capítulo, pues empieza diciendo: *Sed et tertium illud, ô Crito,* que entero es la postrera y tercera cláusula del capítulo 77, que dice así: *In quovis incepto, hæc optanda sunt: duc me, ô Jupiter, et tu Fatum eo quo sum ã vobis destinatus, sequar enim alacriter?* 2. *Quod si noluero, et improbus ero, et sequar nihilominus.* 3. *Sed et tertium illud, ô Crito, si Diis ita visum fuerit, ita fiat: me autem Anitus, et Melitus occidere sanè possunt, lædere vero non possunt.* El capítulo dice, en plural: *Estas cosas se han de desear.* La primera es: *Jove me guie, y tu hado, adonde está destinado por vosotros.* La segunda: *Mas si no quisiere y fuere malo, seguiré con todo eso.* La tercera, que se nombra así: *Es más lo tercero, ¡oh Crito! si á los Dioses les parece, así se haga.* Todo trata de resignarse en Dios, y de ser encaminado por él: pues, si Dios quisiere, no se puede rehusar; y, según esta disposición, este capítulo, que buscaba su principio, acaba el que hasta ahora buscaba su fin, y las dos partes hallaron la tercera, y la tercera las dos; y quien se agradare leerá juntos estos dos capítulos, que son en mi versión el 56 y el 58, de esta manera literales:

En cuanto sucediere,
Esto se ha de pedir y desearse
Por quien pretende al bien encaminarse.
Lo 1.º Guíame, Señor Dios, guíeme el hado,
Á lo que habéis entrambos decretado,
Y, si razón me adiestra,
Siempre mi voluntad será la vuestra.
Lo 2.º Y cuando fuere en algo inobediente,

Y rehusare yo, como indiscreto,
Seguir los Mandamientos y el Preceto,
En tan santa carrera
Le seguiré forzado, aunque no quiera.
Lo 3.º Mas lo tercero, ¡oh Crito!
Como los dioses quieren, así sea.
Bien me pueden quitar á mí la vida
Hoy Anito y Melito;
Mas no pueden dañarme ni ofenderme,
Porque la muerte puede llevar palma
Del cuerpo y de la vida; no del alma.

En mi versión seguí la mente y disposición de Sánchez, y reservé esta enmienda para quien aprobare este reparo mío. Imprimióse en Duaco el año de 1632 el texto latino de Epicteto con nueva versión francesa, que hizo por el original griego Pierre de Bouflers, bien ajustada y dispuesta, con más suavidad que la primera, que anda con el tratado que se intitula *Doctrina de los estoicos*. Traduce con la división del texto latino el capítulo que todos numeran último, con palabras añadidas al texto; empero de la misma suerte, dice así: *Ce troisièsme precepte me plait aussi grandement, ô Criton mon ami*, etc. Y para que se vea he reverenciado el juicio de tan grandes hombres, procuraré disculpar esta palabra, *tercero*, con un lugar de Catulo, *Carmen nuptiale*, 70, que empieza: *Vesper adest*.

Virginitas non tota tua est, ex parte parentum est:
Tertia pars patri data, pars data tertia matri,
Tertia sola tua est.

Aquí se ve un todo dividido, y se lee *tercera parte*, sin mención de primera, ni segunda. Es verdad que Catulo, á mi entender, para mostrar que eran partes iguales las del padre y la madre y la hija, las llamó terceras todas tres, y señaló la primera, nombrando primera la tercera parte del padre, y segunda la tercera de la madre, y tercera la tercera de la hija. Esto escribí para defender de alguna manera como supe la opinión que no sigo:

Omnia suspensus profero, nihil superbus assero.

San Jerónimo, en el capítulo II sobre Isaías: *Stoici vita et moribus cum christiana disciplina haud parum concordabant.*

DEL AUTOR

A ESTAS ANIMOSAS PALABRAS QUE DECÍA EPICTETO:

Plue Jupiter super me calamitates.

SONETO

«Llueve ¡oh Dios! sobre mí persecuciones,»
Mendigo, esclavo y manco, repetía
Epicteto valiente, y cada día
Á Júpiter retaban sus razones.
«Vengan calamidades y aflicciones;
Averigua en dolor mi valentía;
Con los trabajos mi paciencia expía
Mi sufrimiento en hierros y prisiones.»
¡Oh hazañoso espíritu hospedado
En edificio enfermo, que pudieras
Animar cuerpo excelso y coronado!
Trabajos pides y molestia esperas,
Y, con tener á Dios desafiado,
Ni ofendes, ni presumes, ni te alteras.

Advierto que esta voz está trasladada de Job literalmente: *Qui cœpit ipse me conterat, solvat manum suam, et succidat me.*

PREVENCIÓN Á LA PLURALIDAD DE LOS DIOSES

En nuestro Epicteto se lee esta palabra *dioses*, entre los católicos herética, entre los idólatras frecuente; empero tan repugnante á la razón y al discurso, que me persuado no creyeron pluralidad de dioses algunos de los antiguos,

sino que juzgando que en Dios todo era Dios, le multiplicaron por sus atributos ciegamente, llamando Dios á su Poder, á su Amor, á su Sabiduría, á su Piedad, y á su Enojo, y así en los demás. Muéveme á esta opinión leer en Virgilio:

Spiritus intus alit,

y no *espíritus* en plural, y en otra parte:

Deus Jupiter omnibus idem.

Y aquel verso que de Orfeo cita Apuleyo, hablando de Dios con tan altas luces, de la generación eterna, si bien con palabras ajenas de aquella Majestad:

Jupiter est mas, estque idem Nimpha perennis.

Y así en los himnos de Orfeo Ciconeo Trace, que de tres que hubo fué el primero, y vivió dos generaciones antes de la guerra de Troya, en el himno que intitula: *Naturæ suffimentum aromata,* la llama: *Communis quidem omnibus incommunicabilis verò sola: Ipsa pater sine patre.*

Esto (á mí así me lo parece) trasladó y comentó y siguió nuestro Séneca en el libro IV *de Beneficiis*, cap. VII y cap. VIII: *Natura, inquit, hæc mihi præstat. Non intellixisti, cum hoc dicis, mutare nomen Deo. Quid enim aliud est natura quam Deus.* Dice: *La naturaleza me da esto; cuando esto dices no entiendes que tú mudas el nombre á Dios: ¿qué otra cosa es naturaleza sino Dios?*

Ya reconoce el docto cuán defetuoso va este discurso, que se encamina á un Dios solo, por defecto de las luces del Espíritu Santo. Prosigue Séneca diciendo que Mercurio, y Libero, y Hércules, todo es un Dios; tales son sus palabras en castellano, cap. VIII citado:

«*Llámanle Libero padre,* porque es padre de todos; *Hércules*, porque es su fuerza invencible; *Mercurio*, porque

en él está la razón, el número, el orden y la ciencia; donde quiera que te vuelvas, allí él se te ofrecerá.»

Y más abajo ejemplifica esta unidad de un Dios, dividida en varios nombres suyos, en sí propio, cuando dice: «Si recibieres alguna cosa de Séneca, y dijeras que se la debías á Aneo ó á Lucio, no mudarás acreedor, sino nombre; porque ya digas su pronombre, ya su nombre, ya su cognombre, hablarás de un mismo Lucio Aneo Séneca.»

Con estos fundamentos conjeturo que algunos gentiles griegos y romanos observaron un Dios, con diferentes nombres. Tiene esta opinión, entre los modernos, Juan Baudoin, en el hermoso y docto libro que imprimió en París el año 1631, de las *Fábulas de Esopo*, traducidas suavemente, y con buen juicio y varia enseñanza comentadas. En la fábula 74, *Del hombre y del ídolo:* «*Esta fábula ha puesto en mi espíritu la opinión que yo tenía días antes acerca de los antiguos; es á saber: que los más sabios de ellos no creyeron la pluralidad de los dioses sino por burla, y á fin de acomodarse á la brutalidad del pueblo.*» Esto fortalezco con las palabras de un fragmento de Marco Varrón, que dice: «*Hay tres Teologías: una de la república, otra para las cosas, otra para el teatro.* La seria era la primera, la popular la segunda, la licenciosa la tercera.»

VIDA DE EPICTETO,

FILÓSOFO ESTOICO.

ESCRÍBELA D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

Fué nuestro Epicteto natural de Hierópoli, ciudad de Frigia. Tuvo más dicha con la noticia su patria que sus

padres, pues nadie los nombra: reconozco esta ignorancia por grande providencia del olvido, para que la memoria se acordase que sin otra decendencia fué nuestro filósofo todo de la filosofía, y de sí progenie de su virtud. Fué esclavo de Epaphrodito, soldado de las guardas de Nerón, en Roma. Tal fué Nerón, que en su tiempo ser esclavo en Roma no era nota, sino ser ciudadano; pues era esclavo en la República que era esclava. Todos lo eran: el Emperador, de sus vicios; la República, del Emperador; Epicteto, de Epaphrodito. ¡Oh alto blasón de la filosofía, que cuando el César era esclavo y la República cautiva, sólo el esclavo era libre! La persona de Epicteto era defetuosa: cojeaba, impedido el paso de una destilación á una pierna. Todas las calamidades de su edad, estado y cuerpo, sirvieron de recomendaciones á su alma: siguió la secta estoica, enseñóla y obróla, adquiriendo tan encarecida estimación, que, después de muerto, dice Luciano que el candil de barro á cuya luz estudiaba y escribía se vendió en tres mil reales, juzgándole el comprador bastante á comunicarle la propia doctrina, por haberle asistido. Ya le sirvió de maestro el candil, pues le ocasionó acción en la virtud tan admirable, que se refiere igualmente por ejemplar con la vida de Epicteto. Cerró nuestro filósofo toda la doctrina de las costumbres en estas dos palabras: «*Sufre, abstente*». Aquélla, por medicina de lo que sucede al sabio, ó le puede suceder, que no le conviene; ésta, de lo que conviene que ni tenga ni le suceda. Con esta brevedad quitó el miedo de los grandes volúmenes, que son embarazo á la casa, tarea á la vida, y carga á los brazos: hizo un libro en estas dos palabras, que se oye en una cláusula, y que no necesita de repeticiones á la memoria. Tan bien acostumbrado estaba al ejercicio de estas dos voces, que muchas veces, ambicioso de vitorias contra los trabajos y calamidades, provocaba fervoroso á Dios, exclamando: «*Llueve, ¡oh Júpiter!, calamidades sobre mí.*» ¡Oh hazañoso espíritu, oh grito lleno de valen-

tía! ¡Que pidiese á Dios calamidades, hombre esclavo, y manco, y súbdito de Nerón! Alcanzó el imperio de Domiciano; salió de Roma, unos dicen huyendo de la tiranía de aquel emperador: esto no es creible en quien pedía á Dios trabajos y persecuciones. Otros dicen que salió de Roma expulso por el decreto del Senado, que desterró todos los filósofos de la ciudad: afirman se restituyó á Hierópoli, su patria, si bien Suidas dice perseveró en Roma hasta los tiempos de Marco Antonino, y que pasó á Nicópoli, ciudad de la nueva Epiro. Lipsio entiende este Antonino por el filósofo, en la *Manuducción estoica*, disertación XIX, considerando, y cuidadosamente, que desde la muerte de Nerón hasta el principio de Marco Antonino pasaron noventa y cuatro años, y había de ser recién nacido en tiempo de Nerón, Epicteto. Persuádese Lipsio fué esclavo de Epaphrodito, después de la muerte de Nerón, y defiéndese con el propio Epicteto, en la primera disertación de las que juntó Arriano, cap. 19. Escribió las disertaciones que Arriano dispuso en este *Manual*, que tenemos; en la librería de Florencia, dice Correas, se cree hay epístolas suyas. Yo no me persuado que si las hubiera faltara en Florencia quien las diera al público. Ésta, que yo he escrito, es la vida que vivió Epicteto. Este libro, que él escribió, es la vida que Epicteto vive, y vivirá.

DOCTRINA DE EPICTETO

PUESTA EN ESPAÑOL, CON CONSONANTES

CAPÍTULO PRIMERO

Divídense todas las cosas en ajenas y propias, declárase su naturaleza y á quién pertenece el uso de ellas.

Las cosas, exterior y interiormente,
Se dividen en propias y en ajenas.
Lo que está en nuestra mano independiente
Son la opinión y el juicio de las cosas,
Seguir y procurar las provechosas,
Huir y aborrecer las ofensivas,
Y, porque en un precepto lo percibas,
Cuantas acciones vemos
Que llamar nuestras con verdad podemos.
No están en nuestra mano
El cuerpo, la hacienda, ni el profano
Honor, las dignidades y los puestos
(Igualmente envidiados y molestos),
Y, al fin, todas las cosas
Que apetecer se pueden,
Si de nosotros mismos no proceden.
Debemos, pues, en estas diferencias
Advertir que podemos
Llamar á aquellas cosas que tenemos
En nuestra propia mano y albedrío
Libres de todo ajeno poderío,
Pues no puede impedirlas y estorbarlas,
Si queremos obrarlas.
Por el contrario, las que en mano ajena

Están, son imperfetas,
Flacas, defetuosas y sujetas
Á esclavitud, estorbos y embarazos,
Y, verdaderamente, por las muestras,
Ajenas son, y no son propias nuestras.

CAPÍTULO II

De los diferentes efetos que resultan del recto ó contrario uso de las cosas.

Según esto, conviene
Tener memoria atenta y desvelada
De no trocar en nada
El uso de estas cosas y estos bienes;
Porque si las que son esclavas tienes
Por libres, y por propias las ajenas,
Hallaráste impedido en varias penas:
Artífice serás de tu cuidado,
Y vivirás lloroso y congojado,
Y á tan impío dolor llegarás ciego,
Que, por tus propias culpas, insolente,
Te quejarás de Dios y de la gente.
Empero si tuvieres
Por tuyo lo que sólo está en tu mano,
Y lo ajeno tuvieres por ajeno,
Todo te será fácil, todo bueno:
Ninguno en lo que hicieres
Podrá forzarte, ni podrá tirano
Prohibir tus acciones;
Á nadie acusarán tus maldiciones;
No culparás á nadie, ni forzada
Tu libre voluntad obrará nada
Sujeta á servidumbre;
Ninguno podrá darte pesadumbre;
No tendrás enemigos, ni ofenderte
Podrá el trabajo, ni la adversa suerte.

CAPÍTULO III

Del afecto con que se deben apetecer las cosas, cuáles se han de diferir, cuáles se han de dejar, y los daños que resultan de elegir las unas por las otras.

Todas las veces que á cualquiera cosa
Te inclines y aficiones,
Porque no se malogren tus acciones,
Debes llegarte á ellas,
No con tibieza ó ánimo dudoso,
Sino con un intento generoso,
Libre y determinado,
Ó ya de despreciarlas reportado,
Ó ya de diferirlas
Si ni puedes ni debes conseguirlas.
Porque si tú deseas dignidades,
Riquezas, posesiones y heredades,
Podrá ser que no alcances lo que quieres;
Y esto, porque prefieres
Á la razón la inclinación que tienes,
Y porque llamas bienes
Estos que no lo son, y son ajenos,
Y puedes, por lo menos,
Estar cierto que pierdes y malogras,
Por estos devaneos,
Que son el frenesí de los deseos,
El bien por donde el hombre solo alcanza
Fácil la humana bienaventuranza.

CAPÍTULO IV

Que se ha de tener sospecha de las fantasías ó imaginaciones que se nos representan. Por cuál regla se ha de examinar su verdad; qué se ha de responder á su engaño.

Si turbulenta alguna fantasía,
O ya sea de temor ó de alegría,
De provecho ó de daño,
Solicita tu engaño,

Con advertencia ejercitada y pronta,
Dirás tú: «En lo aparente que me ofreces
Eres fantasma, y no lo que pareces.»
Y luego, por las reglas que ya tienes
De verdaderos y de falsos bienes
Debes examinarla;
Pero principalmente has de ajustarla,
Viendo si es de las cosas
Que están en nuestra mano, ó en la ajena;
Y si fuere de aquellas
Que en poder de otro nos parecen bellas,
La verdad te las juzga de repente
Por congojosa carga de tu mente;
Y así, debes tenerla prevenida
Tal respuesta, con brío:
«Nada me toca de lo que no es mío.»

CAPÍTULO V

Quien desea cosas que no está en su poder el alcanzarlas, y quien huye de las que no puede huir, son necios y desdichados. No se ha de huir lo que de nosotros no depende; hase de desear lo que está en nuestro poder; mas esto con templanza y sin afectación cuidadosa.

Acuérdate que siempre la promesa
Que te hace el deseo en que te empleas
Es de que alcanzarás lo que deseas,
Y que el advertimiento de la fuga
Es para deslumbrarte tu sosiego,
Que no caerás en lo que temes ciego.
Por esto es desdichado quien no alcanza
El deseo en que puso la esperanza,
Y aquel que en lo que teme cae burlado
Es vergonzosamente desdichado.
Podrás asegurarte solamente
De estas dos desventuras
Á que te precipitan tus locuras,
Si huyes de las cosas
Que siempre son dudosas
Por no estar en tu mano,
Y si á su posesor las restituyes

Nunca podrás caer en lo que huyes.
Mas si á naturaleza
Inobediente huyes la pobreza,
La enfermedad y muerte, de ignorante
Caerás en lo que huyes cada instante.
Según esto, no huyas
De lo que está en ajeno poderío,
Y huye sólo con prudente brío
De aquellas cosas que en tu mano tienes,
Y pueden estorbar tus propios bienes.
Tampoco des licencia al apetito
Que codicie las cosas vehemente
Luego que se te ofrecen de repente;
Porque si á codiciarlas te provocan
Cosas ajenas y que no te tocan,
Por tocar al arbitrio de fortuna,
Desdichado serás, sin duda alguna.
Y aun en las cosas nuestras propiamente
Puede ser el deseo vehemente
Dañoso, por no sernos manifiesto
Cuán lícito nos es, y cuán honesto:
Y así el apetecerlas y el huirlas
Ha de ser con modesta confianza,
Y con diminución y con templanza.

CAPÍTULO VI

Que se ha de cautelar el entendimiento con la consideración prevenida de la naturaleza de las cosas que amamos, para no ser perturbados con su pérdida, y que ha de empezar de las menores y más viles.

Mira en cualquiera cosa
Que te sirve, ó te fuere deleitosa,
De qué calidad sea,
Cuanto más te aficiona y te recrea;
Y porque en esta ciencia te mejores,
Empezarás por las que son menores.
Si un vidro en precio tienes,
Cuya pureza te sirvió de hechizo,
Acuérdate que es vidro quebradizo;

Y si tienes un barro bien formado,
Nunca estés olvidado
De que puede romperse de algún modo;
Que fué, para ser barro, polvo y lodo.
Si á tu mujer amares,
Si amares en tu hijo
La semejanza, el sér, el regocijo,
Acuérdese tu amor en tus placeres
Que son mortales hijos y mujeres;
Y así, cuando murieren á tu lado,
Solo podrás quedar, mas no turbado.

CAPÍTULO VII

Que el considerar las circunstancias que tienen las acciones que queremos emprender, nos asegura de perturbaciones congojosas é impertinentes cuando nos acontezcan.

En cualquiera negocio que emprendieres
Considera cuál sea,
Y de qué inconvenientes se rodea.
Si vas al baño trae en la memoria,
Para tu desengaño,
Lo que sucede á los que van al baño:
Unos que impelen, otros que te mojan,
Otros dan vayas, otros te despojan,
Hurtando los vestidos;
Mas tú, bien prevenidos
Todos estos estorbos,
Seguro irás si, cuando al baño fueres,
Á tu firme propósito dijeres:
«Lavaréme, que es hoy lo que pretendo;
Y si me sucediere lo que suele,
Haberlo prevenido me consuele.»
Harás lo propio en cosas superiores,
Adonde los estorbos son mayores.
Porque si en el bañarte
Algún impedimento te sucede,
Pues fácilmente sucederte puede,
Debes decir: «No sólo
Vine á lavarme y á volver enjuto,

Sino por ejercer el instituto
Que á la naturaleza se conforma,
Teniendo por disinio y por intento
Que me guarde mi paz mi sufrimiento.»
Porque si semejantes travesuras
Te inquietan, vives ciego
Y no puedes gozar paz y sosiego.

CAPÍTULO VIII

Que de nuestros espantos y turbaciones no tienen culpa las cosas, sino las opiniones que de ellas tenemos. Da las quejas por señal de ignorancia, ó de principiante.

No son las cosas mismas
Las que al hombre alborotan y le espantan,
Sino las opiniones engañosas
Que tiene el hombre de las mismas cosas:
Como se ve en la muerte,
Que, si con luz de la verdad se advierte,
No es molesta por sí; que, si lo fuera,
Á Sócrates molesta pareciera.
Son en la muerte duras,
Cuando necios tememos padecella,
Las opiniones que tenemos de ella;
Y siendo esto en la muerte verdad clara,
Que es la más formidable y espantosa,
Lo propio has de juzgar de cualquier cosa.
Por esto, cuantas veces
Tu seso le turbaren ilusiones,
Culparás á tus propias opiniones,
Y no á las cosas mismas,
Ya propias, ó ya ajenas,
Pues ellas en su sér todas son buenas.
Por esto debes advertir en todo
Que quien, por su maldad ó su desprecio,
Al otro culpa, es necio;
Que quien se culpa á sí, y á nadie culpa,
Ya que no es ignorante,
Es solamente honesto principiante;

Mas el varón que á sí ni al otro acusa
En cualquiera trabajo ó accidente,
Es el sabio y el bueno juntamente.

CAPÍTULO IX

Por cuáles cosas no es permitida la presunción, y por cuáles nos es culpable.

Nunca presumas por ajenos bienes
Ni por ajena fuerza y hermosura,
Porque esta presunción peca en locura.
Si un caballo perfeto y generoso
Dijese «Soy hermoso»,
Puédese tolerar; mas cuando dices
Alabándote á ti, «Tengo un caballo
Hermoso,» has de acordarte,
Si no quieres culparte,
Que usurpa la soberbia tu flaqueza
Al caballo que tiene la belleza.
Según esto, preciarte sólo puedes
De la imaginación y fantasía
Que tu buen uso á las virtudes guía;
Porque las elecciones,
La fuga, los deseos y opiniones,
Son cosas tuyas propias solamente:
Y así, cuando, obediente,
Usares bien de todas,
Ten presunción, pues es de cosas tuyas,
Sin que al ajeno bien la restituyas.

CAPÍTULO X

Todas las cosas del mundo hemos de dejar alegres, como peso y carga para correr presto y desembarazados cuando Dios nos llamare.

Si cuando navegares
Del mar el revoltoso desconcierto,
La nave en que navegas toma puerto,

Y, como suele acontecer, salieres
Á buscar agua fresca y descansada
Del importuno olor y agua salada,
Ó algún mantenimiento,
Podrás, por tu recreo y tu contento,
De paso, en las orillas
Coger los caracoles, las conchillas
Que, cuando el mar se altera,
Suele arrojar, con el marisco, fuera.
Pero siempre conviene
Atender á la nave desvelado,
Porque si á recoger llama el piloto,
Puedas, sin embarazo y obediente,
Acudir á tu puesto diligente;
Y si te fueren peso ó embarazo
Para llegar al plazo
Las conchas y las hierbas que cogiste,
Arrójalas y parte,
Pues navegas, y vuelves á embarcarte;
Que si no te apresuras y las dejas,
Quedaráste cual suelen las ovejas
Quedarse entre las zarzas enredadas,
Y de su propia lana aprisionadas.
Pues considera con discurso grave
Que es lo propio la vida que la nave,
Y que en no menos proceloso abismo
Son el vivir y navegar lo mismo;
Que la muerte es piloto de tu vida,
Y que ha de ser forzosa la partida.
Por esto, si, en lugar de caracoles,
Hallas los hijos, la mujer, la hacienda,
Como cosa prestada, es bien que atienda
Tu alma á su cuidado,
Pues da la vida cuanto da prestado.
Y luego que el piloto del navío
Oigas que toca á leva,
Con obediente brío
Y sin volver atrás, dejarás todas
Las cosas de la vida y la marina,
Y corriendo á tu nave te encamina.
Y si los blancos y postreros años
Por las canas te cuentan desengaños,

Y tu edad autoriza tus consejos,
Nunca te apartes de la nave lejos;
Que será cosa fea
Que, tocando á partirse tu piloto,
Tardes, por impedido ó por remoto;
Pues, siendo viejo, es necedad muy ciega,
Por sólo divertirte,
Cuando te vas, el rehusar partirte.

CAPÍTULO XI

Para tener sosiego no hemos de querer que las cosas se acomoden á nuestros deseos; antes debemos acordar nuestros deseos á las cosas.

Nunca pretendas que suceda todo
Á tu gusto y tu modo;
Antes conformarás, si se ofrecieren,
Tu gusto á cuantas cosas sucedieren;
Y esta advertencia bien ejecutada
Hará que vivas vida sosegada.
Es la dolencia al cuerpo impedimento;
Mas no lo puede ser al buen intento,
Si el intento lo quiere.
La lesión de la pierna es embarazo
Á la pierna, y al brazo, si es del brazo;
Mas no del buen propósito que tiene
El que está manco y el que está tullido;
Y estarás advertido,
Para que no te aflijas ni te espantes,
Que así sucede en cosas semejantes;
De donde se colige
Que algunas cosas son estorbo de otras,
Y que dolencias y lesiones tales
Te podrán estorbar el movimiento;
Mas no tu buen propósito é intento.

CAPÍTULO XII

El hombre en los insultos de los afectos ha de acudir á armarse de las virtudes contra los vicios.

En cuantas cosas puedan sucederte
Debes siempre volverte,
Advertido, á ti mismo, y preguntarte,
Para estar de tu parte,
Las defensas que tienes en ti propio
Que puedan defenderte sin engaño
Del peligro y del daño.
Porque si alguna cosa
Te desasosegare por hermosa,
Para su resistencia
Arma tu corazón de continencia;
Y si te molestare algún trabajo,
Acude con presteza
Y ármate de invencible fortaleza.
Si es afrenta y ultraje el que te ofende;
Con la paciencia humilde te defiende;
Y si de esta manera te acostumbras
Á defender la paz de tu sosiego,
No te podrán causar desasosiego
En lo que despreciaste ó lo que gozas
Las apariencias falsas de las cosas.

CAPÍTULO XIII

Pues todo lo que tenemos es prestado, no hemos de decir que lo perdemos, sino que lo restituímos, sin examinar la calidad de los cobradores que Dios nos envía.

Nunca de nada que perdieres digas
Que lo pierdes, con ceño;
Dí que lo restituyes á su dueño:
Que el hombre, en tierra y lodo fabricado,
Cuanto tiene es prestado.
Si tu hijo se muere,

No digas «Perdí el hijo»,
Pues prestado fué tuyo;
Sino «Á quien me lo dió le restituyo.»
Si la heredad te roban,
No digas que la pierdes y la hurtaron;
Antes dí que, por mano de ladrones,
Cobró tu acreedor tus posesiones,
Dirás que el robador es delincuente,
Y que en este suceso es diferente
La consideración. Díme, ignorante:
¿Por qué razón te atreves,
Siendo tú el que lo debes
Todo, á calificar los cobradores
Del que puede cobrarlo,
No tocándote á ti sino pagarlo?
Lo que te pertenece
Es que tengas cuidado,
Mientras lo tienes, de lo que es prestado,
Y así, la posesión de todo ordena
Como en cosa prestada, que es ajena,
Con el mismo semblante
Que goza del mesón el caminante.

CAPÍTULO XIV

Desembaraza el ánimo de las vanas amenazas que en él producen perturbaciones, y acostumbra el sufrimiento en las cosas menores para las grandes.

Si aprovechar pretendes,
Y si con mi doctrina
Quieres atesorar la paz divina,
Las amenazas vanas
Que hace distraído el pensamiento
Despreciarás contento.
Si te dijere: «Advierte que si dejas
De asistir á tu hacienda,
Á tus correspondencias, ó tu tienda,
La llorarás perdida,
Y el alimento faltará á tu vida.»
«Si á tu hija, ó tu hijo, no castigas,

Trocando en los rigores el regalo,
Ella podrá ser ruin; él será malo.»
  Empero yo te digo
Que es mejor, con sosiego
Y sin perturbaciones,
Padecer hambre en todas ocasiones
Que, con desasosiego é inquietudes,
Despreciando la paz de las virtudes,
Vivir como los hombres desdichados,
Rico entre las congojas y cuidados.
  También te digo que es mejor que sea
Tu hijo incorregible,
Distraído, que no que te posea
Inútil inquietud que á ti te ofenda,
Cuando tu hijo no es capaz de enmienda;
Pues no podrán servir tus diligencias
Sino de que, estorbando tu reposo,
Tú quedes desdichado y él vicioso.
  Empieza este ejercicio
Por las cosas pequeñas,
Que son á la virtud fácil camino.
Si de aceite, ó de vino,
Se vertió la vasija, no te alteres;
Dí, pues la libertad del alma quieres:
«Tanto vale la paz; tanto el sosiego;
Por este precio la virtud se vende;
Esto el sabio pretende.»
  También, cuando llamares al criado,
Considera que puede ser posible
Que no quiera venir á tu mandado.
Y si acaso viniere,
Que puede ser (pues muchos son ingratos)
No quiera obedecer á tus mandatos.
  Si todas estas cosas presupones,
No saldrá el que te sirve
Con enojarte, que es lo que pretende,
Si haberlo prevenido te defiende,
Ni te podrá enojar tu fantasía,
Tu inclinación errada, ó tu porfía.

CAPÍTULO XV

Para ser aprendiz de sabiduría no sólo no te has de ostentar sabio, empero te debes preciar de ignorante; ni en tus alabanzas has de creer á los otros, ni á ti propio.

Si aprovecharte quieres,
Procurarás, humilde en tu desprecio,
Parecer á los otros tonto y necio,
En todo cuanto fuere
De ajeno poderío,
Que ni en tu mano está ni en tu albedrío,
Y aunque á muchos parezcas
Docto, y te alaben, tomarás venganza
De todos, no creyendo su alabanza.
Y cuando en tal adulación te veas,
Te mando que á ti propio no te creas:
Porque es dificultoso
El guardar tu destino,
Y la seguridad de tu camino,
Y atender á las cosas exteriores,
Entre la persuasión de aduladores;
Porque es fuerza que aquellos
Que atendiendo á lo ajeno se dividen,
De lo que es propio y de su paz se olviden.

CAPÍTULO XVI

Quien quisiere alcanzar lo que desea ha de desear lo que está en su mano alcanzar, y no ha de huir de lo que está en ajeno poderío, y entonces será libre.

Si quieres que tus hijos,
Tus padres, tu mujer y tus hermanos
No mueran, siendo humanos,
Que eternamente vivan,
Que no sean mortales
Cercados de congojas y de males,
Engáñaste ignorante, pretendiendo

Que no se muera quien nació muriendo.
¿Quieres esté en tu mano lo que ordena
La voluntad de Dios por mano ajena?
¿Quieres, de vanidad soberbia lleno,
Hacer propio lo ajeno?
Lo mismo es si pretendes que tu hijo
No yerre en inquietud ó desaliño,
Pues es querer que el niño no sea niño.
Empero si deseas
Alcanzar cosas que en quietud poseas,
En tu mano tendrás el alcanzarlas,
Si sabes desearlas
Por las reglas que sabes,
Y nadie estorbará que las acabes.
Porque aquel solamente
Es señor de las cosas que desea,
Que sólo en las que propias son se emplea;
Que puede, cuando quiere,
Seguirlas y alcanzarlas,
Y, cuando quiere, puede despreciarlas.
Así, quien pretendiere
Ser libre todo el tiempo que viviere,
No huya ó siga, en ciego desvarío,
Cosas que son de ajeno poderío;
Porque si á lo contrario se arrojare
Con pensamientos bárbaros y altivos,
Bien se puede contar con los cautivos.

CAPÍTULO XVII

Hase de gozar lo que Dios da; no se ha de solicitar lo que aún no da, ni lamentar lo que no quiso darnos. Aquél es perfecto en la bondad moral, que aun se quita algo de lo que le da Dios.

Acuérdate que debes gobernarte
Entre los apetitos de la vida,
Como en banquete, en cosas de comida:
Si á tu mano llegó con vianda el plato,
Tómala con modestia y con recato;
Y si pasa de ti, no la detengas;

Si no hubiere llegado, no prevengas
Acciones descompuestas de tomarla:
Espera hasta que llegue sin llamarla.
  Débeste gobernar del mismo modo
Con la mujer, los hijos, la hacienda,
Honras y dignidades,
Sin codiciar, sujeto á vanidades,
Lo que Dios no te envía,
Ni querer reducir lo que desvía;
Y si esto obedecieres,
Alguna vez merecerá tu celo
Ser convidado del Señor del Cielo.
  Empero si tú llegas
Á perfección tan alta y tan constante,
Que, aun de lo que te pone Dios delante,
Dejes alguna parte con agrado,
No sólo convidado
Serás de Dios en su palacio puro,
Sino que reinarás con Dios seguro:
Pues no por otra causa son llamados
Diógenes y Heráclito divinos
Sino por observar estos caminos.

CAPÍTULO XVIII

No te aflija el que se aflige por cosas ajenas, ni creas padece verdaderos males; empero exteriormente le debes consolar y acompañarle en su tristeza sin perturbación; cumplirás con el oficio de sabio y de humano.

  Si á algún hombre le vieres afligido
Por decir ha perdido
Hijos, mujer ó hacienda,
No dejes que perturbe ni que ofenda
La apariencia del vano sentimiento
La luz de tu razón y entendimiento,
De manera que creas
Que las cosas ajenas son bastantes
Á causar sentimientos semejantes;
Antes divide luego
Las cosas con la paz de tu sosiego.

Y diráste á ti mismo,
Viendo las opiniones temerosas:
«No son las propias cosas
Las que llora y lamenta;
Que sólo le violenta
Á quejas y querellas
La engañada opinión que tiene de ellas.»
De donde los filósofos coligen
Que, pues á los demás por sí no afligen
Las mismas cosas de la misma suerte,
Que no son males, pérdida, ni muerte.
No por esto pretendo
Que dejes de mostrar semblante humano
Al que se aflige y se lamenta en vano:
Debes con tus razones,
Clemente, consolar sus aflicciones,
Y, si el caso lo pide
Y ves que con tu pena se mejora,
Te permito llorar con el que llora;
Mas con tal condición te lo consiento,
Que con caritativo fingimiento
Llores para el que llora, si te mira;
Que entonces es piadosa la mentira,
Es virtud el engaño,
Pues sin tu daño alivias otro daño:
Llora exteriores lágrimas mandadas;
Mas no de interno afecto derramadas.

CAPÍTULO XIX

La vida es una comedia, el mundo teatro, los hombres representantes, Dios el autor: á Él toca repartir los personajes, y á los hombres representarlos bien.

No olvides es comedia nuestra vida
Y teatro de farsa el mundo todo,
Que muda el aparato por instantes,
Y que todos en él somos farsantes:
Acuérdate que Dios, de esta comedia
De argumento tan grande y tan difuso,

Es autor que la hizo y la compuso.
   Al que dió papel breve
Sólo le tocó hacerle como debe;
Y al que se le dió largo
Sólo el hacerle bien dejó á su cargo;
Si te mandó que hicieses
La persona de un pobre, ó de un esclavo,
De un rey, ó de un tullido,
Haz el papel que Dios te ha repartido,
Pues sólo está á tu cuenta
Hacer con perfección tu personaje,
En obras, en acciones, en lenguaje:
Que el repartir los dichos y papeles,
La representación, ó mucha ó poca,
Sólo al autor de la comedia toca.

CAPÍTULO XX

Hanse de despreciar los agüeros, como cosas que sólo amenazan en nosotros las cosas ajenas, y debemos entender que seremos siempre invencibles, si nunca entrásemos en contienda que no esté en nuestra mano el vencerla.

   Cuando el cuervo siniestro te graznare,
La sal se derramare,
El espejo que miras se rompiere,
Ó temeroso sueño te afligiere,
Armaráste severo
Contra las amenazas del agüero,
Y dirás á tu propio sentimiento:
«No me tocan los miedos del portento.
Tocarále á mi cuerpo su guadaña,
Sepulcro que portátil me acompaña;
Tocará á mis hijuelos,
Que engendré en pena y alimenté en duelos;
Tocará á mi mujer, gloria prestada,
Más veces padecida que gozada;
Tocarále á mi hacienda y posesiones,
Caudal sujeto á pérdida y ladrones,
Que se pierde y se adquiere,
Y que deja al que vive y al que muere;

Que para mí, si la razón me esfuerza,
No puede el mal agüero tener fuerza;
Pues si yo quiero, á mí ninguna cosa
Me puede suceder mala ó dañosa,
Si de cualquier trabajo, en tal estrecho,
Puedo con la virtud sacar provecho.»
Y serás invencible
Si, armado de humildad y de paciencia,
No aventuras tu paz en la pendencia,
Ni compites profano
Cosas en que el vencer no está en tu mano.

CAPÍTULO XXI

Más vale ser libre que rico, y no ser esclavo que cónsul; por esto la libertad sólo se adquiere despreciando las cosas que están en mano ajena.

Cuando vieres á alguno colocado
En preferido honor, en grande estado,
Espléndido en riquezas,
No á persuasión del oro y las grandezas
Aparentes, con voz mal informada,
Llames su suerte bienaventurada.
Porque si el verdadero
Camino de enfrenar los apetitos,
Que acreditan por honra los delitos,
Está fácil y llano
En las cosas que están en nuestra mano,
¿Cómo podrán reinar en tus acciones
Envidias, avaricia y pretensiones?
Tú, pues, que á la verdad del alma atiendes,
Y solamente ser libre pretendes,
¿Cómo pretenderás el más severo
Cargo y la mayor copia de dinero
(Cuando no ser esclavo
Pretende solamente tu destino),
Si no hay otro camino
Para la libertad sino el desprecio
Que la verdad ordena
De las cosas que están en mano ajena?

CAPÍTULO XXII

No afrentan las ofensas, sino la opinión engañada que tienen de ellas los que no las previenen.

Advierte que no afrenta
Quien hace injuria ó quien injuria dice:
Sólo te injuria la opinión violenta
Y engañada que tienes de las cosas
Que tu ciega opinión hace afrentosas.
Según esto, las veces que cualquiera
Te irrita ó vitupera,
Si en cólera bestial te precipitas,
Con la opinión que tienes de él te irritas.
Mas si en sucesos tales,
Que á tu imaginación debes tus males,
Te das espacio y tiempo, y no te arrojas
Dejándote en poder de las congojas,
Y de tus pensamientos te desvías,
Dominarás tus propias fantasías.
Y para conseguir esta vitoria,
De fácil paz y de perpetua gloria
El más eficaz medio y el más fuerte
Es prevenir la muerte,
La afrenta y el destierro,
Y en injusta prisión molesto el hierro,
Y cuanto es al dolor más insufrible,
Y, al fin, la muerte, por lo más terrible;
Que si así lo ejecutas,
Nunca te abatirás á la bajeza,
Ni buscarás sediento la grandeza.

CAPÍTULO XXIII

El que empieza el camino de la virtud ha de entender á perseverar, no á las murmuraciones y fisga de los vulgares, pues, despreciándolas, en pocos días las aumenta en alabanzas.

Si á la filosofía
Y al estudio pretendes entregarte,

Para poder en él asegurarte
Apercibe tu espíritu valiente
Á las murmuraciones de la gente.
Á la virtud la llamarán locura;
Dirán es fingimiento tu cordura;
Llamarán tu modestia sobrecejo;
Pero tú no le tengas, y el consejo
Y el intento empezado
No le dejes: prosíguele esforzado,
Despreciando su risa y vituperio,
Pues Dios te puso en ese ministerio;
Que si en él perseveras, verás claro
Que los que disfamándote gritaban
Te veneran, te estiman y te alaban.
Mas si del buen propósito desistes
Y otro camino popular intentas,
Padecerás dobladas las afrentas.

CAPÍTULO XXIV

Quien se aparta del buen estado por agradar á otro, cae de él: es el remedio contentarse de ser filósofo, sin pretender con ambición ser tenido por tal.

Cuando te aconteciere,
Por hacer amistad, ó por agrado,
Dispensar en las reglas que te he dado,
Ó ya, por ser bien quisto,
Dejares la doctrina
Que á libertad gloriosa te encamina,
Sabe que ya caíste
Del sosiego y la paz que pretendiste;
Y para asegurarte
Debes, humilde y cuerdo, contentarte
Sólo con ser filósofo, y si quieres
Parecer que lo eres,
Parézcatelo á ti, sin salir fuera
Anhelando por aura tan ligera:
Sé sabio, y para no dejar de serlo
Excusa el ostentarlo y parecerlo.

CAPÍTULO XXV

Respondiendo á seis objeciones, enseña que no se ha de apartar el sabio de los bienes verdaderos por condescender en los aparentes con los amigos.

No debes hacer caso
De la imaginación, que, turbulenta,
Ciega, te representa
Que de todos serás tenido en poco,
O juzgado por loco.
Si á ti te persuades
Que es mal ser despreciado,
Te muestras ignorante y engañado;
Pues por cosas ajenas
No puedes padecer desprecio ó penas,
Ni por causas de otro puede el sabio
Incurrir en vileza ó en agravio.
Dime si, por ventura,
Juzgas que está en tu mano
Ser llamado al gobierno;
Que á su mesa te llame el cortesano.
Dirás que el convidarte,
Por más que tu ambición lo solicite,
Está en mano del dueño del convite;
Pues, según eso, dime: ¿cómo puedes
Llamarte desdichado en esa parte,
Si el que puede no quiere convidarte?
Dí, ¿por qué te lamentas
Por ofendido, y tienes por afrentas
Cosas que de otra voluntad dependen,
Que si no te suceden, no te ofenden,
Cuando en las propias, si verdad siguieres,
Tendrás la libertad que tú quisieres?
Dirás, mal advertido, que deseas,
Por ser acto piadoso,
Ser para tus amigos provechoso:
Dime: ¿en qué cosas tu opinión procura,
Ya que tu propia libertad infamas,
Ser de provecho á los que amigos llamas?
Respóndeme si puedes,

Ó con tu autoridad, ó con tus manos,
Hacerlos ciudadanos
De Roma, y concederles de nobleza
Privilegio ó riqueza.
Dirásme que no puedes,
Porque á nadie conviene
El dar lo que no tiene.
Replicarás que dicen tus amigos
Que es bueno que tú adquieras para honrarlos,
Y que pretendas lo que puedas darlos.
Mas debes responderlos
Que, si hay alguna cosa
Que puedas adquirir por complacerlos
Guardando en ti la libertad preciosa,
La fe y la integridad de la conciencia,
La verdad de esta ciencia
Que cierra el bien de tu sosiego todo,
Que te enseñen el modo;
Porque si en solo el nombre son amigos,
Y pretenden que pierdas los severos
Bienes que son los bienes verdaderos,
Por los que, siendo bienes aparentes,
Embarazan los ánimos dolientes,
Más enemigos son que amigos tuyos,
Pues piden con malicia,
Sin razón, lo que niegas con justicia.
Y puedes preguntarlos
Si quieren más su gusto y su dinero
Que la paz del amigo verdadero.
Si dicen que prefieren
El verdadero amigo y que le quieren,
Dirás que, para serlo,
Deseas que te ayuden con dejarte
Seguir á la verdad en esta parte.
Mas, porque puede ser que te replique
Tu propia fantasía,
Diciendo que si á tal filosofía
Entregas tus potencias y sentidos,
Usurpas, menos sabio que tirano,
Al útil de tu patria un ciudadano,
Examina en lo interno de tu pecho
Cuál útil puede ser, ó cuál provecho,

El que en tu estudio pierde.
¿Faltarán, por ventura,
Baños, ó faltará la arquitectura,
Faltarán bastimentos,
Calzado, ni vestidos, ni ornamentos?
¿Faltará quien fabrique
Armas, ni quien los templos edifique?
No faltará por ti; pues, según esto,
Es bastante y honesto
Que cada ciudadano haga su oficio:
Ellos, en su mecánico ejercicio,
Y tú, en el de filósofo, que tienes,
Siguiendo en la verdad los santos bienes;
Que el ciudadano fiel y virtuoso
Es á su patria el hijo más precioso.
Dirásme que te diga,
En tu ciudad que con su pueblo crece,
Qué puesto ó qué lugar te pertenece.
Respondo que cualquiera
Que no estrague tu ciencia verdadera,
Que no inquiete tu paz, ni te cautive
La libertad que en las virtudes vive.
Porque si aprovechar tu patria quieres
Perdiendo tu virtud y tu templanza,
Que son las prendas dignas de alabanza,
Serás un ciudadano
Pérfido en tu ciudad, de ti tirano.

CAPÍTULO XXVI

El sabio ha de alegrarse de las cosas que otros tienen, si las juzga buenas, y si las juzga malas, de no tenerlas; debe recompensar las honras y los puestos que no le dan, por lo que gana en no dar por ellas lo que piden los que los venden.

Si alguno en el banquete
Tuvo mejor lugar que tú algún día,
Ó si en la cortesía
Á ti le adelantaron,
Ó al consejo y la junta le llamaron
Sin hacer de ti caso,

Debes considerar que si tú tienes
Estas cosas por bienes,
Te debes alegrar, sin envidiarlas,
Cuando vieres que el otro las desea,
De que, si las alcanza, las posea;
Empero, si por males las juzgares,
Sabiendo conocerlas,
Te debes alegrar de no tenerlas.
Y advierte que no puedes
Las mismas honras alcanzar que alcanza
Quien se deja arrastrar de su esperanza,
Ni puedes granjearlas
Sin hacer lo que hace por gozarlas;
Pues es cosa imposible
Que aquel que no acompaña,
Que no miente y adula, y que no engaña,
Alcance de la gente
Lo mismo que el que engaña, adula y miente.
Luego serás injusto é insaciable
Si, no dando estas cosas, que son precio
De las honras del necio,
En que compra en sus puestos sus afrentas,
Que te las den á ti de balde intentas.
El ejemplo te pongo en la lechuga;
Aprende en las legumbres
Á contratar los puestos y las cumbres:
Una lechuga dan por un dinero;
Si quien la lleva la pagó primero,
Y tú, que no le diste, no la llevas
Y sin ella quedaste,
No has de juzgar que menos que él llevaste;
Pues él dejó el dinero si la compra,
Y tú, si con lo justo te aconsejas,
Te llevas el dinero si la dejas.
Ajusta (doctrinadas tus pasiones)
Por la legumbre esotras pretensiones:
No fuiste convidado,
Porque no habías pagado
El precio porque el otro da el banquete,
Pues le cobra en lisonja y vasallaje,
Y da su mesa á trueco de tu ultraje.
Tú, pues, si lo que el rico vende quieres

Alcanzar, á tu gusto el suyo mide,
Y paga el precio que por ello pide;
Porque si quieres honras,
Que son lo que tu espíritu pretende,
Sin pagar lo que cuestan de contado,
Eres avaro y eres mal mirado.
Dirás con sentimiento que te quedas
Sin banquete, sin puesto y sin oficio;
Respondo que por eso en tu ejercicio
De sabio permaneces,
Y tienes la verdad que no vendiste;
Tienes que no adulaste, ni mentiste;
Tienes no haber sufrido
Los enfados que sufre el admitido.

CAPÍTULO XXVII

No entiende ni obedece el instituto de naturaleza quien no juzga las cosas y sucesos ajenos como los propios.

De la naturaleza el instituto,
Que la conservación nuestra pretende,
Fácilmente se entiende
De las mismas acciones naturales
En que todos los hombres son iguales.
Quiero verificarte
Con ejemplo común lo que te digo:
Cuando de tu vecino ó de tu amigo
Acontece que el siervo quiebre el vaso
Dices sin enfadarte lo que hizo:
Que rompió el vaso, que era quebradizo;
Luego del mismo modo, cuando el tuyo
Quiebre tu vaso, debes, reportado,
Decir: «Lo quebradizo se ha quebrado.»
Murióse su mujer, hijo ó hermano
Al que conoces; dices que era humano;
Que le llegó su día;
Que á la tierra pagó lo que debía;
Mas si á ti se te mueren,
Clamas con llantos y gemidos tiernos,

Y quieres que los tuyos sean eternos.
¡Cuánto mayor razón será que trates
Tus propios gustos y tus propias penas
Como entiendes y tratas las ajenas,
En cualquiera fortuna,
Pues la naturaleza toda es una!
Y de la misma suerte
Que no se pone el blanco en el terrero
Con intento que yerre el ballestero,
Así naturaleza en este mundo
Nunca es causa de males y de daños,
Ni en nosotros dispone los engaños
Á que suele torcernos la malicia;
Pues si naturaleza los causara,
Manca y defetuosa se mostrara.

CAPÍTULO XXVIII

Quien mide sus fuerzas por lo que emprende, y considera lo que precede á lo que desea, y lo que suele suceder á quien lo desea, y lo que acontece á quien lo alcanza, nunca se quejará ni se hallará burlado.

Si alguno permitiese que tu cuerpo
Fuese de cualquier hombre maltratado,
Sin duda que, indignado,
Te lamentaras viéndote ofendido,
Afrentado y corrido.
Pues dime: si esto sientes y lamentas,
¿Por cuál razón no sientes y te afrentas
De ti, que tu alma propia cada día
Permites al dolor y tiranía
De la mala palabra del ocioso,
Del agravio del hombre poderoso,
De la persecución dura é importuna
Y de la sinrazón de la fortuna,
Siendo cosas ajenas
Que sabe hacer el sufrimiento buenas?
Mira cuán poco á tu prudencia debes,
Que de palabras y de ofensas leves
Guardas tu cuerpo, cuando en casos tales

Tu alma ofreces á infinitos males;
Oye la voz de la verdad divina
Y hallará tu dolencia medicina.
  Conviene, pues, si tu salud deseas,
Que en cualquier obra que el discurso empleas
Consideres qué cosas la preceden,
Y cuáles la acompañan y suceden;
Qué inconvenientes tiene su esperanza;
El fin y con los medios que se alcanza
Y acomoda tu espíritu con ellos;
Que si así no lo haces,
Tu inadvertencia turbará tus paces;
Hallaráste burlado,
Y necio, y castigado,
Y, advirtiendo que erraste en tus intentos,
Cercado de tormentos
Y tarde arrepentido,
Lo que empezaste dejarás, corrido.
  Facilite el ejemplo mi advertencia:
Doy que pretendes tú, con sed de gloria,
En los juegos olímpicos vitoria;
Concédote que es justo desearla,
Por ser virtud honesta el alcanzarla;
Mas conviene primero
Considerar con ánimo severo
Qué requisitos tienen estos juegos.
  La primer condición y diligencia
Es comer poco, darse á la abstinencia,
No usar de las viandas delicadas,
Y en las horas del sol más abrasadas,
Y en las más encogidas por el hielo,
En la sazón que no es tratable el cielo,
Ejercitar las fuerzas diligente;
Beber agua caliente
Cuando cuece las mieses el estío,
No beber vino en el rigor del frío,
Y al maestro del juego
Te debes entregar tan obediente
Como se entrega al médico el doliente.
  Esto á los juegos los precede, y luego
Muchas veces sucede que en el juego
Se tuerce el pie ó la mano,

Se traga mucho polvo, y de los golpes
Quedan señales cárdenas, y heridas,
Y las faciones torpes y ofendidas;
Y acontece, después de tanta pena,
Quedar vencido en medio del arena.
Si á lo primero el ánimo dispones,
Y previenes esotras ocasiones,
Bien puedes, como sabio, y como fuerte,
Á la palma en los juegos oponerte;
Mas si á considerar aquestas cosas
No adelantas la mente,
Errarás, vago y siempre diferente,
Como suelen los niños ignorantes,
Que ya son comediantes,
Y ya son luchadores,
Y luego gladiatores,
Y de un intento en otro, temerarios,
Discurren ciegos, y se ocupan varios.
Tú, pues, del mismo modo,
Nada en todo serás por serlo todo,
Ya luchador, ya lógico,
Ya esgrimidor, filósofo otras veces,
Pues á todo te atreves y te ofreces,
Y, con mente engañada,
Por ser mucho, eres nada;
Antes, de la manera
Que torpe el jimio ocupa sus acciones
En las imitaciones
De cuanto ve y alcanza,
Andarás imitando cuanto vieres,
Mudando por instantes pareceres.
Esto padecerá tu entendimiento,
Porque á todo te aplicas
Sin consideración, siendo delito
Seguir la variedad del apetito.
Hay muchos ignorantes
Que, oyendo algún filósofo, le alaban,
Como si le entendieran,
Y severos ponderan
Las sentencias de Sócrates, diciendo:
«¿Quién pudo sino Sócrates decirlo?
Sólo Sócrates pudo definirlo.»

Y con sólo alabarle,
Sin entenderle, quieren imitarle,
Y tienen, sin saber filosofía,
Para filosofar necia osadía.
Tú no de esta manera
Disfamarás tu seso: considera
Cuál es en sí la cosa que acometes,
Y tus fuerzas tantea
Primero con la carga y la tarea:
Si á esgrimidor ó á luchador te aplicas,
Consultarás primero cuidadoso
Tus muslos, tus espaldas y tus brazos,
Ó para las heridas ó los lazos;
Y así examinarás para qué cosas
Te dió naturaleza
Miembros, agilidad ó fortaleza.
¿Piensas que si te aplicas al estudio
Has de servir al vientre los manjares
Varios y singulares?
¿Piensas que has de beber del mismo modo,
Que han de ser unas mismas tus acciones
Sirviendo á la razón, ó á las pasiones?
Si lo piensas, te engañas;
Pues si filosofar quieres, primero
Te has de entregar severo
Al trabajo y desvelo, y despedirte
De negocios domésticos forzosos,
Y debes despreciar los afrentosos
Sucesos, y á ti propio prevenirte
Que no has de tener honras, ni tesoro,
Dignidades, ni oro;
Y, bien consideradas estas cosas,
Delibera contigo cuerdamente
Si la paz de tu mente,
La libertad del alma generosa,
Solamente preciosa,
Te conviene comprar por este precio
Á que la vende el temerario y necio.
Si primero no haces esta cuenta,
Que previene tu afrenta,
Despreciando á los vicios los cariños,
Tan mudable serás como los niños:

Ya serás caballero, ya filósofo,
Y ya procurador, y, cuando mucho,
De César lo serás, y temerario
Padecerás un movimiento vario;
Pues sabe que es forzoso
Ser una de dos cosas que señalo:
Ó bueno y sabio, ó ignorante y malo.
Quiero decir que, ó debes ocuparte
En cultivar tu alma, ó entregarte
Al cuidado de cosas exteriores,
Y embarazarte en las que son menores;
Ó debes ser plebeyo, ó ser filósofo;
Que plebeyo y filósofo prudente
No puede serlo el hombre juntamente.

CAPÍTULO XXIX

Para cumplir el hombre en su oficio, que así llamaron los latinos la obligación, guardando el instituto de la naturaleza, ha de ser observante de las verdaderas relaciones de las cosas.

Pues que se miden por la mayor parte
Nuestras obligaciones
Con las justas y santas relaciones,
Por cuyo medio en la verdad convienen,
No yerran los que siempre las previenen.
Trátase del que es padre, y es preceto
Servirle con amor y con respeto;
Sufrirle si te riñe y te castiga.
Dirás que no es buen padre; considera
La relación forzosa y verdadera,
Y hallarás que te dió naturaleza,
Para que fueses, no para regalo,
Sólo padre; no padre bueno ó malo.
¿Tienes hermano necio é injurioso?
Guardarás tu instituto soberano
Si olvidas lo injurioso, no lo hermano:
Mira lo que es: no mires lo que hace;
Mira á lo que te dió naturaleza,
Y no á su condición, ó su fiereza,

Y está cierto que nadie de esta suerte,
Si no es queriendo, bastará á ofenderte:
Pues sólo entonces sentirás afrenta
En lo que padecieres
Cuando tú por afrenta la tuvieres.
Siguiendo este camino,
Ó con el ciudadano ó el vecino,
Ó el capitán, cumplir podrás tu oficio,
Si en aqueste ejercicio
De tus obligaciones
Pones la vista en estas relaciones.

CAPÍTULO XXX

Debes tener de Dios tales opiniones, que igualmente te conviene lo que te concede como lo que te niega, y resígnate todo en él por ser sumo poder, suma sabiduría, suma justicia, y suma verdad.

De la veneración que á Dios se debe
Es esta la doctrina:
Lo primero, creer que la divina
Majestad vive y reina, y es la fuente
De todo bien; que justa y santamente
Dispone cielo y tierra;
Que dispensa la paz como la guerra;
Que todo lo crió; que lo gobierna
Su providencia eterna.
Así de sus secretos
Siempre tendrás en todas ocasiones
Reverentes y ciertas opiniones,
Y por esta razón determinarte
Debes á obedecerle,
Á seguirle y amarle, y á temerle,
Y debes sujetarte
Á cuanto sucediere, sin quejarte:
Antes debes alegre
Gozar ó padecer lo que te ordena,
De contento ó de pena,
Pues ordena tu gusto ó tu tormento
El sumamente excelso entendimiento,

Que ni puede, ni quiere
Errar en lo que obrare ó permitiere.
Y no hay otro camino
Para seguridad de los humanos
Sino dejar en las divinas manos
Lo que no está en las nuestras,
Y el bien y el mal de cosas aparentes,
Por no incurrir en ciego desvarío,
Ponerle en nuestro juicio y albedrío;
Que si así no lo haces,
Y por bienes ó males
Tienes cosas ajenas y mortales,
Cuando no las alcances,
Será forzoso con la mente ciega
Quejarte del Señor que te las niega,
Y aborrecerle, necio y descontento,
Por autor de tu queja y tu tormento;
Porque es natural cosa
Que hasta los animales
Brutos irracionales
Huyan, por anhelar á su reposo,
De todo lo que tienen por dañoso;
Y, como arrebatados de su engaño,
Aborrecen la causa de su daño.
Así, por el contrario, aman y siguen
Lo útil sólo. y en seguir se emplean
Las causas del provecho que desean;
Porque es cosa imposible
Que alguno se deleite con la cosa
Que le parece dura y enojosa,
Por lo cual muchas veces acontece
Que se enojen los hijos con los padres,
Cuando los niegan daños que apetecen.
¿Qué otra cosa ordenó que se matasen
Polinice y Eteocle, siendo hermanos,
Con actos inhumanos,
Sino juzgar, á costa de su muerte,
Era bueno reinar de cualquier suerte?
Por esto el labrador, y el usurero,
Y el ronco y atrevido marinero,
Cuando lo que codicia se le niega,
Del justo y siempre santo Dios reniega;

Y aquellos despiadados
Que pierden sus mujeres y sus hijos,
Y en ellos su deleite y regocijos,
Porque piensan que á Dios no se le debe
Observancia y amor; que sólo es justo
Cuando les da salud, riqueza y gusto.
Según esto, quien cuida, religioso
Y resignado en Dios, de su reposo,
Que sabe lo que huye y lo que sigue,
Es quien cuida severo
Del respeto que á Dios debe primero.
Celebrar oblaciones,
Ofrecer sacrificios,
Pagar por los divinos beneficios
Primicias, se ha de hacer de la manera
(Pues á ser religioso te apercibes)
Que se observa en el reino donde vives,
Sin ser en esto pródigo ni corto,
Ni encender tu caudal con alegría:
Con cuerpo puro y alma limpia y pía.

CAPÍTULO XXXI

El sabio no recibe turbación con las respuestas del adivino ni del oráculo, porque sabe que si amenazan en él las cosas ajenas, no le tocan; y si las que son propias, que puede usar bien de cuanto le sucediere.

Cuando, supersticioso,
Consultes agorero fabuloso,
Llegarás advertido que no sabes
Lo que los intestinos y las aves
Le parlarán con señas;
Pues afirman que leen en sus entrañas
Del cielo los halagos y las sañas,
Siendo sus caracteres
En las víctimas muertas
Difuntas fibras, con arterias ciertas.
Si filósofo eres,
La calidad de lo que saber quieres
Ya la llevas sabida;

Pues si fuese de cosas que en la vida
Están en mano ajena,
Por sí no puede ser mala ni buena.
Nunca busques curioso al adivino
Con preguntas de casos
Que apeteces ó huyes, pues tus pasos
Es forzoso vacilen, temerosos
Ó de no conseguir lo que deseas,
Ó de que el daño que aborreces veas.
Antes debes creer que todo cuanto
Te adivinare de temor y espanto,
Que no te toca á ti (sea lo que fuere),
Pues cuando sucediere,
Nadie puede estorbarte,
Siguiendo esta doctrina y este modo,
Que, con prudencia, uses bien de todo.
Según esto, bien puedes
Consultar á los dioses confiado,
Y, en oyendo el oráculo sagrado,
Acuérdate con quién te aconsejaste;
Y si á no obedecer te determinas,
Acuérdate desprecias las divinas
Inspiraciones. Puedes á los dioses
Consultarlos del modo y la manera
Que, con alma sincera,
Los consultaba Sócrates, en solas
Las cosas que al efeto
Dudoso, por ajeno é imperfeto,
Su consideración se remitía,
Y que en él tienen la salida y guía,
Ó sobre aquellas cosas
Que, por razón ó arte embarazadas,
No dan lugar á ser consideradas.
Mas cuando se ofreciere
Entrar en el peligro que ocurriere,
Por librar al amigo ó á la patria,
No es menester temello,
Ni consultar los dioses para hacello;
Porque si el agorero declarase
Que la víctima advierte
Destierro, herida ó muerte,
Tú debes oponerle las razones

Que hay para padecer muerte y destierro,
Heridas y castigos,
Por tu nativa patria y tus amigos.
Con el conocimiento
Debes llegar al grande Apolo Pithio,
Pues sabes que del sitio
De su templo sagrado
Echó violentamente, y afrentado,
Al que dejó huyendo
Á su amigo en poder de salteadores,
Debiendo socorrerle
Hasta morir con él, ó defenderle.

CAPÍTULO XXXII

Debes ponerte ley que guardes en las conversaciones, discursos y banquetes, para no infamarte en la demasía vulgar.

Establece contigo
Cierta ley, orden cierta, que tú puedas
Guardar severo en obras y razones,
Ó ya estés solo, ó ya en conversaciones.
Cuida de tu silencio,
Que nunca fué culpable,
Y siempre llaman santo el que es loable,
Y, pues ni puedes ser necio ni loco,
Tendrás mucho cuidado de hablar poco;
Habla lo que es forzoso y es decente,
Y con pocas palabras, brevemente;
Y si las ocasiones te obligaren
Á que hables, tu plática no sea
Vulgar, sucia, ni fea,
De juegos, de mujeres ni de vicios,
Ni de los ejercicios
En que á los gladiatores consideras
Fieras humanas contra humanas fieras;
Ni en caballos, ni en pláticas bestiales,
Ni en banquetes y excesos de glotones
Ocupes tu discurso y tus razones.
De los hombres conviene,

Aun cuando fueren dignos de alabanza,
Hablar poco, despacio, y con templanza;
Que en siendo grande la alabanza ajena,
Da envidia al que la escucha,
Ó por ser alabanza, ó por ser mucha.
Según esto, repara
En la moderación de tus razones,
En las comparaciones
Y vituperios, porque siempre ofenden
Los que las faltas de otros reprehenden.
Si la conversación de tus amigos
Ó familiares va descaminada,
Con bien intencionada
Razón, si tú pudieres, encamina
El error de su intento,
Mostrándote prudente, no violento;
Empero si no fueren conocidos,
Y te ves atajado,
Callarás reportado.
Tu risa nunca sea
Larga, ni descompuesta,
Ni frecuente: sea honesta;
Júzguela en ti la vista: no el oído;
El ademán la muestre enmudecido;
Y, si posible fuere,
Excusa el juramento; y si del todo
No te fuere posible el excusarle,
Porque en esto no excedas,
Excúsale las más veces que puedas.
Evita los banquetes:
No le vendas al rico y poderoso
Tu libertad, tu paz, y tu reposo;
Que, en lugar de convite, es cautiverio
El que cobra el sustento en vituperio.
Mas si te sucediere
Ser convidado, advierte
Que debes de tal suerte
Considerar en todo tus acciones,
Que desprecies vulgares aficiones,
Con modestia y templanza
Dignas de imitación y alabanza;
Porque si á ti se llega

El inmundo, es forzoso
Quedes inficionado
Por el comercio de su trato, y lado.

CAPÍTULO XXXIII

Has de usar de las cosas que sirven al cuerpo, nivelándolas con el decoro y moderación que se debe á la paz y dignidad del alma.

Todas aquellas cosas
Que al servicio del cuerpo son forzosas
Se han de usar y admitir tan solamente
En cuanto se ordenaren
Á la paz del espíritu, de suerte
Que te puedan servir y no ofenderte.
Débeslo platicar en los manjares
Fáciles ó vulgares;
En la bebida excusarás exceso,
Porque enferma la sed y turba el seso.
En vanagloria y pompa de vestidos,
Menos bien apropiados que vendidos,
De cuya demasía
Se burlan la estación caliente y fría:
Si viste el cuerpo, tienes testimonio
Que, en el gasto, desnuda el patrimonio,
Y, por vestirte ricamente un día
(Menos de seda ilustre que de engaños),
Á tu vida desnudas muchos años,
En numeroso cerco de criados,
Enemigos domésticos pagados,
Que, cuando piensas que te sirven todos,
Sin que tu ciega vanidad lo entienda,
De ti se sirven todos en tu hacienda.
Según esto, tú debes
Atajar lo superfluo y lo que sobra,
Pues en pobreza tu dolor lo cobra.
Honesto debes, antes de casarte,
Guardar la castidad, para guardarte;
Empero si te casas
Por acallar desordenadas brasas

De la concupiscencia,
Guardarás, religioso, continencia
Al matrimonio, y usa
Del tálamo y la esposa,
Ya disforme, ya hermosa,
Amante y reverente,
Á la ley de las bodas obediente.
No murmures jamás de los casados,
Que en recíproco amor están ligados,
Ni de los casamientos
Digas donaires, ni refieras cuentos,
Ni te alabes hipócrita injurioso,
Por mostrarte censor de los placeres,
De que ni ves ni tratas las mujeres;
Que, si bien no tratarlas es seguro,
Por tener su belleza
Para nuestra flaqueza
Fuerza de encanto y obras de conjuro,
El que se alaba de que no las trata,
En vez de blasonar acción loable,
Da sospechas de venus más culpable.

CAPÍTULO XXXIV

Debes despreciar los chismes de tu murmuración que otros te refieren, no contradiciéndolos, sino atajándolos con humildad.

Si alguno de los hombres que en el mundo
Sirven de oído ajeno,
Trajinando el veneno
De las conversaciones
Á los mal advertidos corazones,
Porque lo que no oíste ni te toca
Lo oigas de su boca,
Te dijere, vistiendo de advertencia
El chisme: «En mi presencia
Dijo un hombre de ti grandes maldades
Y torpes liviandades»,
Responderás prudente, con sosiego:
«Ese hombre que dices no sabía

La menor parte de la vida mía
Y otros muchos defectos que yo tengo:
Porque, si los supiera,
Con la misma razón te los dijera».

CAPÍTULO XXXV

No se han de frecuentar los teatros de las comedias, y si se oyere alguna, ha de ser con modestia y silencio, sin alabanza ni vituperio.

No frecuentes comedias ni teatros,
Donde la mocedad antes alcanza
Escándalo que ejemplo y enseñanza.
Mas si en ellos entrares,
Entiendan todos de una misma suerte
Que quieres sólo á ti satisfacerte:
Quiero decir que quieras
Que lo que en la comedia sucediere
Sea como su autor lo dispusiere;
Que venza quien la fábula ordenare;
Que obedezca la copla, en el sentido,
Á lo que el consonante la forzare;
Que el indigno de amar goce admitido;
Que venza quien la fábula quisiere;
Que se logre la treta
Que imaginó el poeta,
Y que muera el valiente
Cuando lo ordene el trágico accidente,
Ó el fin de la batalla:
Trata de oirla; deja el disputalla;
Que si así te compones con la gente,
Serás sabio y oyente.
No des voces, palmadas, ni te rías,
Vituperes, ni alabes
La copla humilde ni los versos graves;
Y de lo que has oído y lo que has visto
Tu semblante podrá salir bien quisto.
Y, acabada la farsa,
No censures la traza, ni los versos,
Pues ya fuese confusa, ó poco tersos,

Para tu corrección nada aprovecha,
Y mostrarás envidia, y no dotrina,
Y antes parecerá, por tu cuidado,
Que el verso y la comedia te ha admirado.

CAPÍTULO XXXVI

Si no pudieres excusar el hallarte en las academias ó concursos donde los presumidos leen sus obras, para que se las alaben, las oirás con alegre semblante, y con silencio grave, sin interesarte en aprobación ó vituperio.

Á las conversaciones y academias,
Donde los ambiciosos
De opinión y de títulos famosos,
Con aplauso comprado,
Leen el libro ó poema meditado,
No vayas imprudente,
Ni, llamado, te llegues fácilmente.
Huye en concursos tales
Alabanzas mecánicas venales;
Que si alabas en otro lo que es malo,
Á su ignorancia tu ignorancia igualo;
Y si no alabas lo que alaban todos,
Peligra tu quietud de muchos modos.
Por esto, si excusarte no pudieres
Y el número de oyentes le crecieres,
Guardarás gravedad y compostura,
Y en alegre atención la mente pura,
Sin que de ti se entienda
Otra cosa, por voz ni movimiento,
Sino que fuiste oyente bien atento.

CAPÍTULO XXXVII

Cuando fueres á negociar con grandes ministros, proponte para la imitación suya lo que hicieran en tal caso los mayores varones de que tienes noticia.

Cuando á tratar algún negocio fueres
Con ministro supremo,

Donde el peligro viene á ser extremo
Si la mente confusa, inadvertida,
Del lúbrico poder la senda olvida,
Propondráste primero,
Si á los mismos tratados que tú fueran,
Lo que Zenón y Sócrates hicieran,
Cómo se prepararan;
De qué templanza usaran;
Y, nivelando en ellos tus acciones,
Sin error lograrás las ocasiones;
Pues quien por tal ejemplo se previene,
Hace ó deja de hacer lo que conviene.

CAPÍTULO XXXVIII

Si te fuere forzoso hablar á algún hombre poderoso, para no arrepentirte, vé persuadido á que usará contigo demasías y desprecios.

Si te fuere forzoso
Ir á ver algún hombre poderoso,
Prevendrás, lo primero,
Molestias de la puerta y del portero,
Y llega persuadido
Á que no le hallarás, ó que, escondido,
Te negará la entrada,
Ó que la puerta la hallarás cerrada;
Y que, cuando le halles y te admita,
No hará de ti caso;
Y, si es forzoso el ir, prevén el paso
Á que han de sucederte
Las demasías que el Palacio advierte,
Y no te persuada
Tu presunción que no ha de costar nada,
Pues es fuerza comprar con tu paciencia
Su visita y su audiencia,
Por ser de avaro y necio
Querer comprar y no pagar el precio.
Que quien dice, después de sucedido:
«Si yo lo sospechara,

Lo evitara advertido,»
En arrepentimiento tan ligero
Es tan necio después como primero.

CAPÍTULO XXXIX

Tu conversación no ha de ser demasiada en tus cosas, ni de cosas que ocasionen risa, ni deshonesta, ni has de aplaudir á la que lo fuere.

En las conversaciones
No te alegres contando tus acciones,
Pues aunque siempre tienen gusto todos
De referir sus hechos de mil modos,
De escuchar los ajenos
No gustan ni los malos ni los buenos.
No con lo que dijeres
Ocasiones la risa en el oyente,
Pretensión al filósofo indecente,
Pues envilece el crédito que alcanza,
Y, ridículo y necio,
Menos aplauso adquiere que desprecio.
Y debes excusarte
De oir obscenas pláticas lascivas;
Mas si acaso las oyes
Sin poder excusarlas,
Procura, si pudieres, atajarlas;
Y al que en ellas porfía
Le reprehenderás con cortesía;
Y si reprehenderle no pudieres,
Tu compostura honesta, el vergonzoso
Semblante, y tu reposo,
Y el silencio modesto,
Muestren que no te agrada el deshonesto.

CAPÍTULO XL

Cuando se te representare agradable algún deleite corporal, examina la calidad del breve tiempo en que le gozas, y el arrepentimiento que trae el tiempo después que le gozaste, y vendrás á vencerle, y no ser vencido de él.

Si la imaginación acreditare
Algún deleite, es bien que se repare
Que la imaginación es engañosa,
Porque la fantasía deleitosa
No arrebate tu seso,
Y el apetito se le entregue preso.
Mas antes que consientas persuadido,
Toma tiempo y espacio, y, advertido,
Los dos tiempos trairás á tu memoria
Que examinan los gustos y la gloria:
El uno, en el que gozas de los gustos
Con la solicitud y el sobresalto,
En todo breve y de constancia falto;
El otro, el que, pasados los placeres,
Con arrepentimientos vengativos,
Modestos y violentos,
Desquita en los deleites los momentos,
Cuando de lo que gozas y deseas,
Arrepentido tu elección afeas.
Pues contrapón á aqueste vituperio,
Si del gusto te abstienes,
Las justas alabanzas que previenes,
Alabando en ti mismo
El no precipitarte en tal abismo.
Y cuando se llegare
La ocasión que intentare
Vencerte, opón constante
El pecho de diamante.
Á su halago y blandura
Opondrás la pureza á la hermosura,
Y al favor atractivo,
Triunfante corazón, nunca cautivo;
Y considera cuanto

Es mejor y más santo
Ser sabidor de esta vitoria tuya,
Y gozarla contigo,
Que ofrecerte destrozo á tu enemigo.

CAPÍTULO XLI

No dejes de proseguir en la buena obra, aunque todos te la murmuren, ni prosigas en la mala, aunque te la alaben todos.

Si á hacer alguna cosa
Honesta y virtuosa
Te determinas, hazla claramente,
Sin temer el ser visto de la gente,
Aunque te la murmure el vulgo necio,
Que siempre la virtud tiene en desprecio.
Porque, si mal obrares,
Debes temer, aunque por varios modos,
Tus malas obras las alaben todos;
Y si la acción que haces fuere buena,
No has de temer obrarla,
Aunque todos pretendan reprobarla.

CAPÍTULO XLII

Todas las cosas es verdad que son buenas y malas, dividiendo estas dos cosas, porque las que son buenas para algún fin tuyo, pueden ser malas para otro, y esto debes estorbar.

De aquella misma suerte
Que, dividida, es fuerte
Esta proposición: «Agora es día,
Y agora es noche,» en la filosofía,
Y, uniéndola, no tiene fundamento,
Y es mentiroso y débil argumento,
De la misma manera en el convite
El tomar la mejor y mayor parte
Es bueno para hartarte
Y por satisfacer el apetito;

Pero viene á ser malo y ser delito
Á la conversación bien reportada,
En la cortés comunidad sagrada
Que al banquete se debe,
Donde el que come y bebe
Lo más y lo mejor, sin cortesía,
Es necio y torpe en bruta demasía.
Por esto, cuando fueres convidado,
Más cuenta has de tener y más cuidado
Con el respeto que guardar se debe
Á la casa del hombre que convida
Que con cargar tu vientre de comida.

CAPÍTULO XLIII

Si admites oficio ó cargo que exceda tus fuerzas y talento, te afrentas, y desprecias el que era para ti proporcionado.

Si tomas á tu cargo algún estado,
Oficio, ó dignidad en honra ó bienes,
Que las fuerzas que tienes
Para ejercerle exceda,
Después que tu ambición cargada queda,
Cometes dos delitos:
El uno, gobernarlos con afrenta,
Por tu incapacidad, que los violenta;
El otro, el despreciar aquellos cargos
Que gobernar pudieras,
Si los que son mayores no admitieras.

CAPÍTULO XLIV

El cuidado que tienes en no tropezar ni torcer el pie, caminando, tenlo mayor en no torcer la razón, viviendo bien.

Como tienes cuidado caminando
De no torcer el pie, ó que algún clavo
No le ofenda ó le hiera,
De la misma manera

Debes en el discurso de tu vida
Gobernar, de razón bien asistida,
Tu alma, y atender que no se tuerza,
Ó de grado, ó de fuerza;
Que no tropiece y caiga, ni se ofenda
En los despeñaderos de su senda;
Pues es pequeño daño
Que se tuerza mil veces en un año
El pie (1), ni que le hieras, y tropieces
Cuando camines, otras tantas veces;
Mas torcer la razón al apetito,
Á la codicia y ira,
Es peligro mortal, y no se mira
En evitarle, y todo tu desvelo
Pones en no torcer el pie en el suelo.
Pues advierte que debes, desvelado,
Cuidar en toda acción, en todo estado,
Por pequeño que sea,
De que tu alma no tropiece fea;
Y si á guiar tu espíritu atendieres,
Acertarás en todo lo que hicieres.

CAPÍTULO XLV

Si tu cuerpo es medida de tus deseos y apetitos, y los mides por él, nada demasiado apetecerás.

El cuerpo en cada uno es la medida
De la riqueza y pompa de su vida,
De la misma manera
Que es el pie la medida del zapato:
Propia similitud de lo que trato;
Porque si tú te mides
Con tu cuerpo y razón en lo que pides,
Pretendes ó deseas codicioso,
Serás honestamente venturoso.
Empero si á tu cuerpo no nivelas

(1) En la edición original se omitió, por errata, *el pie*, con lo cual el verso no consta ni hace sentido.

Las riquezas y puestos á que anhelas,
De ti mismo tirano,
Igualmente estarás cargado y vano;
De la manera misma
Que si el zapato excede
Al pie, aunque sea de oro,
Será embarazo antes que decoro:
Porque cualquiera cosa
Que excede su medida
No te sirve, y es fuerza que te impida.

CAPÍTULO XLVI

Los hombres que alaban á las doncellas por hermosas y galanas y bien prendidas, y no por honestas y humildes, son causa que sigan la desorden por la alabanza, y no la virtud.

Como ven las doncellas que los hombres,
Después de catorce años, con los nombres
De damas y de bellas
Las llaman, todas ellas,
Por desear maridos,
Desvelan sus cuidados y sentidos
En afeites lascivos,
Mintiendo con semblantes fugitivos
Resplandores comprados,
Poniendo en los colores bien pintados
Todo su gusto y toda su esperanza,
Por ver que la alabanza
Se la da, por su engaño,
El que idolatra en su beldad su daño.
Según esto, conviene
Alabar la mujer tan solamente
De honesta y de prudente,
De humilde y de callada,
De vergonzosa y casta y recatada;
Porque, viendo que el hombre estima sólo
Su virtud y cordura,
Siga más la virtud que la hermosura.

CAPÍTULO XLVII

Has de usar de las cosas necesarias al cuerpo mirando á la paz y quietud del alma.

Es de grosero y de bestial ingenio
El tratar con cuidado de las cosas
Al cuerpo solamente provechosas,
Como del ejercicio demasiado,
De la gala, el vestido, y el calzado,
De espléndidas comidas,
De exquisitas bebidas,
De comprar la locura
Que en las joyas nos mienten hermosura,
De andar en el caballo más hermoso,
Más bestia que brioso.
De cosas semejantes
Se ha de hacer poco caso,
Y si las usas, ha de ser de paso:
Porque todo el cuidado y el desvelo
En las cosas del alma ha de emplearse,
Para lograr la vida, y por lograrse.

CAPÍTULO XLVIII

De la persona que dice mal de ti, ó te hace mal, debes considerar que él entiende que hace y dice bien, y que no es practicable que haga lo que á ti te parece, sino lo que le parece á él.

Si alguno te ofendiere
De palabra ó de obra, has de acordarte,
Para no alborotarte,
Que piensa que hace y dice bien en todo,
Pues no es posible hacerlo de otro modo,
Ni que diga ni haga
Lo que á su voluntad no satisfaga,
Y lo que quieres tú, sino las cosas
Que su gusto le ofrece
Y lo que á su discurso le parece.

Por esto, considera
Que si ha juzgado mal, que á sí se engaña;
Que solamente á sí se ofende y daña,
Y que si es la verdad dificultosa,
Quien la llama mentira no la ofende,
Sino á sí mismo cuando no la entiende.
Si haces esta cuenta,
Con gran paciencia sufrirás la afrenta
Y la murmuración de tu enemigo,
Y podrás excusarte y excusarle,
Diciendo: «En cuanto mal de mí decía
Siempre entendió que la verdad creía.»

CAPÍTULO XLIX

Tienen todas las cosas dos asas, una sufrible y otra insoportable: en tu mano está, si quieres ser filósofo, asir de ésta y dejar aquélla.

Todas las cosas tienen
Dos asas para asirlas diferentes,
De que usan los necios ó prudentes:
La una es fácil siempre y soportable,
Y la otra terrible,
Difícil y insufrible.
Si te injuria tu hermano,
No extiendas tú la mano
Á la injuria, que es asa que te espanta,
Sino al asa de hermano, que es la santa:
Advierte que es hermano, y es amigo;
Que se crió contigo;
Y si por este lado consideras
En hijos, y en mujer, y en los vecinos,
La injuria, y el error, y desatinos,
Y las acciones fieras,
En cuantos hombres tratas,
Perdonarás las obras más ingratas.

CAPÍTULO L

No te tengas por mejor que otro, por más elegante ó más rico, sino cuando le excedas en buen uso de la razón, ni juzgues temerario los actos exteriores de los otros.

Hay pláticas vulgares
Que en las conversaciones
No sacan verdaderas conclusiones;
Como son el decir: «Yo soy más rico
Que tú: luego también seré más bueno.»
«Yo soy más elocuente:
Luego yo soy mejor que el balbuciente.»
Nada de esto es verdad; que, para serlo,
Debiera de esta suerte disponerse:
«Más rico soy que tú: por esto infiero
Que excede mi dinero á tu dinero.»
«Yo soy más elocuente: es evidencia
Que excede mi elocuencia á tu elocuencia.»
Que el hombre no es hacienda, ni ornamento,
Ni elegancia, en la voz ni en el acento.
Por esto, si tú vieres que se lava
Presto (1) alguno en el baño,
No digas, por tan falso presupuesto,
«Lavóse mal,» sino «Lavóse presto;»
Si bebió mucho vino,
No digas «Bebió mal, con desatino,
Y en exceso indecente;»
Dirás que bebió mucho solamente;
Pues no puedes, no habiendo escudriñado
El interior ajeno,
Decir que es malo, ni afirmar que es bueno.
Debes huir el juicio temerario,
Por ser su efecto, como obscuro, vario,
Y de aquesta manera
Sucederá que alcances fantasías

(1) En la primera edición se imprimió equivocadamente *por esto*, en vez de *presto*, que es lo que exigen la medida del verso y el sentido.

Comprehensibles con afecto pío,
Y que se rinda á otras tu albedrío.

CAPÍTULO LI

No trates materias importantes entre los idiotas, ni te ostentes filósofo, ni te enojes de que te llamen ignorante. Muéstrese tu estudio en el fruto de tus obras, y no en la vanidad de las palabras.

No te llames filósofo ambicioso,
Ni entre los ignorantes
Hables de las cuestiones importantes.
Cuando al banquete fueres convidado,
No trates de la forma y la manera
Que se debe tener en la comida
Que el huésped te previene,
Sino come del modo que conviene.
Acuérdate del arte con que Sócrates
En las cosas que hacía
De ostentaciones vanas se reía:
Buscábanle los hombres presumidos,
Porque los alabase
Tan gran varón; mas él los desechaba;
Y como sus locuras no alababa,
Los ignorantes le llamaban necio;
Mas Sócrates, con ánimo constante
Y modestia triunfante,
Toleraba el agravio y el desprecio.
Por esto, si se ofrece
Entre indoctos tratar grandes cuestiones,
Calla y escucha atento sus razones;
Porque es muy peligroso
Derramar de repente lo que sabes,
Y entre ignorantes los discursos graves.
Y cuando algún oyente te dijere
Que tú no sabes nada,
Y no te acongojares y corrieres,
Entenderás en ese mismo instante
Has empezado á ser buen principiante.
Pues ves que las ovejas no le llevan

Á su pastor al prado florecido,
Á mostrarle la hierba que han pacido;
Antes en el esquilmo, leche y lana
Le enseñan, desquitándole su gasto
En el fruto que dan, cuál fué su pasto.
Tú, por esta razón, no arrojes luego
Tus palabras delante de los hombres
Idiotas, que se pagan de los nombres:
Tus obras saca á luz, que son el fruto
Que, cuando á la razón la boca abras,
Se siga con provecho á las palabras.

CAPÍTULO LII

Si te mortificares por vencer los apetitos, excusa la publicidad y aparta de la hipocresía ambiciosa tus obras y virtudes.

Si te mortificares,
No lo hagas en públicos lugares,
Porque el pueblo lo vea
Y la virtud que tú pregonas crea;
Ni tengas vanidad del bien que haces;
Pues quien por ella neciamente obra
Su mérito en aplausos vanos cobra.
Y si, abstinente, la agua sola bebes,
No en cualquiera ocasión tu penitencia
Refieras, ni publiques tu abstinencia.
Y si, por quebrantar el apetito,
Castigares el cuerpo ó su delito,
Conténtate contigo,
Y con que tu conciencia sea testigo,
Sin querer que otros sepan tus acciones.
Y cuando tus pasiones
Porfiadas te aflijan, no conviene
Andar, para lograr hipocresías,
Abrazando severo estatuas frías;
Que la razón reprime sin rodeo,
Mejor que las estatuas, el deseo.
Y cuando, por vencerte,
Padeciendo de sed demasïada,

Tomes el agua helada,
Si á pesar del pulmón la derramares,
Y, sin beber, con ella te enjuagares,
Á ninguno lo digas;
Basta que á solas la templanza sigas.

CAPÍTULO LIII

El ignorante regula todas las cosas por la fortuna, y el sabio por su alma.

El ignorante y necio se conoce
En que nunca regula sus provechos
Y daños por sí mismo; en que sus hechos,
Sus bienes y sus glorias, una á una,
Las regula por sólo su fortuna.
El filósofo sigue otro camino,
Pues la felicidad de su destino
Por sí y de sí la espera,
Sin depender de cosa forastera.
Son notas y señales
En los bienes y males
Del que va aprovechando,
No alabar adulando;
No reprehender nada;
Á nadie acusa, nada contradice;
De sí mismo no dice
Nada, como de un hombre que no sabe
En quién ninguna cosa buena cabe.
Cuando en alguna acción es impedido,
Á nadie echa la culpa de su pena:
Sólo á sí se condena;
Y si le alaba alguno,
Consigo propio acaba
El reirse del hombre que le alaba;
Y si le vitupera,
No se enoja ó defiende, ni se altera;
Antes con más cuidado,
Como el que estuvo enfermo y convalece,
Atiende desvelado
Á guardar la templanza

Que de la nueva mejoría alcanza,
Porque antes se confirme que se mude,
Y en su cuidado la salud se ayude.
Tiene de sí pendiente
Su apetito, á sus leyes obediente;
Y la fuga la pasa, de las cosas
Que están en nuestra mano en paz serena,
Á las cosas que están en mano ajena;
Tiene á todas las cosas prevenido
Apetito remiso y advertido,
Y no le da cuidado
Ser por necio y idiota despreciado;
Y, por decirlo todo,
De sí mismo se guarda
Con temor voluntario,
Como de un enemigo temerario.

CAPÍTULO LIV

No has de poner cuidado en entender y declarar los libros dificultosos de los filósofos, sino poner el estudio en obrarlos.

Si alguno, porque entiende
Los libros de Crisipo y los tratados
De Aristóteles, doctos y admirados,
Se muestra grave y tiene fantasía,
Dirás entre ti mismo: «Si Aristóteles
No hubiera escrito obscuro,
Y en estilo tan duro,
Éste, que ignora cosas de importancia,
No tuviera soberbia ni arrogancia.»
Empero yo pregunto:
¿Qué son las cosas que saber deseo
Cuando estos libros leo?
Digo que deseara
Entender, si pudiera,
Á la naturaleza, y la siguiera
Para entenderla y ser en ella diestro;
Pido y busco maestro
Que me la enseñe; dice que en Crisipo

Se puede esto aprender; yo me anticipo,
Léole, y no le entiendo;
Busco quien le interprete y le declare,
Logro esta diligencia,
Hallo intérprete, y hallo que la ciencia
No es bastante saberla sin obrarla:
Porque si yo me ocupo en estudiarla,
Y sólo en contemplar las locuciones,
Cláusulas y razones,
Y no pongo por obra lo que aprendo,
Al mismo autor agravio,
Y me quedo gramático, y no sabio.
Sólo se diferencia
El vano estudio de mi inútil ciencia
En que, en lugar de Homero, ingenio raro,
Á Crisipo declaro,
Y paso más vergüenza y más afrenta
Si, cuando alguno dice le declare
Á Crisipo, no puedo, en sus secretos,
Enseñar con mis obras sus precetos.

CAPÍTULO LV

Has de tratar de no mentir, de no obrar mal, no de disputar por qué razones y argumentos y con qué conclusiones y silogismos se prueba que no se ha de hacer lo uno ni lo otro, y menos de inquirir qué es argumento, qué es silogismo, qué es conclusión; y advierte que los más se fatigan en probar por qué no se ha de mentir, sin cuidar de no mentir.

De la filosofía
Es el primer lugar más necesario,
Y el en que más se ocupan de ordinario,
Platicar sus precetos,
Sus dogmas y decretos.
El primero te manda que no mientas,
Ni en maldades consientas;
El segundo nos muestra con razones
Y con demostraciones
Por qué no has de mentir ni hacer maldades,
Robos y liviandades.
El último y tercero

Diferencia estas cosas: lo primero
Dice qué es silogismo, qué argumento,
Qué cosa es entimema, y consecuencia,
Qué es mentira, qué es ciencia.
  Por esto es necesario
Este tercer lugar, por el segundo,
Y el segundo lo es por el primero;
Á cuya causa infiero
Es el primer lugar más importante,
Pues no hay donde pasar más adelante.
Y siendo tal el orden referido,
Del un lugar al otro deducido,
Nosotros lo seguimos y ordenamos
Al revés, pues paramos
En el tercer lugar, y en él perdemos,
Disputando con grande diligencia,
El fruto del estudio y de la ciencia.
Mentimos siempre, y siempre disputamos
Que no se ha de mentir, y lo probamos
Con las demostraciones;
Mas no con la verdad nuestras razones.

CAPÍTULO LVI

Débeste resignar en la voluntad de Dios, y no contradecirla, pues á su mandamiento no puedes resistir.

  En cuanto sucediere,
Esto se ha de pedir y desearse
Por quien pretende al bien encaminarse:
«Guíame, Señor Dios, guíeme el hado
Á lo que está por ti determinado,
Y, pues no es bien que tus decretos huya,
Siempre mi voluntad será la tuya.
Y cuando fuere en algo diferente,
Y no quisiera yo, como indiscreto,
Seguir tu mandamiento y tu decreto,
Haráse, castigando mi porfía,
En mí tu voluntad, y no la mía.»

CAPÍTULO LVII

Quien tiene el ánimo prevenido y compuesto con los acontecimientos posibles hace que su prudencia parezca profecía.

Cualquiera que su espíritu acomoda
Á la necesidad y al hado, es sabio,
Y no es capaz de agravio:
No teme cosa alguna,
Y quita la corona á la fortuna;
Y, pues lo porvenir no le contrasta,
Ni lo que ya pasó le desconsuela,
Viendo que á no volver el tiempo vuela,
Y ni espera, ni teme,
Ni duda, ni porfía,
Parece que alcanzó la profecía,
Y en virtudes morales,
Conocimiento de obras celestiales.

CAPÍTULO LVIII

No se ha de temer al que quita la vida mortal; porque éste puede dar muerte; mas no hacer mal verdadero, ni ofender.

Acuérdate que Sócrates
Dijo muriendo: «¡Oh Crito!
Porque el justo rigor se satisfaga,
Como lo quiere Dios, así se haga.
Bien me pueden quitar á mí la vida
Hoy Anito y Melito;
Pueden hacer que muera, y deshacerme;
Mas no pueden dañarme ni ofenderme;
Que su veneno puede llevar palma
Del cuerpo y de la vida; no del alma.»

CAPÍTULO LIX

No dilates el poner en ejecución los preceptos que encaminan á la virtud, porque cuanto lo difieres dejas de ser hombre.

Dime, pues, ¿hasta cuándo te detienes,
Despreciando al espíritu sus bienes,
En valerte de avisos tan preciosos,
Y hacerte digno de ellos;
Viviendo de tal suerte, que no pases
De lo que la razón te aconsejare,
Ó la santa verdad te declarare?
Ya recibiste los preceptos todos,
Con que debieras tú de muchos modos
Abrazarte, y con ellos defenderte,
Y en tu debilidad fortalecerte.
¿Qué otro maestro esperas
Para desengañarte de quimeras?
Ya no eres niño; ya no eres mancebo;
Pasóse el tiempo de la vida nueve;
Vino la edad madura;
Las canas no es color de la locura.
¿Por qué no haces cuenta de estas cosas,
Y, siendo provechosas,
Las dilatas, llevado de tu engaño,
De un día en otro, de uno en otro año?
¿No ves que no aprovechas ni mejoras
Perdiendo ciego irrevocables horas?
¿No ves que de los hombres más vulgares,
Viviendo en ocio bruto, no difieres,
Pues no sabes si vives ó si mueres?
Determínate ya, para ponerte
En opinión de sabio y de perfeto
Varón, á sola la razón sujeto.
Propón por blanco á tu vivir lo bueno,
Lo perfecto y lo santo;
Lo respetarás tanto,
Que tengas por exceso y por pecado
El quebrantar su límite sagrado;
Y cuando se ofreciere
Cosa que por molesta te ofendiere,

Ó se ofreciere cosa,
Por ser apetecible, peligrosa,
Apresta tu valor á la batalla;
Que igualmente en el bien y el mal se halla,
Mientras vive en la tierra, quien es tierra,
Y apresta tus defensas á la guerra.
Entonces el olímpico certamen
Empieza enfurecido,
Donde volver atrás no es permitido,
Y viene á ser forzoso
El perder ó ganar premio glorioso;
Vencer, ó ser vencido;
Premiado, ó abatido.
Sócrates de este modo
Salió perfecto en todo,
Incitándose así para contiendas
Tales; no gobernando su destreza
Por ajena cabeza,
Sino siempre obediente
Á la razón prudente.
  Tú, pues, de esta manera, aunque no seas
Sócrates, si te empleas
En lo que se empleó, con imitalle,
Sócrates puedes ser; pues para serlo,
Siguiendo la virtud, basta quererlo.

CAPÍTULO LX

Guarda con sumo rigor estos preceptos que, sin gran culpa, no se pueden violar, sin atender á murmuraciones.

  Ten aquestos preceptos
En la misma observancia que las leyes
Tienes de los monarcas y los reyes,
Y advierte que no pueden ser violados
Sin incurrir en culpas y pecados;
Y para obedecerlos, no hagas caso
De los dichos del vulgo novelero;
Que ya dije primero
Que cuidar de ellos es cuidado vano,
Pues no está el acallarlos en tu mano.

POEMA HEROICO

DE LAS NECEDADES Y LOCURAS DE ORLANDO EL ENAMORADO.

DIRIGIDO AL HOMBRE MÁS MALDITO DEL MUNDO

(En *Las Tres Musas últimas,* Musa IX) (1)

CANTO PRIMERO

Canto los disparates, las locuras,
124. Los furores de Orlando enamorado,
Cuando el seso y razón le dejó á escuras
El dios engerto en diablo y en pecado;
Y las desventuradas aventuras
De Ferragut, guerrero endemoniado;
Los embustes de Angélica y su amante,
Niña buscona y doncellita andante.
Hembra por quien pasó tanta borrasca
El rey Grandonio, de testuz arisco,
Á quien llamaba Angélica la Chasca,
Andando á trochimochi y abarrisco;
También diré las ansias y la basca
De aquel maldito infame basilisco
Galalón (2) de Maganza, par de Judas,

(1) Con este poema burlesco, que D. Francisco no llegó á terminar, acaba la segunda parte de sus poesías, dada á luz por su sobrino D. Pedro Aldrete Quevedo, el cual hizo poner esta advertencia al remate: «Este Poema no es de la Musa Vrania; por auer llegado tarde á la Imprenta se puso en este lugar.» Janer recuerda que en la edición de Ibarra (1772) se quiso corregir esta falta, poniéndolo al fin de la Musa VII.

(2) Janer, sin duda por errata, *Galafón.*

Más traidor que las tocas de viudas (1).
Diré de aquel (2) cabrón desventurado
Que llamaron Medoro los poetas,
Que á la hermosa consorte de su lado
Siempre la tuvo hirviendo de alcagüetas:
Por quien tanto gabacho abigarrado (3)
Vende peines, rosarios, agujetas,
Y amoladores de tijeras, juntos,
Anduvieron á caza de difuntos.
Vosotras, nueve hermanas de Helicona,
Virgos monteses, musas sempiternas,
Tejed á mi cabeza una corona
Toda de verdes ramos de tabernas (4);
Inspirad tarariras y chaconas;
Dejad las liras y tomad linternas;
No me infundais: que no soy almohadas;
Embocadas os quiero; no invocadas.
Á ti, postema de la humana vida,
Afrenta de la infamia y de la afrenta,
Peste de la verdad introducida,
Conciencia desechada de una venta,
Ánima condenada, entretenida
En dar á Satanás almas de renta,
Judísimo malsín Escarïote,
Honra entre bofetones y garrote;
Doctor á quien, por borla, dió cencerro
Boceguillas (5), y el grado de marrano;
Tú que cualquiera padre sacas perro,
Tocándole á tu padre con tu mano;
Casado, por comer, con un entierro,
Con que pudiste ser vieja-cristiano;
Que, por faltarte en cristiandad anejo,
Fuiste cristiano-vieja, mas no viejo.
El alma renegada de tu agüelo

(1) Janer, aun cayendo en la cuenta de que no lo decía así la edición original, enmendó: *de las viudas*, con lo que alteró la antigua prosodia de este último vocablo.
(2) En la edición de Janer, *de aquí el*, por lo cual no hace buen sentido el pasaje.
(3) Janer, seguramente por errata, *abirragado*.
(4) Janer, *taberna;* pero así se pierde la consonancia.
(5) *Borceguillas*, en la edición de Janer.

Salga de los infiernos con un grillo,
Con la descomulgada greña y pelo
Que cubrió tan cornudo colodrillo;
Y, pues que, por hereje contra el cielo,
Fué en el brasero chicharrón cuclillo (1),
Venga agora el cabrón, más afrentado
De ser tu agüelo que de ser quemado.
Derrama aquí con unas salvaderas,
Pues está en polvos, todo tu linaje;
Salgan progenitores vendesteras,
Y aquel rabí con fondo abencerraje;
Los bojes, los cerotes, las tijeras,
De quien bufón deciendes y bardaje,
Pues eres el *plus-ultra* desvaríos,
El *non-plus-ultra* perros y judíos.
Atiende, que no es misa la que digo (2),
Y son todos enredos y invenciones,
Y vuelve á mi cantar, falso testigo,
En tus dos ojos cuatro mil sayones;
Perro, con no decir verdad te obligo:
Recibe estas maldades y traiciones
Con la benignidad que urdirlas sueles
Al bueno, que á sesenta leguas güeles.
Cuenta Turpín, maldiga Dios sus huesos,
Pues tan escura nos dejó la historia,
Que es menester buscar con dos sabuesos
Una cabeza en tanta pepitoria,
Digo que cuenta ovillos de sucesos,
Con que nos dió confusa la memoria
Que en las ochas que veis desarrebujo,
Con verso suelto y con estilo brujo.
En la barriga de la blanca Aurora,
En el solar antiguo de los días,
Donde hace pucheros, donde llora
El alba aljofaradas perlesías;
En la parte del cielo más pintora,

(1) En la edición original y en la de Janer, *cuchillo;* mas, por lo que sigue, parece que debe ser *cuclillo*, cuya significación metafórica es bien conocida. Aun el otro vocablo no es impropio, teniendo en cuenta que los cabos de los cuchillos solían y suelen ser de asta.

(2) Janer, *lo que digo*.

Donde bebe la luz sus niñerías,
En el nido del sol, adonde el suelo
Entre sí es, no es, le ve en mal pelo,
Un poderoso príncipe reinaba,
De grande tarazón del mundo dueño (1),
Donde la India empieza, y donde acaba
La murria el sol y la tricara (2) el ceño;
Gradaso el rey que digo se llamaba;
Rey que tiene más cara que un barreño,
Y juega (ved qué fuerza tan ignota)
Con peñascos de plomo á la pelota.
Dábase á los demonios cada instante
(Que era más presuroso que bigardo),
Por adquirir el duro Rey gigante
La fuerte Durindana y á Bayardo;
Ciñe la espada el más feroz bergante,
Y el caballo, por fuerte y por gallardo,
Le tiene otro bribón, que hará tajadas
Á quien los pide, á coces y estocadas.
Recobrar el rocín juró Gradaso
Y á Durindana, en un escuerzo de oro,
Y así, mandó venir paso entre paso
Al indio cisco, tapetado y loro;
Por adquirirlas dejará el ocaso
Manchado en sangre y anegado en lloro;
Á Francia marcha con cien mil legiones,
Y más de la mitad con lamparones.
Más lleva (3) de ochocientos mil guerreros,
Escogidos á mocos de candiles;
Por el calor los más vienen en cueros,
Tapados de medio ojo con mandiles (4);

(1) Janer puso una coma en *tarazón*, con lo cual la tarazón ó el pedazo es del príncipe, y no del mundo, que es lo que quiso decir Quevedo.

(2) Dícelo por la luna, en sus fases de llena, creciente y menguante.

(3) En la edición original y en la de Janer, *Mas lleva*, con lo cual se destruye el sentido de la expresión.

(4) En la edición original, y lo mismo en la de Janer:

Escogidos á mocos de *mandiles;*
Por el calor, los más vienen en cueros,
Tapados de medio ojo con *candiles...*

D. Aureliano Fernández-Guerra pensaba hacer esta enmienda, pues la propuso en nota marginal de uno de sus ejemplares de *Las tres Musas úl-*

Más de los treinta mil son viñaderos,
Con hondas en lugar de cenojiles;
Seis mil, con porras; nueve mil, con trancas;
Las demás, con trapajos y palancas.
  Sólo para vencer á Carlo Mano,
Con tal matracalada á París baja;
Todo el pueblo católico cristiano
Ha propuesto rapársele á navaja.
Pero dejemos este rey pagano,
Que el mar, para venir, de naves cuaja,
Y volvamos á Carlos el torrente,
Que en París ha juntado mucha gente.
  Para Pascua de Flores determina
Hacer una gran justa, y ha llamado
La gente más remota y más vecina;
Mucho del rey potente y coronado;
Vino también inmensa bahorrina,
Y mucho picarón desarrapado;
Que, como era la fiesta en Picardía,
Ningún picaronazo se excluía.
  No quedó paladín que no viniese,
Á puto el postre, á celebrar el día,
Ni moro que ambición no le trujese
De mostrar con valor su valentía:
¡Fué cosa extraña que en París cupiese
Tanta canalla y tanta picardía!
Que todo andante vino asegurado,
Si no fuese traidor ú renegado.
  De España vienen hombres y deidades,
Pródigos de la vida, de tal suerte,
Que cuentan por afrenta las edades,
Y el no morir sin aguardar la muerte:
Hombres que cuantas hace habilidades
El yelo inmenso y el calor más fuerte,
Las desprecian, con rábanos y queso,

timas. Con todo, bien puede ser que Quevedo, por donaire, lo escribiera adrede tal como aparece en la edición original, teniendo en cuenta que las gentes de ínfima clase solían sonarse las narices en el mandil, y que en su tiempo se usaban los mantos de medio ojo, que también llamaban *de candil*, porque, cerrados, tenían alguna semejanza con la piquera de ese utensilio.

Preciados de llevar la Corte en peso.
Vinieron con sus migas los manchegos,
Que, á puros torniscones de guijarros,
Tienen los turcos y los moros ciegos,
Sin suelo y vino, cántaros y jarros;
Con varapalos vienen los gallegos,
Mal espulgados, llenos de catarros,
Matándose á docenas y á palmadas
Moscas, en las pernazas afelpadas.
Vinieron extremeños en cuadrillas,
Bien cerrados de barba y de mollera;
Los unos van diciendo: «Algarrobillas;»
Los otros apellidan á la Vera;
En los sombreros llevan por toquillas
Cordones de chorizos, que es cimera
De más pompa y sabor que los penachos
Para quien se relame los mostachos.
Portugueses, hirviendo de guitarras,
Arrastrando capuces, vienen listos,
Compitiendo la solfa á las chicharras,
Y todos con las botas muy bien quistos;
Vinieron, muy preciados de sus garras,
Los castellanos con sus votoacristos;
Los andaluces, de valientes, feos,
Cargados de patatas y ceceos.
Vinieron italianos como hormigas,
Más preciados de Eneas que posones (1);
Llenas de macarrones las barrigas,
Iban jurando á fe de macarrones;
Los alemanes, rubios como espigas,
Haciendo de sus barbas sus jergones
Y haciendo cabeceras los capotes,
Mullen, para acostarse, sus bigotes.
El rey Grandonio, cara de serpiente,
Barba de Mal ladrón, cruel y pía,
El primero rey zurdo que en poniente
Se ha visto, por honrar la zurdería;
Ferragut el soberbio, el insolente,

(1) En Janer y en la primera edición, *Posones*. Quevedo juega aquí del vocablo *Eneas*, en sus dos significados de nombre propio y especie de juncos de que se hacen los asientos de las sillas.

El de superlativa valentía,
El de los ojos fieros, por lo vizco,
Pues se afeitaba con cerote y cisco.
Vino el rey Balugante poderoso,
De Carlos ilustrísimo pariente,
Recién convalecido de sarnoso,
Hediendo al acrebite y al ungüente;
Serpentín, más preciado de pecoso
Que un tabardillo, Solïer valiente,
Y otros muchos gentiles y cristianos,
Que son en los etcéteras fulanos.
Sorda París, á pura trompa, estaba,
Y todas trompas de París serían;
Aquí el tambor en cueros atronaba;
Allí las gaitas rígidas gruñían;
Á bofetadas por sonar ladraban
El pandero; las calles parecían
Hablar en varias lenguas; cada esquina
Era pandorga de don Juan de Espina.
Pintado está Palacio de libreas;
La ciudad es jardín con las colores;
Ruedan los bocacíes y las creas,
Y en oropel chillados resplandores;
Sobrevestes de frisa y cariseas (1),
Con muchos culcusidos y labores;
De enanos y de pajes hubo parvas;
Cocheros y lacayos, como barbas.
Llegóse, pues, el señalado día
De la justa de Carlos, y á su mesa
Inmensa se embutió caballería,
Con sumo gasto y abundante expensa (2);
Fueron los mascadores á porfía,
(Según Turpín, en su verdad, confiesa,)
Más de cuarenta mil, en una sala
Que llegó de París hasta Bengala.

(1) En la edición príncipe y en la de Janer, *Sobre vestes*, que dista mucho de ser lo mismo; Janer, además, tomando una *ese* por *efe*, leyó *carifeas*, que no es nombre de tela alguna.

(2) Así en la edición original. Probablemente escribiría Quevedo, por licencia poética, *expesa*, en vez de *expensa*, y así no habría este defecto de consonancia.

Los hilos portugueses se gastaron (1)
En solamente tablas de manteles,
Y de tocas de dueñas fabricaron
Tohallas, con ayuda de arambeles;
Siete mil reposteros se ocuparon
En colgar los caminos de doseles;
Hubo escaños, banquetas, bancos, sillas,
Posones y silletas de costillas.
Siete leguas de montes Pirineos
Para las cantimploras arrancaron,
Que con sus remolinos y meneos
Á zorra, como á fiesta, repicaron;
En los aparadores los trofeos
De la sed y la hambre colocaron,
Y cuatro mil vendimias, repartidas,
Temblando estaban ya de ser bebidas.
Hubo sin cuenta cangilones de oro,
Tinajas de cristal y balsopetos
De vidro (2), en que bebiese el bando moro;
Jarros de grande corpanchón, discretos (3);
De talegas de plata, gran tesoro,
Que á las tazas penadas echan retos,
Simas de preciosísimos metales,
Para beber saludes imperiales.
Aparadores hubo femeninos
Para todas las damas convidadas,
Salpicados de búcaros muy finos,
Y dedales de vidro, y arracadas;
Brincos de sorbo y medio cristalinos;
Que las mujeres siempre son aguadas,
Y los gustos que al alma nos despachan,
Y, con ser tan aguados, emborrachan (4).

---

(1) En la primera edición y en la de Janer, de seguro por errata:

Los *hijos* portugueses *le* gastaron...

(2) Janer, *vidrio*.

(3) En la edición de Janer:

Jarro de grande *corpachón* discretos.

(4) Como leyó Janer no hay sentido, ni consta el último verso:

Y los gustos, que al alma nos despachan,
Con ser tan aguados emborrachan.

Como corito en piernas, el tocino
Azuza todo honrado tragadero;
Cocos le hace desde el plato al vino
El pernil, en figura de romero;
Y aquel ante, vilísimo mezquino (1),
De las pasas y almendras, que primero
Se usó con martingalas y con gorras,
Junto á los orejones hechos zorras.
De natas mil barreños y artesones,
Tan hondos, que las sacan con calderos,
Con sogas de tejidos salchichones;
Los brindis, con el parte de los cueros,
Llevan, con su corneta (2) y postillones,
Correos diligentes y ligeros;
Resuenan juntos en París mezclados
Los chasquidos del sorbo y los bocados.
Las damas á pellizcos repelaban
Y resquicio de bocas sólo abrían;
Los barbados las jetas desgarraban,
Y á cachetes los antes embutían;
Los moros las narices se tapaban,
De miedo del tocino, y engullían,
En higo y pasa y en almendra tiesa,
Solamente los tantos de la mesa.
Dábanse muy aprisa en los broqueles
Los torreznos y jarros; tan espesos
Fueron estos combates y crueles,
Que el tocino dejaron en los güesos;
Ochocientas hornadas de pasteles
Soltaron, de pechugas de sabuesos,
Tan colmados de moscas, que fué llano
Que no dejaron moscas al verano.
Reinaldos, que, por falta de botones,
Prende con alfileres la ropilla,
Cerniendo el cuerpo en puros desgarrones,
El sombrero con mugre, sin toquilla;
Á quien por entrepiernas los calzones
Permiten descubrir muslo y rodilla,
Dejándola lugar por donde salga,

(1) En la edición original y en Janer, por errata, *melqueño*.
(2) Janer, *corteza*.

Requiebro de los putos, á la nalga,
Viéndose entre los otros hecho añicos,
Y devanado en pringue y telaraña,
Mirando está los maganceses ricos,
Y al conde Galalón ardiendo en saña;
Guiñaba el Magancés con los hocicos;
Advirtiéronlo bien Francia y España;
El Paladín, que es gloria de las lises,
Se estaba rezumando (1) de mentises.
Dos manadas de suegras no gruñeran
Tanto como él, con la pasión, gruñía:
«Si tantas majestades no lo vieran
(Hecho un Bermejo, el paladín decía),
Presto los convidados todos vieran
Mi valor y tu infame cobardía;
Comiera magancesas carnes crudas,
Porque me dieran cámaras de Judas.»
Á las espaldas de Reinaldo estaba,
Más infame que azote de verdugo,
Un maestro de esgrima, que enseñaba
Nueva destreza, á huevo y á mendrugo:
Don Hez, por su vileza, se llamaba,
Descendiente de carda y de tarugo,
Á quien, por lo casado y por lo vario,
Llamó el emperador *Cuco Canario.*
Era embelecador de geometría,
Y estaba pobre, aunque le daban todos;
Ser maestro de Carlos pretendía;
Pero, por ser cornudo hasta los codos,
Su testa ángulos corvos esgrimía,
Teniendo las vacadas por apodos (2);
Éste, oyendo á Reinaldos, al instante
Lo dijo al rey famoso Balugante.
Díjole Balugante al maestrillo,
Pasándole la mano por la cara:
«Dile al señor de Montalbán, Cuquillo,
Que mi grandeza su inquietud repara;

(1) Janer, *Le estaban resumando:* casi á disparate por palabra.

(2) Las señas no pueden ser más claras, ni tampoco más injuriosas: Quevedo se refiere aquí, como en un donosísimo pasaje de *El Buscón*, al maestro de esgrima Luís Pacheco de Narváez.

Que pretendo saber, para decillo,
Si en esta mesa soberana y clara
Se sientan por valor, ó por dinero,
Por dar su honor á todo caballero.»
Reinaldos respondió: «Perro judío,
Dirás al rey que en esta ilustre mesa
El grande emperador, glorioso y pío,
Honrar todos los huéspedes profesa;
Que, después, la batalla y desafío
Quién es el caballero lo confiesa;
Que, á no tener respeto, las cazuelas
Y platos le rompiera yo en las muelas.» (1)

. . . .

El falso esgrimidor que le escuchaba
En Galalón, su natural vileza,
De mala gana la respuesta daba,
Viendo que en su maldad misma tropieza;
Galalón, que los chismes acechaba,
No levanta del plato la cabeza,
Y el desdichado plato se retira,
Y á los diablos se da de que le mira.
Echaban las conteras al banquete
Los platos de aceitunas y los quesos;
Los tragos se asomaban al gollete;
Las damas á los jarros piden besos:
Muchos están heridos del luquete;
El sorbo, al retortero tras los sesos;
La comida, que huye del buchorno,
En los vómitos (2) vuelve de retorno.
Ferraguto, agarrado de una cuba
Que tiene una vendimia en la barriga,
Mirando á Galalón hecho una uva,
Le hizo un brindis, dándole una higa;
«No tengas miedo (dijo) que se suba
Á cabeza tan falsa y enemiga
El vino; que sin duda estará quedo,
Por no mezclarse allá con tanto enredo.

---

(1) Como este poema es fragmentario, y aquí acaba el primer trozo, el sobrino de Quevedo puso esta indicación: «*Hasta aquí el Autor*»; y luego, «*Prosigue el Autor.*»

(2) En la edición original, *gómitos*.

»Bebe, conde traidor, ó de un cubazo
Desgalalonaré los paladines;»
Y si Roldán no le detiene el brazo,
Acaba en él la casta á los malsines:
Á todos tiene ya cagado el bazo (1),
Y, si no suenan cajas y clarines
Y rumores de guerra no esperados,
Allí quedan sus güesos derramados.
El son alborotó la gurullada:
En pie se ponen micos, lobos, zorros,
Unos con la cabeza trastornada;
Otros desviñan la cabeza á chorros;
En los alegres anda carcajada;
En los furiosos árdense los morros,
La voz bebida, las palabras erres,
Y hasta los moros se volvieron Pierres.
Galalón, que en su casa come poco,
Y á costa ajena el corpanchón (2) ahita,
Por vomitar (3), haciendo estaba el coco;
Las agujetas y pretina quita;
En la nariz se le columpia un moco;
La boca en las horruras tiene frita,
Hablando con los bragas infelices
En muy sucio lenguaje á las narices.
Danle los Doce Pares de cachetes;
También las damas, en lugar de motes;
Mas él dispara ya contrapebetes (4),
Y los hace adargar con los cogotes;
Cuando, por entre sillas y bufetes,
Se vió venir un bosque de bigotes,
Tan grandes y tan largos, que se vía
La pelamela, y no quien la traía.
Y luego se asomaron cuatro patas,
Que dejan legua y media los zancajos,
Y cuatro picos de narices chatas,
Á quien los altos techos vienen bajos;
Después, por no caber, entran á gatas,

(1) Janer, que, á la cuenta, no conocía el modismo, *cargado.*
(2) Janer, como antes, *corpachón.*
(3) En la edición original, *gomitar.*
(4) En la primera edición y en Janer, *contra pebetes.*

Haciendo las portadas mil andrajos,
Cuatro gigantes; que, aunque estaba abierta,
Sin calzador, no caben por la puerta.
  Levantáronse en pie cuatro montañas,
Y en cueros vivos cuatro humanos cerros;
No se les ven las fieras guadramañas,
Que las traen embutidas en cencerros:
En los sobacos crían telarañas;
Entre las piernas, espadaña y berros;
Por ojos en las caras, carcabuezos,
Y simas tenebrosas por bostezos.
  Puédense hacer de cada pantorrilla
Nalgas á cuatrocientos pasteleros,
Y dar moños de negra rabadilla
Á novecientos magros escuderos;
Cubren, en vez de vello, la tetilla
Escaramujos, zarzas y tinteros,
Y, en tiros de maromas embreadas,
Cuelgan postes de mármol por espadas.
  Rascábanse de lobos y de osos,
Como de piojos los demás humanos,
Pues criaban, por liendres de vellosos,
Erizos y lagartos y marranos;
Embutióse la sala de colosos,
Con un olor á cieno de pantanos,
Cuando detrás inmensa luz se vía:
Tal al nacer le apunta el bozo al día.
  Empezó á chorrear amaneceres,
Y prólogos de luz, que el cielo dora;
En doña Alda ajustó los alfileres
Ver un flujo de sol tan á deshora;
Las que tienen mejores pareceres,
Á cintarazos de la nueva aurora,
Con arrepentimientos de tocados,
Parecieron un coro de letrados.
  Clarice enderezó con prisa el moño;
Rizó los aladares Galerana;
Afilóse Armelina de madroño
Contra el rubí, que teme la mañana;
Púsose en arma en ellas el otoño
Contra la primavera soberana;
Acicalan las manos y los labios,

Temblando los bellísimos agravios.
Y ya que su venida dispusieron
Tantos caniculares y buchornos,
Almas y corazones previnieron
Para ser mariposas en sus tornos;
En ascuas todos juntos se volvieron
Antes que los mirasen los dos hornos
Que en las propias estrellas hacen riza
Y chamuscan las nieves en ceniza.
Entraron las dos Indias en su cara,
Y el ahito de Midas en su pelo,
Pues Tibar por vellón se confesara
Con el que cubre doctamente el velo;
Con premio por su plata se trocara
La más cendrada que copela el cielo,
Y, por venirles corto el nombre de ellos,
Ésta se llamó tez, aquél cabellos.
Relámpagos de perlas fulminaba
Cuando el clavel donde las guarda (1) abría,
Y á los que con la risa aprisionaba
Con la propia prisión enriquecía;
Su vista por sus manos la pasaba,
Porque llegue templada, si no fría;
Deja, con sólo su mirar travieso,
Á Carlos sin vasallos y sin seso.
Incendio son las canas imperiales;
La sala y el palacio son hogueras;
Los ojos, dos monarcas celestiales,
Á quien viene muy corto ser esferas;
Pasa con movimientos desiguales,
Ya mirando de burlas, ya de veras;
Ahorrando, tal vez para abrasarlos
Con dejar que la miren, el mirarlos.
Con triste y estudiada hipocresía,
De sus dos llamas exprimió rocío,
Que en los asombros lágrimas mentía:
Tal es de invencionero su albedrío;
Por otra parte, el llanto se reía,
Obediente al hermoso desvarío;

(1) En ambas ediciones, *la guarda*.

Dulce veneno lleva de rebozo,
Disculpa al viejo y ocasión al mozo.
Por todos se reparte sediciosa,
Con turbación aleve y hazañera;
Va, cuanto más humilde, belicosa;
Huye la furia y el temor espera;
Y, con simplicidad facinorosa,
Usurpando vergüenza forastera,
Mezclando reverencias con desmayos,
En la tierra postró cielos y rayos.
Rechina Ferragut por los ijares;
Humo y ceniza escupe el Conde Orlando;
Oliveros la quiere hacer altares;
Reinaldos de robarla está trazando;
Y, en tanto que se están los Doce Pares
Y cristianos y moros chicharrando,
El Conde Galalón sólo se mete,
Por venderla, en servirla de alcagüete.
Detrás de la doncella, de rodillas,
Se mostró bien armado un caballero
De buen semblante para entrambas sillas,
Con promesas de fuerte y de ligero;
Los reyes se levantan de las sillas;
Suspenso está el palacio todo entero,
Cuando, apartando de rubí dos venas,
Estas circes habló y estas sirenas:
«El grito que la trompa de tu fama (1)
Pronuncia por el orbe de la tierra,
Sagrado emperador, á verte llama
Cuantos anhelan premios de la guerra;
La que trocó ser ninfa por ser rama
Y en siempre verde tronco el cuerpo cierra
Los abrazos guardó para tu frente,
Que negó descortés al Sol ardiente.
»No despreció tu nombre los retiros
Donde nací, á llantos destinada (2):
Con él se consolaron mis suspiros,
Y mi temor se prometió tu espada;

(1) Janer, *su fama.*
(2) Así en la edición original de *Las Tres Musas últimas;* pero este verso, por lo flojo, parece impropio de Quevedo.

Dejé ricos palacios de zafiros;
Destiné mi remedio en mi jornada;
Pongo á tus pies las lágrimas que lloro,
Y calzarélos con melenas de oro.
»Uberto de León, mi pobre hermano,
Es este que me sigue sin ventura;
El reino le quitó duro tirano
Que darnos muerte sin piedad procura;
Su castigo y mi bien está en tu mano;
Dame remedio, ó dame sepultura:
Que también es remedio, si se advierte,
Hacer que el desdichado alcance muerte.
»Más allá de la Tana diez jornadas
Oí decir las fiestas que previenes,
Adonde juntas miro y convocadas
Tantas excelsas coronadas sienes;
Donde tantas vitorias como espadas
Y tantos triunfos como lanzas tienes,
Asegurando el premio al que venciere,
De cualquiera nación y ley que fuere.
»Mi hermano, á quien enciende ardor glorioso
De dar á conocer su valentía,
Viene á tu corte, emperador famoso,
A tomar buena parte deste día:
Al moro y al cristiano belicoso,
Que de justar con él tendrá osadía,
Señala campo en el Padrón del Pino,
Junto al sepulcro de Merlín divino.
»Mas ha de ser con tales condiciones,
Aprobadas por todos una á una,
Que, en perdiendo la silla y los arzones,
Quien los perdió no pruebe más fortuna;
El que cayere quedará en prisiones,
Sin poder alegar excusa alguna,
Y el que á mi hermano derribare en tierra
Me ganará por premio de la guerra.
»Hacer podrá mi hermano libremente
Su camino, si alguno le venciere,
Con sus cuatro (1) gigantes y la gente

(1) Janer, por yerro del impresor, *Con cuatro.*

Que en su cuartel y pabellón tuviere;
Yo, escándalo y fatiga del Oriente,
Pagaré la vitoria que perdiere,
Y Angélica será, por Carlo Mano,
Premio del enemigo de su hermano.
»Premio seré, señor, de mi enemigo.»
«No serás—dijo Ferragut rabiando—
Sino de aqueste brazo: yo lo digo,
Y sobra y basta, y mienten aun callando;
No se me da de Satanás un higo;
Á tu hermano estoy ya despedazando;
Y vamos al Padrón desafiados;
Que aun á Merlín me comeré á bocados.»
Uberto dijo: «En el Padrón te espero;
Que no temo amenazas arrogantes.»
—Ya estoy allá,—responde;—darte quiero,
Mancebo, de barato tus gigantes.»
Orlando dijo: «Yo saldré primero;»
Y Galalón, quitándose los guantes,
«No ha de ser esto—dijo—zacapella;
Yo quiero responder por la doncella.»
«No es éste tu lugar,—dijo Reinaldos:—
La cocina te toca, y no la sala,
Pues es tu inclinación revolver caldos;
Vete, conde embustero, noramala;
Y, pues los chismes son tus aguinaldos,
Tu medra enredos, la traición tu gala,
Ponte en aquesa (1) boca dos corchetes,
Ó haré tu sacamuelas mis cachetes.»
Carlos, que vió la grita y tabahola,
Y que Oliveros agarró una tranca,
Revestida la cara en amapola
Y extendiendo una mano y una zanca,
Mandó escurrir á Galalón la bola,
Que á toda furia por la puerta arranca;
Manda que nadie chiste, y, con severa
Voz, á todos habló desta manera:
«Cuando la compasión y la hermosura
Tienen audiencia de tan altas gentes,

(1) Janer, *en aquesta.*

El furor descompuesto y la locura
Infama, no acredita, los valientes;
La suerte ha de ordenar esta aventura,
Y no los desatinos insolentes;
Quéjese de las suertes el postrero,
Y no me lo agradezca á mí el primero.
»Merecida ha de ser, no arrebatada,
Angélica en mi tierra, paladines;
Y no es del todo báculo mi espada,
Ni olvida la batalla en los festines;
También tienen (1) mi sangre alborotada,
Las sospechas del pie por los chapines,
Y no es esto envidiar vuestros trofeos;
Que aún caben en mi edad verdes deseos.
»Y tú, motín de Francia soberano,
Tú, disensión hermosa de mi imperio (2),
Puedes estar segura con tu hermano;
No yo de tu divino captiverio.»
Y, olvidando los años y lo cano,
En quien es el requiebro vituperio,
En lo que está diciendo á la doncella
Se detiene, por sólo detenella.
Ella, con hermosura divertida,
Y con una humildad ocasionada,
En cada paso arrastra alguna vida;
En cada hebra embota alguna espada:
Si mira, cada vista es una herida,
Y cada herida muerte, si es mirada:
Entró en la sala á lágrimas y ruego,
Y salió de la sala á sangre y fuego.
Uberto dijo: «En el Padrón aguardo,
Con lanza en ristre, de mi arnés cubierto.»
Responde Ferragut: «Nunca me tardo:
Date por calavera ya y por muerto.
Si ha de salir primero el más gallardo,
El primero seré, yo te lo advierto,

(1) En la edición original, por errata, *tiene*.

(2) Janer, siguiendo servilmente la edición original, y aun ayudando, con una coma en el segundo verso, á torcer el sentido del pasaje, leyó:

Y tu motín de Francia soberano,
Tu disensión, hermosa de mi imperio,...

Y guárdese la suerte de burlarme;
Que abrasaré la suerte por vengarme.»
  Quedaron atronados de belleza;
Quedó lleno de noche escura el día;
De esclavitud adoleció la alteza;
De yermo y soledad la compañía.
Vasalla fué de un ceño la grandeza:
Vencióla de un mirar la valentía;
Conformáronse moros y cristianos
Á idolatrar la nieve de dos manos.
  Naímo, aunque tenía quebrantada
Del largo paso de la edad la vida,
Sintió la sangre anciana recordada
De la ferviente juventud perdida;
Fué á requerir, con la pasión, la espada,
No se acordó que no la trae ceñida,
Y, en el primero impulso de travieso (1),
Echó menos la espada con el seso.
  No bien la Reina del Catay famosa
Había dejado el gran palacio, cuando
Malgesí, con la lengua venenosa,
Todo el infierno está claviculando:
Todo demonichucho y diabliposa (2)
En torno de su libro está volando;
Hasta los cachidiablos llamó á gritos,
Con todo el arrabal de los precitos (3).
  De ver tan prodigioso desconcierto
En su librillo, á cántaros lloraba;
A Carlos vió despedazado y muerto,
La corte sola, y á París esclava;
Fuéle por los demonios descubierto
Que la falsa doncella que lloraba
Es del rey Galafrón hija heredera,
Como el padre, maldita y embustera;

(1) Janer puso coma después de *impulso*, con lo cual dió á la expresión mal sentido.

(2) Dos palabras donosamente inventadas por Quevedo, para designar los *avechuchos* y *mariposas* del infierno.

(3) Aunque D. Pedro Aldrete en la edición original dice, acabado este verso: *Hasta aquí el autor*, y después, *Prosigue el autor*, no parece que hay solución de continuidad entre esta octava y la siguiente. Por eso no las separamos, como otras veces, con un renglón de puntos.

Que, por su gusto y su consejo, viene
Á repartir ciñaza en Picardía;
Que á su hermano nombró ¡maldad solene!
Uberto de León, siendo Argalía;
Que el padre Galafrón, que tras él viene,
Le dió el mejor caballo que tenía,
Llamado Rabicán, no por el brío,
Mas por ser de un rabí, perro, judío.
Una endrina parece con guedejas;
Tiene por piés y manos volatines,
De barba de letrado las cernejas,
De cola de canónigo las clines (1);
Picos (2) de gorrión son las orejas;
Los relinchos se meten á clarines;
Breve de cuello, el ojo alegre y negro,
Más revuelto que yerno con su suegro.
Dióle un arnés forjado de manera,
Que está más conjurado que las habas;
Y todo, por de dentro y por de fuera,
Se enlaza con demonios, por aldabas;
Y, porque á todos venza en la carrera,
Aunque se amarren al arzón con trabas,
Una lanza le dió que, cuando choca,
Derriba las montañas si las toca.
Galafrón le envió de aquesta suerte,
Porque en todo lugar fuese invencible;
Dióle un anillo de virtud tan fuerte,
Que le hace valiente y invisible;
A tú por tú se pone con la muerte
Y no hay encantamento tan terrible,
Que, si le ve, no haga que le sueñe,
Y que se desendiable y desendueñe.
Y, para que provoque la aventura
Con él, envía á Angélica su hermana;
Que, ofreciendo por premio su hermosura,
La justa es cierta, la vitoria llana;
Enseñándola hechizos la asegura,

(1) Janer, modernizando el habla, *las crines*.
(2) En la edición original y en la de Janer, *pico*.

Y toda la arte mágica profana (1),
Con orden que, en venciendo los guerreros,
Se los remita todos prisioneros.
Visto el engaño, Malgesí tenía
Urdida su venganza extrañamente;
Mas dejémosle, y vamos á Argalía,
Que ya está en el Padrón junto á la fuente;
En el gran llano un pabellón se vía,
Defensa á la estación del sol ardiente;
Por de fuera á la lluvias muestra ceño,
Y por de dentro primavera al sueño.
Hácese fuerte Mayo en estos llanos;
Levántase el verano con la tierra;
Repártense los árboles lozanos
En copete y guedejas de la sierra;
No se vieron jamás con nieve canos,
Vejez que á los verdores hace guerra,
Y en tan bien ordenada pradería
Siempre está mozo el año y niño el día.
Con lágrimas sonoras Filomena,
Cítara de dolor, á los sentidos
Derrama el epitafio de su pena,
En traje de canción, por los oídos;
Narciso, con el agua entre la arena,
Á tierna flor los miembros reducidos,
Muestra el favor del cielo que recibe,
Pues con lo que murió florece y vive.
Corvo el peral, su fruta está temiendo,
Blasón piramidad, para el verano,
Y en su pomo el limón contrahaciendo
Los pechos virginales en el llano;
Está el nogal robusto produciendo
Aradas nueces, y el granado ufano,
Desabrochado, su familia tiende,
Y á la avarienta piña reprehende.
En tronco de esmeralda ramos bellos
Con fruto de oro, con la flor de plata,
Al sol el rostro, á Dafne (2) los cabellos,

(1) Janer quitó la coma que hay después de esta palabra, por lo cual, y dado lo que sigue, más parece verbo que adjetivo.
(2) *Daphe*, por errata, en la edición original.

Siempre verde el naranjo los retrata;
Nevados y encendidos puedes vellos,
Que la fruta y la flor al cielo ingrata
Es á su juventud flagrante nieve,
En que Favonio sus perfumes bebe.
Aquí la vid al olmo agradecido
Celosa esconde en pámpanos y lazos,
Y el tronco, ya galán, y ya marido,
Con las hojas requiebra sus abrazos;
De su corteza amor está vestido,
Los sarmientos dan flechas á sus brazos,
Y los racimos llenos y pendientes
Dan á la sed desprecio de las fuentes.
En pie se alza en medio de los llanos,
Grande jayán de bronce, vedijudo,
De espigas coronado, en cuyas manos
Se muestra corvo arado cortezudo:
El semicapro Pan, entre villanos,
Le nombra religioso pueblo rudo,
De cuya boca negra se deriva
Un arroyuelo de agua por saliva.
Deciende por el pecho, murmurando,
Lengua de plata artificiosamente,
Y las duras vedijas remojando,
Desperdicia en aljófar el corriente;
Llega á los pies de cabra resbalando,
Con ronco son de cítara doliente,
Y, líquido pintor de blanca plata,
En los pies la cabeza le retrata.
Razona la agua entre las guijas bellas;
Con Céfiro conversan ramos bellos;
Cantan los pajarillos sus querellas;
Las hojas callan cuando cantan ellos;
Ellos y el agua, cuando cantan ellas;
Y el pájaro parece al respondellos
Músico que, fiado en su garganta,
Con tres diversos instrumentos canta.
Con atrevida espalda un monte suena
Herido de las ondas, y, fiado
En la ley que está escrita con arena,
Canas iras desprecia al mar turbado;

Al nacimiento de alta y fértil vena
Dura cuna le da por el un lado,
Tan vecino del mar, que un propio acento
Llora su muerte y ríe su nacimiento.
Á la tumba sonora de los ríos,
Líquido monumento de las fuentes,
Lleva con ronco son sus vados fríos,
Y agonizando en perlas sus corrientes;
Descanso de la sed de los estíos,
Que descienden con polvo las crecientes,
Donde, por atender á su lamento,
Le hizo orilla grande alojamiento.
Magnífico domina la llanura,
Árbitro de los mares y la tierra,
Y, con más fortaleza que hermosura,
Menos previene el ocio que la guerra;
Docta igualmente y rica arquitectura
Le corona de almenas y le cierra;
Con él descuida todo el valle el sueño,
Sin recatar de algún collado el ceño.
Es crédito común que dentro habita
De este palacio, ó fuente, ó monumento,
La Mente de Merlín, á quien prescrita
Cárcel fabrica eterno encantamento:
Para quien la pregunta resucita,
Y vive en las cenizas un acento,
Que, siendo lengua del sepulcro obscuro,
Pronuncia las perezas del futuro.
Tal es el sitio, tal la gran llanura
Donde su pabellón puso Argalía,
Y tanta de su bosque la espesura,
Que el sol distila en él pálido el día;
Descolorido con la sombra obscura,
Escasas señas ve de luna fría;
Parece lo demás que el campo cierra
Parte del cielo, que cayó en la tierra.
Angélica enseñaba á ser hermosas
Á las plantas más raras y más bellas;
De sus ojos las flores y las rosas
Aprenden en el suelo á ser estrellas;
Y con las trenzas de oro vitoriosas

Que, libres (1), Jove no se atreve á vellas,
El sol esfuerza el tiro de su coche,
Y se puebla de sol la propia noche.
Al sueño blando se entregó Argalía;
Durmiendo estaba Angélica en el prado;
Á hurto de sus ojos campa el día;
Que, abiertos, le tuvieron congojado;
Los gigantes la guardan á porfía,
Que los tiene la justa con cuidado;
Arden amantes, peñas y corrientes,
Y son requiebros de cristal las fuentes.
Tiene en el dedo el encantado anillo
Donde ligado está todo planeta,
Cuando, con su nefando cuadernillo,
Sobre un demonio bayo á la jineta,
Con las clines de cabo de cuchillo,
Malgesí, con barbaza de cometa,
Apareció, mirando desde el viento
Al sol dormido, al fuego soñoliento.
Vió sobre un tronco á Angélica dormida,
Y que en su guarda están cuatro gigantes,
Y díjoles: «Canalla malnacida,
Vosotros moriréis como bergantes;
Y esta embustera de la humana vida,
Cárcel, delito y juez de los amantes,
Acabará en los filos de esta espada
El intento fatal de su jornada.»
Dijo, y, entre pentágonos y cercos,
Murmuró invocaciones y conjuros,
Con la misma tonada que los puercos
Sofaldan cieno en muladares duros:
Á los Demogorgones y á los Güercos
De los retiramientos más escuros
Trujo, para que el sueño le socorra,
Y á los cuatro gigantes dé modorra.
El hermanillo de la Muerte luego
Se apoderó de todos sus sentidos,

(1) *Libró* dice la primera edición, lo cual no hace sentido. El poeta quiso decir: «Con las trenzas que Jove no se atreve á ver cuando están sueltas duplica el sol su luz, y tiene sol la noche.»

Y soñoliento y plácido sociego
Los dejó sepultados y tendidos:
No de otra suerte el embustero Griego,
Á poder de los brindis repetidos,
Acostó la estatura del Ciclope
En las estratagemas del arrope.
Vase, para triunfar de sus despojos,
Malgesí con la espada á la doncella;
Mas en llegando á tiro de sus ojos,
Se le cae de la mano y se le mella;
En suspiros se vuelven los enojos;
Todo su encanto se aturdió con vella;
Con su hermosura enamorado habla,
Y al fin no sabe ya lo que se diabla.
Encantados se quedan los encantos;
Hechizados se quedan los hechizos;
Son los tesoros que contempla tantos
Como las minas crespas de sus rizos:
Están unos sobre otros los espantos,
Y los rayos del sol parecen tizos;
Los demonios se daban á sí mismos,
Viendo de la belleza los abismos.
Ni alzar los ojos ni bajar la espada,
En éxtasi de amor, Malgesí pudo;
La lengua á su pasión tiene amarrada;
Más parece que está muerto que mudo;
Prueba á dejarla en sueños encantada;
Mas el anillo le sirvió de escudo:
Revocóle el infierno los poderes,
Y todo se encendió de arremeteres.
La espada arroja en tierra, por cobarde;
Por inútil, con ella el libro arroja;
Viendo que no hay gigante que la guarde,
El no embestir con ella le congoja;
Y, porque el luego le parece tarde,
Del manto que le cubre se despoja,
Y, sediento de estrellas y de luces,
Se arrojó sobre Angélica de bruces.
Engarrafóse della, que del sueño
Despierta, con el golpe, dando voces;
Argalía, á los gritos, con un leño
Salió, y á Malgesí machacó á coces;

Ella le araña, y él la llama dueño;
Mas andan los trancazos tan atroces,
Y le muelen el bulto de manera,
Que le vuelven los güesos en cibera.
   Luego que le vió Angélica en el llano
Despatarrado, conoció quién era;
«Éste es el nigromante y el tirano
Malgesí,—dijo;—no es razón que muera;
Sino que, atado por mi propia mano,
Por la mejor hazaña y la primera,
Á poder de mi padre vaya preso,
Donde le quemarán güeso por güeso.»
   Para poder echarle las prisiones,
Á los gigantes por sus nombres llama;
Mas ellos, á manera de lirones,
Roncando están tendidos en la grama;
Tanta fuerza tuvieron las razones,
Tal sueño por sus miembros se derrama,
Que, viendo cómo están, vivos apenas,
Los dos le devanaron en cadenas.
   Liado está de pies y colodrillo,
Sin poder rebullirse ni quejarse;
Al pie de un robre columbró el cuchillo
Angélica, tomóle por vengarse,
Y, viendo al otro lado el cuadernillo
(En que sólo pudiera restaurarse),
Le tomó y, en abriéndole, al momento
Se granizó de diablos todo el viento.
   En demonios la tierra se escondía,
El propio mar en diablos se anegaba,
Y demonios á cántaros llovía,
Y demonios el aire resonaba;
Uno brama, otro chilla y otro pía,
Y, en medio del rumor que se mezclaba,
Dijo una voz que andaba entre los ramos:
«Á tu obediencia cuantos ves estamos.
   »Escoge, pues que puedes, como en peras,
Diablos, y manda.»—«Lo que mando y quiero
—Respondió con palabras muy severas—
Es que con vuelo altísimo y ligero,
Y en volandas, cortando las esferas,
Llevéis este nefando prisionero,

Y, por más que afligido gruña y ladre,
Se le entreguéis á Galafrón, mi padre.»
«Llevarémosle así como lo mandas,
—Un diablísimo dijo,—en dos vaivenes,
Y, como tú lo ordenas, en volandas,
Para el fin y el efeto que previenes;
Colas y garras han de ser sus andas;
Perdona que no va en dos santiamenes,
Porque, como son cabos de oraciones,
No admiten semejantes postillones.»
«En este encantador, diréis le envío
Juntos los embelecos de la corte;
Que, preso el endiablado Mago impío,
No hay espada ni fuerza que me importe;
Que en el anillo que me dió confío,
Y en mi hermano, y su lanza, que es mi norte,
Que todos Doce Pares he de atarlos
Y á cargas remitírselos con Carlos.»
Dijo; y, dando crujidos, al instante,
Malgesí por el aire desparece;
Llegó al Catay, y viéndole delante
Galafrón, le recibe y agradece;
Con el librillo, Angélica al gigante
Que más dormido está desadormece;
Ya deshecho el encanto, ya despiertos,
Se desperezan con los cuellos tuertos.

CANTO SEGUNDO

Sobre el echar las suertes en palacio
Andan los paladines á la morra;
En cédulas se gasta un cartapacio
Con los nombres, y dentro de una gorra
Se mezclan, y en un cofre de topacio,
Que bien labrada plancha de oro aforra,
Los derramó, revueltos con su mano,
La excelsa majestad de Carlo Mano.
Añusga Ferragut, atisba Orlando;
Estáse haciendo trizas Oliveros;
Montesinos se está desgañitando,
Y todos juntos quieren ser primeros:

Á la fortuna están amenazando,
Si los saca segundos ó terceros,
Cuando un niño inocente de mantillas
Á sacar empezó las cedulillas.
  El primer nombre que el muchacho afierra (1)
Astolfo fué, el inglés magro y enjuto;
«Yo soy Astolfo, y soy de Ingalaterra.»
Dijo, dándose al diablo, Ferraguto:
«Miente la cedulilla; si lo yerra
Este muchacho, es hijo de algún puto;
Que yo he de ser Astolfo en todo el mundo.»
Mas el muchacho le sacó el segundo.
  «Ser él primero, y yo segundo, ha sido,
—Dijo,—ser yo primero; que el cuitado
Es un cabillo de hombre bien vestido,
Y es un chisgarabís pintiparado,
Perfeto embestidor, nunca embestido,
Grande persona de pedir prestado,
Y en llegando dará de colodrillo,
Porque no es el justar ser maridillo.»
  Tercero fué Reinaldo el mendicante;
El cuarto fué Dudón, noble guerrero;
Tras él Brandonio, desigual gigante,
Á quien siguen Otón y Berlingiero;
Luego, el invicto Emperador triunfante;
Después de treinta, Orlando fué postrero,
El cual, de rabia de tan mal despacho,
Quiso comerse el cofre y el muchacho.
  Ya el Madrugón del cielo amodorrido
Daba en el Occidente cabezadas,
Y pide el tocador medio dormido
Á Tetis, un jergón y dos frazadas;
El mundo está mandinga anochecido,
De medio ojo (2) las cumbres atapadas,
Cuando acabaron de sacar las suertes
Los paladines, regoldando muertes.
  Era Astolfo soror, por lo monjoso,
Poco jayán y mucho tique mique,

(1) Janer, *aferra.*
(2) En la edición de Janer, por errata, *de medió ojo.*

Y más cotorrerito que hazañoso,
Con menos de varón que de alfeñique;
Vistióse blanco arnés, fuerte y precioso,
Que no habrá cañaheja que le achique,
Por ser el pobrecito tan delgado,
Que parecía un alfiler armado.
En las nalgas llevaba por empresa
Una muerte pintada en campo rojo;
El mote su mortal cerote expresa,
Y dice así: «La muerte llevo al ojo.»
En el yelmo, que cuatro libras pesa,
Lleva, en vez de penacho, un trampantojo,
Un basilisco, un médico y un trueno,
Como quien dice: «Aténgome á Galeno.»
Y, como si supiera gobernallos,
Ú tenerse en alguna de las sillas,
Siempre tuvo la flor de los caballos
Que Bétis apacienta en sus orillas,
Y ni sabe correllos ni parallos,
Agora juegue cañas ó canillas;
Al fin, con voz de títere indispuesta,
El caballo mejor que tiene apresta.
Era morcillo, que á la vista ofrece
Con lumbre de los ojos noche negra,
Que igualmente le adorna y lobreguece,
Cuyos relinchos son truenos en Flegra;
Blanca estrella la frente le amanece,
Que torvas iras de su ceño alegra;
Prolija clin y ondosa, de tal arte,
Que la introduce el viento en estandarte.
Anhela fuego, cuando nieve vierte
En copos de la espuma, y generoso
Solicita los plazos de la muerte,
Igualmente galán y belicoso;
Tan recio sienta el pie (1), hiere tan fuerte
El campo, que parece que animoso
Rubrica en las arenas el castigo,
Ó que cava el sepulcro al enemigo.
Como en torre muy alta y descollada

(1) Janer, *en pie.*

Se columbra un cernícalo y un tordo,
Ó sobre alto ciprés la cogujada,
Ó lobanillo en cholla de hombre gordo,
Así se divisaba la nonada,
Bazucada en los troncos del bohordo;
Corre el caballo, el garabís se enrosca,
Y parece que corre con la mosca.
Triste se parte el justador mezquino,
Si bien la mancebita le provoca,
Y en su copete el Colcos vellocino,
Pues atropella al sol, si con él choca.
Por otra parte, en el Padrón del Pino,
La calavera de Merlín le coca;
En cruces va su cuerpo devanando,
Y tales cosas entre sí pensando:
«Yo soy tamarrizquito y hombre astilla:
Valdréme contra Uberto de la chanza (1),
Y entre los dos arzones de la silla,
No ha de saber hallarme su pujanza;
Sin duda ha de causarle maravilla
El ver solo el caballo con la lanza,
Y ha de pensar de cosa tan extraña
Que es un caballo pescador de caña.
«Yo, en tanto que se admira, presuroso
Daré con él en tierra en un instante;
La mozuela verá mi rostro hermoso,
Y me querrá por dueño y por amante;
De cualquier suerte, yo seré dichoso,
Solamente poniéndome delante;
Del encuentro no tengo que guardarme,
Pues hará más en verme que en matarme.»
De monte en monte va, de llano en llano,
En estos pensamientos divertido;
Deja la sierra á la siniestra mano,
Y sigue el bosque en robles escondido;
Maligna luz del astro soberano
Más espanta que alumbra, y el ruido
Que confunde en rumor el horizonte,

(1) No entendemos por qué puso Janer con mayúscula esta última palabra.

Con los cristales que despeña un monte.
Cansadas de caminos retorcidos
Del río sonoroso las corrientes,
En pacíficos lagos extendidos
Descansan las jornadas de sus fuentes;
Coronados están, como ceñidos,
De sauces y de hayas eminentes;
Tienen por baño y por espejo el lago
La luna errante, el sol errante y vago.
Nada enjuta la luz del firmamento,
El ocioso cristal de la laguna
Arde en trémulo y vario movimiento,
Y en el fondo se ve más oportuna;
Riza espumoso el lago fresco viento,
Que en los golfos pudiera ser fortuna;
Tiemblan las ondas, y, en doblez de plata,
La luna ya se encoge y se dilata.
Mas él, que fía en sola su hermosura
Y antes quiere afilarla que la espada,
Se paró para verse la figura
Y si va la guedeja bien rizada;
Mas no lo consintió la noche escura,
Y así, con presunción desconsolada,
Prosiguió en los galopes y en los trotes (1),
Amoldándose á tiento los bigotes.
Ya las chafarrinadas de la aurora
Burrajeaban nubes y collados,
Y el platero del mundo, que le dora,
Asomaba buriles esmaltados,
Cuando Astolfo, que todo lo enamora,
Llegó al Padrón, y puestos señalados;
Los gigantes, que vieron que venía,
Á cornadas llamaron á Argalía.
Sale y, por verle, cierra los dos ojos,
Puesta (2) encima la mano en tejadillo,
Como quien mira moscas ó gorgojos,
Ú, desde lejos, cucaracha ó grillo;
Y valiéndose, al fin, de los antojos,

(1) *Golpes*, en la edición original y en la de Janer.
(2) Janer, como en la edición original, *Puesto*.

De un cascabel armado vió un bultillo (1);
Enfadóse de velle, y á encontrallo,
Á media rienda, enderezó el caballo.
  Astolfo, hecho invisible, se dispara;
Mas diciendo: «Ox aquí», de un garrotazo,
Despatarrado en tierra dió de cara
Con él, que á toda Francia cagó el bazo (2);
Los gigantes, que ven que no declara
Si vive, ni con pierna ni con brazo,
Para cogerle andaban por los llanos,
Como quien busca pulga, con las manos.
  Leváronle á la tienda de Argalía,
Donde en prisión Angélica le encaja;
Miraba sus lindezas y decía:
«¿De qué puede servir (3) lindo en migaja?
Pizca y hermoso, es todo fruslería;
Mi fuego no se atiza bien con paja;»
Cuando de Ferragut (4) oyó en el cuerno
Todas las carrasperas del infierno.
  Espeluznóse el monte encina á encina;
El sol dicen que dió diente con diente,
Y al duro retumbar de la bocina,
Angélica, las manos en la frente,
Apuntaló (5) la máquina divina;
Demudóse el gigante más valiente;
Afirmóse Argalía en los estribos,
Y apercibió las trastos vengativos,
  Cuando, sobre un caballo más manchado
Que biznieto de moros y judíos,
Rucio, á quien no consienten ser rodado
Los brazos de su dueño, ni sus bríos,

---

(1) Janer puntúa estos dos versos tan desatinadamente como el sobrino de Quevedo:

Y valiéndose al fin de los antojos
De un cascabel, armado vió un bultillo...

(2) Así en la edición original; pero Janer, ó por no entender el modismo y creerlo errata, ó por enmendar la baja y vulgar expresión, hizo decir á Quevedo *segó el brazo*, sin caer en la cuenta de que esta última palabra sale como consonante dos versos después.

(3) En la primera edición, *sentir*. Janer enmendó bien.

(4) Janer, evidentemente por errata, *Cuando Ferragut*.

(5) En la edición de Janer, disparatadamente, *apúntalo*.

Se mostró Ferragut escollo armado,
Bufando en torbellinos desafíos,
Y, con ladrido de mastín prolijo,
Estas palabras, renegando, dijo:
«Daca tu hermana, ú daca la asadura:
Escoge el que más quieras destos dacas;
Tu cuñado he de ser, ú sepultura,
Y los gigantes he de hacer piltracas.»
Uberto respondió: «Mi lanza dura
Castigará tus brutas alharacas.»
«Pues bien te puedes dar por alma en pena,
—Replicó Ferragut,—y alzó una entena.
Muy poco es lo de un toro contra un toro
Para comparación de aquesta guerra;
Mas no bien le tocó la lanza de oro
Á Ferragut, cuando cayó por tierra;
No le quitó la fuerza su decoro,
Sino el encanto que la lanza cierra;
Cual pelota de viento dió caída,
Para saltar con fuerza más crecida.
Un salto dió, que vió la coronilla
Del promontorio del mayor gigante,
Y, desnudas diez varas de cuchilla,
Para Argalía parte fulminante;
El cual, viendo su cólera amarilla,
Le dijo: «Diablo, ú caballero andante,
Según capituló Carlos severo,
Pues que caíste, quedas prisionero.»
—«¿Qué es prisionero, pícaro alcagüete?
Carlo Mano es mi mano y hojarasca;
Cumpla (1) el emperador lo que promete,
Y tú prevén tu vida á mi borrasca.»
Y á los cuatro gigantes arremete,
Como á las caperuzas de tarasca,
Diciendo: «Malandrines y protervos,
Yo os haré albondiguillas de los cuervos.»
Mas los gigantes dieron tal aullido,
Viéndose condenar á albondiguillas,
Que dejaron el campo ensordecido,

(1) Janer, por errata, *Cumple.*

Alzando mazas, troncos y cuchillas;
Angélica, el abril descolorido
Y pálido el jardín de sus mejillas,
Dice: «¿Cómo ha de atarse de algún modo
Éste que es diablo desatado en todo?»
   Argesto, el más robusto y más membrudo,
El primero le embiste denodado;
Luego, Lampordo, gigantón velludo,
Todo de cerdas negras afelpado;
Después, Urgano, el narigón tetudo;
El último, Turlón desmesurado,
Más grueso y abultado que un coloso
Y más largo que paga de tramposo (1).
   Lampordo le arrojó primero un dardo,
Y, á no ser encantado Ferraguto,
Le saca el unto y le derrama el caldo (2);
Mas él, que es tan valiente como astuto,
Tal brinco dió, con ánimo gallardo,
Y tal revés en el gigante bruto,
Que le achicó, dejándole en el llano
Sin piernas; de gigante, medio enano.
   Sin parar ni decir oste ni moste,
Tal cuchillada dió en la panza á Urgano,
Que, aunque la reparó con todo un poste,
Todo el mondongo le vertió en el llano;
No hay lobo que en la carne se regoste
De las ovejas que perdió el villano
Como el sangriento Ferragut se hincha
En los gigantes que descose y trincha.
   Mas en tanto que á Urgano despachurra,
Con un nogal entero enarbolado
Lampordo sobre el yelmo le da zurra
Tal, que á no ser de cascos encantado,
Allí le desmenuza y le chuchurra;
Saltó el yelmo dos leguas destrizado;

---

(1) Alguna otra vez usó Quevedo esta misma comparación, verbigracia, al principio de uno de sus sonetos:

Fué más larga que paga de tramposo...

(2) *Caldo* no es consonante de *dardo* ni de *gallardo;* pero *cardo* no haría sentido.

Quedó con la cabeza descubierta,
Y un bosque apareció de greña yerta.
La boca, como olla que se sale
Hirviendo, espumas derramó rabiosas,
Y, como el rayo de la nube, sale
En culebras de fuego sinuosas;
Embiste fiero con Lampordo, y dale
Por medio de las sienes espaciosas
Tal golpe, que, partiéndole la jeta,
Quedó el medio testuz hecho naveta.
Turlón, que ve los suyos en carnaza,
Hechos tantos, fiando en ser forzudo,
Por las espaldas á traición le abraza;
Mas Ferragut, que siente fuerte el ñudo,
Su cuerpo de un tirón desembaraza;
Saca bastón herrado (1) el monstro crudo,
Y le enarbola en ángulo mazada;
Mas Ferragut le opone recta espada.
Turlón, que sabe poco de destreza,
Con descomunal golpe se abalanza
Á romperle la espada y la cabeza;
Mas Ferragut, que en sueños vió á Carranza,
La espada le libró con ligereza
Y los perfiles de un compás le avanza,
Dándole una estocada por los pechos,
Que los livianos le dejó deshechos.
«Si tienes más gigantes (le decía)
Vengan, ú resucita, infame, aquéstos:
Volverlos ha á matar mi valentía;
Que mis brazos á más están dispuestos.»
—«Contra toda razón (dijo Argalía)
Quebrantas los capítulos honestos;
Date á prisión, pues el concierto ha sido
Que quede prisionero el que ha caído.»
—«¿Qué prisión, qué concierto, ni qué nada?
(Replicó Ferragut con voz de gallo;)
Cúmplalo Carlo Mano si le agrada;
Que yo sólo del cielo soy vasallo.»
Astolfo, á quien la grita alborotada

(1) En la edición original y en la de Janer, *errado*.

Pudo del sueño en su razón tornallo,
Por ver si puede componerlos, sale;
Mas poco en esto, como en todo, vale.
«Dame (le dijo Ferragut) tu hermana;
Que la quiero sorber con miraduras,
Y ha de ser mi mujer, ú esta mañana
Te desabrocharé las coyunturas;
No me gastes arenga cortesana,
Ni me hagas medallas y figuras;
Tu muerte en mis palabras te lo avisa;
No quiero dote: dácala en camisa.»
Argalía, que ve que le desprecia
Y que su honor y su razón ofende,
Que le pide la cosa que más precia,
Que, monstro, el templo del amor pretende (1)
Con cuerpo formidable y alma necia,
En tal coraje el corazón enciende,
Que, olvidando la lanza de mohino,
Junto al Padrón se la dejó en el Pino.
Y viendo su cabeza desarmada,
Le dijo: «Toma un yelmo; que no quiero
Ni he menester llevar ventaja en nada:
Que sé guardar la ley de caballero.»
—«Á casco raso aguardaré tu espada,
(Dijo el descomunal aventurero;)
No quiero yelmo, casco ni casquillo:
Por yelmo traigo yo mi colodrillo.
»Si tuviera lugar, me chamorrara
Este pelo que traigo jazerino,
Y, si fuera posible, me calvara,
Y te aguardara como perro chino.
¿Yelmo me ofreces? Mírame á la cara,
Caballerito del Padrón del Pino;
Que imagino tan muelle tu braveza,
Que aun estoy por quitarme la cabeza.»
Y, diciendo y haciendo, y en volandas,
Salta sobre el caballo, y arremete
Con acciones furiosas y nefandas,

---

(1) En ambas ediciones, destruyendo el verso y el sentido:

Que monstro del templo del amor pretende...

Y como espiritado matasiete (1).
«Yo quiero concederme mis demandas:
Remítome á mi puño y mi cachete;
Tu hermana, á quien yo miro, y que me mira,
Enciende los volcanes de mi ira.»
Ni demonios que van con espigones
Huyendo de reliquias, conjurados,
Ni en la sopa revueltos los bribones,
Ni cañones de bronce disparados,
Ni pleito en procesión por los pendones,
Ni pelamesa de los mal casados,
Ni gallegos en bulla, ni calderas
En choque de vasares (2) y espeteras,
Se pueden comparar con el estruendo
Que resonó del choque y cuchilladas
Con que los dos se estaban deshaciendo,
Á puro torniscón de las espadas:
Las armas, con el sol, están ardiendo,
Y arrojando centellas fulminadas;
Á poder de los tajos y reveses,
En fraguas se volvieron los arneses.
Se majan, se machucan, se martillan,
Se acriban, y se punzan, y se sajan,
Se desmigajan, muelen y acrebillan,
Se despizcan, se hunden y se rajan,
Se carduzan, se abruman y se trillan,
Se hienden, y se parten, y desgajan:
Tan cabal y tan justamente obran,
Que las mismas heridas que dan cobran.
Nube de polvo los esconde ciega,
Que, acortando nublosa el sol y el día,
Hace crecer el suelo con la brega,
Que ardor de los caballos esparcía;
Cólera los ahoga, y los anega
Sudor humoso, blanca espuma fría;
Son, ardiendo en los golpes de sus manos (3),
Dos Etnas, que martillan dos Vulcanos.
Argalía le asienta en la mollera

(1) En la edición original, *mata siete.*
(2) En ambas ediciones, *basares.*
(3) Janer, sin duda por errata, *de su mano.*

Golpe descomunal; pero la espada
Del pelo resurtió, como pudiera
Resurtir de una peña adiamantada;
Vióla sin sangre, y vió la cabellera,
No sólo sana, sino más rizada,
Y dijo con espanto, alzando el hierro:
«Éste, por coronilla, trae un cerro.»
  Cuando con las dos manos, levantado
Sobre los dos estribos Ferraguto,
Para acabar de un lance lo empezado,
Con intento dañado y resoluto,
Sobre el yelmo descarga tal nublado,
Que Angélica previno llanto y luto;
Mas, viendo que no deja en él rasguño,
Un gesto hizo al sol, al cielo un zuño.
  Apártase Argalía con espanto,
Y Ferragut, confuso en su fiereza;
Dijo Argalía: «Si es de cal y canto
Tu greña, hago saber á tu braveza,
Que estas armas que ves templó el encanto.»
—«También templó mi cuerpo y mi cabeza,
(Respondió Ferragut,) y sólo un lado
Encomendó el encanto á mi cuidado.
  »Tu hermana me darás, y sahumada,
Por si el temor ha hecho de las suyas;
Que no respeta encantos esta espada,
Ni te valdrá que charles ni que huyas.»
—«Dártela (dijo) por mujer me agrada;
Mas debes conocer que han de ser suyas
Estas resoluciones: si ella gusta,
Por mí, tu boda acabará la justa.»
  —«Pues ve respailando, y á tu hermana
Dirás que yo la quiero por esposa,
Y que tengo razón, y tengo gana,
Y dirás que también tengo otra cosa.»
Argalía, con maña cortesana,
Dice al Pagano: «Mientras voy, reposa;
Que presto volveré con la respuesta.»
Y partió como jara de ballesta.
  En un daca las pajas á la tienda
Llegó; dijo á su hermana lo que pasa;
Ella que ve la catadura horrenda

De aquel vestiglo, testa de argamasa,
La figura rabiosa y estupenda,
Un demonio con gestos de Ganassa (1),
Que la dan por marido en cuerpo broma,
Ánima zancarrón, por lo Mahoma (2),
  Hilo á hilo, con llanto costurero,
Lloraba maldiciéndose, y decía:
«¿Cómo siendo mi hermano, y caballero,
Siendo Angélica yo, siendo Argalía,
Una fantasma fondos en tintero
Por marido me ofreces este día,
Un hombre tentación, carantamaula,
Que no puede enseñarse sino en jaula?
  »¿No ves aquellas manos, cuyos dedos,
Manojos son de abutagados sapos?
¿Aquellos ojos enguizgando miedos? (3)
¿Los miembros ganapanes y guiñapos?
Blancos los labios son; negros y acedos
Los dientes, entoldados con harapos
De pan mascado, y la color, que espanta,
Con sombras de estantigua y marimanta.
  »¿Éste había de emboscar en mis cabellos
El jabalí que miras erizado?
¿Éste con sus ronquidos y resuellos
Mi sueño bramará puesto á mi lado?
¿Han de pringarse aquestos brazos bellos
En la cochambre de ese (4) endemoniado?
¿Esta postema de soberbia y saña
En mí descansará su guadramaña?
  »Antes, con alto rayo sacudido
De la diestra de Júpiter Tonante,
En las voraces llamas encendido,

(1) Janer, aunque en la edición original vió impreso *Ganassa*, con letra mayúscula, púsolo con minúscula. ¿No tendría noticia del célebre representante italiano Alberto Nazeri de Ganassa, á quien debió mucho el arte de la farsa en nuestra nación, si bien no fuese tanto como supuso su compatriota Tiraboschi?

(2) En la edición original y en la de Janer hay punto al fin de esta octava, con lo cual se deshace el sentido del pasaje.

(3) En ambas ediciones, *niegos*, destruyendo la consonancia. Opinamos que Quevedo escribiría *miedos*.

(4) Janer, *de este*.

Caiga el cuerpo, en incendios relumbrante,
Y el espíritu eterno, desceñido,
Descienda puro y castamente amante;
Descienda, y, enemigo siempre á Febo,
Palpe las sombras del noturno Herebo.
»Las sombras palpe, pues arder clavado,
Constelación amante, no merece,
Ni ser familia al sol, que el estrellado
Pueblo con hacha espléndida enriquece;
Solamente me niega mi cuidado
La muerte, que mi pena le merece,
Porque pueda mejor sentir mi suerte;
Mas en tanto dolor no falta muerte.
»No falta muerte, no; que esta ventura
Tengo, y en esta fe de morir vivo;
¡Oh, qué recibimiento, muerte dura,
Si vienes, presurosa te apercibo!
Vén, cerrarás en honda sepoltura (1)
El fuego más discreto y más altivo
Que ardió humanas medulas (2); vén y cierra
Mucho imperio de amor en poca tierra.
»Cúbrame poca tierra, si espirare,
Pues me será más leve, si muriere,
La que desta desdicha me apartare
Que la que en esta arena me cubriere;
Tú, cielo, contarás al que pasare
El grave caso que tus astros hiere;
Oblígueos el dolor en que me hallo,
Á ti, á decillo; al huésped, á llorallo.»
La risa de la Aurora en sus dos ojos,
En más preciosas perlas, era llanto;
Mas, sintiendo Argalía sus enojos
Y viendo su dolor, la dijo: «En tanto
Que yo viere del sol los rayos rojos,
No temas fuerza, ni poder de encanto:
Yo moriré, yo, Angélica, primero
Que el oro de tus trenzas dé á su acero.»
Restituyóse al alma la afligida

(1) Janer, modernizando el lenguaje, *sepultura*.
(2) *Medúlas*, á la latina, como se decía en el siglo XVII: leído como esdrújulo, el verso no lo sería, por falta de su acento dominante.

Doncella y dijo: «Lo que puede el arte
Disponer con prudencia prevenida
No es bien dejarlo al ímpetu de Marte:
Si mueres, ¿qué más muerte que mi vida,
Sola, y mujer, y en tan remota parte?
Mejor es defenderos con la maña
Que con promesas de dudosa hazaña.
»Vuelve, y dirás al bárbaro tirano
Que antes quiero la muerte que admitillo;
Yo, en tanto que combates al Pagano
En su furor, usando de mi anillo,
Me desapareceré, dejando el llano;
De Malgesí me llevo el cuadernillo,
Y, á la selva de Ardeña conducida,
Aguardaré segura tu venida.
»Presto podrás perderte de su vista,
Si al caballo que riges le das rienda;
Iremos al Catay, adonde alista
Sus gentes nuestro padre, porque entienda
Cuánta dificultad en su conquista
Pone esta casta contumaz y horrenda.»
Dijo, y, viendo la traza bien dispuesta,
Argalía volvió con la respuesta.
Llega y «Daca tu hermana, lo primero,»
Le dijo Ferragut, todo casado.
«No quiere,» respondió. «Pues yo la quiero;
Que ya la tengo un hijo aparejado;
En cuanto dices mientes todo entero;
Tú serás muerto, y yo seré cuñado;
Su marido he de ser, quiera ó no quiera,
Y su dote será tu calavera.»
Tal tirria le tomó, que se abalanza
Para despedazarle á toda furia;
Argalía se opone á su pujanza,
Por defenderse, y por vengar su injuria;
Angélica se vale de su chanza,
Dejando á buenas noches su lujuria;
Vuélvele las espaldas Argalía,
Y, volando, le deja y se desvía.
«Si huyes, gozaré de la chicota,»
Ferragut dijo, y, al volver la cara,
No vió della ni rastro ni chichota;

Que va embolsada en una nube clara;
Hornos ardientes por los ojos brota;
Furioso á todas partes se dispara;
Brama, gime, rechina, ladra, aúlla,
Y en estallidos su congoja arrulla.
«Si al cielo con Mahoma te has subido
(Dijo), yo bajaré á la tierra el cielo;
Si acaso en los infiernos te has sumido,
No se le cubrirá al infierno pelo;
Si en el profundo mar te has zabullido (1),
Con el fuego que exhalo enjugarélo;
Si los diablos te llevan en cadena,
Tras ellos andaré, marido en pena.
»Marido en pena y boda perdurable,
Te seguiré sin admitir reposo,
Hasta que en tu persona (2) desendiable,
Berrïondo, los ímpetus de esposo:
Si en la guerra parezco formidable,
Debajo de las mantas soy donoso;
Si vas volando por los campos verdes,
Buenos diez pares de preñados pierdes.»
Tales cosas, corriendo por los cerros,
Iba gritando, y de uno en otro prado;
Tras él en varias tropas corren perros:
Iba de todas suertes emperrado;
Y, con son de pandorga de cencerros,
Bate al caballo el uno y otro lado,
Le pica y le atolondra á mojicones,
Y el pezcuezo le masca á mordiscones.
«Montes por donde corre ese alcagüete
(Dijo), que no es posible son hermanos,
Sed coroza á su testa y su copete,
Y á los pies della os extended en llanos;
Ninguna seña dellos me promete
La tierra, ni los cielos soberanos;
Pues no puedo alcanzarle en este lance,
Mi maldición y la de Dios le alcance.
»Déjasme en paz y métesme la guerra

(1) Janer, *zambullido.*
(2) Janer, *que tu persona;* mas así el pasaje no hace buen sentido.

Dentro del corazón con tus tramoyas (1);
Ningún paso que das el golpe yerra (2)
En mis entrañas, nuevamente Troyas,
Pues los engaños de Sinón encierra,
Como el Paladïón, tu rostro en joyas;
Tras ti revolveré, con fe prolija,
El mundo, polvo á polvo y guija á guija.»
Y allá va con los diablos, sin camino;
Y, pues él va dejado de la mano
De Dios, siga su loco desatino,
Y volvamos á Astolfo, que en el llano,
Viéndose solo en el Padrón del Pino,
Arrastrando á manera de gusano,
Saca el hocico y todo el campo espía:
Ni á Ferragut atisba, ni á Argalía.
Hállase solo y sale como zorra
Que, hambrienta, á husmo de los grillos anda;
Aquí tuerce la oreja, allí la morra,
Por si rumor alguno se desmanda;
Mas, viendo su persona libre y horra
De prisión y batalla tan nefanda,
Su yelmo enlaza, saca de la estala
Su caballo, y le ensilla y le regala.
Y viendo, acaso, que la lanza de oro
De cierto al pino se quedó arrimada,
Sin saber el encanto, por decoro,
Por compañera se la da á su espada;
Mírala, y dice: «Aquí llevo un tesoro:
De molde me vendrá para empeñada;
No la pienso probar en los guerreros:
Antes pienso probarla en los plateros.»
Monta á caballo, mas tampoco monta:
Que le tiene el caballo, y no le siente;
Y, con temor del bosque, se remonta
Por la campaña á paso diligente.
Lo que ha pasado y lo que vió le atonta;
Cuando, al pasar las vados de un corriente,
Un caballero armado se aparece,

(1) Janer, *sus tramoyas*.
(2) En la edición original, como otras veces, *hierra*, cuya pronunciación era igual á la del otro verbo.

Que todo le espeluzna y le estremece.
Era el señor de Montalbán, Reinaldo,
Que, como era tercero á Ferraguto,
Tras él desde París, sudando caldo,
Se vino con intento disoluto;
«Que amor no estudia á Bartulo ni á Baldo,
»Por ser monarca eterno y absoluto,
»Ni escucha textos, ni obedece leyes,
»Ni respeta las almas de los reyes.»
Á Astolfo reconoce en la estatura;
De Ferragut pregunta los sucesos;
Cuéntale del Pagano la aventura
Y el molimiento de sus pobres huesos;
Cómo Angélica puso su hermosura
En cobro, y que, temiendo los excesos
De Ferragut, huyendo va Argalía,
Y Ferragut siguiéndole á porfía.
Óyele, y, sin hacer de Astolfo caso,
Ni responder, la rienda dió á Bayardo,
Diciendo: «Para el fuego en que me abraso
Poco es correr, pues aun volando tardo;
Matalote juzgara yo á Pegaso
Para seguir al justador gallardo;
Si yo la alcanzo al paso que la sigo,
Á Montalbán la llevaré conmigo.»
Como con la nariz bebe el sabueso
Aliento de las huellas del venado
Y, desvolviendo el monte más espeso,
Las matas solicita y el sembrado,
Así Reinaldo, con mirar travieso,
Registra el campo de uno y otro lado;
Angélica sospecha que es cualquiera
Engañoso rumor de la ribera.
Ya, llamado de sombra que está lejos,
Se precipita con ardientes sañas;
Déjase persuadir de los reflejos
Del sol, porque retratan sus pestañas.
La desesperación le da consejos;
Examina lo opaco á las montañas;
No hay tronco ni caverna que no inquiera,
Y entre fieras la busca como fiera.
Dejémosle siguiendo su deseo,

Y volvamos á Astolfo, que camina,
Y que á París, aunque por gran rodeo,
Hecho un títere armado, se avecina.
En la ciudad entró con el trofeo
De la lanza de oro peregrina;
Encontró con Orlando, que, á la puerta,
Aguarda del suceso nueva cierta.
  Contó como Argalía y la doncella,
Sin saber dónde y cómo, van huyendo,
Y como Ferraguto va tras ella,
Y que á los tres Reinaldos va siguiendo.
Maldice rayo á rayo, estrella á estrella,
Al sol y al cielo, con suspiro horrendo,
Orlando, y dijo en cólera encendido:
«¿Dónde estoy yo, si Angélica se ha ido?
  »Quítateme, muñeco, de delante;
Que te haré baturrillo de un cachete.»
El malhadado caballero andante,
Sin replicar, partió como un cohete.
Á Durindana empuña fulminante,
Y con aliento (1) líquido arremete,
Diciendo: «Si yo gozo sus despojos (2),
Por Durindana ceñiré sus ojos.»
  Cayó muda la noche sobre el suelo,
Sobrada de ojos y de lenguas falta;
Sin voz estaba el mar, sin voz el cielo;
La luna, con azules ruedas, alta,
Hiere con mustio rayo el negro velo,
Maligna luz que la campaña esmalta;
Yace dormido entre la yerba el viento,
Preso con grillos de ocio soñoliento,
  Cuando, para aguardar á que se ría
De sus locuras, ú con él, la Aurora,
Con su cuidado por dormir porfía;
Mas no se lo consiente el bien que adora;
El seso, desde Angélica á Argalía,
Desconcertado, no reposa un hora;
Porque en ansias y penas semejantes,
No sabe el sueño hallar ojos amantes.

(1) Janer, *con el viento.*
(2) Janer, *tus despojos.*

Más lucha que descansa con el lecho:
Vuélvele duro campo de batalla;
Con el desvelo ardiente de su pecho,
Á sí mismo se busca y no se halla,
Y dice: «El sol y el día ¿qué se han hecho?
¿Quieren dejar al mundo de la agalla?
¿Háseles desherrado algún caballo,
Que no relinchan á la voz del gallo?»
Mas, viendo que la tez de la mañana
Ensancha los resquicios diligente,
La cruz besa devoto en Durindana;
Luego del lado la dejó pendiente;
Las armas viste, y de color de grana
Banda en púrpura y oro y plata ardiente;
La sobreseña del escudo quita,
Y el no ser conocido solicita.
Monta á caballo y, ajustado el freno,
Dijo, mirando al cielo: «Claustro santo,
De misterios de luz escrito y lleno,
Argos de oro y estrellado manto,
Favorece las ansias en que peno;
Que yo te ofrezco, si consigo tanto,
Humos preciosos que de mí recibas,
Y en voces muertas, intenciones vivas.» (1)
Dijo, y á todo caminar se arroja
Á buscar el camino sin camino,
Adestrado de sola su congoja
Y arrastrado de amante desatino;
Registra yerba á yerba, y hoja á hoja
El campo, obedeciendo á su destino,
Y sigue, á persuasión de sus cuidados,
Los otros dos, que van descaminados.

CANTO TERCERO

Llegóse el plazo que á la justa había
Señalado el gran Carlos y á su gente;

(1) Reminiscencia de la égloga de las *hamadríades*, de Barahona de Soto, en la cual dice una de ellas:

... Rogamos que recibas,
En voces muertas intenciones vivas.

El Indo le lavó la cara al día,
Y en perlas nevó el oro de su frente;
Con más joyas el cielo se reía;
Ardió en piropos el balcón de Oriente:
Por verle, las estrellas, embobadas,
Detuvieron al sueño las jornadas.

. . . . (1).

(1) *Hasta aquí el Autor*, añadió el sobrino de Quevedo.

1636

LA TOMA DE VALLES RONCES

ROMANCE CON SU COMENTO

Mala la hubisteis, franceses,
125. La caza de Valles Ronces,
Donde los Doce y el *(a)* Trece
No llegaron á catorce (1).
Sin respetar vuestros *(b)* Pares,
Reduciéndolos á nones,
Toda vuestra *(c)* Picardía
Echó don Fernando á doce (2).
¿Qué se hizo en aquel retablo
De títeres galeones,
Con velas de candelero
De tinieblas exteriores (3),
Á quien la mano de Judas,
Con sopapos escariotes,
Suele matar una á una,
Al són de lamentaciones? (4)
Cargados de vendepeines,
Armados de amoladores,
Y de tramposos de queso,
Persecución de ratones (5),

(a) Así en el ms. 3797 de la Biblioteca Nacional, el más antiguo de los que hemos visto de esta composición, y cuyo texto seguimos con preferencia. En el ms. 13341 de la misma Biblioteca, copia nada correcta del siglo XVIII, se lee por error *los trece*, y así lo imprimió Janer. Quevedo alude al rey de Francia Luis XIII.

(b) En Janer, *nuestros*.

(c) Janer, consiguientemente, *nuestra*.

¿Adónde está el Cardenal,
Casamentero *in utroque,*
Con capelo por de Roma,
Y con roncha por de azote? (6)
¡Oh, quién viera á su Eminencia,
De pimiento sacerdote,
Guisar mohatras de reinos
Y potajes galalones! (7)
En lo sierpe y en lo armado
Es retrato de San Jorge,
Si el calendario romano
Manda que lo San le borren (8).
En un cofre jacerino
Suele cerrar *(a)* sus temores,
Advertido *(b)* de que el pueblo
Quiere menearle el cofre (9).
¡Oh, si le viera Luynes
Al *quondam* clérigo pobre,
Almagrada dignidad,
Antecristo de la Corte! (10)
De la Combalet, princesa
Fiambre, ¿qué nuevas corren?
Que al Monsiur su marido
Ofrece *(c)* la muerte en dote (11).
Virginidad achacada
Á impotencias garañones;
Doncella de Parlamento,
Por pleitos y senadores (12).
Memoransi sin cabeza,
Richelieu hidra disforme,
Huérfano con madre el Rey,
Adivine quién le oye (13).
Ojos que la vieron ir
Á la Reina madre entonces,
No la verán más en Francia
Hasta que sea de españoles (14).
El general Bermellón,
Baleta por otro nombre,

(a) En el ms. 13341 y en Janer, *Puede encerrar.*
(b) En el dicho ms., *Advirtiendo;* Janer leyó *Admitiendo.*
(c) *Le ofrece,* en el segundo ms. de la Biblioteca Nacional, y en Janer.

Bonete de punta en blanco,
Hígado de los Pernones (15);
El Veimar catabatallas,
Que en Norlinga dijo «oste»,
Y dejó sus compañeros,
Sin saber cómo ni dónde (16);
La Forza y el Xatillón,
Muy gentil par de hugonotes,
Conquistadores de niñas
Y escaladores de monjes (17);
El Príncipe de Condé,
Risa de los borgoñones,
Que estando en Dola pregunta:
«¿Á dó la que se me esconde?» (18)
El ejército real
De los cincuenta mil hombres,
Que se juntan cada día,
Por soñarse cada noche *(a)* (19);
El de Parma, por el queso,
Famoso entre sorbedores,
Que *parma inglorius alba*
Sale de los escuadrones (20);
Quiquiriquí sincopado,
Gran domador de los odres,
Que, si se llega á Milán,
Amilanado se acoge (21);
El Padre Joseph, que deja
Disciplina y canelones,
Por militar disciplina,
Con su capucho de bronce (22),
¿Adónde han vuelto la grupa,
Sin decir oste ni moste,
Con miedo de que el *per omnia*
In seculorum les corten (23)?
La Capela y Chatelete,
Que pudren, ¡Dios los perdone!
Pues que á Corbie ve pelar,
Su barba París remoje (24).
¿Á como cuesta Lorena,

(a) Falta esta copla en el ms. 3797 de la B. N.

Gabachísimos señores?
Restituir es ahorro;
No le obligen á que cobre (25).
  Los desquites del Thomás
Ya le van costando al doble;
El pagar ciento por uno
No es condición *(a)* de ladrones (26).
  Las tres lises que ajustaron
En nuestra España sus flores,
Aire alemán las marchita
Y manchegos regañones *(b)* (27).
  ¿Á qué les sabe Galasso?
¿Cómo va de coscorrones?
¿Juan de Uvert no les acuerda
El *Parce mihi* del bosque? (28)
  Picolomini les trilla
Y les siega con sus trotes,
Y, á pura caballería,
Manda la campaña á coces (29).
  Con la grana del Marqués
Han de quedar uniformes
Cardenales cuantos bugres *(c)*
Ladran al Imperio gozques (30).
  No lo vieron en Valencia,
Donde aquel glorioso joven
Á tres ejércitos hizo
Retirar á pescozones *(d)* (31).
  El Cristianísimo piensa
Que la virtud de sus toques *(e)*
Ha de sanar de los sacos
Como de los lamparones (32).
  Sin hígado por lo ajeno
No es cordura echar el bofe,
Ni porque en su muladar
Canten los gallos, se entonen (33).
  Que el águila que al sol mira

(a) *No es estilo*, en el segundo ms. y en Janer.
(b) Falta esta copla en el ms. más antiguo de la Nacional.
(c) *Buitres*, sin duda por honestidad, en el segundo ms. de la Nacional, y en Janer.
(d) Falta esta copla en el ms. más antiguo.
(e) *Su estoque*, en el segundo ms. y en Janer.

No aguarda remifasoles,
Y en las plumas de sus alas
Son de batir los cañones (34).
  Muy desconcertadas andan
Las horas de sus relojes,
Pues siendo todas menguadas,
Quiere que en ellas les sobre (35).
  Todo lo que les escribo
Es zumo de relaciones,
Exprimido de corrillos
En el coche de los pobres (36).

DEDICATORIA Y COMENTO ANÓNIMOS.

Señor: La sátira picante y burlesca de Valles Ronces y sutileza de su autor, por este respeto, y por ser uno de los papeles curiosos con que V. enriquece este mi pobre archivo, me pareció cosa de particular curiosidad el comentalle. Conozco mi rudo ingenio, falta de elegancia y erudición, y conozco que se necesitaba de otro caudal que el mío, y servirá á mis descuidos de reparo y á mi osadía de escarmiento, si bien á riesgo de mi crédito, sujetándole á toda censura. Con todo esto, codicioso y alentado por renovar á la memoria parte de las esclarecidas victorias que los invencibles españoles y demás naciones amigas en su ayuda consiguieron de los franceses en Flandes, en la Picardía y en los confines del Estado de Milán, en los años pasados de 1635 y 1636. Cuidado ha costado su explicación, porque los más de los versos comprenden en sí una historia; y como el autor no la va continuando, antes la divide y desune á su propósito, acomodando sus asuntos, para medir y llenar sus versos, es fuerza que el comento haya de seguir á su autor, y á mí preciso el dar principio á una historia ó asunto en el párrafo segundo, y hacerla fenecer en el 23, y en esta conformidad las demás; cosa con que quedan menos agradables los períodos y su lectura. Bien me he estrechado dentro de los límites de toda breve-

dad, cercenando las historias y poniendo lo más esencial, pues que conozco que los cuerdos hacen aprecio de la fuerza y verdad, y no de la prodigalidad. Remítole á Vmd. y le pongo en sus manos para que le vea y enmiende, que confieso lo sabrá hacer con muy aventajado acierto quien en todas materias es tan eminente y en ellas tiene tan realzados discursos, y yo quedaré advertido y alentado con este favor para emprender mayores trabajos. Y no pido aplauso de cosa tan menuda, pues no lo merece, antes doy licencia para ser reprendido de mi atrevimiento. Dios guarde á Vd. los años que puede, con los acrecentamientos que yo deseo á su casa, cuya mano beso.

(1) El autor, burlando de los franceses, les acuerda la memorable rota que los españoles les dieron en los valles de Bazán y de Ezqua, junto al monasterio de Ronces Valles, en tiempo de su emperador Carlo Magno, y ahora les dice la caza de Valles Ronces. Dícelo el autor por la entrada que hicieron los mariscales de Chatillón y Breza en el país de Brabante, con un ejército de 35.000 infantes y caballos, en el año pasado de 1635, y habiéndose juntado con el ejército de Holanda, que se componía de 13.000 infantes y caballos, á cargo del Príncipe de Orange; después de otras diligencias militares sitiaron á Tilimón y la entraron; la inhumanidad que allí se usó ya se sabe. Y aunque estaba el señor Infante Cardenal entre Lovaina y Tilimón, con un ejército la mitad menor que el suyo, no se atrevieron á acometerle y partieron los enemigos la vuelta de Bruselas, que reconocido por el señor Infante, dejó en Lovaina á Monsieur de Gravedón, gran soldado de experiencia militar, con 4.000 infantes para que la defendiese, y con el resto del ejército se entró en Bruselas para defenderla, caso que el enemigo la acometiese, el cual, víspera de San Juan, hizo frente á la ciudad, no para acometerla, sino para que por la espalda del ejército pa-

sase la artillería y bagaje, que reconocido por el señor Infante Cardenal, salió de la ciudad con muy lucidas tropas de infantes y caballos, y con gallarda bizarría acometió al enemigo, y en las escaramuzas (que fueron muy apretadas) les degolló 2.500 infantes y caballos, sin gran cantidad de heridos y prisioneros, y con muy ricos despojos se entró en la ciudad. El enemigo se retiró y caminó la vuelta de Lovaina, que sitió otro día después de San Juan, y habiendo el enemigo atrincherado sus cuarteles, y dando valiente y fuerte ataque á la ciudad, el esforzado y valiente Gravedón, soldados y burgueses, estudiantes y frailes, la defendieron con gran valor y constancia, sin dejar que el enemigo se adelantase un palmo de terreno, que, para ser lugar abierto, fué la más gallarda resistencia que en nuestros tiempos se ha visto. En esta ocasión llegó al campo y á la presencia del señor Infante Cardenal el conde Picolomini, que en la vanguardia de un lucido ejército traía 4.000 corazas, 3.000 croatos y 2.000 dragones. Coloredo, que venía en la retaguardia, llegó otro día con 3.000 croatos y 15.000 infantes, socorro que de Alemania envió el Emperador. El francés y holandés, no habiendo ganado cosa alguna en el sitio, antes perdido mucha gente en las escaramuzas, y no habiendo tenido efecto una mina que el holandés había dado fuego, levantaron el sitio con tanta priesa, que, reconociéndolo Gravedón, salió con sus soldados, estudiantes y burgueses, y apretando al enemigo en la retaguardia con tan bizarro ataque, que les degollaron 3.000 infantes y caballos, con más de 1.500 infantes y caballos prisioneros y heridos, la mayor parte de cabos del ejército y señores de cuenta. Esto sucedía en tiempo que el señor Infante Cardenal con todo su ejército los acometió, y atajando el paso al enemigo con toda la caballería y los fortísimos croatos, les degolló de 9 á 10.000 infantes y caballos, y atacándolos con gallarda disposición, quedaron desbaratados de todo punto, y, desamparados

del holandés antes de tiempo, cedieron al valor de aquel esclarecido joven y sus fortísimos soldados, y se dividieron en diferentes tropas, y los villanos del país, rabiosos del mal trato que habían recibido de los enemigos, irritados del saco de Tilimón, andaban á caza de ellos, como si fuera de conejos, y á todos les cortaban las orejas. Tomáronse gran cantidad de armas, bagajes y municiones y 17 piezas de artillería. Vinieron en el ejército francés 1.500 caballeros aventureros con su acostumbrada gala y bizarría, y todos perecieron, porque queriendo 500 de ellos retirarse á Francia por el país de Luxemburg, Monsiur de la Motera tuvo noticia del camino que llevaban y los alcanzó, y les dió tal mano, que sólo escaparon 13, pagando todo este ejército los sacrilegios y atrocidades inhumanas que cometieron en Tilimón. Y éste es uno de los primeros desquites del príncipe Thomás, como apuntaremos en el párrafo 26. Ésta fué la caza de Valles Ronces, donde los Doce Pares de Francia y los Trece de Holanda, no llegaron á 14; esto es, en comparación del valor español y destrozo que se hizo en todos.

(2) Parece que el año siguiente de 1636, habiendo S. A. el Sr. Infante Cardenal juntado el mayor ejército que vieron jamás aquellos países, hizo tres trozos: el uno dejó contra los holandeses, y el otro en el país de Flandes para abrigo de aquellas plazas marítimas, y con el tercero, que se componía de la más lucida gente, en número de 18.000 infantes y 18.000 caballos de todas las naciones, de los señores el príncipe Tomás de Saboya, duque Carlos de Lorena y su teniente el valiente conde Juan de Uvert, y los condes Juan de Nasao y Picolomini, y otros muy insignes y valientes caballeros, con los cuales entró en Francia por la provincia de la Picardía, haciendo las más insignes y memorables hazañas que hasta hoy han visto los nacidos, como diremos adelante en el párrafo 23, 24 y 28, con tan

gran mortandad de los franceses, que dice muy bien el autor que todos los Pares de Francia fueron reducidos á nones; yo digo á ningunos.

(3) Retablo de títeres galeones llama el autor á aquella poderosa armada que el año pasado de 1636 condujo el Francés con ayuda de los holandeses, con voz tan prevenida y ostentación tan vana, que causó asombro en la Europa, y dió bien que pensar en estas provincias; pues habiendo navegado tres meses á vista de muchos puertos de S. M. (Dios le guarde), no obró cosa alguna, y habiéndose reforzado en Tolón con gran cantidad de bastimentos y embarcado 2.000 infantes para infestar la Italia y á Génova, acometió el puerto de Mónaco, y habiendo entendido este designio el bizarro y valiente soldado Duque de Fernandina, previno este daño y se entró en él con 40 galeras y dos galeazas de que al presente era general, dejando el armada francesa burlada, la cual se deshizo como el humo ó como las tinieblas, quedando su Rey desahuciado de los intentos y pretensiones de Italia, como diremos en el párrafo 21, cuando tratemos del Duque de Criqui.

(4) Esta cuarteta, ó está errada, ó no alcanzo su significación. Sólo comprendo que toda esta máquina de armada se puede deshacer á puros sopapos, y éstos con la mano de Judas, aquélla de palo que en las tinieblas mata las candelas al compás de los salmos y lamentaciones, salvo si el curioso lector le da otro sentido y más conveniente aplicación, porque á los versos burlescos siempre se le acomodan diferentes explicaciones.

(5) Á mi entender, hace burla el autor de los soldados que venían en esta armada: llámalos vendepeynes, por otro nombre, buhoneros de Castilla; amoladores, que son estos gabachos que andan por las calles amolando en ca-

rretoncillos, y á otros (con más comodidad) maestros de ratoneras, laberinto donde perecen tantas ratas y ratones. Ahora, dice el autor: «¿Qué se podía conseguir con armada que traía tal gente por milicia? Gente es que viene bien apercibida de barriles, no de los de Marte, sino de los de Baco: que gustan esta pólvora muy bien.»

(6) Pregunta el autor por el Cardenal de Richelieu; éste es aquel gran ministro privado del cristianísimo Rey de Francia. Llámale casamentero *in utroque* porque, estando casado el Monsiur Duque de Orleans, hermano del Cristianísimo, con la princesa Madama de Lorena, hizo el Cardenal grandes y no imaginadas diligencias para disolver este matrimonio, para casarle con su sobrina la viuda de Monsiur de Combelet. Y no habiendo tenido efecto, por la gran repugnancia del Monsieur, quedó picado el Cardenal, y luego trató de descasar al duque Francisco de Lorena para casarlo con esta su sobrina, y hallándose desahuciado por la gran resistencia que el duque Francisco hizo, quedó perdido de paciencia y con ánimo de destruir al Duque, como lo hizo, empezando por sus Estados, y teniendo presa en París á Madama, mujer de Carlos, duque de Lorena, el Cardenal se valió de todos los medios imaginables para reducirla á que consintiese en la nulidad del matrimonio del duque Carlos su marido, y que cediese á la Francia los derechos que ella podía tener sobre la Lorena para dárselos á Monsiur de Mellezay, con quien el Cardenal la pretendía casar para ponerle en la cabeza la corona de Lorena. Por estos casamientos, y otros muchos que ha intentado con atroces é inhumanas diligencias, le llama el autor casamentero *in utroque*, que para tratar unos y deshacer otros debía de tener bula del Gran Turco, ó había sacado tales preceptos del Alcorán de Mahoma, ó juzgo que en su mocedad estuvo en Ginebra, y en aquella infernal cátedra donde se enseña el puro Calvinismo debió

aprender estos dogmas, por lo cual merecía se le hiciesen muchas ronchas á puros azotes.

(7) La púrpura que viste el Cardenal quisiera el autor vérsela trocada en pimientos, y verle con ellos hacer una figura de obispete en una máscara. Llámale mohatrero de reinos por los embustes, tramas y embelecos que está maquinando por ver un reino en los de su sangre. Llámale cocinero por los muchos potajes que inventa, marañas y embelecos que está haciendo cada día. Llámale Galalón porque es el mayor traidor que ha tenido la Francia, y mayor traidor que el otro Galalón que vendió al emperador Carlo Magno y á sus Pares, do perecieron todos en la famosa de Roncesvalles, en tiempo del rey don Alonso el Casto y segundo entre los reyes de Oviedo.

(8) Con justísima razón le llama sierpe el autor, si bien le podía llamar el tirano mayor de la Francia, escándalo de Italia, cisma de Alemania, cizaña de Holanda, discordia del Septentrión, ruina, castigo y destrozo del cristianismo, aborto fatal de la naturaleza, monstruo racional, compuesto de hombre y de fiera. El que se hizo consagrar por obispo, engañando á la Santidad de Paulo V con hacerle creer que tenía edad suficiente para aquella sagrada dignidad; después, pidiendo absolución al Pontífice, le oyeron decir á su Beatitud, la mayor parte del Colegio de Cardenales, que reconocía en sus acciones que si vivía sería rayo pestilencial y abrasaría todo cuanto topase, profecía dicha de tan santísimo Padre. Este nuestro Cardenal, tan soldado que presume y tiene por gala y lozanía el andar armado de punta en blanco como lo está San Jorge, menos lo *San*, que éste se le ha de quitar, aunque sea en el versarle *(sic)*.

(9) Muy grandes son los temores que trae consigo

este monstruo ambicioso, porque, no contento con ser obispo, cardenal, duque, par, almirante, condestable, gran canciller, primer ministro, guarda mayor de los sellos, superintendente de las finanzas, de la navegación y comercio, gran maestre de la caballería, secretario de Estado, gobernador de treinta plazas, abad de treinta abadías, capitán de 200 hombres de armas y de otros tantos caballos ligeros que sirven de guardar su persona, capitán general y lugarteniente de la persona Real en todos sus ejércitos, ha dado en perseguir la nobleza de Francia. La púrpura romana que viste está rociada en sangre de la Francia á manos de sus iras; en seis años han sido degollados y muertos con muertes atrocísimas más de 800 príncipes y caballeros generosos, no por delitos, más de por fortalecer su privanza, cuyas familias todas tiene por enemigas. Y para entronizar los suyos ha desterrado del palacio real los héroes más soberanos, y en su lugar ha sustituído hombres foragidos, viciosos y traidores. Por todo lo referido y por sus grandes tiranías, se necesita á vivir vigilante, y el más tiempo del año encerrado en el fuerte castillo de la Bastida, para asegurarse de enemigos domésticos y extraños; temeroso ha consultado astrólogos de la razón natural, y los que observan los aspectos de Saturno y Marte le pronostican muerte funesta, sangrienta y breve. Por todos estos recelos tiene ocupadas las más fuertes plazas de la Francia, y en los puertos marítimos sus riquezas para escapar fugitivo si las estrellas cumplen lo que pronostican. Hartas veces el Cristianísimo lo ha tenido guardado, por temor de la furia popular, que le ha querido menear el zarzo.

(10) Este es aquel gran Monsiur Duque de Luynes, conocido y tan envidiado en la Francia, por la mano que tuvo y privanza que alcanzó con Enrique el Grande, y mayor con la Reina estando viuda. Este Cardenal, siendo un

estudiante pobre, el Duque, por hacerle caridad, mandó le recogiesen en casa y le diesen ración, y teniéndole voluntad (para desdicha de la cristiandad), le acomodó con la Reina madre, Regente de la corona de Francia; de allí, con maña é inteligencia, hipocresía y entretenimiento (que suele ser lo que hace más lugar en los palacios), y con favor de la Reina Madre y Duque de Luynes, se hizo consagrar por obispo, y por sus grados subió á la grandeza referida en el párrafo antecedente; y habiendo tenido por origen su nacimiento un oficial de la curia eclesiástica, que en España decimos notario, no considerando que de humilde hisopo había subido á ser Líbano eminente, desvanecido y con informaciones supuestas se ha buscado abuelos augustos y coronados ascendientes; en Francia ha maquinado atrocidades y sacrilegios, corrompiendo los senadores, maleando las leyes, y atropellando por la equidad, para llevar adelante sus designios, vanidades, manifestaciones y artificios para coronar su sangre, juzgando por tan fácil hacer reyes á sus sobrinas como á sus abuelos: sus sobrinas desprecian todo lo que no es reyes para maridos; sus deudos todos están en vanidad real. Por lo cual dice el autor: «¡Oh, si le viera Luynes con tanta vanidad, almagrado con tanta sangre de la Francia, y hecho ante-cristo de la Corte!»

(11) Esta es la sobrina más estimada y querida del Cardenal de Richelieu, y viuda de Monsiur de Combalet. El autor la llama fiambre por haber ido así al poder de Monsiur su marido, cuando casó con él, cosa que yo no puedo creer, de que anduvo siempre el pobre caballero muy descontento y con vehementes sospechas de que el Cardenal maquinaba contra su vida y honra, y que trataba de casar á su mujer con el Monsiur Duque de Orleans, y que para poderlo hacer y dejar á la sobrina con libertad le habían de quitar la vida, como de hecho se la quitaron, dándole veneno en la comida.

(12) Malas lenguas quieren decir que el Cardenal, ya viejo y garañón, á su sobrina la Combalet le quitó una flor la más preciosa de su jardín, y fué sin ella á poder del Monsiur su marido, y sobre el caso hubo demandas y respuestas en el Parlamento, y ventilada la causa por sentencia de los senadores, se la hicieron tragar por doncella, y el Cardenal, por no oir más quejas y sentimientos, y quitar de una vez inconvenientes, y tener su sobrina desocupada para casarla con el Monsiur Duque de Orleans, le hizo quitar la vida, juzgando que con esto á un tiempo tenía sobrina y la podía hacer Reina de Francia, y conservarla por amiga. Hay autor que lo dice.

(13) Los últimos esfuerzos y valor del Duque de Memoransi, amigo finísimo del Monsiur; el haberle aconsejado estuviese constante en no dar lugar á que se disolviese el matrimonio que gozaba con la Princesa de Lorena, que sería gran menoscabo de su fama y reputación, y no conveniente á la esclarecida sangre que tenía; el haberle acompañado y favorecido en sus adversidades, le pusieron preso en las manos del Cardenal. El Duque de Orleans, viendo expuesta la vida de su mejor confidente en las iras de un poder mal aconsejado, sin tratar de otra seguridad para su persona, se presentó al Cardenal, y echándose á sus pies le pidió la vida de Memoransi; otorgósela con fe francesa. Pero no pudiendo vencer aquel ánimo obstinado acción tan generosa en un sucesor de la corona de Francia, se vió poco después un cadalso teñido de la más católica sangre del más bizarro y valiente soldado de la Francia con la cabeza cortada del Duque de Memoransi. Llama el autor al Cardenal Richelieu hidra disforme, por las muchas atrocidades, traiciones y maldades que ejecutó contra la Reina madre, sólo por no haberse querido reducir á consentir en la mala forma de su gobierno y otras indinidades, que llamaron el odio y despecho suyo, hasta hacerla prender dos

veces, una en Blois y otra en Hampayne, con tanta miseria, que podía ser castigo en tanta grandeza de gravísimas culpas, obligándola á salir fugitiva de la Francia á los Estados de Flandes, al amparo del Rey de España. Al Duque de Orleans, cuando le vió marido de la Princesa de Lorena, y cuando vió la repugnancia que hizo para que el matrimonio se anulase; cuando vió los desprecios y repulsas de la viuda Combalet, en quien fundaba el universal apoyo de su soberanía, y viéndose desahuciado, dió en perseguir al Monsiur, buscando y trazando su muerte por mil modos, indiciándole á que conspiraba contra la Corona. Dígalo Monsiur de Puylorans, que tomó á su cargo el reducir al Monsiur al casamiento con la sobrina, ó acabar con su vida; que por no haber acabado lo primero, ni ejecutado lo segundo, fué preso y muerto en la prisión, no pudiéndole escapar de la muerte un matrimonio que tenía en prenda. Tuvo su merecido, pues se dejó sobornar del Cardenal, el cual, rabioso contra la persona y vida del Monsieur, pretendió que el Parlamento de París le sentenciase á muerte con todos los demás de su familia, que no tuvo efecto, por lo que se halló el Monsiur temeroso, y esto le obligó á salir segunda vez fugitivo de Francia, al abrigo y amparo del Rey de España. Llama el autor huérfano al Rey, teniendo madre, y tiene razón; pues demás de haber el Cardenal valido desterrado á la Reina madre y Duque de Orleans, hizo que saliese de la corte de Francia el Marqués de Miravel, en la ocasión embajador del Católico. Esto por tener la voluntad real tiranizada, para que el Cristianísimo no tenga quien le avise de las maldades, traiciones y mal gobierno de éste su privado, y, como anda conspirando contra su vida por quitar la Corona de su cabeza y coronar á los suyos con ella, tiene cogidos todos los pasos al desengaño, tomados los caminos al aviso, cerrados todos los puertos al remedio. Adivine quien oye todas estas maldades lo que pretende este tirano.

(14) Esto dice el autor por la cristianísima Reina madre, que, fatigada en su destierro de ver un tirano que ella había sublimado á tanta grandeza y levantado del polvo de la tierra, la persiguió tan atrozmente y la malquistó con el Cristianísimo su hijo, haciéndole creer que conspiraba contra su vida y corona, y que la había hecho tan afrentosos, indignos é indecentes cargos, como quien enderezaba el odio á acabar con su vida y fama. Juró no volvería más á Francia hasta ver quitado aquel tirano del mundo, ó hasta que españoles gobernasen la Francia.

(15) Este es el Cardenal de la Valeta; presume de gran soldado; es general de la caballería del Cristianísimo; anda siempre en campaña, y se precia de andar armado de punta en blanco, gobernar y mandar las tropas de la caballería, y aunque es amigo de pelear y acometer á los enemigos, siempre está más pronto á volver las espaldas que á tener el pie fijo en la campaña, como lo hizo en compañía del Marqués de Vila, que con muy gallardas tropas de caballería, quisieron impedirle al invencible Marqués de Leganés el sitio que quería poner á la gran fortaleza de Verceli, porque acometiendo el Marqués con gallarda lozanía, á espaldas vueltas desocuparon la campaña y sitio y tomó la fortaleza; asimismo volvió las espaldas á las tropas del Emperador en Savina, en la Alsacia; lo mismo sucedió en la retirada que el Príncipe de Condé hizo en la ciudad de Dola, que habiendo el Cardenal, con sus tropas de caballería, acudido en su socorro, y de aquel ejército desbaratado, lo mismo le sucedió al suyo, y con muy gran pérdida de su caballería volvió las espaldas. Llámale Bermellón por la púrpura sagrada que deja, por vestir las armas; hígado de los espernones, dícelo porque los tienen malos, y por ser el pariente mayor de aquel apellido y familia en la Francia.

(16) Este es el Marqués de Veymar, biznieto de Juan

Federico, duque de Sajonia, grande enemigo y rebelde del emperador Carlos V, y habiendo juntado un poderoso ejército, junto con otros rebeldes del Imperio, molestaban á los católicos de Alemania y infestaban los Estados de la casa de Austria, y para castigar estos desórdenes el gran Emperador tomó las armas, y en diferentes facciones militares los desalojó, apretó y venció, quedando los enemigos rotos y destrozados, y muy gran cantidad de ellos prisioneros, entre los cuales fué uno el Duque de Sajonia, que, fulminado proceso contra él, la Cámara Imperial, como á rebelde del Sacro Imperio, le condenó en perdimiento del Estado de Sajonia y del voto activo y pasivo que tenía en la elección de los Emperadores de Alemania. De los cuales Estados el Emperador invistió en ellos al duque Mauricio de Sajonia, primo del Duque desposeído. Este nuestro Duque de Veymar, por cobrar los Estados y voto de Elector de sus abuelos, junto con sus tres hermanos, han salido muy rebeldes al Imperio y grandes enemigos de la casa de Austria. Han fomentado grandes ligas y confederaciones con los herejes potentados de Alemania, con los reyes de Dinamarca, Suecia y Francia, todos enemigos de la casa de Austria, y con su ayuda y favores han acometido en diferentes tiempos más de dieciséis batallas campales y otros inmensos reencuentros (por no ser molesto no los describo), y han tenido tan poca ventura, que de todos han salido perdidos y desbaratados, hasta que ahora en la insigne y memorable batalla de Norlinga, vencido, huyó del ímpetu y valor de los españoles y alemanes, dejando desamparados y presos á sus compañeros el sueco Gustavo Norn, general de los ejércitos del infelice rey de Suecia su primo, muerto antes en la milagrosa batalla de Lucén á manos del Conde Papenhin, y todos sus ejércitos destrozados y acabada de todo punto aquélla su insigne caballería de la banda amarilla, y el Conde Gratz, que llevado á Viena le fué cortada la cabeza, porque siendo vasallo del Imperio y habiendo militado en

servicio del Emperador, se pasó á los enemigos y militó contra los estandartes imperiales, y por esto le dice el autor que dejó á sus compañeros sin saber cómo ni dónde.

(17) Estos son los mayores herejes de Francia y cabezas de la facción hugonota, tan tiranos, soberbios y arrogantes, que no hay maldad ó alevosía, ni traición, que no hayan intentado y acometido contra su rey y señor natural y contra la patria, persiguiendo con gran rigor y atrocidad á todos los católicos de Francia y de otras partes: díganlo los templos destruídos por ellos y por sus ejércitos en Flandes, en la Borgoña, Lorena y Alsacia. Son muy viciosos. El género femenino no está seguro de su diligencia en el campo, en poblado, ni en sagrado.

(18) Este es el segundo de la sangre entre los sucesores de la Corona de Francia, y el año pasado de 1636 partió de ella con un poderoso ejército de 18.000 hombres en infantes y caballos con ánimo de ocupar á Dola, ciudad ilustre en el condado de Borgoña, patrimonio del Rey de España; y el Condé, para asegurar á los ciudadanos, desde el campo de Ansonia les envió una carta, y entre las razones halagüeñas les dice que él no lleva otro intento más de comunicarles la protección del Rey cristianísimo para que libres saliesen de la sujeción del Rey de España (harto bien curiosa y de ponderación es la respuesta que aquellos nobles y fidelísimos ciudadanos le respondieron; no es á nuestro propósito, y la dejo). El de Condé no cuidó aguardar respuesta, porque otro día, sin detenerse un punto, partió la vuelta del Condado, haciendo grandes estragos en todos los villajes y lugares por donde pasaba, hasta llegar á Dola y sitiarla, que lo hizo con hondos fosos y fortísimas trincheras y otras diligencias militares: fué apretando á los ciudadanos con aquel primero ímpetu que suele aquella nación. Los ciudadanos se defendieron con gran valor y

constancia, haciendo muy bizarras salidas, y en las escaramuzas y ataques les degollaban y prendían muchos franceses; y habiendo el enemigo con su artillería arruinado gran parte de las defensas, y de todo punto la insigne torre de la iglesia mayor, por el gran daño que su gente recibía desde ella, y en este aprieto y confusión se quemó la pólvora de la ciudad, y confusos los ciudadanos con accidente tan inopinado, no perdiendo un punto de su gran valor, se juntaron en la dicha iglesia, y confesados y habiendo oído misa y queriendo comulgar, todos metieron manos á las espadas, y juraron que por aquel Señor que recibían, y con su ayuda y favor, y con las armas que tenían en las manos defenderían aquella ciudad y sus templos; que primero morirían unos sobre otros sin quedar uno vivo, que los dominase otro príncipe que el Rey de España, su señor natural. Y armados salieron de la ciudad y acometieron las trincheras enemigas y las entraron, y deshaciendo las galerías francesas, con tan gran bizarría y denuedo y mortandad del enemigo, que cedió á tanto valor y todo su campo se puso en confusión, y habiendo degollado poco menos de 1.500, hombres entre infantes y caballos, con algunos prisioneros y despojos y buena orden militar, se retiraron á la ciudad. Esto en tiempo que el señor duque Carlos de Lorena, en Xatenois, se juntaba con los barones de Vatevila y de Lamboy, el conde Picolomini y los coroneles Graldino, Bulter y Gordon, y en todo 9.000 infantes y caballos, caminaron con gran contento y ánimo de chocar con el enemigo la vuelta de Dola, que en sabiéndolo los franceses por sus espías, levantaron el sitio, con tan gran desorden, que dejaron algunas piezas de artillería y gran cantidad de armas y bagajes, á tiempo que el famoso Carlos de Lorena llegaba á la puerta de Dola, y sin apearse del caballo, por no detenerse, se alegró con los ciudadanos de verles libres de tan largo y molesto sitio y brindándoles á uso del país partió en seguimiento del enemigo, y picándole en la reta-

guardia y atajándole con la caballería y en una emboscada que le hicieron los croatos y su general Forgatz, los desbarataron de todo punto, dejando muertos, presos y heridos más de 6.000 infantes y caballos. Y por eso dice el autor: «¿Á dó la que se me esconde?»

(19) El autor hace burla de los franceses, que siempre se glorían y derraman fama que juntarán ejércitos de 50 y de 100.000 hombres: esta arrogancia es falsa, porque queriendo el Cristianísimo despicarse de las pérdidas y rotas que el año pasado de 1635 recibieron sus ejércitos de las armas españolas, gobernadas por el excelentísimo señor Infante Cardenal en la retirada de Lovaina y confines del Estado de Milán y otras partes, y con gran desapercibimiento y costa trató de juntar un gran ejército que en cien años no se hubiese juntado en la Francia otro tal, y para este fin mandó llamar el Ibán y Jayrebán (el Ibán son todos los títulos y grandes, y el Jayrebán, son todos los demás nobles y caballeros); esta milicia por ciertos respectos (que no importa el referirlos) está obligada á acompañar á su rey todas las veces que sale en campaña para acometer una importante guerra (ahora en nuestros tiempos se llama esta milicia la Corneta Blanca), mandó abrir su tesoro, y esto se hace en ocasiones muy importantes, sacó la mitad de la plata de las iglesias, y con todas estas prevenciones apenas pudo juntar un ejército de poco más de 35.000 hombres en infantes y caballos. Y así dice el autor que estos grandes ejércitos que se juntan en Francia cada día, es por soñarse cada noche.

(20) Este es el Duque de Parma, que, no acordándose, como debía, de los muchos y grandiosos favores y beneficios recibidos de esta Corona de España, ingrato y desconocido, se ligó con el Rey de Francia y con el Duque de Saboya para infestar los Estados de esta Corona; y todos, con un poderoso ejército á cargo del Duque de Criqui, ge-

neral del rey de Francia, entraron en los confines del Estado de Milán y expugnaron el fuerte de Veleta, y sitiaron á Valencia del Pó (como después diremos en el párrafo 21), y usando el señor Marqués de Leganés de su acostumbrada cortesía y de todos los remedios que humanamente pudo con el Duque de Parma para reducirlo á la devoción de su Rey, y no habiendo podido ejecutarlo, por obstinación del Duque, determinó usar de la fuerza y ocuparle sus Estados, y luego ordenó á don Martín de Aragón, general de la caballería, gran caballero y bizarro y valiente soldado de experiencia militar, entrase en el Placentino con 1.500 infantes y 1.500 caballos y socorriese á Rotofredo, y con la caballería y dragones llegó á ella día de Nuestra Señora de Agosto, y halló sobre Rotofredo y sus trincheras dos regimientos de franceses y uno de parmesanos, y los acometió y rompió, y degollando más de 600, tomando banderas y bastimentos y 200 prisioneros y un hijo del coronel Monsiur de San Pol y á Monsiur de la Ribeta y otros soldados de cuenta, acción de las más bizarras que se pudieron obrar, y pasando adelante á vista de Plasencia, ocupó el fuerte castillo de Camporemoto, á Fiorencela, envió don Martín al coronel Gil Hays con 400 caballos al burgo San Domini, y pasó el río Tanaro y llegaron á media milla de Parma, haciendo muchas presas de carros y ropa; puso 60 mosqueteros con un capitán alemán en la boca del burgo para conservar aquel puesto, habiendo Parma ofrecido contribuir, y Gil Hays, soldado de resolución y nombre, con orden de don Martín, quemó la fábrica de las salinas del Duque, sin poderse valer de ellas en un año, y ser de las rentas más considerables que tenía; y marchando tomó el castillo de Cortemayor y llegó á la orilla del Pó, rico de pillaje, y entre otras cosas le hizo de más de 5.000 cabezas de ganado, acometió la guarnición que estaba en nueve molinos, y desbaratándolos los hizo ir el río abajo la vuelta de Cremona. Sitió el castillo de Anón,

que tenía guarnición del Duque de Saboya, y le acometió don José de Mompachón, caballero aragonés, y con gallarda bizarría puso el petardo á la puerta, y habiéndola abierto entró el castillo; y aunque los franceses se defendían con gran valor, los nuestros los acometieron y atacaron con tanta bizarría, que habiendo hecho entre los enemigos gran mortandad, le rindió, y pasando adelante el Marqués de Mortara, con golpe de caballería y infantería, tomó el castillo de Ródalo, aunque estaba bien fortificado. Todas estas ilustres y bizarras acciones acometió don Martín con sus invencibles soldados, sin que el Duque de Parma tuviese ánimo y valor para oponerse á la defensa de sus Estados. Y así, le alaba el autor por el queso que se hace en el dominio parmesano, que es el mejor de Italia. Y al Duque de Parma le juzga por soldado colecticio, poco valiente y sin destreza en el arte militar. Y para decirlo el autor con donaire, trae aquel medio verso de Virgilio, que trata de aquel Helenor, soldado de Eneas, que, por ser bisoño y nada valiente, salía de las batallas con su escudo albo sin pintura, siendo costumbre que los valientes soldados trajesen sus hazañas pintadas en sus escudos, y así le dice el autor que *parma inglorius alba* sale de los escuadrones, porque el Duque de Parma salía siempre de los reencuentros en que se hallaba y sacaba en esta conformidad su escudo albo, sin pintura; y viéndose en esta ocasión desamparado del francés y perdidas las mejores fuerzas de sus Estados, trató de reducirse á S. M. Católica, y el Marqués de Leganés humanísimamente oyó su propuesta y dió buenas esperanzas.

(21) *Quiquiriquí sincopado* es un nombre abreviado; éste es el Duque de Criqui, general del rey de Francia, que habiendo (con su licencia) unídose con los Duques de Saboya y Parma, esto por el mes de junio del año pasado de 1635, todos tres entraron en Italia en los confines del Estado de Milán, llevando un ejército de 20.000 infantes y

6.000 caballos, acometieron y expugnaron el fuerte de Veleta, sitiando á Valencia del Pó (luego referiremos lo que sucedió en este sitio, en el párrafo 31), fabricando y fortificando el fuerte de Bren, que por su gran fortificación llamaban los franceses la Rita (1) Rocela, de donde salieron á hacer grandes daños en el Estado de Milán, haciendo contribuir á toda la Lomelina (granero del Estado de Milán), tomaron y fortificaron el castillo de Fontane y la fuerte villa de Olegio, y habiendo pasado el río Tesín, quitaron el Navilio, por el cual se sustentaba la ciudad de Milán, y se fortificaron en Tornavento, de donde hacían muchas correrías, saqueando todos aquellos lugares. En esta ocasión, de tanto aprieto para Italia y para el Estado de Milán, llegó á él por su Gobernador y Capitán general el esclarecido y valiente soldado el Marqués de Leganés, y aunque halló las cosas en tan mal estado, procuró remediar, con aquellas pocas fuerzas que entonces había en el Estado, y con algunos subsidios y las ciudades que le acudieron y las ayudas con que le asistieron del reino de Nápoles, enviadas por el Conde de Monterey, y otras pocas que llegaron de Sicilia, juntó su gente y vino con los franceses y demás coligados á la batalla y los acometió, con tan gallarda bizarría y resolución, que los rompió y abatió su gran soberbia. Después el ínclito Marqués pasó á la campaña de Tornavento, en donde estaba el ejército francés bien ordenado, fortificado y guarnecido de sus ingenios y máquinas militares. Consistía este ejército, con el de Saboya y Parma, en número de 20.000 infantes y 5.000 caballos. Luego que pareció el Marqués de Leganés á vista del enemigo con su ejército, que consistía en 6.000 infantes y 2.000 caballos, número muy inferior al del enemigo, y con gran valor y atrevimiento embistió con tanta furia y bizarría, que continuando él mismo por todo el día, los obligó, no sólo á

(1) Acaso la *petita (Petite Rochelle).*

desordenarse, pero aun á volver las espaldas con afrentosa fuga, experimentando en ella la firmeza de las armas católicas, habiendo degollado más de 5.000, además de los heridos y de los muertos, 200 entre muertos y heridos. El Duque de Criqui y sus coligados quedaron admirados del valor español y demás amigos, y tan quebrantados, que no quisieron volver otra vez á encontrarse con gente tan resuelta y atrevida, y así, trataron de volver las espaldas, dejando el Estado de Milán y sus confines desocupados, y se retiraron al Piamonte; y así dice el autor «que si se llega á Milán, amilanado se acoge».

(22) Este es el padre Joseph de París, fraile francisco capuchino, hermano del Cardenal de Richelieu, valido del Cristianísimo, y en su nombre le ha enviado con varias embajadas á los Príncipes de Leypesia, al Duque de Moscovia, á los holandeses y á los Reyes de Suecia, Dinamarca, y á Francfort y demás ciudades rebeldes de Alemania, al Gran Turco, á solicitar socorros, y la cruzada contra la Iglesia y la casa de Austria. Presume de gran cortesano y bizarro soldado; de andar armado de punta en blanco en los ejércitos; y por eso dice el autor que deja la disciplina de su orden por militar en la guerra, y que su capucho de sayal se ha vuelto de bronce.

(23) El autor, burlando de la caballería francesa, le dice: «¿Adónde han vuelto la grupa?» Lo que pasa es que, habiendo el príncipe Tomás de Saboya pasado el río Soma, á pesar del ejército francés, y habiendo el enemigo recibido aquellas dos memorables rotas del bosque y aprieto en que les puso el Conde de Picolomini y el valiente Juan de Uvert (como después contaremos en el párrafo 28), se fué retirando el ejército francés con gran pérdida y confusión la vuelta de Troie, y la caballería francesa, en anocheciendo, con gran silencio por no ser sentidos de los nues-

tros, desamparando la infantería, volvieron la grupa la vuelta de Compiegne, y temerosos de quedar sin cabezas para siempre, usurpando con agudeza el autor aquellas palabras de que usa la Iglesia por un tiempo sin fin, así dice: «*in seculorum* les corten.»

(24) Ya tengo referido en el párrafo segundo como el señor Infante Cardenal entró en Francia por la Picardía con aquel lucidísimo ejército, y habiendo tomado muchos lugares y castillos, dió el ejército vista á la Capela (que es plaza real y frontera de Francia), compuesta de cuatro bastiones reales con medias lunas y otras lucidas fortificaciones que la hacen fortísima, y con estar favorecida del sitio, y en su defensa había más de 4.000 hombres, y gobernaba el Barón Bech, tan valeroso como bravo soldado, y, tomados los puestos, se acometió con tan gallarda resolución, que, aunque de la plaza fueron ojeados con gran cantidad de balas de artillería y mosquetes, los invencibles españoles y demás naciones se arrojaban por medio de ellas, dando al enemigo fuertes y bizarros ataques, enviándoles inmensas bombas de fuego para divertirlos y abrasarlos, y con esto tuvieron lugar de acometer y ganarles los baluartes y las medias lunas, y viéndose apretados de nuestros fortísimos soldados, perdieron el brío y cedieron al valor invencible de los españoles y demás naciones, y se rindieron al quinto día del asedio, sacando salvas sus vidas y todo el bagaje y dos piezas de cañón. Murió el Gobernador de la plaza y su teniente y otros valientes soldados, en cantidad de 700. De los nuestros fueron pocos los muertos y heridos; ganáronse muchas piezas de artillería, armas y municiones. La toma de la Capela, con tanta brevedad y á tan poca costa, fué pronóstico de los buenos sucesos que adelante se consiguieron. Dejando la plaza á buen recado, pasó el ejército adelante, y el Príncipe Tomás, fiado en su prudencia militar, contra algunos pareceres contrarios, se determinó

sitiar á Chatelet, plaza fortísima y bien conocida por su nombre, y habiendo tomado los puestos y ordenado al Marqués de Mortara reconociese los cuarteles y el mejor terreno para abrir la trinchera, en el entretanto mandó sitiar el fuerte castillo de Buchón, cercado de un bosque muy espeso; hallábanse dentro un Maestre de campo con 500 franceses, que desde allí hacían grandes correrías y robos en el país de Henau, y para que lo rindiese envió el príncipe Tomás al conde Hostrat, gallardo y bizarro soldado, que acometió á los enemigos, que se defendían obstinados con gran valor, y apretándoles el Conde con sus fortísimos y valientes soldados, en veinticuatro horas los rindió. Puesto en orden el ejército, se acometió á Chatelet, y si bien se juzgó ser más fuerte Chatelet que la Capela, se rindió en tres días, habiéndole acometido por tres partes con bizarro denuedo y sumo ardimiento de nuestras naciones, haciendo asombro nuevo á los franceses, de que en tantos años no habían visto aquel apresurado y valiente modo de guerra, y habiendo primero desamparado y quemado el burgo, salieron rendidos 450 soldados y una compañía de caballos. Pasó el príncipe Tomás con parte del ejército á correr la campaña de Amiens y nuestra gente la saqueó y trujo 2.000 carneros, 800 vacas y 300 caballos, sin que el enemigo, que había hecho alto sobre Perona, intentase estorbarlo. Tomada Chatelet, se le rindieron todos los lugares de la comarca, y habiendo puesto guarnición en todas las plazas de la comarca de más importancia, y haciendo buen tratamiento á la gente del país, pagaban sus contribuciones. Pasó el ejército la vuelta del río Soma con el valor que diremos en el párrafo 28. Consultó el príncipe Tomás con los cabos del ejército que para proseguir esta guerra sería conveniente tener puesto seguro, y á todos pareció apropósito la villa de Corbie, y comunicándolo con su Alteza, lo aprobó y se encaminó el ejército la vuelta de Corbie, ganando todos los castillos y pasos importantes para sitiar la plaza; últimamen-

te se sitió á Acre, castillo cerca de Corbie, y aunque era fuerte y tenía de guarnición 200 infantes, muy buenos soldados y 30 caballos, se rindió sin algún partido; el mesmo día, que fué á 7 de agosto, se tomaron los puestos sobre Corbie y salió un italiano de la villa, á quien los vecinos habían hecho servir por fuerza, y dijo que había dentro 2.000 hombres de muy lucida gente. Comenzáronse á abrir trincheras por tres partes, y aunque la plaza era fuerte por sitio y fortificaciones, y por convenir tanto conservar los tercios españoles é italianos, se encargó este sitio á los extranjeros, á quien por su gran valor y bizarría les era muy debido este empleo; los cuales acometieron con gran valor, si bien los loreneses por ser pocos y no se avanzaban con el coraje que era menester, para sustentarlos firmes, se enviaban cada día 300 hombres de socorro de todas las naciones, y considerando lo poco que se adelantaban, fué preciso encargar á los dos tercios de españoles aquel ataque, y, con el valor, bizarría y resolución que suele esta nación, apretaron la plaza y la estrecharon de forma que hicieron llamada los de Corbie, y llegando á los tratos con honestas condiciones, capituladas por el Sr. Conde de Soyecourt, castellano y teniente de la Picardía, á ocho días de sitio rindió la villa, causando asombro al mundo que en tan breve tiempo se hubiese tomado plaza de tan grande importancia. Tomada Corbie y retirados los ejércitos (como después diremos en el párrafo 28), tembló la Francia, temió París, cerrándose las puertas de la ciudad y todas las de los mercaderes y tratantes, y alborotados todos se temió el saco popular; mandaron derribar los puentes de los ríos Oyse, Aysene, hasta San Clu, y esto no fué inconveniente para que la caballería de los condes Galaso y Picolomini y Juan de Uvert, cada uno por su parte, corriesen toda la campaña hasta las puertas de Rohan, y pasando nuestros ejércitos delante, poniendo en confusión todo aquel país, viniendo todos los más de sus pueblos á pedir á su Alteza el Sr. In-

fante Cardenal salvaguardia para seguridad suya; y fué tanto lo que se alargó la caballería, que los unos llegaron á San Dionís y los otros al bosque de Madrid, casa de recreación que Francisco I, rey de Francia, fabricó dos leguas de París, en memoria de la villa de Madrid, corte de España, donde estuvo preso, y por eso dice el autor: «que si á Corbie ve pelar, su barba París remoje.»

(25) Esto dice el autor por el Duque Carlos de Lorena. Públicos son en el mundo los agravios, presiones y destierros que este Príncipe y todos los de su familia han recibido de la Corona de Francia, y el injusto despojo y detención violenta de sus Estados, todo tramado é imaginado por el odio y rencor que el Cardenal privado tiene con esta serenísima casa y familia, y para acabar con ella y haberles quitado sus estados ha tomado por achaque para hacerlo el haber el Duque de Orliens casado con la Princesa Margarita de Lorena, cosa que el Cardenal sintió mucho, el cual hizo grandes y apretadas diligencias para que este matrimonio se disolviese, para casar al Monsiur con su sobrina la viuda de Monsiur de Combalet, y en esta conformidad pidió y apretó con todo extremo al Duque Carlos entregase a su hermana Madama la Duquesa de Orliens, ó que se buscase modo para dirimir su matrimonio, y porque el Duque Carlos no quiso venir en tan inicua y atroz demanda, ni ejecutarla, ordenó el Cardenal que le prendiesen, y por buena dicha y diligencia escapó de sus manos y se retiró al condado de Borgoña, y de ahí pasó á Alemania, donde fué recibido del Emperador y demás potentados con grande amor y agasajos, y al punto le hicieron general de la Liga católica, que con estas armas y las del Rey de España ha dado á los franceses tantas y tan memorables rotas cuanto se puede encarecer, unas en Alemania y otras en el Palatinado, en la Borgoña y en la Francia, y especialmente la que dió al Príncipe de Condé en la

retirada de Dola, y al Cardenal de la Baleta en la retirada de Savina en el Alsacia; pues en la una y en la otra perdió el francés más de 16.000 hombres en infantes y caballos; y así le aconseja el autor que es mejor restituirle sus estados, y no dar lugar á que los cobre tan á costa de la Francia.

(26) Cosa notoria es y sabida que el año pasado de 1635, habiéndose el francés quitado el rebozo para hacer la guerra pública al Rey de España, juntó un poderoso ejército unido con el holandés. Entró poderoso en Flandes á tiempo que el señor Infante Cardenal se hallaba desapercibido para un accidente tan inopinado, y con su acostumbrado valor juntó con toda brevedad un ejército de 8.000 infantes y 1.500 caballos de todas naciones y los entregó al príncipe Tomás, con orden que se opusiese contra el francés para impedir y estorbar todo movimiento del enemigo, que empezaba á correr el país. El Príncipe Tomás, ó mal avisado del número de los enemigos, ó, con su generoso pecho, no contando sino el valor, acometió al enemigo, en cuyo ejército había cuatro para cada uno de los nuestros; nuestra caballería antes de pelear huyó; la infantería española y la italiana, que iba en la vanguardia, solos y desamparados de los amigos, acometió al enemigo con tan gran valor, que dió á conocer al francés que si no hubieran sido desamparados de las demás tropas hubieran puesto su ejército en gran confusión. En este acontecimiento murieron todos los españoles é italianos, peleando con tan gran constancia y firmeza, que dejaron bien vengada su muerte, adquiriendo una gloria, que quedará viva su memoria en la de la fama; ésta, más que victoria, estrago sangriento, alentó á los franceses con tanta vanidad, que ya se juzgaban por señores de los estados de Flandes (en el párrafo primero se dió noticia del suceso que tuvo esta entrada del francés); recogidas nuestras banderas perdidas, se llevaron á París, y

con ellas la nueva de la rota, que causó tan grande alegría en aquella ciudad cuanto se puede encarecer, y al punto supieron muchos el regocijo por las grandes luminarias y exorbitantes fiestas que se hicieron; el que más las celebró fué el Cardenal Richelieu, que habiendo visto las banderas, con gran secreto hizo juntar con ellas 60 supuestas, y otro día se hizo una muy solemne procesión en que fueron llevadas (autor hay que dice arrastrando), y, como si fueran ganadas de turcos, las hizo colgar en los templos de los hugonotes, acciones y embelecos trazados por el Cardenal para engañar á aquel miserable pueblo. Bien se ha satisfecho el Príncipe Tomás de esta rota que recibió de los franceses, pues hasta hoy se pueden contar más de catorce que han recibido de su mano, esto sin las veces que se les ha entrado por la Francia, tomándoles sus villas y fortalezas, venciendo sus ejércitos y abrasándoles sus países, con grande estrago y mortandad de los naturales de la Francia; y por eso dice el autor que «pagar ciento por uno no es estilo de ladrones».

(27) El autor, burlando de la arrogancia francesa y de su temeraria presunción y de aquel su primero ímpetu tan cacareado, les advierte se sosieguen y no pretendan oponer sus flores de lises contra el león de España, pues saben y es notorio al mundo, y la experiencia se lo tiene bien demostrado, que las veces que han probado sus fuerzas con las de España han salido vencidos y desbaratados, así en las batallas campales como en tan inmensos reencuentros, así de grandes tropas como en desafíos aplazados de uno y dos hasta veinte, faltara tiempo y papel para contarlos; á las historias los remito, que las antiguas y modernas nos lo tienen bien enseñado; y el autor aconseja al francés guarde sus flores de lis del aire alemán, que es la esclarecida casa de Austria, y de sus fortísimos tudescos y de los nunca vencidos españoles, en particular de los de la Mancha, te-

rreno que ha criado y cría tan fortísimos é ilustres capitanes y valientes soldados.

(28) Aquí el autor acuerda á los franceses las rotas tan memorables que les ha dado el Conde Galasso en muchos reencuentros, especial cuando los echó de las ciudades anseáticas con tan gran estrago de sus ejércitos y tropa de su caballería y riesgo en que se vió su general el Cardenal de la Valeta, y la que les dió á los franceses y á su general el Príncipe de Condé en la retirada de Dola y en la entrada de Francia por la Picardía, y en otras muchas en que les ha dado muy dolorosos coscorrones. El conde Juan de Uverts, teniente del duque Carlos de Lorena y de la Liga católica de Alemania, es valiente y bizarro soldado, infatigable en las empresas del arte militar, el que en muchos reencuentros que ha tenido con los franceses les ha dado á conocer su valor, especial en las bizarrías que hizo á la pasada del río Soma (como adelante diremos), habiendo ganado la Capela y á Chatelet, como queda referido, se resolvió el príncipe Tomás de pasar el río Soma para entrar la tierra adentro en Francia con los ejércitos católicos. Y aunque para impedirle el paso estaba de la otra parte del río el Conde Sousón, uno de los príncipes de la sangre y general del Cristianísimo con un ejército de 12.000 infantes y 4.000 caballos, y que tenía fortificada la ribera con grandes cuerpos de guardia y otras muchas fortificaciones, con todos estos inconvenientes resolvió el Príncipe Tomás intentar el pasaje y para ejecutallo envió á D. Esteban de Gamarra, soldado de prudencia y confianza, á que reconociese vado y puerto más conveniente, y habiéndolo hallado bueno y apropósito, volvió muy alegre á dar la nueva al Príncipe Tomás, el cual ordenó al Duque de Lorena que con parte de la caballería é infantería española é italiana, con gran secreto caminase de noche al puesto reconocido, llevando delante la artillería y pertrechos necesarios, y que convenía

hacerlo así porque el enemigo, advertido, no acudiese á aquella parte con tropas; y aunque se puso toda la diligencia para ejecutar esta orden, hizo la noche tan obscura, que sin culpa ni negligencia se perdieron en un bosque y llegaron tan tarde, que la prevención y recato fué inútil; y viendo el Príncipe cuán apropósito era el pasaje, ordenó que se pusiese toda la artillería en baterías en algunas eminencias que había apropósito para que á su abrigo se pudiesen poner los puentes, y antes de comenzar el primero, los villanos de un villaje que estaba á la ribera contraria en un bosque muy espeso tocaron arma, y luego acudió alguna caballería é infantería del enemigo. Comenzaron á escaramucear de una orilla á otra, habiendo en medio dos riberas. Acabado el puente sobre la primera, pasaron los españoles á la isla para dar calor á que se hiciese el segundo, que por haber de ser mayor y no llevar barcas bastantes, se tardó en acabarla. Y á este tiempo había acudido el enemigo con más caballería é infantería, y ocupó el bosque con el regimiento del Piamonte, que fué uno de los más celebrados y mejores que tenía la Francia, y los nuestros todos descubiertos trabaron una de las más ardientes escaramuzas que se han visto en la guerra en muchos años, y los franceses pelearon con valentía grande, y los españoles los acometieron con su acostumbrado valor, apretando al enemigo con tanta resolución y bizarría, que le obligaron á desamparar el bosque. Y prosiguiendo la pelea, se fué acabando el puente, y pasando los españoles por él, comenzaron una media luna, y para cubrirla abrieron trincheras en la propia margen, mal socorridos de la fagina y tepes, y entretanto volvió el enemigo á ocupar el bosque, y se trabó de nuevo otra escaramuza más sangrienta que la primera, y habiendo dado el enemigo grandes muestras de su valor excelente, le fué ganado el bosque, y, apretado con gran vigor y resolución, se retiró al cuerpo de su ejército, tan roto y destrozado, que pasaron de más de 2.000 los muertos, y el ejército del Pia-

monte quedó de todo punto deshecho y la mayor parte de los oficiales y hombres de cuenta heridos y presos. En la relación que el Príncipe Tomás hace al Rey nuestro señor de este hecho, habiéndole dado cuenta de todo lo particular en general, con su acostumbrado valor y modestia encarece tanto el valor de los españoles. Dice que son invencibles, que se arrojaron á pasar dos riberas habiendo en medio tantos impedimentos, y de la otra parte un ejército tan poderoso y de tan valientes soldados, que para rendirlos anduvo la nación española tan valerosa, que, aunque todos los heroicos hechos que acometió en tiempos pasados estuviesen borrados de las historias y perdidos de la memoria de los mortales, bastaba este hecho sólo para ennoblecerles y darles nombre y honor. Engrandece mucho el ánimo y destreza de cuarenta españoles mosqueteros que se entraron en una barca, y desde allí hicieron el mayor estrago en los franceses que la pluma puede encarecer; harta parte tuvieron estos valientes españoles en esta victoria. Cuenta por caso de estima y dice que, adelantándose cinco mosqueteros españoles para escaramucear con los enemigos, salieron á recibirlos de sus tropas otros cinco gentiles-hombres franceses sólo con sus espadas, y ofendidos los españoles de su presumida desigualdad, arrojaron los mosquetes y metieron mano á las espadas, armas iguales, matando dos franceses y prendieron uno del hábito de San Juan, y los otros dos se retiraron á vista de los dos ejércitos. En esta ocasión acababa de pasar el río el Conde Juan Uvert con su caballería de cosacos, y conociendo el atento y valiente capitán que por el siniestro lado del bosque se iban retirando los regimientos de franceses, los acometió y apretó con gran presteza, y atajándoles el paso á la salida del bosque con aquellos fortísimos dragones y otros pocos infantes españoles, los atacó tan bizarramente y los puso en tan mal estado, que arrojando las armas los franceses, se rindieron y humildes pidieron misericordia. El va-

liente capitán les concedió «el *parce mihi* del bosque», y habiéndoles señalado cuartel, volvió la rienda á toda furia en demanda del ejército francés, que con su general el Conde de Sousón se iba retirando á toda prisa la vuelta de Roye, porque el conde Picolomini con 6.000 caballos les iba atacando y haciendo grandes estragos en la retaguardia. Más el valiente Juan Uvert, no contento con el estrago que en los enemigos había hecho el conde Picolomini, les fué acosando con sus cosacos, dejando muertos y heridos gran cantidad de enemigos, hasta que queriendo pasar el río Oyse, cerca Noyon, valerosamente rompió y degolló cuatro compañías de caballos y mucha infantería, tomando muchos prisioneros de cuenta. Y si la gente que llevaba el de Uvert hubiera ejecutado las órdenes de Picolomini, rompiera enteramente al enemigo, viéndose roto y desbaratado y muertos en su ejército de siete á ocho mil infantes y caballos, y desamparado de la demás caballería, por haber sin su orden retirádose afrentosamente, y vuelta la grupa á Companey (como queda referido en el párrafo 26), se retiró el conde Sousón la vuelta de Francia, dejando alguna infantería de la que le quedaba en algunas plazas que estaban orilla del Soma.

(29) Éste es un bizarro y valiente capitán de gran práctica y prudencia militar; acomete siempre á los enemigos con gran desenfado, como lo hizo en la pasada del río Soma referida, entrando en Francia en compañía del Príncipe Tomás, y apretó con su caballería los enemigos hasta las puertas de Roan, haciendo en ellos maravilloso estrago, destruyendo, y mandando la campaña llegó á las puertas de París, y aunque el ejército de Xatillón estaba entero, no se atrevió á acometer, antes se retiró á la provincia de Santonge, quedando el Picolomini señor de la campaña; y no sería justo dejar en silencio aquella tan memorable rota que este singular capitán dió á los franceses y á su general

Fuquiers el año siguiente de 1638, cuando acometió los confines de Luxemburgo y sitió la fuerte villa de Thionvilla, y teniéndola muy apretada, acudió á socorrerla el Conde de Picolomini con las tropas imperiales, acompañadas de las del Rey de España, que tenía á su cargo, y con ellas acometió al enemigo, que estaba puesto en batalla, y le acometió y dió tan bizarro ataque, que le rompió y les deshizo todos los escuadrones, así de caballería como de infantería, quedando en la campaña de siete á ocho mil franceses entre muertos y heridos y cerca de 3.000 prisioneros, y entre ellos el mismo general y todos los demás cabos principales del ejército, quedando toda la artillería, armas y bagajes, pólvora y demás municiones, por despojo de los nuestros; hazaña como de tan gran capitán, que ésta y las demás que ha conseguido, con singular esfuerzo, no se las callarán los siglos presentes y venideros; y dice muy bien el autor que este vigilantísimo capitán siempre «manda la campaña á coces».

(30) Éste es el valeroso Marqués de Grana, que en opinión de todos es tenido por bien afortunado capitán; el que con las tropas del Emperador sitió la villa de Mepen, plaza muy fuerte situada cerca de la Frisia oriental, en la ribera del río Ems, que el Palatino del Rhin compró á los suecos por 30.000 ducados para hacer en ella plaza de armas, la cual había fortificado el Palatino con muchas municiones y bastimentos; y atacándola el valeroso Marqués y los suyos con gallarda resolución, y habiéndoles hecho gran daño con la artillería y demolido gran parte de las fortificaciones, la rindió, portándose el Marqués en esta ocasión como muy diestro y valiente capitán. Y llevando á su cargo muy lucida gente de todas naciones y con nombre de General del Emperador, se juntó con el Teniente general Getz, y ambos, con muy lucidas tropas de infantes y caballos, acometieron con gran denuedo á los Duques de Pomerana

y Mehelburg y al Lantgrave de Nesiu, y dándoles muchos reencuentros y muchos apretados ataques, muy mal parados los hizo desamparar aquellos países, y al último que se detuvo le desbarató y destrozó de todo punto, y perdido se retiró á Holanda (hospital de fugitivos traidores), y hallándose la Francia apretada con la entrada del Sr. Infante Cardenal, fué forzoso llamar para su socorro al Cardenal de la Valeta y Duque de Uvaymar, que, obedeciendo la orden de su rey, y temerosos del Marqués de Grana y del teniente Getz que venían sobre ellos, desampararon á Saverna, en la Alsacia, y á todo lo demás de aquel país y se retiraron á la Francia. Y con esto quedó Alemania libre de tantos gozques como ladraban al Imperio; y frustrados de sus intentos los cardenales Richelieu y Monseñor de León, su hermano, y el de la Valeta, buitres de la Francia, y que pretendían serlo de Alemania y de España. Y por esò dice el autor: «Cardenales cuantos buitres ladran al Imperio gozques.»

(31) Éste es el esclarecido joven y temprano capitán el Marqués de Celada, que habiendo venido de Flandes con cierta embajada al católico rey de España, á quien besó la mano y dió la embajada y nuevas de la buena salud con que había llegado el señor Infante Cardenal al Estado de Milán, la Majestad de Felipe IV, por gratificar al Marqués nuevas de tanto gusto, y por sus excelentes servicios, le hizo merced del título de general de la caballería en los ejércitos que tenía en Alemania, y partiendo de la Corte á ejercer su cargo, llegó á Milán al tiempo que por S. M. gobernaba aquel Estado el Ilmo. Cardenal Albornoz, en cuanto á la justicia y gobierno político, y para el militar el ilustre caballero D. Carlos Coloma, que, si bien venerable por sus canas y muchos años de edad, de gran vigilancia y bizarro denuedo en la profesión militar. Ambos recibieron al Marqués y hospedaron con grande amor y cortesía, y estando

tratando de su despacho, les llegó nueva como el Monsiur Duque de Criqui, general de las armas del Rey de Francia, y los Duques de Saboya y Parma, se habían coligado contra el Rey de España para acometer é infestar los confines del Estado de Milán, y para hacerlo habían juntado sus armas, que consistían en 24.000 infantes y 5.000 caballos, que habían acometido y expugnado el fuerte de Veleta y sitiado á Valencia del Pó, como referimos en el párrafo 21. Los gobernadores cuidadosos del inopinado acometimiento, aunque Valencia del Pó no era plaza fuerte, ni de alguna consecuencia, mas por estar cerca de Milán cuarenta millas, les pareció cosa peligrosa tener al enemigo tan cerca, y así pidieron al Marqués de Celada socorriese esta plaza y quedase en ella á su defensa, que al punto lo aceptó con sumo gusto, y habiéndole entregado mil hombres, infantes de todas naciones, la mayor parte españoles, que se encaminaron la vuelta de Valencia del Pó, y llevando el Marqués por camino oculto, amaneció sobre sus enemigos, que estaban en sus fortificaciones, y les acometió con denuedo y con excelente esfuerzo militar por los cuarteles del Duque de Parma, haciendo en su gente grande estrago: entró en la plaza con pérdida de diez soldados muertos y heridos, donde fué recibido con general contento de todos. Visitó los puestos y puso en ellos nuevos cuerpos de guardia; hizo bastiones, fabricó medias lunas y fortificó y defendió la plaza con tan gran valor y constancia, que, aunque los Duques le dieron muchos asaltos y fortificaciones, en dos meses que le tuvieron sitiado no le perdieron jamás un palmo de terreno, cosa que causó grande espanto al enemigo y poca esperanza de rendir la plaza, de la cual y de las fortificaciones, y la artillería y mosquetes, le mataban mucha de su gente. Considerando D. Carlos Coloma el aprieto en que se hallaba el Marqués, á quien había dado su palabra de socorrerle, lo cumplió, porque habiendo juntado seis mil hombres entre infantes y caballos de todas las naciones, los entregó al

Marqués de los Valvases, soldado de crédito y resolución y fama, de excelente esfuerzo militar y conocido por el valor con que ha ejecutado las órdenes que se le han dado, sin las honras que le dejó merecidas su difunto padre. Salió con esta gente y caminó con toda diligencia y presentó á vista de los enemigos que le habían salido al encuentro, y el Marqués los acometió con sus bizarros soldados, atacando al enemigo con tan gran vigor, que le hizo retirar á sus fortificaciones; y viendo al enemigo desordenado y metido en confusión, le acometió con tan viva fuerza, que á su pesar abrió puerta é hizo camino para entrar en la plaza, dejando hecho grande destrozo en el enemigo y con muy poca pérdida de los suyos, donde fueron recibidos con grandísimo contento de los sitiados, especial del bizarro Marqués de Celada, agradeciendo del de los Valvases el riesgo en que se había puesto para socorrer la plaza y á sus amigos; y habiendo descansado, le pareció al Marqués de la Celada buena ocasión para salir á los enemigos amedrentados, y al punto lo consultó con el de los Valvases y demás cabos y capitanes del ejército, y fueron tan vivas y eficaces las razones que les propuso, que todos se conformaron con su parecer. Otro día de mañana, bien armados y con gentil denuedo, salieron de la plaza por diferentes partes y acometieron á los enemigos con tanta bizarría y atacaron con tan gran denuedo, que los desbarataron y rompieron por muchas partes, y afrentosamente se retiraron á espaldas vueltas, con grande afrenta y menoscabo de tanto ejército y de tantos señores, dejando en el reencuentro y retirada muertos más de mil y quinientos hombres, sin muchos heridos y prisioneros, habiéndose el de Parma visto en gran peligro de ser preso. Gozaron los nuestros gran despojo de armas, municiones y víveres. El suceso que tuvo esta entrada de los tres Duques en los confines del Estado de Milán queda referido en el párrafo 21. La defensa tan admirable y socorro tan excelente que se hizo en esta plaza y retirada

tan afrentosa de tres ejércitos tan poderosos, se aguó con la muerte de tan excelente capitán el Marqués de Celada, que sucedió quince días despues de retirado el enemigo, no de heridas, sino de inmenso trabajo y fatiga que padeció en un sitio tan apretado de dos meses, y por eso dice el autor que «á tres ejércitos hizo retirar á pescozones».

(32) El Cristianísimo piensa ó no acaba de entender ó considerar las inmensas pérdidas que ha tenido, los grandes estragos de su ejército, como le sucedió en la retirada de Lovaina, en la pérdida de la Capela y toma del fuerte castillo de Buchon y de Chatelet, pasada del río Soma, y destrozo del bosque y rendimiento de la fortísima villa de Corbie y retirada de su ejército desbaratado á Roye, y de su caballería á Compiegne, y entrada de los nuestros hasta las puertas de Roan y arrabales de París; la retirada del Príncipe de Condé del sitio de Dola, la del Duque de Uvaymar y Cardenal de la Valeta, cuando desampararon la fuerte plaza de Saverna, y las dos tan vorgonzosas retiradas que hicieron los Duques de Criqui, Saboya y Parma de los confines del Estado de Milán, rompiéndolos en la campaña de Tornavento, y la pérdida de la villa de Gatimara ó la Secia; y la pérdida de la fuerte roca de Arras y de la ciudad de Niza Ayque, y la pérdida de las fuertes é inexpugnables fortalezas de Tyano y Montalto, con el inaccesible fuerte de Puzon y otras muchas; todas estas pérdidas con tan gran mortandad de sus súbditos y demás sus coligados, el destrozo de sus ejércitos y la inmensidad de pérdidas tan considerables en una y otra parte, que se cansará la atención en quererlas referir. Ahora con grande agudeza pregunta el autor al Cristianísimo si piensa «con la virtud de su estoque» (significando sus armas) que ha de sanar tantas pérdidas «como sana lamparones».

(33) El autor aconseja al Cristianísimo que ya que está echando los hígados por adquirir y conquistar provincias y estados ajenos, con modos tan exquisitos y apartados de la razón y equidad, y que para conseguillo está pechando al holandes con quinientos mil ducados al año, con otras muchas expensas y gabelas, y ligándose con los reyes de Dinamarca y Suecia, haciendo conventículos y confederaciones inicuas con los herejes de Alemania y con las ciudades anseáticas, con el Palatino y con el Gran Turco, ayudando á unos con armas y á otros con consejos y dineros, gastando en estas tramas muchos tesoros (cosa indigna del Cristianísimo y de la Corona de Francia), para que con el ayuda de éstos y su favor, esté acometiendo varias empresas é interpresas, fatigando su persona y destruyendo sus reinos y vasallos, le advierte que no es cordura echar el bofe; que no crea á sus gallos, que le están cantando y llenando la cabeza de viento, y dándole á entender que por su valor invencible y el de sus fortísimos soldados ha de conquistar el Imperio de Alemania, y ganarle junto con la Italia y sujetar á España. Que lo que puede hacer con razón y justicia por el derecho de la ley sálica que ordena y quiere que estas provincias estén unidas á la Corona de Francia, como lo estuvieron en otro tiempo, que le pertenecen y las debe conquistar como descendiente y sucesor del rey Clodoveo y del emperador Carlos Magno, que las conquistaron por las armas y las unieron á la Corona de Francia. Todos estos son embelecos, sueños y vanidades de aquel su doctor y maestro Arroyo, el cual, para desvanecer á los ignorantes franceses de estos disparates, sacó á luz un libro lleno de atrocísimas mentiras, al cual castiga y reprende un insigne varón con otro que dió á la estampa este año de 1637, las cuales liviandades son las que cantan los gallos en su muladar. Advertirles el autor que no se entonen tanto, pues que en saliendo de él ni cantan, ni hacen, ni han hecho cosa de importancia, ni han tenido valor por las armas,

para adquirir un palmo de terreno para ampliar la Corona de Francia, díganlo las historias.

(34) Este es el potentísimo Felipe el Grande, cuarto entre los Reyes de España. Cosa sabida es los muchos y singulares beneficios que este gran monarca ha hecho á la Francia, sólo para con ellos cultivar los ánimos obstinados de aquella nación, liviana, dura y terrible, y que cuantas buenas obras han sembrado en ella siempre han tenido cosechas de ingratitudes y ofensas; no hay para qué cansar la atención en referirlas; las historias lo dirán y el mundo lo sabe. Asimismo las confederaciones, ligas y tratados inicuos y maquinaciones, valiéndose de los rebeldes de esta Corona y de la mayor parte de los herejes y protestantes de la Europa, como dejamos apuntado en el párrafo antecedente; todo esto á fin de destruir y acabar de todo punto esta católica Monarquía: más su Príncipe humanísimo y prudente siempre las ha disimulado, con grande generosidad de ánimo que tiene, por no romper los vínculos que tiene de tanto deudo con el Cristianísimo, al cual advierte el autor sosiegue y aquiete su ánimo mal aconsejado y se contente con los reinos y señoríos que posee; que no dé lugar á más movimientos ni perturbe la paz ni el sosiego de estos potentísimos señoríos, ni dé lugar á que la águila real de España, irritada, dispare el cañón de sus plumas, que son sus fortísimas é invencibles armas, y apretándole con su poder, sin aguardar remifasoles, les destruya de todo punto los reinos de su Corona de Francia.

(35) Admírase el autor de ver cuán malos y terribles consejeros tiene el Cristianísimo; qué desconcertados son sus pareceres; cómo son repugnantes á toda buena política y cristianísimo gobierno. Hace ponderación de las malas resoluciones que toma y perversos y descaminados consejos que dan á su Príncipe, todos enderezados á su perdición y

destrucción de sus reinos, y siendo todos menguados, ciegos á los resplandores de la verdadera luz, de la justicia y razón, que consiste en tratar verdad y comunicársela á su Rey y señor y con entender esto y conocer sus yerros, quieren dar á entender al mundo que son buenos: si lo son ó no, díganlo los prudentes.

(36) Esta cuarteta, como ella en sí es exprimida, tiene en sí poco jugo que sacarla, y apenas hallo en mi corto discurso que poderla comentar. Coche de pobres son las gradas y plaza junto al convento de San Felipe en Madrid. En estas gradas y distrito es donde se juntan todos los capitanes y soldados viejos que acuden á esta Corte de todas las provincias de esta opulentísima monarquía. Allí se trata de todos los príncipes y potentados de la mayor parte de lo descubierto, de guerras, de paces, de sitios, de fortificaciones y de todos los trances militares. De estos corrillos y conversaciones, de relaciones y avisos, sacó nuestro autor grandes motivos para componer su sátira, si bien le costó trabajo en juntar papeles para componerla; juzgue el prudente lector lo que yo habría menester para su comento: con todo esto, me alenté, por dar gusto al curioso lector (1).

---

(1) Á la conclusión del manuscrito de que se sirvió Janer se lee lo siguiente:

«Fin del comento que fué el día cinco de Agosto del año de mil setecientos cincuenta y uno.

NOTA. Saqué esta copia de un libro manuscrito de los de la Biblioteca, y puse esta nota en 28 de Septiembre de mil setecientos cincuenta y dos.—ANGULO.

1637

CON NOMBRE SUPUESTO SE QUEJA

DE UNA MADRE Y DE UNA HIJA (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

126. ¿Estamos entre cristianos?
¿Sufriráse en Argel esto?
¿Que á un estudiante le engañen?
¿Que á un poeta pidan censos?
Llámome yo Diego Antón;
Que no hay memoria en el tiempo
De Diego que fuese cambio
Ni de Antón que hiciese asiento.
Naciera yo Octavio, ó Julio,
Y conociera dineros;

(1) Esta composición y las seis siguientes fueron publicadas por Jorge Pinto de Morales en su libro *Maravillas del Parnaso y Flor de los mejores romances* (Barcelona, 1640); pero de tal manera hubo de retocarlas Quevedo en sus postreros años, que, prefiriendo, como preferimos, el texto dado á luz por González de Salas, nos ha parecido conveniente copiar íntegro en las notas el otro más antiguo. He aqui el de este romance:

¿Estamos entre cristianos?
¿Sufriérase en Argel esto?
¿Que á un estudiante lo engañen,
Y á un poeta pidan censos?
Yo me llamo Diego Antón,
Y no se acuerdan los tiempos
De Antón que tuviese renta
Ni cambio que fuese Diego.
Naciera yo Octavio ó Julio,
Y conociera dineros;
Pídanlos á quien los tiene,
Y denme á mí, que no tengo.
No se hiciera con un calvo
Lo que conmigo se ha hecho,
Ni con un zurdo, que sirve
Á todos de mal agüero.
Yo estoy bueno,
Roto y enamorado,
Y sin dinero.
Una madre y una hija

Á quien los tienen los pidan;
Á mí no, que no los tengo.
No se hiciera con un calvo
Lo que conmigo se ha hecho,
Ni con un zurdo, que sirve
Á todos de mal agüero.
Yo estoy bueno,
Roto, y enamorado, y sin dinero.
Una madre y una hija
Mi muerte y sepulcro fueron;
La hija acabó mi vida;
Comió la madre mi cuerpo.
Su vecino fuí seis años;
Posada y lumbre me dieron:
Lo mismo le dan de balde
Á Judas en el infierno.
Son las dos como un retrato
Déstos que hacen modernos:
Que por un lado es Narciso
Y por el otro sardesco.

Mi muerte y sepulcro fueron;
La hija me mató el alma;
La madre me mató el cuerpo.
Su vecino fuí seis años;
Posada y lumbre me dieron:
Lo mismo le dan de balde
Á Judas en el infierno.
Son las dos como retratos
De estos de traza y de ingenio,
Que en un lado se ve un ángel,
Y por el otro un sardesco.
En hacer á todos cara
Y en encubrirla al momento
Eran la madre y la hija
Una tapa, y otra espejo.
Aguardando está un marido,
Que, en acabando de serlo,
No habrá diablo que lo aguarde,
Como á un toro jarameño.
Yo estoy bueno, etc.
En su casa hay barbería,
Donde el rapado es el necio,
Y las bolsas las vacías,
Y ellas, en rapar, barberos.
De músicos es capilla,

No sé por cuáles pecados,
Siendo tantos los que he hecho,
Por tres años y tres meses
Vine (1) á doncella sin sueldo.
Honestas son por el cabo;
Á serlo ansí por el medio,
Á las dos sobrara mucho,
Y á mí me faltara menos.
Su modo de proceder
Es un puro testamento,
Porque todo es «item más»,
Después de mandar su cuerpo.
Hácenseme de los godos,
Y viéneles, según pienso,
Eso de *godas*, por *marcas;*
Perdóneme Dios si peco.
De músicos son capilla;
De capillas son convento;
De soldados son presidio,
Y de pajes son tinelo.
En hacer á todos cara
Y en encubrirla al momento
Son hija y madre, sin duda,
Una tapa, y otra espejo.
La niña aguarda un marido,
Que, en acabando de serlo,
No habrá diablo que le aguarde
Más que á un toro xarameño.
Es su casa barbería,

Y de capillas convento;
De soldados es presidio,
Y de pajes es tinelo.
Á Santiago de Galicia
Me parece su aposento,
Donde acude el mundo todo
En figura de romero.
Parece una montería
Su calle en anocheciendo,
Pues ladran, laten y silban,
Haciendo seña al terrero.
Yo estoy bueno, etc.

(1) *Viví.* Enmienda propuesta por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Donde el rapado es el necio,
Y las bolsas las vacías,
Y ellas, en rapar, barberos.
  Fruta es ésta que se da
En cada tierra á su precio:
En Sevilla, á veinte y cuatro,
Y á seis dentro de Toledo.
  Dicen que llevé su flor;
Cristiano soy, alma tengo,
Y si yo vi flor ni rosa,
Lo pague esclavo en Marruecos.
  Ni yo vi en su cuerpo todo
Jardín alguno, ni huerto,
Aunque en el lugar que dice
Ha tenido muchos tiestos.
  Á Santiago de Galicia
Me parece su aposento,
Adonde va todo el mundo
En figura de romero.
  Parece una montería
Su calle en anocheciendo,
Pues ladran señas y silban
Los que cursan su terrero.
  Yo estoy bueno,
Roto, y enamorado, y sin dinero.

RESPONDE

Á LA SACALIÑA DE UNAS PELONAS (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

  Á buen puerto habéis llegado
127. Las niñas de daca y toma;
Satanás os dió el consejo:

---

(1) Texto de las *Maravillas del Parnaso:*

  Á buen puerto habeis llegado,
Vendeja de daca y toma;
Satanás os dió el consejo:
No pudo ser otra cosa.

No puede (1) ser otra cosa.
Por dinero me enviais,

Por dineros me enviais,
Como si yo fuera flota,
Ó banco, teniendo sólo
Pies de banco mi persona.
Más cuartos tiene que yo,
Aunque tiene menos borra
Que mi lengua y que mi barba
La más cuitada pelota.
Véis que traigo yo mis carnes
Asomadas á mi ropa,
Más delicado de capa
Que de estómago una monja.
Que los dedos de mis pies
Por mis zapatos se asoman,
Como tortuga que saca
La cabeza de la concha.
Que cómo de rebatiña,
Que soy gavilán de ollas,
Y que sola mi conciencia
Es la que come á mi costa.
Que es mi casa solariega
Diez puntos más que las otras,
Pues que, por falta de techo,
Le da el sol á todas horas.
Sabeis que esta villa es mía,
Por la noble ejecutoria
Que hace al desvergonzado
Señor de la villa toda.
Sabeis que de mi posada,
En sacando yo la sombra,
Se muda toda mi hacienda,
Vestidos, galas y ropa.
¿Pues cómo, si lo sabeis,
Me pedís con larga prosa
Dineros y una merienda,
Siendo mujeres y romas?
Si pidiérades narices,
Aún fuera cosa más propria,
Porque pidiera á un vecino
Un pedazo que le sobra.
¿Á mí moneda de rey,
Que no la alcanzo aun de sota?
¿Á mi plata, que, por verla,
Las píldoras se me antojan?
Santígüense, hermanas mías,
Y echen por allá, señoras,
Otra red que saque más;
Que aquí ni aun agua hay agora.

(1) Así en las primeras ediciones de *El Parnaso Español.* Janer leyó como en el texto de Pinto de Morales, *No pudo.*

Como si yo fuera flota,
Ó banco, teniendo sólo
Pies de banco mi persona.
  Más cuartos tiene que yo,
Aunque tiene menos borra
Que mi barba y que mi lengua
La más cuitada pelota.
  La falta de los caballos (1)
Quisiera tener agora,
Pues si me salieran cuartos
Se mejorara mi bolsa.
  Veis que traigo yo mis carnes
Asomadas á mi ropa,
Más delicado de capa
Que de estómago una monja;
  Que los dedos de los pies
Por el zapato se asoman,
Como tortuga que saca
La cabeza por la concha;
  Que cómo de arrebatiña,
Que soy gavilán de ollas,
Y que sola mi conciencia
Es la que come á mi costa;
  Que es mi casa solariega
Mucho más que no las otras,
Pues que, por falta de techo,
La da el sol á todas horas;
  Sabéis que esta villa es mía,
Por la carta ejecutoria
Que al desvergonzado hace
Señor de la villa toda;
  Sabéis que de mi posada,
En sacando yo la sombra,
Es mudado todo el hato
Que me abriga y que me adorna;
  Pues ¿cómo, si lo sabéis,
Me pedís en larga prosa
Dineros y una merienda,
Tan sin gracias y tan romas?

(1) Janer, sin duda por errata, *cabellos*.

Si pidiérades narices,
Fuera demanda más propria;
Que á un vecino le pidiera
Un tarazón que le sobra.
¿Á mí moneda de rey,
Que aun no la alcanzo de sota?
¿Á mí plata, que aun, por verla,
Las píldoras se me antojan? (1)

EN LA SIMULADA FIGURA

DE UNAS PRENDAS RIDÍCULAS,

BURLA DE LA VANA ESTIMACIÓN

QUE HACEN LOS AMANTES DE SEMEJANTES FAVORES (2)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

128. Cubriendo con cuatro cuernos
De su bonete de paño
Más de mil que tú, Benita,
Le has puesto con otros tantos,
Aquel sacristán famoso,
Aquel desdichado Fabio,
El que á tus torres de viento
Repicó los campanarios,
Después que el manteo raído,

(1) D. Aureliano Fernández-Guerra puso una línea de puntos al fin de este romance, indicando que, á su parecer, no estaba completo. Parece que lo está en el texto de las *Maravillas del Parnaso*, y que la última cuarteta se omitió, por descuido, en la edición de González de Salas.

(2) He aquí el otro texto, publicado en las *Maravillas del Parnaso:*

Cubriendo con cuatro cuernos
De su bonete de paño
Más de mil que su borrita
Le puso con otros tantos,
Aquel sacristán ilustre,
Aquel desdichado Fabio,
El que en sus torres de viento
Repicó los campanarios,
Después que el manteo raído,
Ya que no desvergonzado,

Ya que no desvergonzado,
Hizo asiento sobre un cerro
Para descansar un rato,
  Á la orilla de un arroyo,
Que no estaba murmurando
Como otros arroyos ruines,
Que éste era bien inclinado,
  Desatando un borceguí
De una soguilla de esparto,
Comenzó á sacar las prendas
Que por favores le has dado.
  Lo primero y principal
Fué un reverendo zapato,
Con puntos de flux, muy proprio
No al pie, sino al mismo banco.
  Luego, un lazo que tenía
De no sé qué cendal pardo,
Que á la garganta de Judas
Pudiera servir de lazo;
  Una liga muy peor
Que la de los luteranos,
Recién convertida á liga
Del mal estado de trapo.

Hizo asiento sobre un cerro
Para descansar un rato,
  Á la orilla de un arroyo,
Que no estaba murmurando
Como los arroyos viles,
Que éste era bien inclinado,
  Desatando el borceguí
De una tomiza de esparto,
Comenzó á sacar las prendas
Que le dió su dueño ingrato.
  Lo primero y principal,
Un reverendo zapato,
De más puntos que un gran flux,
Propio para el pie de un banco.
  Luego, un lazo que tenía
De no sé qué cendal pardo,
Que á la garganta de Judas
Pudiera servir de lazo;
  Una liga muy peor
Que la de los luteranos,
Recién convertida á liga,

Sacó luego unos cabellos
Entre robles y castaños,
Que á intercesión de unas bubas
Se le cayeron antaño.
Considere aquí el letor,
Pío, ó curioso, ó cristiano,
Su gozo al ver que de liendres
Eran sartas los más largos.
Descubrió un retrato tuyo,
Y halló que tiene, al mirarlo,
Cosas de padre del yermo,
Por lo amarillo y lo flaco.
La frente, mucho más ancha
Que conciencia de escribano;
Las dos cejas, en ballesta,
En lugar de estar en arco.
La nariz, casi tan roma
Como la del Padre Santo,
Que parece que se esconde
Del mal olor de tus bajos.

Del mal estado de trapo.
Sacó luego unos cabellos,
Entre robles y castaños,
Que á petición de unas bubas
Se le cayeron del casco.
Considere aquí el lector
Qué sentiría un cristiano,
Viendo que de liendres vivas
Eran sartas los más largos.
Descubrió un retrato suyo,
Y halló que tenía el retrato
Cosas de padre del yermo,
Por lo arrugado y lo flaco.
La frente, mucho más ancha
Que conciencia de escribano;
Las dos cejas, en ballesta,
En lugar de estar en arco.
La nariz, casi tan roma
Como la del Padre Santo,
Que parece que se esconde
Del mal olor de sus bajos.
Avecindados los ojos
En el arrabal del casco,
Con dos eneros por niñas,
De ceja y pestañas calvos.

Avecindados los ojos
En las honduras del casco,
Con dos abuelas por niñas,
De ceja y pestañas calvos.
Una bocaza de infierno,
Con sendos bordes por labios,
Donde hace la santa vida
Un solo diente ermitaño.
Halló al cabo un escarpín,
Que, sin estar resfriado,
Tomando estuvo sudores
Seis meses en tus zancajos.
Miró las prendas el triste,
Y al momento, suspirando,
Á su retablo de duelos
Las puso por nuevo marco.
«¡Ay, despojos venturosos (1)

Una bocaza de infierno,
Con sendos bordes por labios,
Donde hace la santa vida
Un solo diente ermitaño.
Sacó luego un escarpín,
Que, sin estar resfriado,
Tomando estuvo sudores
Diez meses en sus zancajos.
«¡Ay, despojos venturosos
—Dijo—que entre estos guijarros
Me dejó aquella serpieute
Que se enroscaba en mis brazos!
»No sé si os eche en el río,
Pues que por aquí no hay caño;
Mas quien da llanto á Pisuerga
No es justo que le dé asco.
»Quemaros será mejor,
Como á favores nefandos,
Pues contra naturaleza
Os recibí yo de un diablo.»
Diciendo aquesto se fué,
Dejándolos en el campo,
Por espantajo á las aves,
Y por estiércol al prado.
Arrebozóse el manteo,
Que otro tiempo fué de paño,
Y partióse haciendo lodos
Por las calles con el llanto.

(1) Janer, de seguro por errata, *Hay despojos*.

—Dijo—que entre estos guijarros,
Me dejó aquella serpiente
Que se enroscaba en mis brazos,
»No sé si os eche en el río,
Que de llevaros me canso;
Mas quien da llanto á Pisuerga
No es justo que le dé asco.
»Quemaros será mejor,
Como favores nefandos,
Pues contra naturaleza
Los toma un hombre de un diablo.»
Diciendo aquesto se fué,
Dejándolos en el campo,
Por espantajo á las aves,
Y por estiércol al prado.
Cubrióse con su manteo,
Que dicen que fué de paño,
Y partióse haciendo lodos
En la arena con el llanto.

SACÚDESE DE UN HIJO PEGADIZO (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

129. Yo el menor padre de todos
Los que hicieron este niño
Que concebistes á escote
Entre más de veinticinco,
Á vos, doña Dinguindaina,
Que parecéis laberinto
En las vueltas y revueltas,
Donde tantos se han perdido:

(1) Texto de las *Maravillas del Parnaso:*

Yo el primer padre de todos
Los que hicieron ese niño,
Que concebistes á escote
Entre más de veinticinco,
Á vos, doña Dinguindanga,
Que parecéis laberinto
En las vueltas y revueltas,
Donde tantos se han perdido.

Vuestra carta recibí
Con un contento infinito
De saber que esté tan buena
Mujer que nunca lo ha sido.
Pedísme albricias por ella
De haber parídome un hijo,
Como si á los otros padres
No pidiérades lo mismo.
Hágase entre todos cuenta
Á cómo nos cabe el chico;
Que lo que á mí me tocare
Libraré en el Antecristo.
Fuímos sobre vos, señora,
Al engendrar el nacido,
Más gente que sobre Roma
Con Borbón por Carlos Quinto.
Mis ojos decís que saca;
Mas, según lo que averiguo,
Vos me los sacais agora
Por dineros y vestidos.

Vuestra carta recibí
Con un contento infinito
De saber que está tan buena
Mujer que nunca lo ha sido.
Pedísme albricias por ella
De que habéis parido un hijo,
Como si á los otros padres
No pidiérades lo mismo.
Hágase cuenta entre todos
Á cómo nos cabe el chico;
Que lo que á mí me tocare
Vos vereis cómo lo envío.
Fuimos sobre vos, señora,
Al engendrar el nacido,
Más gente que sobre Roma
Con Borbón por Carlos Quinto.
Que no negará á su padre
Decís, en lo parecido,
Y es el mal que el padre puede
Negar que nunca tal hizo.
Mis ojos decís que saca;
Mas, según lo que averiguo,
Vos me los sacais agora
Por dineros y vestidos.
Haced creer esas cosas

Que no negará á su padre
Decís, por lo parecido,
Y es el mal que el padre puede
Negar muy bien que le hizo.
Más padres tiene que miembros;
Acomodad, pues, el mío,
Ya que queréis encajarme
Esto de padre postizo.
¡Oh, quién viera cuando todos,
Armados de acero fino,
Amojonen lo que hicieron
En el mayorazgo hechizo!
Cuál dirá que engendró él solo
Desde el hombro al colodrillo,
Y cuál pondrá su mojón
Desde la espalda al ombligo.
Cuál conocerá una mano,
Y no faltará marido
Que diga que, por la priesa,
No acabó más de un tobillo.

Á los hombres barbilindos,
Que, por parecer potentes,
Prohijarán un borrico.
Yo me salí de la corte
Á vivir en paz conmigo;
Que bastan treinta y dos años
Que para los otros vivo.
Si me hallo preguntais
En este pueblo escondido,
Y es aquí donde me hallo,
Y allá donde me he perdido.
Aquí miro las carrascas,
Copetes de aquestos riscos,
Donde frisada la hierba
Hace guedejas y riscos.
Oigo de diversas aves
Las voces y los chillidos,
Que ni yo entiendo la letra,
Ni el tono que Dios le hizo.
Ándase aquí la urraca
En su traje dominico,
Y el pajarillo triguero
En el suyo capuchino.
La lechuza ceceosa
Entre estos cerros da gritos,

Haced creer estas cosas
Á los hombres barbilindos,
Que, por parecer potentes,
Prohijaran un pollino;
Que yo soy un hombre zurdo,
Cejijunto y medio bizco,
Más negro que mi sotana;
Más áspero que un erizo.
Infórmenle de mis partes
Á ese que habéis parido;
Si él por padre me admitiere,
Que me tueste el Santo Oficio.
Paréceme que trazais
Catorce ó quince bautismos,
Y que, unos por otros, dejan
Moro al que nace morisco.
¡Qué será de ver los padres,
Y la escuadra de padrinos,
Unos con curas y amas,
Otros con vela y capillos!

Que parece sombrerero
En la música y los silbos.
Los taberneros de acá
No son nada llovedizos,
Y así, antes tiene polvo,
Que no humedades el vino.
Las mujeres desta tierra
Tienen muy poco artificio;
Mas son de lo que las otras,
Y me saben á lo mismo.
Á las que allá dan diamantes,
Acá les damos pellizcos,
Y aquí valen los listones
Lo que allá los cabestrillos.
Si nos piden, es perdón,
Con rostro honesto y contrito;
Y si damos, es en ellas,
Como en real de enemigos.
No reparo yo en las medias,
En ligas ni zapatillos;
Que todo lo que no es piernas
Yo lo doy por recibido.
Las caras saben á caras,
Los besos saben á hocicos;
Que besar labios de cera

¡Cuál andará el licenciado
Cargado de sus amigos,
Enviando á la parida
Colación y beneficios!
El viejo se pondrá plumas,
Y se quitará el juicio:
Que es su cabeza cortada
Creerá, como en Jesucristo.
¡Qué habrá gastado en mantillas
El arrendador del vino,
Seguro que le parece
Hasta en lo perro judío!
Encargaisme de criarle,
Siendo el criar un oficio
Que sólo le sabe Dios,
Por su poder infinito.
Para ayudar á engendrar
Iré sin duda, aunque indigno,
Con mi lujuria achocada
Entre estas peñas y riscos.
Naveguen otros las costas,
Que yo en el golfo me vivo;
Que á pecar bueno y de balde
Desde que nací me inclino.
Aquí, pues, sabré la historia
De ese (1) parto tan partido,
Y el suceso de los padres
Que vos hacéis putativos.
Aviso tendré de todo;
Mas también desde hoy la aviso
Que pára para los otros
Lo que engendrare conmigo.

Es besar un hombre cirios.
Fecha en este mes y año,
Y perdone que no firmo,
Porque mis propias razones
Dicen que yo las escribo.
Vuesa merced me encomiende
Á las mujeres del siglo,
Y déle Dios mil ducados
Para el día del bautismo.

(1) Janer, *De este.*

Padres llame á los profesos,
Que yo motilón he sido;
Y, con título de hermano,
Viviré como un obispo.
Este año y este mes,
Y perdone que no firmo;
Porque mis mesmas razones
Dicen que yo las escribo.
No pongo calle ni casa
Tampoco en el sobrescrito,
Porque, según vive, della
Dirán todos los vecinos.

AUSENTE DE FLORI

HUYE SUS PENSAMIENTOS Y ELLOS LE DEJAN (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa IV.)

Á la sombra de un risco
130. Que, por lo lindo, tiene
Dos mirtos por guedejas,
Un roble por copete,
Peñasco presumido
De galán y de fuerte,
Ceño de muchos valles,
De dos montañas frente,
Engastado en dos ríos,
Que en cristalinas sierpes

(1) Texto de las *Maravillas del Parnaso:*

Á la sombra de un risco
Que, por lo lindo, tiene
Dos mirtos por guedejas,
Y un roble por copete,
Peñasco presumido
De galán y de fuerte,
Ceño de muchos valles,
De dos montañas frente,
Engastado en dos ríos
Que, cristalinas sierpes,
Dan sortijas de plata
Á su esmeralda verde,

Dan sortija de plata
Á su esmeralda verde,
  En una cueva triste
Que del sol se defiende
Con espinos cobardes
(Que están armados siempre),
  Rayos brujuleados,
Por alumbrar, ofenden,
Cuando en mucha tiniebla
Menudas luces vierten.
  Hasta la puerta llegan
Abril y Mayo verdes;
Mas en entrando dentro,
Su niñez envejecen.
  En este de la noche
Desaliñado albergue,
En donde á medio día
Por señas amanece,
  Sólo con mi cuidado,
Tenía las más veces
En las fuentes los ojos,
Y en los ojos las fuentes.
  Ausente, preso y solo
(Mas, en diciendo ausente,

  En una cueva triste
Que del sol se defiende
Con espinos cobardes
(Que están armados siempre),
  Rayos brujuleados,
Por alumbrar, ofenden,
Cuando en mucha tiniebla
Menudas guijas vierten.
  Hasta la puerta llegan
Abril y Mayo verdes;
Mas, en entrando dentro,
Su niñez envejecen.
  En este de la noche
Desaliñado albergue,
Adonde á medio día
Apenas amanece,
  Sólo con mi cuidado,
Tenía las más veces
En las fuentes los ojos,
Y en los ojos las fuentes.

Se abrevian los abismos
Y se cifra la muerte),
Yo fabricaba ciego,
De mi discurso leve,
Mazmorras á la vida
Y al pensamiento Argeles.
Las desesperaciones
Me rondaban alegres;
Que á un desdichado, en glorias
Los despechos se mienten.
Cargados los deseos
De lazos y cordeles,
Lisonjas se fingían
Sus mentirosas redes.
Suspendido miraba
Ministros tan crueles,
Cuando mis pensamientos
Me hablaron desta suerte:
«¿Qué muerte es la que vives?
¿Qué vida es la que mueres?
¿En dónde estás perdido?
¿Qué nueva de ti tienes?

Ausente, preso y solo
(Mas, en diciendo ausente,
Se abrevian los infiernos
Y se cifran las muertes),
Alegre fabricaba
De mi memoria leve
Mazmorras á la vida,
Y al pensamiento Argeles.
Las desesperaciones
Me rodeaban alegres;
Que á un hombre desdichado
Cualquiera se le atreve.
Cargado de deseos,
De lazos y cordeles,
Me engañaban las sendas
Con mentirosas redes.
Suspendido miraba
Ministros tan crueles,
Cuando mis pensamientos
Hablaban desta suerte:
«¿Qué vida es la que vives?
¿Qué muerte es la que mueres?

»Con tu pasión nacimos,
Acompañando siempre
Tus méritos, humildes;
Tu presunción, corteses.
»Vagando por los aires
Nos han traído, leves,
Correos despachados
Para el cielo, á las veinte.
»¡Qué grandes poblaciones,
Qué inmensos chapiteles
Fabricamos de sueños
Sobre esperanzas breves!
»Mas ya á tus fantasías
Nos sentirás rebeldes,
Y á tus torres de viento
Romperémos los puentes.
»Queda sin pensamientos
Y sueña mientras duermes;
Descansaremos todos,
En tanto que despiertes.»

¿Adónde estás perdido,
Que nueva vida tienes?
»Con tu razón nacimos,
Acompañando siempre
Tus méritos, humildes;
Tu presunción, corteses.
»Trotando por los aires
Nos has traído á veces,
Correos despachados
Para el cielo, á las veinte.
»¡Qué grandes poblaciones,
Qué inmensos chapiteles
Fabricamos de sueños
Sobre esperanzas verdes!
»Jornal hemos ganado
Á tu ambición rebelde,
Haciendo á tus locuras
Pasadizos y puentes.
»Queda sin pensamientos
Y sueña mientras duermes;
Descansaremos todos,
En tanto que recuerdes.»
Herida mi paciencia
Con voz tan insolente,
Con suspiros y llanto

Herida mi paciencia
De voz tan insolente,
Con suspiros y llanto
Me esforcé á responderles:
«Despuéblese mi alma;
Sus potencias me dejen
En una vida yerma,
Que no discurre, y siente.
»Floris ya está en la villa;
Yo peno en Guadalerce;
Allá era yo ninguno;
Acá no soy viviente.
»Á Floris, que es divina,
Pensamientos la ofenden;
Dejadme, pensamientos,
Que sin pensar acierte.»

SUCESO
QUE AUNQUE PARECE DE CONSEJA
FUÉ VERDADERO (1)

(En *El Parnaso Español*, Musa VI)

131. Érase que se era
(Y es cuento gracioso)

Me esforcé á responderles:
«Despuéblese mi alma,
Sus potencias me dejen,
Con una vida yerma
Que no discurre, y siente.
»Floris quedó en la villa;
Yo vine á Alguadalerce;
Allá no soy ninguno;
Acá no soy viviente.
»Á Floris, que es divina,
Pensamientos la ofenden;
Pensamientos, dejadme
Que sin pensar acierte.

(1) Texto de las *Maravillas del Parnaso:*

Érase que se era
Un cuento donoso,
De una viejecita

Una viejecita
De tiempo de moros,
  Pasa en lo arrugado
Del anciano rostro,
Uva en lo borracho,
Higo en lo redondo.
  Cucharón por barba,
Por sombrero, un hongo,
Por toca, un pañal,
Por báculo, un tronco.
  Coja de una pierna,
Bizca del un ojo,
Un rosario al cuello
De bolas de bolos.
  Gran mujer del Malo
Y de los dimoños;
Para niños, bruja;

De tiempo de moros,
  Pasa en lo arrugado,
Mosca en lo goloso,
Uva en lo borracho,
Higo en lo redondo.
  Cucharón por barba,
Por sombrero, hongo,
Un pañal por toca,
Por báculo, un tronco.
  Coja de una pierna
Y bizca de un ojo,
Un rosario al cuello
De bolas de bolos.
  Gran mujer del Malo
Y de los dimoños;
Para niños, bruja;
Para niñas, coco.
  Gruñidora en tiple,
Rezadora en tono,
Como una culebra
En los silbos roncos.
  Maestra de emplastos
Y de lavatorios,
Y en hacer conciertos
Algebrista proprio.
  Amortajar muertos
Le valió un tesoro
De dientes y muelas,

Para niñas, coco.
  Gruñidora en tiple,
Rezadora en tono,
Como una culebra
Con sus silbos roncos.
  Médica de emplastos
Y de lavatorios,
Y en hacer conciertos
Algebrista proprio.
  En echar ayudas
Fué su pulso solo,
De botica á viejos
Y de costa á mozos.
  Calcetera ha sido
De virgos y pollos:
Puntos toma á unos,
Calzas echa á otros.

Que guardó en un hoyo.
  Calcetera un tiempo
De niñas y pollos,
Puntos tomó á unas;
Calzas echó á otros.
  Cárcel de traviesos
Y jaula de locos,
De pájaros liga
Y trampa de lobos.
  No era Celestina,
Que para ella es poco:
Érase ella misma,
En quien cabe todo.
  Una su enemiga
Dió al alcalde un soplo;
Sobraron testigos
Para su negocio.
  Sacan á mi vieja
En un asno romo,
Con una montera
De papelón gordo.
  ¡Pues decid que el día
Fué pardo ó llovioso,
Sino raso y limpio
De nubes y polvo!
  Hizo Dios milagros,
Pues corrieron cojos
Y sanaron mancos,

No era Celestina,
Que es para ella poco (1):
Érase ella misma,
Donde cabe todo.
Cárcel de traviesos,
Jaula para locos,
Liga para aves,
Trampa para lobos.
Grande aficionada
Al peón y al trompo,
Sólo por jugar
Á saca de corro.
Tratóla un mancebo
Con fondos en tonto,
Recién heredado;
Hízolo el demonio;
Pues, yendo y viniendo
Unos días y otros,
Se halló comido
De vieja y de piojos.
Que un avestruz trague
Las ascuas de un horno
Y que coman tierra
Ratones y topos,
Vaya en hora buena:
Cada día lo oigo;

Por tirarle lodo.
Llovieron muchachos,
Pepinos, cohombros;
Todos le acertaron,
Tuertos y bisojos.
Á traición le dieron
En los pobres lomos
Doscientos azotes,
Uno mejor que otro.
Holguéme de verla,
Así haya buen gozo
De lo que bien quiero
Y del bien que adoro.
Y no ha de pesarme
Si hacen lo proprio
De todas las viejas
De palo y antojos.

(1) Janer, *para ello*, echando á perder el sentido.

Pero que una vieja,
Tras seis mil agostos,
  Sin diente ni muela,
Los colmillos romos,
Se coma diez sillas
Y tres escritorios;
  Que, sin ser polilla,
Le comiese al bobo
Todos sus vestidos,
Es raro negocio.
  Y no paró aquí
Este fiero monstro,
Digno por la mitra
De obispar con tronchos;
  Pues, sin ser caribe
Ni vivir en Congo,
Se comió dos pajes
Y un lacayo sordo.
  Carne humana gasta
En su refitorio;
Come como cuervo;
Habla como tordo.
  Luego que le vió
Gastadillo y roto,
Le cantó la vieja
Malditos responsos.
  Saludóla el triste,
Dió á un alcalde el soplo,
Sobraron testigos
Para su negocio.
  Sacaron la vieja
En un asno romo,
Con una montera
De papelón gordo.
  ¡Pues decir que el día
Fué oscuro ó lluvioso,
Sino raso y limpio
De nubes y polvo!
  Hizo Dios milagros,
Pues corrieron cojos
Y sanaron mancos,
Por tirarla lodo.

Llovieron los niños
Pepino y cohombros;
Todos la acertaron,
Tuertos y bisojos.
Diéronla á traición
En los secos lomos
Doscientos azotes,
Uno mejor que otro.
Holguéme de verlo,
Bañéme de gozo,
Por vida de aquella
Cuyo cielo adoro.
Y no ha de pesarme
De que hagan lo proprio
Con todas las viejas
De palo y antojos.

ALEGÓRICA ENFERMEDAD

Y MEDICINA DE AMANTE (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa IV.)

Muérome yo de Francisca,
132. Buen doctor, y tus recetas
El tabardillo me curan
Y la Francisca me dejan.
Ansí, pues, siempre te llamen
Los que de ti no se acuerdan,
Y sólo vivas de cuantos
Contra la vida pelean,

---

(1) Texto de las *Maravillas del Parnaso:*

Muérome yo de Francisca,
Buen dotor, y tus receptas
El tabardillo me quitan
Y la Francisca me dejan.
Y así, para que te llamen
Los que de ti no se acuerdan,
No haya otro médico vivo
Entre amantes que pelean,
Así vivan dos mil años

Y ansí duren dos mil años
Tus dos guantes en conserva,
Y tu mula por las calles
No te lleve con mareta,
Y ansí, á matarla, de ti
Tu propria silla no aprenda,
Y mendigando tercianas
Te lleve de puerta en puerta,
Que escuches con atención
Mi enfermedad á mi lengua,
Por si cuando á errarla tiras,
Acaso á curarla aciertas.
Mi corazón, lo primero,
En fiebre hermosa se quema,
Y el viento de mis suspiros
Mas le enciende que le templa.
Mi esperanza y mi temor,
Que desabrigados tiemblan,
En el frío de un desdén
Á todas horas se hielan.

Tus dos guantes en conserva,
Y tu mula por las calles
No te lleve con mareta,
Así, á matarla, de ti
Su propia silla no aprenda,
Y mendigando tercianas
Te lleve de puerta en puerta,
Que escuches con atención
La enfermedad que me aprieta,
Los achaques que me afligen,
Los dolores que me cercan.
Mi corazón, que se abrasa,
Mis entrañas, que se queman,
De calenturas mortales
Se consumen y se quejan.
Mi esperanza y mis temores,
Que desabrigados tiemblan,
Con el frío de un desdén
Á todas horas se hielan.
Quien ve mis merecimientos,
Si mirare mi soberbia,
Conocerá el frenesí,
Y curarme ha la cabeza.
Témese de hidropesía
El dolor que me desvela,

Si ves mis merecimientos
Y conoces mi soberbia,
Sin duda del frenesí
Querrás curar mi cabeza.
Témese de hidropesía
Mi ardiente sed, pues se aumenta
Y arde más, aunque mis ojos
Mares de lágrimas viertan.
Soles me han muerto, y también
Sereno de dos estrellas;
Mucha nieve en cuerpo y manos;
Mucho incendio de oro en trenzas.
Por beber yo con la vista,
En labios, coral y perlas,
Preciosa muerte me aguarda,
Después de rica dolencia.
Tengo un donaire arraigado
Dentro en las entrañas mesmas;
Un pujamiento de celos;
Un crecimiento de penas.
No estudies mi enfermedad

Porque estoy siempre con sed,
Aunque más lágrimas vierta.
Soles de ojos me han muerto,
Sereno de dos estrellas,
Mucha nieve en cuello y manos,
Plata y oro en frente y trenzas.
Por beber yo con la vista,
En labios, coral y perlas,
Preciosa muerte me aguarda,
Después de rica dolencia.
Tengo un donaire arraigado
Dentro en las entrañas mesmas;
Un pujamiento de celos;
Un crecimiento de penas.
No estudies mi enfermedad
En Galenos ni Avicenas;
Que no cabe en aforismos
Mi dolor y mi tristeza.
Mis sangrías han de ser
Del alma, no de las venas;
La aljaba ha de ser estuche,
Y los arpones lancetas.
El remedio que da Amor
Ese es sólo el que aprovecha;

En Galeno ni Avicena;
Que no cabe en aforismos
Mi dolor y mi tristeza.
  Mis sangrías han de ser
Del alma, no de las venas;
La aljaba ha de ser estuche,
Y los arpones lancetas.
  El Hipócrates Amor
Los remedios sólo enseña
Que sanan, y de favores
Los récipes que aprovechan.
  Del pulso de los amantes
Cura las intercadencias,
Templando sólo el desdén,
Y hace burla de otras letras.

Á DON JERÓNIMO DE MATA,

EN EL LIBRO DE LAS TRISTEZAS DE AMARILIS (1)

(En *Las Tres Musas últimas*, Musa VIII)

ESTROPHE

  El instrumento artífice de muros,
133. Que con acentos puros
Sonoro (2) fabricó con cuerdas nuevas
El miedo al mundo y la muralla á Tebas;
El que del ancho mar en los confines

Que en un récipe de vista
Consiste el sanar ausencias.
  El pulso de los amantes
Hace burla de las letras,
Porque el doctor Afición
Es solo quien lo gobierna.

(1) En la edición principe de *Las Tres Musas últimas* hay bajo el epigrafe esta advertencia: «Sigue la disposición de las odas de Píndaro.» En el dicho libro y en la edición de Janer está tan corrompido el texto, especialmente por la malísima puntuación, que se hacen ininteligibles muchos pasajes. Procuraremos restituirle el sentido, lo mejor que podamos.

(2) Janer leyó *sonoros*, creyendo equivocadamente que este adjetivo se refería á los *acentos*, y no á la lira de Anfión.

Primero domador fué de delfines,
Jinete de los golfos, y el primero
Que introdujo en el mar caballería,
Domando escamas en el Ponto fiero
(Tanto pudo la voz y la armonía
Del mancebo de Tracia,
Que tanto á las corrientes cayó en gracia,
Que el cristal diligente emperezaron,
Y su curso en su lira aprisionaron);
Á quien los montes fueron auditorio,
Y séquito y aplauso el territorio,
Cuya lira en el cielo,
Querellosa del suelo,
Sonora resplandece,
Resplandeciente suena, y aparece
Con ardiente armonía
De canoras estrellas fabricada,
Divirtiendo en las sombras regalada
Con acentos de luz la ausencia al día.

ANTISTROPHE

Menos que vos hicieron (1):
Señas de vuestra mano al mundo dieron,
Si en vuestra lira, Mata generoso,
Halla el amor reposo,
Y sueño los cuidados
(Siempre en ojos amantes desvelados),
Olvido los dolores,
Tregua los invidiosos amadores,
Y mágico sonoro bien seguro,
Con fuerza de conjuro
Las almas que suspende en los vivientes
Traslada á los peñascos y á las fuentes,
Y con cuerdas sirenas
Adormece las penas.

---

(1) En el texto de D. Pedro Aldrete,

Menos que *voz* hicieron;

y Janer, como para que se destruyera el verso, además del sentido, *Menos que la voz hicieron.*

Bien con voz dolorosa pudo Orfeo,
Por divertir su ausencia y su deseo,
Músico suspender, regalar tierno
Las penas del infierno;
Mas vos, en Amarilis desdichada,
Con voz más dulce y cuerda más templada,
Suspendeis (tanto el Cielo honraros quiso),
El infierno en el propio Paraíso.

EPODOS

El rey de ríos, líquido monarca,
De sus arenas Midas cristalino,
Muro cortés, que la ciudad abarca,
Y no la ciñe, por dejar camino;
Tajo, que nace fuente,
De pinos coronada cuna y frente,
Para morir glorioso,
Ya remedando el piélago espantoso,
Dentro del monumento de los ríos
Mar dulce coronada de navíos,
Bien al Hebro imitara,
Y á escucharos volviera y se parara;
Mas de las aguas suyas generosas,
Por volveros á oir las que pasaron,
Dan priesa á las que vienen codiciosas,
Y éstas á las primeras que llegaron,
Y ellas á las que os oyen, de manera
Que á sí misma se estorba la ribera.
Dichosa tú, que fuiste desdichada
Para ser tan dichosa,
Ya escrita, ya cantada,
En verso culta, y elegante en prosa;
Pues pudiera, Amarilis, tu belleza
(Tan feliz desventura padeciste),
De no haber sido triste,
Tener mayor tristeza,
Y así, debes, señora,
De tu tristeza estar alegre agora.

1639

EPÍSTOLA SATÍRICA Y CENSORIA

CONTRA LAS COSTUMBRES PRESENTES DE LOS CASTELLANOS,
ESCRITA Á DON GASPAR DE GUZMÁN,
CONDE DE OLIVARES, EN SU VALIMIENTO (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa II.)

No he de callar, por más que con el dedo,
134. Ya tocando la boca, ó ya la frente,

(1) Esta hermosa composición vió la luz por primera vez al fin del *Discurso de los tufos, copetes y calvas, del maestro Bartolomé Ximenez Patón...* (Baeza, Juan de la Cuesta, 1639), en donde tiene este epígrafe: «*Al excelentísimo señor D. Gaspar de Guzmán, Conde, Duque, Gran Chanciller, D. Francisco de Quevedo Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, Señor de la Villa de la Torre de Juan Abad, deseoso de la reformación de los trajes y exercicios de la nobleza española.*» Son tantas las diferencias que hay entre el texto primitivo y el que dió á luz González de Salas en 1648, que nos ha parecido conveniente reproducirlos ambos. He aquí el más antiguo:

No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando la boca, ya la frente,
Me representes ó silencio ó miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy, sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio, y la verdad desnuda,
Y al dichoso temor el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega, y quien lo duda,
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.
Si Dios á la verdad se adelantara,
Siendo verdad, que habia de ser hubiera
Verdad, antes que fuera y empezara.
La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios es la verdad siempre severa.
Señor excelentísimo, mi llanto

Silencio avises, ó amenaces miedo (1).
¿No ha de haber un espíritu valiente?

Ya no consiente márgenes ni orillas:
Inundación será la de mi canto.
Veránse sumergidas mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si menos rica, más temida,
En vanidad y en ocio sepultada.
Y aquella libertad esclarecida
Que donde supo hallar honrada muerte
Nunca quiso tener más larga vida.
Y, pródiga del alma, nación fuerte,
Contaba en las afrentas de los años
Envejecer en brazos de la suerte.
La dilación del tiempo y los engaños
Del paso de las horas y del día,
Impaciente acusaba á los extraños.
Nadie contaba cuánta edad vivia,
Sino de qué manera; sola un hora
Lograba con afán su valentía.
La robusta virtud era señora
Y sola dominaba el pueblo rudo:
Edad, si mal hablada, vencedora.
El temor de la mano daba escudo
Al corazón, que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.
Multiplicó en escuadras un soldado
Honor precioso en ánimo valiente,
De sola honesta obligación armado.
Y, debajo del cielo, aquella gente,
Si no á más descansado, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente. *(a)*
Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galán que peligroso.
Acompañaba el lado del marido
Más veces en la güeste que en la cama;
Sano le aventuró; vengóle herido.
Todas matronas, y ninguna dama;
Que nombres *(b)* del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.

(a) En la impresión de 1639, por errata, *muerte*.
(b) El texto publicado por Ximenez Patón dice equivocadamente *Que en hombres*.

---

(1) «Es especie de *prosopopeia*, y la misma voz lo dice, significando *Personæ fictio*.» (Nota de la primera edición de *El Parnaso*).

¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Derramado y sonoro el Oceano,
Era divorcio de las ricas minas,
Que volaron la paz del pecho humano.
Ni los trujo costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.
Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Sólo se acudiciaba lo decente. *(c)*
. . . .
Caducaban las aves en los vientos
Y espiraba decrépito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.
Que el vientre, entonces bien disciplinado,
Buscó satisfación, y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
Del mayor infanzón de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.
Ni había venido, al gusto lisonjera,
La pimienta arrugada, ni del clavo
Adulación fragante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros
También como el señor comió el esclavo.
Bebió la sed los arroyuelos puros;
Después mostraron del Corebio á Baco
El camino los brindis mal seguros.
El rostro macilento, el cuerpo flaco
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco. *(d)*
. . . .
Las decendencias gastan muchos godos;
Todos blasonan, nadie los imita,
Y no son sucesores, sino apodos.
Vino el betún precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor, nos acredita,
Y quedaron las güestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.
Estaban las locuras mal vestidas,
Y aún no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.

(*c*) En el texto de la edición de Baeza faltan tres tercetos, que suplimos con una línea de puntos.
(d) Faltan dos tercetos en el texto publicado por Ximénez Patón.

Hoy, sin miedo que libre escandalice (1),
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio, y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.

De la seda pomposa siciliana
Que manchó ardiente múrice al Romano
Y el oro hizo áspera y tirana,
Nunca al duro español supo al gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el Can por el verano.
Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio gradüó la gente baja.
Pretende el alentado joven gloria
Por dejar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.
Un animal á la labor nacido,
De paciencia preciosa á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido;
Que un tiempo endureció manos reales,
Y detrás dél los cónsules *(e)* gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales,
¿Por cuál enemistad se persuadieron
Á que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?
¡Qué cosa es ver un infanzón de España
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!
Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante munición apruebo;
Mas no la edad madura y la perfeta.
Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones; no en la frente
Del padre hermoso del Armento nuevo.

(*e*) En el texto de Baeza, sin duda por errata, *Y detrás de los cónsules.*

---

(1) Tanto en las antiguas ediciones de *El Parnaso* como en la moderna de Janer este pasaje carece de sentido, por estar puntuado así:

Hoy sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio...

Por lo visto, Janer no advirtió que hay un *de* sobrentendido, como era frecuente sobrentenderlo, antes del relativo, en frases análogas, cosa que aún se conserva en el habla de nuestro vulgo. Así, verbigracia, Cervantes en *Rinconete y Cortadillo:* «...y si fuere servido [de] que se le dé otra al amo..., haga cuenta [de] que ya se la están curando.»

Pues sepa quien lo niega, y quien lo duda,
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
Son la verdad y Dios, Dios verdadero:
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.
Si Dios á la verdad se adelantara,
Siendo verdad, implicación hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejara.
La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios todo ha de ser verdad entera.

El trompeta le llama diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.
¡Con cuanta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano!
Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona, sin decoro,
Antes quiere dar nota que no asombro.
Gineta y cañas son contagio moro;
Estitúyanse *(f)* justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
Pasadnos vos de juegos á trofeos;
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.
Vos, que hacéis repetir siglo pasado
Con desembarazarnos las personas
Y sacar á los miembros de cuidado.
Vos distis libertad con las valonas
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas.
Y, pues vos enmendastes las cortezas,
Dad á la mejor parte medicina:
Vuélvanse los tablados fortalezas.
Pues la cortés estrella que os inclina
Á privar, sin intento y sin venganza,
Milagro que á la invidia desatina,
Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso:
No presumida y ciega confianza.
Pues os dió el acendiente generoso
Escudos de armas y blasones llenos,

(f) Así en la impresión de Baeza. ¿*Estatúyanse*? ¿Acaso *Instituyanse*? Bien que quizás diría *Restitúyanse*, como en la lección de *El Parnaso*, y por errata quedó como aparece.

Señor Excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas:
Inundación será la de mi canto.
Ya sumergirse miro mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.
Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica menos, más temida,
En vanidad y en sueño sepultada.
Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte
Nunca quiso tener más larga vida,
Y, pródiga del alma (1), nación fuerte,
Contaba por afrentas de los años
Envejecer en brazos de la suerte.
Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del día,
Reputaban los nuestros por extraños.
Nadie contaba cuánta edad vivía,

Y por timbre el martirio gloríoso,
Mejores son por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestra á su pesar campos serenos.
Lograd, señor, edad tan venturosa;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecución unida y belicosa,
La militar valiente disciplina
Tenga más platicantes que la plaza;
Descansen tela falsa y tela fina.
Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza.
El que en treinta lacayos los divide
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.
Mandadlo *(g)* así; que aseguraros puedo
Que habeis de restaurar más que Pelayo,
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el Cielo administrar su rayo.

(*g*) En la impresión de Baeza, por errata, *Mandado.*

---

(1) «*Prodiga gens animæ...*» (Nota de la primera edición de *El Parnaso.*

Sino de qué manera; ni aun un hora
Lograba sin afán su valentía.
  La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo:
Edad, si mal hablada, vencedora.
  El temor de la mano daba escudo
Al corazón, que, en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.
  Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sola honesta obligación armado.
  Y, debajo del cielo (1), aquella gente,
Si no á más descansado, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.
  Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja primero que el vestido;
Menos le vió galán que peligroso.
  Acompañaba el lado del marido
Más veces en la hueste que en la cama;
Sano le aventuró; vengóle herido.
  Todas matronas, y ninguna dama;
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.
  Derramado y sonoro el Oceano,
Era divorcio de las rubias minas,
Que usurparon la paz del pecho humano.
  Ni los trujo costumbres peregrinas
El áspero dinero (2), ni el Oriente
Compró la honestidad con piedras finas.
  Joya fué la virtud pura y ardiente;
Gala el merecimiento y alabanza;
Sólo se cudiciaba lo decente.
  No de la pluma dependió la lanza,
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.
  Y España, con legítimos dineros,
Nó mendigando el crédito á Liguria,

(1) «*Sub ætheris axæ...* (Virgilio, libro 8.º)» (Nota de la misma edición).
(2) «*Asper nummus (Persius, idest, recens, non levis usu)* (Nota de la misma edición).

Más quiso los turbantes que los ceros.
  Menos fuera la pérdida y la injuria
Si se volvieran Muzas (1) los asientos;
Que esta usura es peor que aquella furia.
  Caducaban las aves en los vientos
Y espiraba decrépito el venado:
Grande vejez duró en los elementos.
  Que el vientre, entonces bien disciplinado,
Buscó satisfación, y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.
  Del mayor infanzón de aquella pura
República de grandes hombres era
Una vaca sustento y armadura.
  No había venido, al gusto lisonjera,
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulación fragrante forastera.
  Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y, con rojos pimientos y ajos duros,
También (2) como el señor comió el esclavo.
  Bebió la sed los arroyuelos puros;
Después mostraron del carquesio (3) á Baco
El camino los brindis mal seguros.
  El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.
  Pudo sin miedo un español velloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandés hereje y alevoso.
  Pudo acusar los celos desiguales
Á la Italia; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.
  Las descendencias gastan muchos godos;
Todos blasonan, nadie los imita,

(1) Janer, aun reparando que en algunas ediciones se lee *muzas*, ó *Muzas* (y así en las primeras de *El Parnaso*), prefirió leer *musas*, como si en este lugar vinieran á cuento.

(2) Janer enmendó: *Tan bien*, olvidando que nuestros mayores solían decir *también como*, por *lo mismo que*.

(3) «Vaso para sacrificar á Baco. Virgilio, libro 5.º:

Hic duo ritè mero libans carchesia Baccho.»

(Nota de la primera edición de *El Parnaso*).

Y no son sucesores, sino apodos.
  Vino el betún precioso que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor, nos acredita,
  Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.
  Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aún no se hartaba de buriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.
  Á la seda pomposa siciliana
Que manchó ardiente múrice, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.
  Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja (1),
Intercediendo el Can por el verano (2).
  Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio gradüó la gente baja.
  Pretende el alentado joven gloria
Por dejar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.
  Un animal á la labor nacido
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido;
  Que un tiempo endureció manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron,
Y rumia luz en campos celestiales,
  ¿Por cuál enemistad se persuadieron
Á que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron?
  ¡Qué cosa es ver un infanzón de España
Abreviado en la silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!
  Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante munición apruebo;
Mas no la edad madura y la perfeta.
  Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones; no en la frente

(1) «La mortaja del gusano.» (Nota de la misma edición).
(2) «Obligando á ello el calor del verano.» (Nota de la misma edición).

Del útil bruto la asta del acebo.
  El trompeta le llama diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al son esté el ejército obediente.
  ¡Con cuánta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro,
Del que se atreve á ser buen castellano!
  Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona, sin decoro,
Más quiere nota dar que dar asombro.
  Gineta y cañas son contagio moro;
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.
  Pasadnos vos (15) de juegos á trofeos;
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.
  Vos, que haceis repetir siglo pasado
Con desembarazarnos las personas
Y sacar á los miembros de cuidado.
  Vos distes libertad con las valonas
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas (16).
  Y, pues vos enmendastes las cortezas,
Dad á la mejor parte medicina:
Vuélvanse los tablados fortalezas.
  Que la cortés estrella que os inclina
Á privar, sin intento y sin venganza,
Milagro que á la invidia desatina,
  Tiene por sola bienaventuranza

---

(1) Janer, sin duda por errata, *voz*.

(2) Todos los autores se encariñan con algunos de sus pensamientos, y Quevedo no había de ser una excepción. El que expresa en estos dos tercetos viene á ser el mismo que había expuesto en *El Chitón de las Taravillas*, impreso por primera vez en 1630: «Dime, desventurado, ¿cómo no te vuelves de todo corazón, de toda valona, de todo gregüesco, calzón y zaragüelle, á rey que dió carta de horro á las caderas, á rey que desencarceló los pescuezos, á rey que desvahó las nueces...?» Y al principio de un soneto, inédito, *Al auer quitado los cuellos y las calças atacadas, y ver esgrimir por entretenimiento*, vino á decir lo propio:

«Rey que desencarcelas los gaznates,
Rey que sacas los muslos de tudescos,
Rey que resucitaste los gregüescos,
Lisonja al Cid, merced á los combates....»

El reconocimiento temeroso:
Nó presumida y ciega confianza.
Y si os dió el ascendiente generoso
Escudos, de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio gloriöso,
Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.
Lograd, señor, edad tan venturosa;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecución unida y belicosa,
La militar valiente disciplina
Tenga más platicantes que la plaza;
Descansen tela falsa y tela fina.
Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Velillos y oropel no hagan baza.
El que en treinta lacayos los divide
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.
Mandadlo ansí; que aseguraros puedo
Que habeis de restaurar más que Pelayo,
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el Cielo administrar su rayo.

Á S. M. EL REY DON FELIPE IV

MEMORIAL

(En el libro *Enseñanza entretenida y donairosa moralidad*, Madrid, 1648).

Católica, sacra y real majestad,
135. Que Dios en la tierra os hizo deidad:
Un anciano pobre, sencillo y honrado,
Humilde os invoca y os habla postrado.
Diré lo que es justo, y le pido al cielo
Que así me suceda cual fuere mi celo.
Ministro tenéis de sangre y valor,
Que sólo pretende que reinéis, señor,
Y que un memorial de piedades lleno
Querais despacharle con lealtad de bueno.

La Corte, que es franca, paga en nuestros días
Más pechos y cargas que las behetrías.
Aun aquí lloramos con tristes gemidos,
Sin llegar las quejas á vuestros oídos.
Mal oiréis, señor, gemidos y queja
De las dos Castillas, la Nueva y la Vieja.
Alargad los ojos; que el Andalucía
Sin zapatos *anda,* si un tiempo *lucía.*
Si aquí viene el oro, y todo no vale,
¿Qué será en los pueblos de donde ello sale?
La arroba menguada de zupia y de hez
Paga nueve reales, y el aceite diez.
Ocho los borregos, por cada cabeza,
Y las demás reses, á rata por pieza.
Hoy viven los peces, ó mueren de risa;
Que no hay quien los pesque, por la grande sisa.
En cuanto Dios cría, sin lo que se inventa,
De más que ello vale se paga la renta.
Á cien reyes juntos nunca ha tributado
España las sumas que á vuestro reinado.
Y el pueblo doliente llega á recelar
No le echen gabela sobre el respirar.
Aunque el cielo frutos inmensos envía,
Le infama de estéril nuestra carestía.
El honrado, pobre y buen caballero,
Si enferma, no alcanza á pan y carnero.
Perdieron su esfuerzo pechos españoles,
Porque se sustentan de tronchos de coles.
Si el despedazarlos acaso barrunta
Que valdrá dinero, lo admite la Junta.
Familias sin pan y viudas sin tocas
Esperan hambrientas, y mudas sus bocas.
Ved que los pobretes, solos y escondidos,
Callando os invocan con mil alaridos.
Un ministro, en paz, se come de gajes
Más que en guerra pueden gastar diez linajes.
Venden ratoneras los extranjerillos,
Y en España compran horcas y cuchillos.
Y, porque con logro prestan seis reales,
Nos mandan y rigen nuestros tribunales.
Honrad á españoles chapados, macizos;
No ansí nos prefieran los advenedizos.

Con los medios juros del vasallo aumenta,
El que es de Ginebra, barata la renta.
Más de mil nos cuesta el daros quinientos;
Lo demás nos hurtan para los asientos.
Los que tienen puestos, lo caro encarecen,
Y los otros plañen, revientan, perecen.
No es buena grandeza hollar al menor;
Que al polluelo tierno Dios todo es tutor.
En vano el agosto nos colma de espigas,
Si más lo almacenan logreros que hormigas.
Cebada que sobra los años mejores
De nuevo la encierran los revendedores.
El vulgo es sin rienda ladrón homicida;
Burla del castigo; da coz á la vida.
¿Qué importa mil horcas, dice alguna vez,
Si es muerte más fiera hambre y desnudez?
Los ricos repiten por mayores modos:
«Ya todo se acaba, pues hurtemos todos.»
Perpetuos se venden oficios, gobiernos,
Que es dar á los pueblos verdugos eternos.
Compran vuestras villas el grande, el pequeño;
Rabian los vasallos de perderos dueño.
En vegas de pasto realengo vendido,
Ya todo ganado se da por perdido.
Si á España pisais, apenas os muestra
Tierra que ella pueda deciros que es vuestra.
Así en mil arbitrios se enriquece el rico,
Y todo lo paga el pobre y el chico.
Sin duda el demonio, propicio y benigno (1),
Aquel que por nombre llaman peregrino,
Al Conde le dijo, favorable y plácido,
Cuando su excelencia oraba en San Plácido:
«Del rey los vasallos compiten tu puesto;
Destruye, aniquila y acábalo presto.
»Los de la Corona mayores contrarios
Serán la disculpa para tus erarios:
»Que si acaban éstos con la monarquía,
Morirá también quien te perseguía.
»Mejor libra en guerra el que es prisionero

(1) Este verso y los trece siguientes se omitieron en la edición de 1648, pero están en las copias manuscritas.

Que el que es sentenciado por el juez severo.
»La causa de todo lo que ellos ganaron,
No la mataron, sino la libraron.»
Esto dijo el diablo al Conde Guzmán,
Y el Conde prosigue como don Julián.
Consentir no pueden las leyes reales
Pechos más injustos que los desiguales.
Ved tantas miserias como se han contado,
Teniendo las costas del papel sellado.
Si en algo he excedido, merezco perdones:
Duelos tan del alma no afectan razones.
Servicios son grandes las verdades ciertas;
Las falsas razones son flechas cubiertas.
Estímanse lenguas que alaban el crimen,
Honran al que pierde, y al que vence oprimen.
Las palabras vuestras son la honra mayor,
Y aun si fueran muchas, perdieran, señor.
Todos somos hijos que Dios os encarga;
No es bien que, cual bestias, nos mate la carga.
Si guerras se alegan y gastos terribles,
Las justas piedades son las invencibles.
No hay riesgo que abone, y más en batalla,
Trinchando vasallos para sustentalla.
Demás que lo errado de algunas quimeras
Llamó á los franceses á nuestras fronteras.
El quitarle Mantua á quien la heredaba
Comenzó la guerra, que nunca se acaba.
Azares, anuncios, incendios, fracasos,
Es pronosticar infelices casos.
Pero ya que hay gastos en Italia y Flandes,
Cesen los de casa superfluos y grandes.
Y no con la sangre de mí y de mis hijos,
Abunden estanques para regocijos.
Plazas de madera costaron millones,
Quitando á los templos vigas y tablones.
Crecen los palacios, ciento en cada cerro,
Y al gran San Isidro, ni ermita, ni entierro.
Madrid á los pobres pide mendigante,
Y en gastos perdidos es Roma triunfante.
Al labrador triste le venden su arado,
Y os labran de hierro un balcón sobrado.
Y con lo que cuesta la tela de caza

Pudieran enviar socorro á una plaza.
  Es lícito á un rey holgarse y gastar;
Pero es de justicia medirse y pagar.
  Piedras excusadas con tantas labores,
Os preparan templos de eternos honores.
  Nunca tales gastos son migajas pocas,
Porque se las quitan muchos de sus bocas.
  Ni es bien que en mil piezas la púrpura sobre,
Si todo se tiñe con sangre del pobre.
  Ni en provecho os entran, ni son agradables,
Grandezas que lloran tantos miserables.
  ¿Qué honor, qué edificios, qué fiesta, qué sala,
Como un reino alegre que os cante la gala?
  Más adorna á un rey su pueblo abundante,
Que vestirse al tope de fino diamante.
  Si el rey es cabeza del reino, mal pudo
Lucir la cabeza de un cuerpo desnudo.
  Llevaránse bien los gastos enormes;
Llevaránse mal si fueren disformes.
  Muere la milicia de hambre en la costa;
Vive la malicia de ayuda de costa.
  Gana la vitoria el valiente arriesgado;
Brindan con el premio al que está sentado.
  El que por la guerra pretende alabanza
Con sangre enemiga la escribe en su lanza.
  Del mérito propio sale el resplandor,
Y no de la tinta del adulador.
  La fama, ella misma, si es digna, se canta:
No busca en ayuda algazara tanta.
  Contra lo que vemos, quieren proponernos
Que son paraíso los mismos infiernos.
  Las plumas compradas á Dios jurarán
Que el palo es regalo y las piedras pan.
  Vuestro es el remedio: ponedle, señor,
Así Dios os haga, de Grande, el Mayor.
  Grande sois Filipo, á manera de hoyo; (1)
Ved esto que digo, en razón lo apoyo:
  Quien más quita al hoyo, más grande le hace;
Mirad quién lo ordena, vereis á quién place.

(1) También este verso y los tres siguientes faltan en la edición de 1648, sin duda por ser un ataque personal contra el Rey.

Porque lo demás todo es cumplimiento
De gente civil que vive del viento.
Y, así, de estas honras no hagais caudal;
Mas honrad al vuestro, que es lo principal.
Servicios son grandes las verdades ciertas;
Las falsas lisonjas son flechas cubiertas.
Si en algo he excedido, merezca perdones:
¡Dolor tan del alma no afecta razones!

1643

LOS BORRACHOS (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI.)

Gobernando están el mundo,
136. Cogidos con queso añejo
En la trampa de lo caro (2),
Tres gabachos y un gallego.
Mojadas tienen las voces,
Los labios tienen de yerro (3),
Y, por ser hechos de yesca,
Tienen los gaznates secos.
Pierres, sentado en harpón,
El vino estaba meciendo,
Que en un sudor remostado
Se cierne por el cabello.
Hecho verga de ballesta,

---

(1) En la edición príncipe de *El Parnaso* hay junto al epígrafe esta indicación, seguramente de D. Jusepe Antonio González de Salas: «*Célebre*». —Así este romance como otros de Quevedo, hasta el número de cuarenta y ocho, fueron publicados entre los que componen la colección intitulada *Romances varios de diversos autores*, publicada en 1643 y reimpresa, á lo menos, cuatro veces. Janer tuvo á la vista ejemplares de las ediciones de Zaragoza, 1663, y Madrid, 1664, para indicar las variantes que ofrecen respecto de la lección de *El Parnaso.* Nosotros también las anotaremos, bajo la sola indicación de *Romances varios*, y sin distinguir, por ser cosa de poco interés, entre las diferentes ediciones de aquel romancero.

(2) En los *Romances varios:*

Llagados con queso añejo
En la taberna del Toro...

(3) Janer enmendó: *de hierro.*

Retorcijado (1) el pescuezo,
Jaques, medio desmayado,
Á vómito estaba puesto.
  Roque, los puños cerrados,
Más entero y más atento,
Suspirando saca el aire,
Por no avinagrar el cuero.
  Maroto, buen español,
Hecho faja el ferreruelo,
Vueltos lágrimas los brindis
Y bebido el ojo izquierdo,
  Con palabras ruciadas
Y con el tono algo crespo,
Después que toda la calle
Sahumó con un regüeldo,
  Dijo, mirando á los tres
Con vinoso sentimiento:
—«¿En qué ha de parar el mundo?
¿Qué fin tendrán estos tiempos?
  »Lo que hoy es ración de un paje
De un capitán era sueldo
Cuando eran los hombres más
Y habían menester menos.
  »Cuatro mil maravedís
Que le dan á un escudero
Era dádiva de un rey
Para rico casamiento.
  »Apreciábase el ajuar
Que á Jimena Gómez dieron
En menos que agora cuesta
Remendar unos gregüescos (2).
  »Andaba entonces el Cid
Más galán que Girineldos,
Con botarga colorada
En figura de pimiento;
  »Y hoy, si alguno ha de vestirse,
Le desnudan dos primero:
El mercader de quien compra

(1) Janer leyó: *retortijado.*
(2) En los *Romances varios: griguescos.*

Y el sastre que ha de coserlo (1).
»Ya no gastan los vestidos
Las personas con traerlos;
Que el inventor de otro traje
Hace lo flamante viejo.
»Sin duda inventó las calzas
Algún diablo del infierno,
Pues un cristiano atacado
Ya no queda de provecho.
»¡Qué es ver tantas cuchilladas
Agora en un caballero;
Tanta pendencia en las calzas,
Y tanta paz en el dueño!
»Todo se ha trocado ya;
Todo al revés está vuelto:
Las mujeres son soldados,
Y los hombres son doncellos.
»Los mozos traen cadenitas;
Las niñas toman acero;
Que de las antiguas armas
Sólo conservan los petos.
»De arrepentidos de barba
Hay infinitos conventos,
Donde se vuelven lampiños,
Por gracia de los barberos.
»No hay barba cana ninguna,
Porque aun los castillos pienso
Que han teñido ya las suyas,
Á persuasión de los viejos.
»Pues ¿quién sufrirá el lenguaje,
La soberbia y los enredos
De una mujer pretendida
De estas que se dan á peso? (2)
»Han hecho mercadería
Sus favores y sus cuerpos,
Introduciendo por ley
Que reciban y que demos;
»Que si pecamos los dos,

(1) que ha de *hacerlo*.
(2) *al* peso.

Yo he de pagar (1) al momento,
Y que sólo para mí
Sea interesable el infierno;
»Que á la mujer no le cueste
El condenarse un cabello,
Y que por llevarme el diablo,
Me lleve lo que no tengo.
»¡Vive Dios, que no es razón,
Y que es muy ruínmente hecho,
Y se lo diré al demonio,
Si me topa ó si le encuentro!
»Si yo reinara ocho días,
Pusiera en todo remedio,
Y anduvieran tras nosotros,
Y nos dijeran requiebros.
»Yo conocí los maridos
Gobernándose ellos mesmos,
Sin sostitutos ni alcaides,
Sin comisiones ni enredos;
»Y agora los más maridos
(Nadie bastará á entenderlos)
Tienen por lugarteniente
La mitad de todo el pueblo (2).
»No se les daba de antes
Por comisiones un cuerno,
Y agora por comisiones
Se les dan (3) más de quinientos.
»Solían usarse doncellas:
Cuéntanlo ansí mis agüelos;
Debiéronse de gastar,
Por ser muy pocas, muy presto.
»Bien hayan los ermitaños
Que viven por esos cerros;
Que, si son buenos, se salvan,
Y si no, los queman presto;
»Y no vosotros, lacayos
De tres hidalgos hambrientos,

(1) Yo *solo pague.*
(2) de todo *un* pueblo.
(3) Se les *da.*

Alguaciles de unas ancas
Con la vara y el cabestro,
»Y yo, que, en diez y seis años
Que tengo de despensero,
Aún no he podido ser Judas,
Y vender á mi maestro».
En esto, Pierres, que estaba
Con mareta en el asiento,
Dormido cayó de hocicos,
Y devoto besó el suelo.
Jaques, desembarazado
El estómago y el pecho,
Daba mil tiernos abrazos
Á un banco y á un paramento.
Sirviéronle de orinales
Al buen Roque sus gregüescos (1);
Que no se halló bien el vino,
Y ansí se salió tan presto.
Maroto, que vió el estrago
Y el auditorio de cestos,
Bostezando con temblores,
Dió con su vino en el suelo (2).

BODA DE NEGROS

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

137. Vi, debe de haber tres días,
En las gradas de San Pedro,
Una tenebrosa boda,
Porque era toda de negros.
Parecía matrimonio (3)
Concertado en el infierno:
Negro esposo y negra esposa,
Y negro acompañamiento.
Sospecho yo que, acostados,

(1) *griguescos.*
(2) en el *sueño.*
(3) En los *Romances varios de diversos autores: el* matrimonio.

Parecerán sus dos cuerpos (1),
Junto el uno con el otro,
Algodones y tintero.
  Hundíase de estornudos
La calle por do volvieron;
Que una boda semejante
Hace dar más que un pimiento (2).
  Iban los dos de las manos,
Como pudieran dos cuervos (3);
Otros dicen como grajos,
Porque á grajos van oliendo (4).
  Con humos van de vengarse
(Que siempre van de humos llenos)
De los que, por afrentarlos,
Hacen los labios traseros.
  Iba afeitada la novia
Todo el tapetado gesto
Con hollín y con carbón
Y con tinta de sombreros (5).
  Tan pobres son, que una blanca
No se halla entre todos ellos (6);
Y por tener un cornado,
Casaron á este moreno (7).
  Él se llamaba Tomé,
Y ella, Francisca del Puerto;
Ella es clava y él es clavo,
Que quiere hincársele enmedio (8).
  Llegaron al negro patio
Donde está el negro aposento
En donde (9) la negra boda
Ha de tener negro efeto.

---

(1) *Parecerían* sus cuerpos.

(2) Refiérese Quevedo á la antigua costumbre de hacer mofa simulando estornudos, y á la frecuente broma, que aún suele verse hoy, de hacer estornudar á una reunión quemando un pimiento chirle.

(3) En los *Romances varios*: dos *cuernos*.

(4) *Y ellos á grajina olieron*.

(5) *Relumbraba como un cuerno*.

(6) No se *hallaba en* todos ellos.

(7) Casaron este.

(8) Faltan estos cuatro versos en los *Romances varios*.

(9) En el mencionado romancero, *Adonde*.

Era una caballeriza,
Y estaban todos inquietos;
Que los abrasaban pulgas,
Por perrengues ó por perros (1).
Á la mesa se sentaron,
Donde también les pusieron (2)
Negros manteles y platos,
Negra sopa y manjar negro (3).
Echóles la bendición
Un negro veintidoseno,
Con un rostro de azabache
Y manos de terciopelo.
Diéronles el vino, tinto;
Pan, entre mulato y prieto;
Carbonada hubo, por ser
Tizones los que comieron.
Hubo jetas en la mesa
Y en la boca (4) de los dueños;
Y hongos, por ser la boda
De hongos, según sospecho.
Trujeron muchas morcillas,
Y hubo algunos que, de miedo,
No las comieron, pensando
Se comían á sí mesmos.
Cuál, por morder del mondongo,
Se atarazaba algún dedo,
Pues sólo diferenciaban
En la uña de lo negro (5).
Mas cuando llegó el tocino
Hubo grandes sentimientos,
Y pringados con pringadas
Un rato se enternecieron.
Acabaron de comer,
Y entró un ministro guineo,
Para darles aguamanos
Con un coco y un caldero.

---

(1) *y* por perros.
(2) *Adonde les fueron puestos.*
(3) *Negro manjar y sustento.*
(4) En *las bocas.*
(5) En la uña, *á lo que pienso.*

Por tohalla trujo al hombro
Las bayetas de un entierro;
Laváronse y quedó el agua
Para ensuciar todo un reino.
Negros dellos, se sentaron
Sobre unos negros asientos,
Y en voces negras cantaron,
También denegridos versos.
Negra es la ventura
De aquel casado
Cuya novia es negra,
Y el dote en blanco (1).

ADVERTENCIAS

DE UNA DUEÑA Á UN GALÁN POBRE

(En *El Parnaso Español*, Musa VI)

Una picaza de estrado,
138. Entre mujer y serpiente,
Fantasma de las doncellas
Y gomia de los billetes,
Tumba viva de una sala,
Mortaja que se entremete,
Embeleco tinto y blanco,
Que revienta quien le bebe,
Una de aquestas que enviudan
Y en un animal se vuelven
Que ni es carne ni pescado,
Dueña, en buena hora se miente,
Viendo cocer en suspiros
Dos rejas y unas paredes,
Con su lengua de escorpión
Esto le dijo á un pobrete:
«Bien parecen los suspiros
En hombre que se arrepiente;
Guarde esas lágrimas, hijo,

(1) Esta seguidilla falta en los *Romances varios.*

Para cuando se confiese.
»Toda plegaria es parola
Y lenguaje diferente;
El romance sin dineros
Es lengua que no se entiende.
»Ser gentil hombre un cristiano
Nada vale y bien parece;
La moneda es pantorrillas,
Ojos, cabellos y dientes.
»Dar músicas es quitar
El sueño á la que ya duerme;
Que los tonos y las coplas
No hay platero que las pese.
»Pendencias y cuchilladas
No son raíces ni muebles;
Pues á la justicia sola
Valen dinero las muertes.
»Pasear es ejercicio,
No dádiva ni presente;
Y el que lo hace á menudo,
Más que negocia, digiere.
»Promesa es cosa de niños
Y moneda de inocentes;
Que la malicia de agora
Lo que no palpa no quiere.
»El pobre no aguarda á irse
Para decir que está ausente;
Que en ninguna parte está
El que dinero no tiene.
»Quien no tiene, ya se fué,
Quien no da, se desparece;
Invisible es quien no gasta,
Pues ninguna puede verle.
»El rico está en toda parte;
Siempre á propósito viene;
No hay cosa que se le esconda;
No hay puerta que se le cierre.
»Doncella cuentan que fuí,
El Señor sabe si mienten;
Quién me hizo dueña no supe,
Y pagarónmelo siete.
»Por vengarme de un vecino,

Me casé con él adrede,
Hasta que enterré una mina
De tinteros en su frente.
»Fué Dios servido, después,
De que yo me convirtiese
En sabandija tocada;
En un lechuzo de *requiem*.
»Pasadizo soy de cuerpos
Que se pagan y se venden;
Enflautadora de hombres,
Y engarzadora de gentes.
»Lo que me pagan informo;
Hijo, el Señor os remedie;
Que amante pobre y desnudo
Sólo da... lástima verle.
»El que llora sus pecados
Premio en otro mundo espere;
Que lágrimas en Madrid
Mojan, pero no merecen.
»Durmiendo está mi señora.
Y no habrá quien la despierte;
Que los pobres dan modorra,
Y es sueño cuanto pretenden».
El mendigo, que la oyó
El razonamiento aleve,
Hambriento y desesperado,
La dijo de aquesta suerte:
«Descomulgado avechucho,
Caín de tantos Abeles,
Mula de alquiler con manto,
Chisme revestido en sierpe,
»Bien sé yo que contra ti,
Por ser entre sombra y duende,
No valen sino conjuros
Del misal y de los prestes.
»Yo traeré quien destas casas,
Con cruz, estola y asperges,
Saque, como los demonios,
La dueña legión que tienen».

NIÑA ANCIANA DE OJOS DORMIDOS

(En *El Parnaso Español,* Musa VI.)

139. Tus dos ojos, Mari Pérez,
De puro dormidos roncan,
Y duermen tanto, que sueñan
Que es gracia lo que es modorra.
Desdichadas de tus niñas,
Que nacieron para monjas,
Y á oscura (1) red de pestañas
Por locutorio se asoman.
Si tú lo haces adrede,
Perdóname, que eres tonta
En tener siempre acostados
Tus ojos con tanta ropa.
Avahada vista tienes,
Buena gracia para sopas;
Abrigado miras, hija;
Por dos calabozos lloras.
Despertad, que ya es hora;
Que dirán (2), ojos, que dormís la zorra.
Los ojos haces resquicios
Y, con una vista hurona,
Acechan (3) brujuleando
Esas niñas ó esas mozas.
Mirar con siete durmientes
No sé yo para qué importa,
Si no es que para lirones
Desde agora los impongas.
Ojuelos azurronados,
En lugar de mirar, cocan;
Dos limbos tienes por ojos,
Niña, sin luz y sin gloria.
Hoy el sueño y la soltura
Os he dicho sin lisonja;

(1) En los *Romances varios de diversos autores: escura.*
(2) *Y* dirán...
(3) *Acechas.*

Que á vosotros toca el sueño,
Y á mí la soltura toca.
  Despertad, que ya es hora;
Que dirán (1), ojos, que dormís la zorra.

VARIOS LINAJES DE CALVAS

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

  «Madres, las que tenéis hijas,
140. Así Dios os dé ventura (2),
Que no se las deis á calvos,
Sino á gente de pelusa.
  »Escarmentad en mí todas;
Que me casaron á zurdas
Con un capón de cabeza,
Desbarbado hasta la nuca.
  »Antes que calvi-casadas
Es mejor verlas difuntas;
Que un lampiño de mollera
Es una vejiga lucia.
  »Pues ¿qué si cincha la calva
Con las melenas que anuda?
Descubrirá con el viento
De trecho á trecho pechugas.
  »Hay calvos sacerdotales,
Y de estas calvas hay muchas,
Que en figura de coronas
Vuelven los maridos curas.
  »Calvas jerónimas hay
Como las sillas de rua:
Cerco delgado y redondo;
Lo demás, plaza y tonsura.
  »Hay calvas asentaderas,
Y habían los que las usan
De traerlas con gregüescos (3),

(1) *Y* dirán...
(2) En los *Romances varios de diversos autores*: Así Dios *las* dé.
(3) con *griguescos*.

Por tapar cosa tan sucia.
»Calvillas hay vergonzantes,
Como descalabraduras;
Pero yo llamo calvarios (1)
Á las montosas y agudas.
»Hay calva-truenos también,
Donde está la barahunda
De nudos y de lazadas,
De trenzas y de costuras.
»Hay calvas de mapamundi,
Que con mil líneas se cruzan,
Con zonas y paralelos
De carretas que las surcan.
»Hay aprendices de calvos,
Que el cabello se rebujan (2),
Y, por tapar el melón,
Representan una furia.
»Yo he visto una calva rasa,
Que dándola el sol relumbra,
Calavera de espejuelo,
Vidrïado de las tumbas.
»Marido de pie de cruz (3)
Con una muchacha rubia,
¿Qué engendrará, si se casa,
Sino un racimo de Judas?»
En esto, huyendo de un calvo,
Entró una moza de Asturias,
De las que dicen que olvidan
Los cogotes en la cuna:
Y á voces desesperadas,
Maldiciendo su ventura,
Dijo de aquesta manera,
Cariharta y cejijunta:
«Calvos van los hombres, madre,
Calvos van;
Mas ellos cabellarán.

---

(1) *Y llamámoslas* calvarios.
(2) *le rebujas.*
(3) En algunas ediciones se explica esta frase añadiendo por nota: «Huevo de avestruz.»

»Cabéllense en hora buena (1),
Pues como del brazo ha sido
Siempre la manga el vestido,
Hoy del casco, aunque sea ajena,
Es bien lo sea la melena,
Y que ande también galán.
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van;
Mas ellos cabellarán.
»¿Quién hay que pueda creello
Que haya por naturaleza
Heréticos de cabeza,
Calvinistas de cabellos?
Los que se atreven á sello,
¿Á qué no se atreverán?
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van;
Mas ellos cabellarán.
»Cuando hubo españoles finos,
Menos dulces y más crudos,
Eran los hombres lanudos;
Ya son como perros chinos.
Zamarro (2) fué Montesinos,
El Cid, Bernardo y Roldán.
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van;
Mas ellos cabellarán.
»Si á los hombres (3) los queremos
Para pelarlos acá
Y pelados vienen ya (4).
Si no hay que pelar, ¿qué haremos?
Antes morir que encalvemos;
Alerta, hijas de Adán.
Calvos van los hombres, madre,
Calvos van;
Mas ellos cabellarán.»

---

(1) En algunas ediciones antiguas falta esta copla.
(2) En los *Romances varios*, por errata, *Zamorro.*
(3) Si los hombres.
(4) *nacen* ya.

LAS VALENTONAS, Y DESTREZA

BAILE

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

141. Helas, helas por do vienen
La Corruja y la Carrasca,
Á más no poder mujeres,
Hembros (1) de la vida airada,
Mortales de miradura
Y ocasionadas de cara,
El andar á lo escocido,
El mirar á lo del hampa.
Llevan puñazos de ayuda
Como perrazos de Irlanda,
Avantales voladores,
Chapinitos de en volandas.
Sombreros aprisionados,
Con porquerón en la falda,
Guedejitas de la tienda,
Colorcita de la plaza.
Miráronse á lo penoso,
Cercáronse á lo borrasca,
Hubo hocico retorcido,
Hubo agobiado de espaldas.
Ganaron la palmatoria
En el corral de las armas,
Y encaramando los hombros,
Avalentaron las sayas.
Corr. De las de la hoja
Soy flor y fruto,
Pues á los talegos
Tiro de puño.
Carr. Tretas de montante
Son cuantas juego;

---

(1) Así en las dos primeras ediciones de *El Parnaso*, y así, *hembros*, suele llamar aún nuestro vulgo á las mujeres hombrunas. Algunas ediciones estamparon equivocadamente *hombres*.

Á diez manos tomo
Y á dos peleo.»
Luego, acedada de rostro
Y ahigadada de cara,
Un tarazón de mujer,
Una brizna de muchacha,
Entró en la escuela del juego
Maripizca la Tamaña,
Por quien Ahorcaborricos (1)
Murió de mal de garganta.
Presumida de ahorcados
Y preciada de gurapas,
Por tener dos en racimo,
Y tres patos en el agua (2),
Con valentía crecida
Y con postura bizarra,
Desembrazando á los dos,
En esta manera garla:
«Llamo uñas arriba
Á cuantos llamo,
Y al recibo los hiero
Uñas abajo.
Para el que me embiste
Pobre y en cueros,
Siempre es mi postura
Puerta de hierro.»
Rebosando valentía
Entró Santurde el de Ocaña;
Zaino viene de bigotes
Y atraidorado de barba.
Un locutorio de monjas
Es guarnición de la daga
Que en puribus trae al lado,
Con más hierro que Vizcaya.
Capotico de ante mulas,

---

(1) En los *Romances varios:*

Entró á la escuela y al huelgo
Maripizca la Tamarra,
Por quien Ahorca-borricas...

(2) Es decir, de cinco amantes, dos muertos en la horca y tres condenados á galeras.

Sombrerico de la carda,
Coleto de por el vivo,
Mas probado que la pava.
  Entró de capa caída,
Como los valientes andan,
Azumbrada la cabeza
Y bebida la palabra:
  «Tajo no le tiro;
    Menos le bebo;
  Estocadas de vino
    Son cuantas pego.»
  Una rueda se hicieron,
¿Quién duda que de navajas?
Los codos tiraron coces;
Azogáronse las plantas.
  Trastornáronse los cuerpos,
Desgoznáronse las arcas,
Los pies se volvieron locos,
Endiabláronse las plantas.
  No suenan las castañetas;
Que, de puro grandes, ladran,
Mientras al son se concomen,
Aunque ellos piensan que bailan.
  Maripizca tomó el puesto;
Santurde tomó la espada;
Con el montante el maestro
Dice que guarden las caras.
  »De verdadera destreza
    Soy Carranza,
  Pues con tocas y alfileres
    Quito espadas.
  Que tengo muy buenos tajos
    Es lo cierto,
  Y algunos malos reveses
    También tengo.
  El que quisiere triunfar,
    Salga de oros,
  Que el salir siempre de espadas
    Es de locos.

Maes. Siente ahora la Corruja.
Cor. Aquesta venida vaya.
Maes. Jueguen destreza vuarcedes.

Sant. Somos amigos, y basta.
Maes. No es juego limpio brazal.
Cor. Si no es limpio, que no valga (1).
Maes. Siente vuarced.
Sant. Que ya siento,
Y siento pese á su alma.
Tornáronse á dividir
En diferentes escuadras,
Y denodadas de pies,
Todas juntas se barajan.
«Cuchilladas no son buenas;
Puntas, sí, de las joyeras.
»Entráronme con escudos,
Cansáronme con rodelas (2);
Cobardía es sacar pies;
Cordura sacar moneda.
»Aguardar es de valientes,
Y aguardar es de discretas;
La herida de conclusión
Es la de la faltriquera.
»Cuchilladas no son buenas;
Puntas, sí, de las joyeras.
»Ángulo agudo es tomar;
No tomar, ángulo bestia:
Quien viene dando, á mi casa
Se viene por línea recta.
»La universal es el dar;
Cuarto círculo, cadena;
Atajo, todo dinero;
Rodeo, toda promesa (3).
»Cuchilladas no son buenas;
Puntas, sí, de las joyeras.

(1) En los *Romances varios: que le barran.*
(2) En el dicho romancero, *Entraránme* y *Cansaránme.*
(3) En los *Romances varios* estos ocho versos están combinados así:

Ángulo agudo es tomar;
No tomar, ángulo bestia;
La universal es el dar;
Cuarto círculo, cadena.
Atajo, todo dinero;
Rodeo, toda promesa;
Quien viene dando, á mi casa
Se viene por línea recta.

»El que quisiere aprender
La destreza verdadera,
En este poco de cuerpo
Vive quien mejor la enseña.»

BURLA EL POETA DE MEDORO

Y MEDORO DE LOS PARES

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

Quitándose está Medoro
142. Del jubón y la camisa,
Al sol de marzo, una tarde,
Algunas puntadas vivas,
Las uñas más matadoras
Que los ojos de su amiga,
Hecho un paladín Roldán
Por las costuras arriba.
Después de haberse rascado
Con notable valentía,
Con aquellas blancas manos
Que quitaron tantas vidas (1),
Á la margen de un pajar
Y á sombras de una pollina,
Por falta de buena voz,
En lugar de cantar, chilla:
«Bella reina del Catay,
Heredera de la China,
Por quien hoy andan enhiestas
Tanta lanza y tanta pica (2),
»No supo lo que se hizo
Rodamonte, aunque más digan;
Que el andar á coscorrones
Ni es regalo ni caricia (3).

---

(1) En los *Romances varios:* Que *mataron* tantas vidas.
(2) En el mismo romancero, sin duda por yerro de la imprenta:

Por quien hoy acudan *en hiesta*
Tanta lanza y tanta *chica.*

(3) ni *es* caricia.

»Á una mujer que se espanta
De ver una lagartija,
Una dádiva de muertos
Es una cosa muy linda.
»Ándase Orlando el furioso (1)
Saltando de viga en viga,
Juntando para traerla
Calaveras y ternillas.
»¡Miren qué hará una chicota
Que tiembla de una sangría,
Viendo partir un gigante
De la mollera á las tripas!
»Esto ha tenido la bella
Desde que era tamañita:
Que quiere más que un valiente
Cualquier dinero gallina.
»Yo solo la dí en el chiste,
Y mientras ellos se arpillan,
Á lo cobarde la gozo (2)
Por estas caballerizas.
»Más me ha valido ser zambo
Que á ellos sus valentías;
Pues yo la tengo preñada,
Y ellos me tienen invidia.
»Deshacer encantamentos
Es menos que hacer basquiñas;
Y es más pagar una joya
Que ganar una provincia.
»¡Quién viera en una mohatra
Al buen Palmerín de Oliva,
Y con el ciento por ciento
Andar á la rebatiña!
»¡Quién viera á don Belianís
En una sombrerería,
Dándole vueltas al casco
Y alabando la toquilla;
»Y en poder de un escribano
Á la lanza de Argalía,
Ahogada en el tintero

(1) *Uudase* Orlando furioso.
(2) la *llevo*.

Soltando la tarabilla!»
   En esto, por un repecho
Vió subir á sus costillas
Un vecino de sus carnes,
Convidado de ellas mismas.
   En su seguimiento parte,
Á cinco uñas camina (1),
Y, cansado de matar,
Entre los dedos le hila.

LOS SANTEROS

Y SANTERAS MANIFIESTAN SUS INTERIORES

(En *El Parnaso Español,* Musa VI) (2)

   «Madre, asperísima sois
143. Por de dentro y por de fuera;
Toda rallos y cilicios;
Toda disciplina y jerga.
   »Nunca levantais la cara,
Como si la cara fuera
Algún falso testimonio,
Que en levantarle se peca.
   »Dadme orejas, madre mía,
Pues no hay pecado de orejas,
Mientras mi vida y costumbres
Á voces derramo en ellas.
   »Soy ermitaño montés,
Y, por huir de una suegra,
Más que con mi mujer propria
Quise vivir con las peñas.
   »Supe de todo en el siglo,
Y memorias hechiceras
Me hacen gestos desde el alma,
Que de los que vi me acuerdan.
   »Mis deseos se han mezclado

(1) *Y* á cinco...
(2) También se encuentra esta composición en los *Romances varios,* pero con variantes de tan poca importancia, que prescindimos de anotarlas.

En el cilicio á las cerdas,
Y mi pensamiento mismo
Se ha vuelto mi penitencia.
»No dejo la soledad
Por codicia ni soberbia:
Sabe Dios que no deseo
Ni dignidades ni rentas.
»Motín de la humanidad,
Que, aunque flaca, se espereza,
Y naturales cosquillas
Me punzan y no me dejan.
»Y como mi condición
Ha sido siempre sujeta
Á *fémina* más que *genus*,
Conjugar también quisiera.
»Carnicero es mi apetito:
Todas mis culpas se encierran
En el pecado de carne,
Aunque algunos huesos tenga.
»No sé qué es pecar de viernes:
Ninguna ofensa de pesca
Me tiene el demonio escrita
En el libro de sus cuentas.
»Ni reparo yo si es limpia
La hermana que me recrea;
Que no es hábito el pecado,
Para mirar en limpieza.
»No he menester perejiles
De rosas, ligas ó medias;
Que yo doy por recibido
Todo lo que no son piernas.
»No hay viuda que yo no busque,
Por más que en tocas se envuelva;
Que gustos tintos me agradan
Entre aquellas faldas negras.
»Ándome tras las casadas,
Para ver cómo se engendra,
En ausencia de un marido,
El cristal de las linternas.
»Doncellas no sé qué son,
Porque me contó una vieja
Que ya son sólo en los cuentos

Fruta de érase que se era.
»Ansí, madre, que si Dios
No hubiera criado hembras,
En soledad y oración
Buscara la vida eterna.»
La santera, que me oyó
Lo interior de mi conciencia,
Me respondió de esta guisa;
Óiganlo, pues, las santeras:
«Mal hubiese el ermitaño
Que olvidó entre todas éstas
Los deseos estantíos
De una ermitaña manchega.
»¿Qué os han hecho las beatas?
Mujeres somos como ellas:
Cuerpos cubren estos sacos;
Carne y huesos estas cerdas.
»Desiertos tienen la culpa
De lo que estos miembros huelgan;
Bien sabe alguno que pudre
Que saben lo que se pescan.
»No crea, hermano, en el sayal
De las santas comadreras,
Pues debajo hay ál, en donde
Los reconcomios se ceban.»
Más dijo; pero esto baste
Para que las gentes sepan
Que la flor de los santuchos
Es verde, y la pintan seca.

QUEJAS DEL ABUSO DEL DAR Á LAS MUJERES

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

Los médicos con que miras,
144. Los dos ojos con que matas,
Bachilleres por Toledo,
Doctores por Salamanca;
Esa cárcel que te peinas,

Esos grillos que te calzas (1),
Que ni los ponen las culpas
Ni los quitarán las Pascuas;
La boca que, á puras perlas,
Dicen que come con sartas,
Y por labios colorados
Dos búcaros de la maya (2);
Aquesos diez (3) mandamientos,
Que ansí las manos se llaman,
De ejecución contra bolsas,
De apremio contra las arcas;
La sonsaca de tu risa,
La rapiña de tu habla (4),
Los halagos de tus niñas,
Los delitos de tu cara;
El talle de no dejar
Un ochavo en toda España,
Y el aire, que en todo tiempo
Dicen que lleva las capas,
Buen provecho le hagan
Á quien da su dinero
Por que le lleve Satanás el alma.
Dame, cómprame y *envíame*
Tengo por malas palabras;
Que judío ni azotado (5),
Pues que no cuestan, no agravian.
De muy buena gana pongo
En tus orejas mis ansias,
Dejando lugar á otros,
Donde pongan arracadas.
Gastó el viejo Amor en viras (6),
Mas no en virillas de plata;

---

(1) En los *Romances varios: Estos* grillos que te *tranzas.*
(2) *Un pimiento y un botarga.*
(3) Janer, por errata, *Aquellos.*
(4) En los *Romances varios:*

Los embustes de tu risa,
La lisonja de tu habla...

(5) Janer leyó: *y* azotado.
(6) En los *Romances varios:*

Gastó amor, el viejo, viras...

Brincos se daban saltando,
Y hoy se compran y se pagan.
  Rascábanse con las uñas
En paz las antiguas damas,
Y hoy con espadillas de oro
Dan en esgrimir la caspa.
  Dineros cuesta si comen,
Y dinero si se rascan;
Todo cuesta, y sólo es llano
Dar, ó irse noramala.
  Halagos facinorosos,
Que acarician cuando estafan,
Brazos que enlazan el cuello,
Y en la faldriquera paran,
  Buen provecho le hagan
Á quien da su dinero
Por que le lleve Satanás el alma.

LOS VALIENTES Y TOMAJONAS (1)

BAILE

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

  Todo se lo muque el tiempo,
145. Los años todo lo mascan (2),
Poco duran los valientes,
Mucho el verdugo los gasta.
  Son nuestras vidas un soplo;
Hácennos grande ventaja
Las vidas de los corchetes:
Que de cien mil soplos pasan.
  Vimos á Diego García,
Cernícalo de uñas blancas,
Sopla vivo y sopla muerto,
Árbol seco de la guanta;
  Alguacil que de ratones
Pudo limpiar toda España,

(1) En alguna de las lecciones antiguas y en la de Janer, *tomayonas.*
(2) En los *Romances varios:* lo *tragan.*

Cañuto disimulado
Y ventecito (1) con barbas.
  Reinando en Andalucía
Butrón el de Salamanca,
So el poder de la Villodres,
Floreció el buen Marco Ocaña.
  Más hombres asió que el vino;
Más corrió que las matracas;
Más robó que la hermosura;
Más pidió que las demandas.
  Fueron galgos del verdugo,
Que le trujeron la caza,
Móstoles el de Toledo,
Obregón el de Granada.
  Carrascosa en Alcalá (2)
Era duende de la manfla;
Hombre que á un sello en el golpe
Le quiso quitar las armas.
  En Sevilla Gambalúa
Fué corchete de la fama,
Ventalle de las audiencias,
Fuelle de todas las fraguas.
  Con la muerte de estos vientos
El mundo se quedó en calma;
Mas toda pluma es ventosa,
Y todo alguacil la saja (3).
  ¡Quien vió á Gonzalo Jeniz (4),
Á Gayoso y á Ahumada,
Hendedores de personas
Y pautadores de caras;
  Al Garcés, en la hermosura,
Olmedo el de Calatrava,
En el pescuezo de un remo
Estirándose las palmas;

(1) Y *vientecico*.

(2) Janer leyó: *el de* Alcalá.

(3) Janer, por no haber leído bien el texto de *El Parnaso*, dejó estampar: *la faxa*.

(4) Algunas ediciones, y con ellas Janer, *Xeñiz*. El apellido de este jaque, sevillano como los dos que con él nombra Quevedo, es Jeniz, y aún se conserva en algunos pueblecitos del aljarafe de Sevilla.

En Zaragoza la bella,
Á Martín de Santa Engracia,
Que hizo los gigantones
Con el verdugo en la plaza...! (1)
¡Quien vió á Perico de Soria,
Sastre de vidas humanas,
Matar con un agujón
Más hombres que el beber agua...!
Después, en cabo de Palos
Dió el pobrete con su barca,
Y, hecho racimo con pies,
Se meció de mala gana.
Siguióle Lucas de Burgos (2),
Y su hembra la Chicharra
De pena vendió mondongo
Un año en la Jamardana.
El Tonelero acabó,
Y el Afanador de Cabra,
De un sonecillo (3) de suela
Repicado en las espaldas.
De un torniscón de una losa,
Pantoja, flor de la altana,
Murió; llorándole todos
Los que navegan en ansias.
En Valladolid la rica
Campó mucho tiempo Malla,
Y su Verenda (4) gozó
El reino de las gitanas.
Mandáronle encordelar
Los señores la garganta,
Y, oliendo las entrepiernas
Al verdugo, perdió el habla.
De enfermedad de cordel
Aquel blasón de la espada,

(1) Seguros de acertar con el sentido que su autor quiso dar á estos versos y á los cuatro siguientes, sustituímos por signos de admiración los interrogativos con que siempre se publicaron.

(2) Janer, por errata, *Siguió.* En los *Romances varios:*

Batióse Lúcas de Burgos.

(3) Janer, asimismo por errata: De un *sonetillo.*

(4) En los *Romances varios: Berrenda.*

Pero Vázquez de Escamilla,
Murió cercado de guardas.
  Fué respetado en Toledo
Francisco López Labada (1),
Valiente de hurgón y tajos,
Sin ángulos ni Carranza.
  Pasaron estos jayanes,
Y los que siguen su manga (2)
Por ellos, con vino tinto,
Enlutada sed arrastran,
  Y, entre lágrimas dormidas
Por sus cuerpos y sus almas,
Hacen el cabo de tragos,
Y el túmulo, de las tazas.
  Véis aquí á Escarramán,
Gotoso y lleno de canas,
Con sus nietos y biznietos
Y su descendencia larga:
  Del primero matrimonio
Casó con la Zarabanda;
Tuvo al ¡Ay! ¡ay! ¡ay! enfermo,
Y á Ejecutor de la vara.
  Éste, andando algunos días
En la Chacona mulata,
Tuvo á todo el Rastro viejo
Y á los de la Vida airada.
  El Rastro viejo casó
Con la Pironda, muchacha,
De quien nació Juan Redondo,
El de la rucia y la parda.
  Juan Redondo fué soltero,
Tuvo una hija bastarda,
Que llaman la Vaquería,
Mujer de buena ganancia.
  Por ella de Escarramán
Tienen por hembra la casa
Las Valientas, y Santurde
En el baile de las Armas.

---

(1) *La Cada.*
(2) su *calza.*

Hecho está tierra el buen viejo,
Y, con todo, no se hallan
Sin sus bailes los tablados,
Sin sus coplas las guitarras.
Y para que no se acabe
Su familia ni su casta,
Y porque los gustos tengan
Rumbo, fiesta, baile y chanza,
En la ciudad de Toledo,
Donde los hidalgos son,
Nacido nos ha un bailito,
Nacido nos ha un bailón.
Chiquitico era de cuerpo (1)
Y grande en el corazón;
Astilla de otros valientes;
Chispa de todo furor.
Mató á su padre y su madre,
Y un hermanito el mayor;
Dos hermanas que tenía
Puso al oficio trotón.
Una puso en la taberna
Para todo sorbedor;
La otra, por más hermosa,
Llevó á ganar al Cairón.
La niña, como novata,
No sabe navegar, no;
Y el rufián, como es astuto,
Dábale aquesta lición:
«Yo soy el rufián Tasquillos,
El rufián Mendrugo soy;
Todo valiente barbado
Oiga á lampiño doctor.
»Valientes que por su pie,
Teniendo ya treinta y dos,
Se fueron, como á la pila,
Á lo penoso y rigor,
»Son valientes convertidos:
Solo soy valiente yo,
Que en el vientre de mi madre

(1) *en el* cuerpo.

A escuras tuve quistion.
»En el nombre de Maladros,
Nuestro padre fundador,
Sea, niñas, el daca y daca,
Tema de vuestro sermón.
»¡Vive el dador! dicen todos,
Desde que el mundo nació;
Mas «el prometedor vive,»
No lo ha dicho humana voz.
»De oficiales y tenderos,
Y de todo cosedor,
Todo dinero (1) es dinero:
No tiene casta el doblón.
»El dinero del judío
Y el dinero del señor,
Todos prueban de la bolsa;
Todos de un linaje son.
»Moneda que no se toma
Es la moneda peor;
Poco dinero, es dinero;
Un real con otro, son dos.
»Para ser mujer de prendas,
Toma prendas de valor,
Vida, y ásete (2) á las ramas;
Que prendas dineros son.
»No haya almuerzo ni merienda,
Comida ni colación,
Pues por desquitarla el dueño
Come más que un cavador.
»Cajeros de ginoveses
Regalado peje son:
Esponjas para sus amos,
Que, apretadas, dan licor.
»Vejecito (3) escribanía,
Pues que bien mirado al sol,
Es tinta y papel su barba,
De la pluma que guardó.
»Mancebito perniborra,

(1) Todo *el* dinero.
(2) y *áseme.*
(3) *Vejezuelo.*

Dulcísimo paseador,
Conjúrale como á peste (1)
Y échale en otra región.
»Caballero linajudo,
Desabrigado amador
Que paga en genealogías,
Métase á coronicón.
»Donosos y bien hablados,
Todo cuerpo bailador,
Gaste con otro las gracias,
Y contigo el talegón.
»Señoría, si es Venecia
Ó Génova, buenas son;
Que hay señorías caninas
Y título ladrador.
»No titularás en vano,
Es mandamiento mayor:
Más vale doblón picaño
Que príncipe sin doblón.»

OTRAS

«Porque veas que sabemos
De memoria la lición,
Toca; que cuanto tocares
Será la dotrina de hoy.»
—Gusto y valentía,
Dinero y juego,
Tiene la que no admite
Prometimientos.
Dígalo Rastrojo,
Que, de prudente,
De contado paga
Lo que le quieren.
Hélo por do viene
Mi Juan Redondo,
Con su cruz y sus armas
En el de á ocho.
Díme, ¿qué señas tiene

(1) como á *nube*.

Tu enamorado?
Es como un oro lindo,
Doble y cruzado;
Dale, Perico;
No digo listones:
Cadenas digo.
Dale, muchacho;
Que con darle camina
Todo ganado.
Háganse á zaga;
Que se ahorcan las mulas
Con quien no paga.
De la Carretería
El baile es éste;
Camino carretero
Fué darlas siempre.

REFIERE LAS PARTES DE UN CABALLO

Y DE UN CABALLERO

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

146. «Yo el único caballero,
A honra y gloria de Dios,
Salgo ciclán á la fiesta,
Por faltarme un compañón.
»Sobre mi rucio rodado,
Vengo rucio rodador,
Y á la gineta en un cofre,
Ó encima de una ilusión,
»Más cerrado que una monja,
Y con su chozno potrón (1),
Que, á lo Cupido, sacaba
Agua andando alrededor;
»Tan acertado de manos,
Que há un siglo que no se herró;
Malo para paseante;

(1) En los *Romances varios:* Y *tiene* chozno *pontón.*

Bueno para contador.
»Pára, como los tahures,
De boca, que es bendición;
Y arranca, como gargajo,
Con dificultad y tos.
»En lo sentido y dañado,
Corre el triste como humor,
Y tenemos buenos cascos
Entre mi rocín y yo.
»No fué tan largo Alejandro,
Ni tiene comparación,
Aunque fué más dadivoso,
Según afirma un autor.
»Tráigole con campanillas,
Porque el sonido y rumor
Le despierte por las calles;
Que ha dado en ser dormilón.
»No ha menester tener cola,
Que es prebendado menor:
Los canónigos la tengan;
Que él aún es media ración.
Á falta de la tarasca,
En el día del Señor,
Porque coma caperuzas,
Le saco á la procesión.
»Con él no se alcanzan liebres,
Que no es tan gran corredor,
Si no son las que del lodo,
Cuando cae, cojo yo (1).
»Si sale muy de mañana
De su pescuezo un peón,
Le anochecerá en los lomos,
Y ha de ser buen andador.
»Tan prudente es el cuitado
Por su edad y condición,
Que da mejor un consejo,
Si se ofrece, que una coz.
»Como me ven aquí arriba

(1) *Ibid.:*

Mas alcánzanse vencejos,
Desde él, en un torreón.

Hecho jinete visón,
Piensan que yo le sustento;
Pero no lo pienso yo.
»De mi vestido y mis galas
Os quiero hacer relación;
Que sobre este campanario
No se divisa el color:
»Mi mogollón y mi gorra
Traigo con hambre y con flor,
Y una colada de trapos
En mi espada y mi jubón.
»La capa más memoriosa
Que se sabe de varón,
Pues, calva y vieja, se acuerda
Del proprio Rey que rabió.
»Del borceguí también pienso
Que anacardina tomó,
Pues se acuerda de las botas
Del discípulo traidor (1).
»Caballero, al menos, vengo,
Si por dicha no lo soy;
Descendiente, si me apeo,
Del proprio Paladïón.
»Mis armas son un escudo,
(Y fueran mejores dos,
Cuanto va del que es sencillo
Al caballero doblón),
»Dividido en tres cuarteles,
Y en el primero un león,
Más rapante que navaja
Y que un solicitador.
»Una maza al otro lado,
Y ha sido pública voz;
Que de las Carnestolendas
Vengo de mal en peor.
»En el otro, seis roeles,
Por el cuarto de ratón
Que me toca, por los dientes,

(1) En el dicho romancero:

Porque se acuerda de cosas
Del año de la Pasión.

Del solar de comedor.
»Blancos, morados y verdes
Estos tres cuarteles son;
Que algún rábano sospecho
Que sus colores les dió.
»Picado de una viuda,
Me he tornado picador,
Queriendo que haga corvetas
Con pellejo un facistol (1).
»Si de mí no se apïada,
Ni del banco de herrador,
Él morirá de su amo,
Y el amo de su frisón.»
De caballo y caballero
Esta relación pidió
Al ausente de Jacinta,
Clarinda, hija del sol.

DECLAMA CONTRA EL AMOR

(En *El Parnaso Español,* Musa VI.)

147. Ciego eres amor, y no
Porque los ojos te faltan;
Sino porque á todos cuestas
Hoy los ojos de la cara.
Lince te llaman las bolsas;
Topo te dicen las almas;
Las taimadas, trampantojo
De sus antojos y trampas (2).
Mancebito ginovés,
Haz tintero de la aljaba,
Pues vuelan más escribiendo

(1) En los *Romances varios:*

Picado de una beldad,
Me he tornado picador,
Con una vara en la mano,
Caballero en un millón.

(2) En los *Romances varios:*

Diosecito la invención
Y lampiño á puras trampas.

Tus plumas que no en las alas.
  La bendición te alcanzó
De quien parece á su casta;
Concertáme estas medidas:
Madre espuma y cisco taita,
  Hijo de aquel pescador
Que en el golfo de las mantas (1)
Con una red pescó güeso,
Que es marisco de las camas.
  La madre, buena señora,
Que al pobre herrero descansa,
Pues á los armados toma
La medida de las armas.
  Herrería es de por sí
La diosa hija del agua:
Yunque ya de muchos golpes;
Horno ya de muchas caldas (2).
  Véndanos honra el bribón;
Presuma de culto y aras;
Déjese de diosear
Y arrebate de una carda.
  Hágase corazonero,
Y vive Dios que es demanda:
Para las ánimas pide,
Y nos despide las almas.
  ¿Agora se me venía
En figura de beata,
Justificada de ojos,
Y delincuente de faldas?
  Muy seglar en los deseos,
Muy religioso de habla,
Quiere que le den dineros,
Y él quiere dar esperanzas.
  Vergonzosito de toma,
Deshonestico de daca;
¡Qué cosa para un devoto
De los ángeles de guarda!

---

(1) de *su casa.*
(2) *Ibid.:*

Es yunque de muchos golpes;
Es horno de muchas caldas.

¿Á mí se viene con eso,
Que me hacen, si me tratan,
Insolente las de balde,
Castísimo las que arañan? (1)
Yo me hallo muy grandón
Y muy cerrado de barba,
Partes para tejedor,
Amante de piel y maza.
En el tiempo que adoraron
Las moscas y las arañas,
Dios avechucho sería,
Con sus plumas y sus garras (2).
Desde entonces sus tramoyas
Silvas de lección son varias,
Ya enamorando de brutos,
Ya haciendo amantes de estatuas.
No hay quien, cual él, dos amigos
Un par de güevos los haga,
Guisando el uno estrellado,
Pasando el otro por agua.
Otra vez de tintorero
Cobró en el mundo gran fama,
Pues, por teñir unas moras,
Quitó el color á unas caras.
Hizo de otro tonto un día
Racimo de uvas colgadas,
Y porque almorzar le quiso,
Volvió en peñasco á la dama.
Pero, Amor, estos poquitos,
Por hoy, de tus cuentos bastan;

---

(1) Janer, siguiendo la defectuosa colocación de los signos interrogativos en las ediciones antiguas, lee:

¿Á mí se viene con eso?
¿Qué me hacen si me tratan,
Insolente las de balde,
Castísimo las que arañan?

Así no hace sentido el pasaje; como lo fijamos, sí.

(2) En los *Romances varios:*

Eras un dios avechucho,
Entre perros y cigarras.

Que querer contarlos todos
Fueran historias muy largas (1).

SIGNIFICA SU AMOR Á UNA DAMA

Y PROCURA INTRODUCIR

QUE NO SE DEBE DAR Á LAS MUJERES

(En *El Parnaso Español*, Musa VI)

Yo con mis once de oveja
148. Y mis doce de cabrón,
Que por faltarme las blancas,
No soy Juan de Espera en Dios,
Desgracias son que suceden,
Y cosas del mundo son:
No hay sino tener paciencia;
Niña, vuestro amante soy (2).
Desde que os ví en la ventana,
Ó dando ó tomando el sol,
Descabalé mi asadura,
Por daros el corazón.
Hacéisme que os idolatre,
Quemaisme luego en amor;
Y ansí vos sois mi herejía,
Para ser mi inquisición.
Tenéis con cara de ángel,
Bien haya quien tal juntó,
Más garabato que tiene
El demonio tentador.

---

(1) En el tan citado romancero, hay en lugar de los veinte versos últimos, estos ocho:

Entonces iba Narciso
Á verse á la fuente clara;
Que espejos y buhoneros
No eran nacidos en Francia.
Invencionero maldito,
Y tintorero de ramas,
Que, por teñir á unas moras,
A los más amigos matas.

(2) En los *Romances varios:*

Me he enamarado de vos.

Con plumas de las saetas
De esa hermosura y rigor
Tengo hechas y deshechas
Las alas del corazón.
Daros lástima quisiera;
Dineros, señora, no;
Que aunque son pocos (1), las ganas
De dároslos menos son.
Si más única que el Fénix
Queréis ser en mi pasión,
Dadme y queredme, que es cosa
Que no se ha visto hasta hoy.
Ó probemos ya siquiera (2)
Sin dineros un amor,
Y querámonos de balde (3),
Que será linda invención.
Y si de vos se riere
Todo el bando tomajón,
Dadme, y dejadlas que digan,
Pues que dijeron de Dios.
El mundo se ha corrompido:
Todo es guerra, nada amor,
Porque dares y tomares
Son riñas, y no afición.
Cada día y cada hora
Toman las mujeres hoy,
Y, por tomar cada punto,
Calceteras diz que son.
Tomá ejemplo en las princesas
Del Caballero del Sol,
Que andaban por las florestas;
No en las tiendas, al olor.
De que no pida la niña
Y de que no dé el barbón,
Orden bendita y estrecha,

(1) En la primera edición de *El Parnaso*, por errata, *pocas*.
(2) En los *Romances varios:*

Probemos á lo que sabe...

(3) *sin blanca*.

Querría ser el fundador (1).
  Si dijeren que sois loca
Las hijas de perdición,
Dejadlas que de sus cuartos
Se haga rastrero el amor (2).

CARTA DE LA PERALA Á LAMPUGA, SU BRAVO

JÁCARA

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

  Todo se sabe, Lampuga;
149. Que ha dado en chismoso el diablo,
Y entre jayanes y marcas
Nunca ha habido secretario.
  Dios me entiende y yo me entiendo:
Ya sé que te dan el pago
Las señoras de alquiler,
Las mancebitas de á cuatro.
  Dejásteme en Talavera
Á la sombra de un gitano,
Hombre gafo de los potros
Y aturdido de los asnos.
  No son los dotores los matasanos,
Sino los procesos y el escribano
  A lo menos que se puede
Pasan aquí los pecados:
Tierra barata de culpas;
Mucho amor y pocos cuartos.
  Á una mujer forastera
Los hijos del vidrïado
No la dan, Lampuga, un gozque,
Si pueden darle un alano.
  En la feria de Torrijos

(1) En el citado romancero:

Seremos los fundadores,
Aunque indigna y pecador.

(2) *Ibid.:*

Dejadlas para pidonas,
Enfadando á cuantas son.

Me empeñé con un mulato,
Corchete fondos en zurdo,
Barba y bigotes de ganchos.
En cas del padre nos fuímos,
Por no escandalizar tanto,
Y porque quien honra al padre,
Diz que vive muchos años.
Á soplos, como candil,
Murió el malaventurado,
Porque se halló cierta joya
Antes de perderla el amo.
Dióle en llegando á Madrid
Pujamiento de escribanos,
Y murió de mala gana,
De una esquinencia de esparto.
Como tórtola viuda
Quedé, pero no sin ramo,
Pues en el de una taberna
Estuve arrullando tragos.
Al mar se llegó Gayoso,
Por organista de palos;
Dicen que llevó hacia allá
El juboncillo de cardo.
Con las manos en la masa
Está Domingo Tiznado,
Haciendo tumbas á moscas
En los pasteles de á cuatro.
El Gangoso es pregonero,
Tiple de los azotados,
Abreviando el «quien tal hace»
Al que no le paga el canto.
Para las ánimas pide
Zaramagullón el largo;
Muy animado le veo
De meriendas y de sayo.
Luquillas es aguador,
Con repostero de andrajos;
Con enaguas tiene el cuero,
Muy adamado de tragos.
Con nombre de Valdemoro,
Vende por azumbres charcos:
Ranas, en vez de mosquitos,

Suelen nadar en los vasos.
  Mojarrilla acomodó
Su barbaza de ermitaño,
Aunque á solas con amigos
Usa de malos resabios (1).
  Por aquí pasó el Manquillo,
Por aquí pasó el Fardado,
Solos y á pie, y cada uno
Con ducientos de acaballo (2).
  Por arremangar un cofre,
Fueron los desventurados,
La mitad diciplinantes,
Jinetes de medio abajo.
  Iba delante el bramón,
Y detrás el varapalo,
Y con su capa y su gorra,
Hecho novio, el sepancuantos.
  Ahogado con zaragüelles
Murió Lumbreras el bravo (3),
Con su poquito de credo,
Sin sermón y sin desmayo.
  Pareció muy bien á todos
Que su amiga la Velasco
Llenó la horca de ciegos,
Que le juntaron muchachos.
  Todos aguardan, Lampuga,
Que te suceda otro tanto;
Que se ruge por acá
No sé qué de tu espinazo.
  Avisa de lo que fuere,
Para que en todo mi barrio
Conozcan lo que me debes;
Que aún no he desdoblado el manto (4).

---

(1) Esta cuarteta y las seis anteriores se omitieron en los *Romances varios.*

(2) Janer, por errata, *de caballo.* Ni así ni de *á caballo*, sino de *acaballo;* juego de palabras como de Quevedo.

(3) Janer, *el braco.*

(4) También faltan en los *Romances varios* los ocho versos últimos.

RESPUESTA DE LAMPUGA A LA PERALA

JÁCARA

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

Allá va, en letra, Lampuga;
150. Recógele, la Peral;
Guarde el Señor tus espaldas (1),
Y mi garganta San Blas.
Hija, todos somos hombres:
Nadie se puede espantar
Ni de que azote el verdugo,
Ni de que apare el rufián.
Y pues á quien dan no escoge,
No tuve que desechar,
Aunque dos veces, de enojo,
Me estuve por apear (2).
Dígolo porque lo digo,
Y no lo digo por más,
Pues son acontecimientos
Entre penca y espaldar.
El ruin (3) agravia á los buenos;
El rey no puede agraviar;
Estos señores se enojan,
Y alégrase la ciudad.
Con azotes y sin ellos,
Se sabe mi calidad:
Cien mientes te envío en blanco,
Para quien hablare mal.
Todo hijo de tintero
No tiene que mormurar,
Pues en Sanlúcar fuí güésped
En cas de su Majestad,
Luego, el rigor de justicia
Me hizo ruido detrás;
Asentábanme un capelo,
Y alzábase un cardenal.

---

(1) En los *Romances varios: tus costillas.*
(2) Falta esta cuarteta en los *Romances varios.*
(3) El *hecho.*

Calentábase el azote
En las costillas de Blas,
Y pasaba de las mías
Á la giba de Mochal (1).
Como azotado novicio,
Monorros hizo ademán;
Mas hanos dado palabra
Que otra vez se enmendará.
Á Cogullo le sacaron
Por un hurto venial,
Entre gente tan honrada,
A la vergüenza no más.
Él es un bellaco pueblo,
Y azotan en él muy mal:
Azotones desabridos,
Á menudo y sin contar.
La gente, mal inclinada;
De tan poca caridad (2),
Que á un forastero azotado
Ninguno le viene á honrar (3).
Con un pícaro no hicieran,
Amiga, tan gran maldad:
Solo y sin muchachos iba,
Y azotar que azotarás.
Hanse servido de darme
Ministerio de humedad,
Donde empujando maderos
Soy escribano naval.
Más raso voy que día bueno;
Con barba sacerdotal,
Soy ovejita del agua,
Que me llaman con silbar.
Letrado de las sardinas,
No atiendo sino á bogar (4),
Graduado por la cárcel,
Maldita universidad (5).

(1) Esta cuarteta y las dos siguientes faltan en los *Romances varios*.
(2) De tan *mala calidad*.
(3) le *quiere* honrar.
(4) Juega de los vocablos *bogar* y *abogar*.
(5) Falta esta cuarteta en el mencionado romancero.

De un ginovés pajarito
Ya nos desnuda el chiflar,
Y el ceñidor de una cuba
Desnudos nos ciñe ya (1).
Andamos á chincharrazos
Al dormir y al pelear;
Siempre comemos bizcochos
De las monjas de la mar.
Es canónigo de pala
Perico el de Santo Horcaz,
Y lampiño de navaja
El desdichado Beltrán.
Entre los calvos con pelo
Que se usan por acá,
Londoño el de Talavera
Hace una vida ejemplar.
De limosna se ha venido
Tras mí la tuerta de Horgaz;
Sus pecados son mi hacienda:
Ella mi vino y mi pan.
Es ejemplo de pobretas,
Y no la conocerás;
Peca con mucha cordura,
Todo el día sin chistar.
Aguedilla la bermeja
Se cansó de zarandar,
Y está haciendo buena vida
En la venta del Abad (2).
Á Padurre, mozo tinto
Y tenebroso galán,
Por traidor de zaragüelles
Le mandaron chicharrar.

(1) En los *Romances varios*, así:

Un ginovés pajarito
Que desnuda con chiflar,
Con el ceñido de un cubo
Nos hace la caridad.

(2) *Ibid.:*

Se cansó de vivir mal,
Y está haciendo penitencia
En la venta del Abad.

Aquí termina el romance en la tan citada colección.

Por honrador del estaño,
Escribe de Madrid Juan,
Que Gazpe fué luminaria
Del camino de Alcalá.
Queman por hacer moneda
Á quien no sabe heredar,
Y al que la hereda y deshace
No le han quemado jamás.
Ayer tuve una *mogina*
Por un pedazo de pan,
Y con un *harro* de vino
Dí respuesta á un orinal (1).
No te gastes en mandiles;
Estima tu calidad;
Apártate de Carreño,
Que tiene espalda mollar.
Más me cuestas de pregones
Y suela de Fregenal,
Que valen seis azotados,
Si los llegan á tasar.
Guárdame de ti un pedazo
Para en acabando acá;
Que seis años de galeras
Remando se pasarán.
Á todas esas señoras,
Bullidoras del holgar (2),
Las darás mis encomiendas;
Que soy amigo de dar.
Hoy, este mes y este año,
Aquí, pues no puedo allá,
En cas del señor Guardoso,
De manos de habilidad.
Yo seiscientos, porque firmo
Ya del número cabal,
Descontándome la tara
De los que sin cuenta dan.

---

(1) Escribe Quevedo *mogina* y *harro*, en lugar de *mohina* y *jarro*, para contrahacer el habla de los rufos. Ya en la *Historia de la vida del buscón llamado don Pablos* lo había hecho decir á Matorral: «...haga vucé de la *g*, *h*, y de la *h*, *g*, y diga conmigo: *gerida*, *mogino*, *jumo*, *Pahería*, *mohar*, *habalí*, y *harro de vino*.»

(2) Janer, por errata, del *hogar*.

DOCTRINA DE MARIDO PACIENTE

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

Selvas y bosques de amor,
151. Dehesas, sotos y campos,
Quien os cantaba soltero
Os viene á mugir casado (1).
La lira de Medellín (2)
Es la cítara que traigo,
Y son falsete con todos
De la capilla del Pardo.
De puro casado temo,
Si me escondo, ó si me tapo;
Que los que no me conocen
Me sacarán por el rastro.
Conocísteme pastor,
Conocereisme ganado,
Tan novillo como novio,
Tan marido como gamo (3).
Bien puede ser que mi testa
Tenga muchos embarazos;
Mas de tales cabelleras
Hay pocos maridos calvos.
También he venido á ser
Regocijo de los santos,
Pues siendo atril de San Lucas,
Soy la fiesta de San Marcos.
Trueco mi consentimiento
Por doblones muy doblados,
Y se los quito tan gordos,
Si me los ponen tan largos.
Del que mi casa visita,
Murmuradores villanos
Dicen que me hace ofensa,
Y el pobre me hace el gasto.

---

(1) En los *Romances varios:* á bramar.
(2) La lira de *la bellota.*
(3) En los *Romances varios* pónese aquí, y después, á cada cuatro cuartetas, el estribo que en la lección de *El Parnaso* sólo se pone al final.

Consentir lo que ha de ser
Es mohatrero recato;
Y rehusar lo forzoso,
Empobrecer el agravio.
Yo como de lo que sé,
Cómo hacen los letrados;
Animal por animal,
Mejor es buey que no asno.
No me declaro del todo;
Pero traslúzgome tanto,
Que, por medroso que sea,
Ningún dinero acobardo.
Para que nadie me tema,
Todos mis poderes hago;
Que el espantar á la gente
Es habilidad del diablo.
Si el honor hace gran sed
Y el sufrimiento Buitragos,
Mi pelo sea cornicabras;
Ladren mi brama aun los bracos (1).
El ceño no ha de estorbar,
Sino encarecer el caso;
Que esposos de par en par
Empalagan el pecado.
Andense poniendo nombres
Los celosos por mi barrio;
Que yo me iré por el suyo
Más ahito y menos flaco.
El carnero es quien le compra;
Á falta de más regalo,
Yo como aparecimientos,
Y soy perdices y pavos.
Mormuren detrás de mí,
Mientras la hacienda les masco;
Que es pulirme, y no ofenderme,
El roerme los zancajos.

(1) *Ibid.*:

Si el honor hace hospital
Y el sufrimiento Buitrago,
Mi pelo se vuelva encinas;
Suelten en mi cholla bracos.

Galanes de mi mujer
Se llaman unos hidalgos
Á quien llamo provisores;
Á quien tengo por vasallos.
Si dicen que han de correrme
En una fiesta este año,
Más quiero morir en fiesta
Que nó vivir en trabajos.
Ser bien quisto de mujer
Es mérito cortesano;
Que son cuaresma los celos,
Y la honra es el traspaso.
Mas ¿qué no hará en la hambre de un hidalgo
Moza, y casamentero, y dote al diablo?

MARIDO QUE BUSCA COMODO

Y HACE RELACIÓN DE SUS PROPRIEDADES

(En *El Parnaso Español*, Musa VI)

152. La que hubiere menester
Un marido de retorno,
Que viene á casarse en vago
Y halla su mujer con otro (1),
Acudirá á mi cabeza,
Más arriba de mi rostro,
Como entramos por las sienes
Entre Cervantes y Toro.
Muchachas, todo me caso;
Niñas, todo me desposo,
Marido de quita y pon,
Entre ciego y entre sordo.
Persona de tan buen talle,
Que tengo el talle de todos,
Viéneme lo que me dan
Los delgados y los gordos.

(1) En los *Romances varios*:

Que vino á casarse en vago
Y halló á su mujer con otro.

Dóime por desentendido
De cuantas visiones topo;
No ocupo lugar en casa,
Y al rayo del sol (1) me asomo (2).
Si estando con mi mujer
Columbro brújula de oros (3),
Hago como que me fuí,
Y aunque me quedo, no estorbo.
Y con esto aún es tan vano
De mi cabeza el entono (4),
Que á quien me los pone á mí
Parece que se los pongo.
Tengo, en queriendo dormir,
Sueño de pluma y de plomo;
Con prometimientos, velo,
Y con las dádivas, ronco.
Sabe á acíbar la perdiz
Que para comerla compro;
Pero si me lo presentan,
Sabe á perdiz cuanto como (5).
Siete veces me he casado,
Siete capuces he roto,
Y me siento tan marido,
Que pienso ponerme el ocho.
La primera fué doncella,
Después de mi desposorio (6);
Recatada, ya se entiende;
Recogida, en casas de otros.
La segunda hizo un enredo
Que no le hiciera el demonio:
Juntó un virgo y un preñado;

(1) «Alude al caracol.» (Nota de la primera edición de *El Parnaso.)*
(2) En los *Romances varios*: me *escondo.*
(3) *visita de otro.*
(4) *Ibid.*:

Es mi persona tan grave,
Tan presumido mi entono...

(5) *Ibid.*:

Son veneno para mí
Las perdices, si las compro;
Pero si me las presentan,
Me sabe á perdiz el zorro.

(6) *Antes* de mi desposorio.

Trujo el uno sobre el otro.
Estiraba yo los meses
Porque viniesen al proprio,
Y achaquéme una barriga,
Que no la vi de mis ojos.
Las demás, á puto el postre,
Honraron mis matrimonios:
Las tres tres signos me hicieron:
Aries, Tauro y Capricornio.
Las dos pusieron virtudes
De mi cabeza en el moño,
Que á competirlas no bastan
Las de muchos unicornios.
Si hiciérades oración
Por un marido del Soto,
No os le deparara el Rastro
Más Diego ni menos hosco.
Mi condición y mi vida
Es aquesta que pregono;
Muchachas, alto á casar;
Que está de camino el novio.

RELACIÓN

QUE HACE UN JAQUE DE SÍ Y DE OTROS

JÁCARA

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

Zampuzado en un banasto
153. Me tiene su majestad,
En un callejón Noruega,
Aprendiendo á gavilán.
Graduado de tinieblas (1)
Pienso que me sacarán,
Para ser noche de invierno,

(1) En los *Romances varios de diversos autores*:

Guardado de las tinieblas.

Ó en culto algún madrigal (1).
  Yo que fuí norte de guros,
Enseñando á navegar
Á las godeñas en ansias,
Á los buzos (2) en afán,
  Enmoheciendo mi vida
Vivo en esta oscuridad,
Monje de zaquizamíes,
Ermitaño de un desván.
  Un abanico de culpas
Fué principio de mi mal;
Un letrado de lo caro,
Grullo de la puridad.
  Dios perdone al padre Esquerra,
Pues fué su paternidad
Mi suegro más de seis años
En la cueva (3) de Alcalá,
  En el mesón de la ofensa,
En el palacio mortal,
En la casa de más cuartos
De toda la cristiandad.
  Allí me lloró la Guanta,
Cuando, por la Salazar,
Desporqueroné dos almas,
Camino de Broñigal.
  Por la Quijano, doncella
De perversa honestidad,
Nos mojamos yo y Vicioso,
Sin metedores de paz.
  En Sevilla el árbol seco
Me prendió en el Arenal,
Porque le afufé la vida
Al zaino de Santorcaz.
  El zapatero de culpas
Luego me mandó calzar
Botinillos vizcaínos,
Martillado el cordobán.

---

(1) *Y Góngora soledad.*

(2) Á los *guros*. *Buzo* es también palabra de la germanía, y significa, según Juan Hidalgo, ladrón muy diestro, ó que ve mucho.

(3) En la *Huesca*. Janer, sin duda por errata, *cuexa*.

Todo cañón, todo guro,
Todo mandil y jayán,
Y toda hiza con greña (1),
Y cuantos saben fuñar,
Me lloraron soga á soga,
Con inmensa propriedad;
Porque llorar hilo á hilo
Es muy delgado llorar.
Porque me metí una noche
Á Pascua de Navidad
Y libré todos los presos,
Me mandaron cercenar.
Dos veces me han condenado
Los señores á trinchar,
Y la una el maestresala
Tuvo aprestado sitial.
Los diez años de mi vida
Los he vivido hacia atrás,
Con más grillos que el verano,
Cadenas que el Escurial.
Más alcaides he tenido
Que el castillo de Milán;
Más guardas que monumento;
Más hierros (2) que el Alcorán;
Más sentencias que el derecho;
Más causas que el no pagar;
Más autos que el día del Corpus;
Más registros que el misal;
Más enemigos que el agua;
Más corchetes que un gabán;
Más soplos que lo caliente;
Más plumas que el tornear.
Bien se puede hallar persona
Más jarifa y más galán;
Empero más bien prendida
Yo dudo que se hallará.
Todo este mundo es prisiones;

(1) Y *todo á boca de granos.*
(2) Como en otros lugares, Quevedo juega aquí de los vocablos *hierros* y *yerros*, que se pronunciaban igual ó muy análogamente.

Todo es cárcel y penar:
Los dineros están presos
En la bolsa donde están;
La cuba es cárcel del vino;
La trox es cárcel del pan;
La cáscara, de las frutas;
Y la espina, del rosal.
Las cercas y las murallas
Cárcel son de la ciudad;
El cuerpo es cárcel del alma,
Y de la tierra la mar;
Del mar es cárcel la orilla,
Y, en el orden que hoy están,
Es un cielo de otro cielo
Una cárcel de cristal.
Del aire es cárcel el fuelle (1),
Y del fuego el pedernal (2);
Preso está el oro en la mina;
Preso el diamante en Ceilán.
En la hermosura y donaire
Presa está la libertad;
En la vergüenza, los gustos;
Todo el valor, en la paz.
Pues si todos están presos,
Sobre mi mucha lealtad
Llueva cárceles mi cielo
Diez años, sin escampar.
Lloverlas puede, si quiere,
Con el peine y con mirar,
Y hacerme en su Peralvillo
Aljaba de la Hermandad.
Mas, volviendo a los amigos,
Todos barridos (3) están;
Los más se fueron en uvas,
Y los menos en agraz.
Murió en Nápoles Zamora,
Ahito de pelear;
Lloró á cántaros su muerte

(1) *un* fuelle.
(2) *un* pedernal.
(3) *asidos*.

Eugenia la Escarramán.
  El Limosnero á Zaguirre
Le desjarretó (1) el tragar;
Con el Limosnero pienso
Que se descuidó San Blás (2).
  Mató á Francisco Jiménez
Con una aguja un rapaz,
Y murió muerte de sastre,
Sin tijeras ni dedal.
  Después que el padre Perea
Acarició á Satanás
Con el alma del corchete,
Vaciada á lo catalán,
  Á Roma se fué por todo,
En donde la enfermedad
Le ajustició en una cama,
Ahorrando de procesar.
  Dios tenga en su santa gloria
Á Bartolomé Román,
Que aun con Dios, si no le tiene,
Pienso que no querrá estar.
  Con la grande polvareda,
Perdimos á don Beltrán,
Y, porque paró en Galicia,
Se teme que paró en mal.
  Xeldre está en Torre Bermeja;
Mal aposentado está:
Que torre de tan mal pelo
Á Júdas puede guardar.
  Ciento por ciento llevaron
Los inocentes de Orgaz,
Peonzas que, á puro azote,
Hizo el bederre bailar.

(1) Janer, por errata, *Les* desjarretó.

(2) En los *Romances varios* siguen á este verso estos otros, que faltan en *El Parnaso Español:*

Á Martín de Santa Engracia
Le esteraron el tragar
Brabonel de Zaragoza,
El Luzidoro rufián.

Por pedigüeño en caminos,
El que, llamándose Juan,
De noche, para las capas,
Se confirmaba en Tomás,
Hecho nadador de penca,
Desnudo fué la mitad,
Tocándole pasacalles
El músico de Quien tal.
Sólo vos habéis quedado,
¡Oh Cardoncha (1) singular!
Roído del sepan cuantos,
Y mascado del varal:
Vos, Bernardo entre franceses,
Y entre españoles Roldán,
Cuya espada es un galeno,
Y una botica la faz.
Pujamiento de garnachas (2)
Pienso que os ha de acabar,
Si el avizor y el calcorro
Algún remedio no dan.
Á Micaela de Castro
Favoreced y amparad;
Que se come de gabachos,
Y no se sabe espulgar.
Á las hembras de la casa (3),
Si con la expulsión fatal
La desventurada corte
No ha acabado de enviudar,
Podéis dar mis encomiendas,
Que, al fin, es cosa de dar;
Besamanos á las niñas;
Saludes á las de edad (4).
En Vélez, á dos de marzo,
Que, por los putos de allá,

(1) Oh *Córdova*.
(2) de *garnacha*.
(3) Janer, como en los *Romances varios*, leyó *de la caja*.
(4) En los *Romances varios* aquí entra la cuarteta que comienza:

Á Micaela de Castro...

No quiere volver las ancas,
Y no me parece mal (1).

DAMA CALVATRUENO DE CONDES

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

154. Pidiéndole está dineros
Doña Berenguela á Antón,
Y él entre sí está pensando
De dárselos entre no.
Muchacha que peca en condes
Con tan grande obstinación,
Que hasta condes de gitanos
No la hacen mal sabor.
Él, pues, componiendo el gesto,
Si descompone su voz (2),
Entre no quiero y no puedo
La bolsa y el corazón,
Después de una tosecilla
Que sirve de prevención,
Y madurando el no hay blanca,
Á pura fuerza de tos,
Dijo: «Si, por los señores,
Siempre me despedís vos,

(1) En el dicho romancero acaba la composición con estos versos, en lugar de los cuatro últimos de la lección publicada en *El Parnaso*:

Á Francisca, si en Lisboa
Padece temeridad,
Despacharéis vuestras letras,
Con el sello del puñal.
Á esotras dos pobretillas
Las podéis acomodar,
Una, con un obligado;
Otra, con un fraile albar.
Y porque los de la caja
Vienen sin comodidad,
Dios os dé ventura en cenas;
En comidas, otro tal.

(2) Janer, por errata, *si descomponen.* En los *Romances varios de diversos autores:*

Y componiendo *la cara,*
Descomponiendo la voz...

Sean, pues, los pedidos ellos;
Sea el despedido yo (1).
»Si cuando queréis bureo,
Ha de ser con un señor,
Hija, cuando tengais hambre,
Mascad un príncipe ó dos.
»Muchachas que con los túes
Toman un año sabor,
Tengan de nuestras mercedes
Emolumento y ración (2).
»Dios os harte de marqueses,
Y dejadme en mi rincón;
Nunca os falten señorías,
Y á mí la merced de Dios (3).
»Y, por si perseverare
Vuestra ilustre perdición,
Atended á lo que os digo,
Las pecadoras de honor:
»Duque que guarda el ducado
Y da la conversación,
Alabarle la llaneza
Y conjurarle el humor.
»Condes que dicen «No quiero»
Tan claro al demandador,
Ya que no son Condes Claros,
Harto claros condes son.
»Mucho duque y poca ropa,
No es hacienda, si es blasón;
Señas de hospital ofrecen,
Si la pinta no engañó.
»Señorías y excelencias
Son cáncer de vanas hoy,

(1) Sea el *no pedido* yo.
(2) En los *Romances varios:*

Muchachas que con los túes
Se huelgan un año ó dos,
Tengan de nuestras mercedes
Canonicato y ración.

(3) *Ibidem*:

Que sin vos no ha de faltarme
A mi la merced de Dios.

Pues de títulos se comen,
Que es ayuna comezón.
»Más quiero en un pozo estados
Que estados en un señor,
Pues agua halla en aquéllos
Quien soga en éstos no halló (1).
»En Madrid andan agora
Los Condes de Carrïón,
Porque sólo dan azotes
Á la propria doña Sol.
»Y á quien de títulos quiere
Verse llena alrededor,
Dios la convierta en botica,
Por su divina Pasión.»

JOCOSA DEFENSA DE NERÓN

Y DEL SEÑOR REY DON PEDRO DE CASTILLA

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

155. «Cruel llaman á Nerón
Y cruel al rey don Pedro,.
Como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.
»Estos dos, sí, que inventaron
Las purgas y cocimientos,
Las dietas y melecinas,

---

(1) En el mismo romancero:

Señas de hospital *parecen,*
Si *no me engaña el olor.*
Señorías y excelencias
Cáncer de *las* vanas *son,*
Pues se comen y se cenan
De títulos y de amor.
Mas quiero *estados en pozo*
Que *no* estados en señor,
Pues en aquéllos hay agua,
Y en estos soga, y aun no.

Boticarios y barberos (1),
»Matalotes fueron crueles (2)
Y ministros del infierno,
Abreviadores de vidas,
Y datarios de tormentos;
»Que Nerón tuvo buen gusto;
Don Pedro fué justiciero,
Si cohechados y ladrones
No pusiesen lengua en ellos (3).
»Si inventaran estos dos
Esperar y tener celos,
Las mujeres de por vida,
La gota y hacerse viejos,
»Cantar mal y porfiar,
Y templar los instrumentos,
El pedir de las busconas,
Las visitas de los necios,
»Justicia fuera llamarlos
Crueles la Fama en extremo;
Pero si no lo soñaron,
Es contra todo derecho.
»Tuvo Nerón lindo humor
Y exquisito entendimiento (4),
Amigo de novedades,
De fiestas y pasatiempos.
»Dicen que forzó doncellas;
Mas de ningún modo creo

(1) En los *Romances varios de diversos autores:*

Aquestos dos que inventaron
Las purgas y cocimientos,
Dietas y melecinas
Y boticas y barberos.

(2) Fueron *médicos* crueles.
(3) *Ibid.:*

Si *algún menguado ignorante*
No *pusiere* lengua en ellos.

(4) *Ibid.:*

Justicia fuera llamarlos
Crueles *por todo* extremo;
Mas no habiéndolo inventado,
Es contra todo derecho.
Tuvo Nerón *muy buen gusto*
Y *gallardo* entendimiento...

Que él encontró con alguna,
Ni que ellas se resistieron.
»Quísole Suetonio mal,
Pues le llamó deshonesto
Porque adoraba á su madre,
Siendo obligación hacerlo.
»Nótale de que comía
Sin cesar un día entero,
Y es pecado que á la sarna
Pudiera imputar lo mesmo (1).
»Mató Nerón muchos hombres;
Más son los que el sol ha muerto,
Y llámanle hermoso á él,
Y á estotro le llaman fiero.
»Gustó de quemar en Roma
Tanto edificio soberbio,
Dejando así castigada
La soberbia, para ejemplo (2).
»Quemó la débil grandeza
Que atesoraban los tiempos,
Y á la vanidad del mundo
Quiso mostrar su desprecio (3).
»Si á Séneca dió la muerte
Siendo su docto maestro (4),
Hizo lo que una terciana,
Sin culpa, pudo haber hecho.
»No es mucho que se enfadase
De tantos advertimientos;
Que no hay señor que no quiera
Ser en su casa el discreto.

---

(1) En los *Romances varios:*

Siendo pecado *de sarna,*
Que suele hacer lo mesmo.

(2) *Ibid.:*

Por castigar, como Dios,
A los que lo son con fuego.

(3) *Ibid.:*

Quemó la *mayor* grandeza
Que *atesoraron* los tiempos;
Que á la vanidad del mundo
Quiso *pagar con* desprecio.

(4) su *ayo y* maestro.

»Quitó á Lucano la vida;
Mas no le agravió por eso,
Cuando inmortal le acredita
Con la gloria de sus versos (1).
»Pues don Pedro el de Castilla,
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y qué dió sino escarmientos?
»Quieta y próspera Sevilla (2)
Pudo alabar su gobierno,
Y su justicia las piedras
Que están en el Candilejo.
»El clérigo desdichado
Y el dichoso zapatero
Dicen de su tribunal
Las providencias y aciertos (3).
»Si doña Blanca no supo
Prendarle y entretenerlo,
¿Qué mucho que la trocase,
Siendo moneda en su reino?
»Era hermosa la Padilla,
Manos blancas y ojos negros,
Causa de muchas desdichas,
Y disculpa de más yerros (4).
»Si á don Tello derribó,
Fué porque se alzó don Tello;
Y si mató á don Fadrique,
Mucho le importó el hacerlo.
»De su muerte y de otras muchas
Sabe las causas el Cielo,
Que aún fuera mayor castigo
Si rompiera su silencio.
»Matóle un traidor francés,
Alevoso caballero;
Vió Montïel la tragedia,

(1) En los *Romances varios:*

Pues le quitó en la persona
Lo que le dejó en los versos.

(2) *Sevilla, bien gobernada.*
(3) Las *órdenes y decretos.*
(4) En los *Romances varios* faltan esta cuarteta y la anterior.

Y el mundo le lloró muerto (1).
»De emperadores y reyes
No hablan mal nobles y cuerdos;
Que es, en público, delito,
Y no es seguro en secreto.»
Esto dijo un montañés,
Empuñando el hierro viejo,
Con cólera y sin cogote,
En un Cid tinto un don Bueso.

DESCUBRE MANZANARES SECRETOS

DE LOS QUE EN ÉL SE BAÑAN

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

»Manzanares, Manzanares,
156. Arroyo aprendiz de río,
Platicante de Jarama,
Buena pesca de maridos,
»Tú que gozas, tú que ves
En verano y en estío
Las viejas en cueros muertos,
Las mozas en cueros vivos,
»Ansí derretidas canas
De las chollas de los riscos (2),
Remozándose los puertos,
Den á tu flaqueza pistos,
»Pues conoces mi secreto,
Que me digas como amigo
Qué género de sirenas
Corta tus lazos de vidrio.»
Muy ético de corriente,
Muy angosto y muy roído,
Con dos charcos por muletas,
En pie se levantó y dijo:

(1) Y *llorarla todo el pueblo.*
(2) Janer, por errata, *de los ricos.*

«Tiéneme del sol la llama
Tan chupado y tan sorbido,
Que se me mueren de sed
Las ranas y los mosquitos (1).
»Yo soy el río avariento,
Que en estos infiernos frito,
Una gota de agua sola
Para remojarme pido.
»Estos, pues, andrajos de agua
Que en las arenas mendigo (2),
Á poder de candelillas,
Con trabajo los orino.
»Hácenme de sus pecados
Confesor, y en este sitio
Las pantorrillas malparen;
Cuerpos se acusan postizos (3).
»Entre mentiras de corcho
Y embelecos de vestidos,
La mujer casi se queda (4)
Á las orillas en lío.
»¡Qué cosa es ver una dueña,
Un pésame dominico,
Responso en caramanchones,
Medio nieve y medio cisco,
»Desnudarse de un entierro
La cecina deste siglo,
Y bañar de ánima en pena
Un chisme con dominguillos!
»Enjuagaduras de culpas
Y caspa de los delitos
Son mis corrientes y arenas:
Yo lo sé, aunque no lo digo (5).
»Para muchas soy colada,
Y para muchos rastrillo;

(1) En los *Romances varios de diversos autores:* y *los molinos.*
(2) Que *entre la arena* mendigo.
(3) En los *Romances varios:*

Pantorrillas pecadoras,
Cuerpos y talles postizos.

(4) La *media mujer* se queda.
(5) Yo lo sé, *yo lo vomito.*

Vienen cornejas vestidas (1),
Y nadan después erizos.
»Mujeres que cada día
Ponen con sumo artificio
Su cara, como su olla,
Con su grasa y su tocino.
»Mancebito azul de cuello
Y mulato de entresijos,
Unico de camisón,
Lavandero de sí mismo.
»No todas nadan en carnes
Las señoras que publico;
Que en pescados abadejos
Han nadado más de cinco.
»Por saber muchas verdades,
Con muchas estoy mal quisto,
De las lindas, si las callo;
De las feas, si las digo (2).
»Ya fuera muerto de asco
Si no diera á mis martirios
Filis, de ayuda de costa,
Tanto cielo cristalino.
»Río de las perlas soy,
Si con sus dientes me río,
Y Guadalquivir y Tajo,
Por lo fértil y lo rico.
»Soy el Mar de las Sirenas,
Si canta dulces hechizos,
Y, cuando se ve en mis aguas,
Soy la fuente de Narciso.
»Á méritos y esperanzas
Soy el Lete, y las olvido;
Y en peligros y milagros,
Hace que parezca Nilo (3).

---

(1) Vienen *tórtolas* vestidas.

(2) *De puro lavar* verdades,
Estoy *de todas* mal quisto;
De lindas, *porque* las callo;
De feas, *porque lo* digo.

(3) Á méritos y esperanzas
Me vuelve Leteo y olvido.
Y en peligros y milagros
Me hace parecer Nilo.

»Á rayos con su mirar
Al sol mesmo desafío,
Y á las esferas y cielos,
Á planetas y zafiros (1).
»Flor á flor y rosa á rosa,
Si abril (2) se precia de lindo,
De sus mejillas le espera
Cuerpo á cuerpo el Paraíso.
»Las desventuras que paso
Son estas que he referido,
Y éste el hartazgo (3) de gloria
Con que solo me desquito.»

PROCURA ENMENDAR EL ABUSO

DE LAS ALABANZAS DE LOS POETAS

(En *El Parnaso Español*, Musa VI)

¡Qué preciosos son los dientes,
157. Y qué cuitadas las muelas,
Que nunca en ellas gastaron
Los amantes una perla!
No empobrecieran más presto
Si labraran, los poetas,
De algún nácar las narices,
De algún marfil las orejas (4).
¿En qué pecaron los codos,
Que ninguno los requiebra?
De sienes y de quijadas
Nadie que escribe se acuerda.

---

(1)
Al día, de su mirar
Á rayos le desafío,
Y á la noche y á la luna,
Á planetas y *á* zafiros.

(2) Si *el sol.*
(3) Y *ésta la hartazga.*
(4) En los *Romances varios de diversos autores:*

Si *gastaran* los poetas
Algún nácar *en* narices,
Algún marfil *en* orejas.

Las lágrimas son aljófar,
Aunque una roma las vierta,
Y no hay un culto que saque
De gargajos á las flemas.
Para las lagañas solas
Hay en las coplas pobreza,
Pues siempre se son lagañas,
Aunque Lucinda las tenga.
Todo cabello es de oro,
En apodos, y no en tiendas,
Y, en descuidándose Júdas,
Se entran á sol las bermejas.
Eran las mujeres antes
De carne y de huesos hechas;
Ya son de rosas y flores,
Jardines y primaveras.
Hortelanos de faciones,
¿Qué sabor queréis que tenga
Una mujer ensalada,
Toda de plantas y yerbas? (1)
¿Cuánto mejor te sabrá
Sin corales una jeta
Que con claveles dos labios,
Mientras no fueres abeja?
¡Oh cultos de Satanás,
Que á las faciones blasfemas
Con que piden, con que toman,
Andais vistiendo de estrellas! (2)
Un muslo, que nunca aruña,
Unas sabrosas caderas,
Que ni atisban aguinaldos,
Ni saben que cosa es feria (3),

---

(1) Toda de *flores* y hierbas?
(2) En los *Romances varios:*

Poetas de Satanás,
Que á las facciones blasfemas
Con que *toman*, con que *hurtan*,
Andais vistiendo de estrellas.

(3) *Ibid.:*

Un muslo, que nunca *pide*,
Unas sabrosas caderas,
Que ni *piden aguinaldo*,
Ni saben qué cosa es *ferias*...

Esto sí se ha de cantar
Por los prados y las selvas,
En sonetos y canciones,
En romances y en endechas.
Y lloren, de aquí adelante,
Los que tuvieren vergüenza
Todo rubí que demanda,
Todo marfil que desuella.
Las bocas descomulgadas,
Pues tanto dinero cuestan,
Son ya bocas de costal (1),
Porque las aten por ellas.
De cáncer se ha de llamar
Todo diente que merienda;
Soles con uñas, los ojos
Que se van tras la moneda.
Aunque el cabello sea tinta,
Es oro si te le cuesta,
Y de vellón el dorado,
Si con cuartos se contenta.
, Quien boca y dientes cantare
Á malos bocados muera;
Las malas gordas le ahiten;
Las malas flacas le hieran (2).

BURLA DE LOS ERUDITOS DE EMBELECO

QUE ENAMORAN Á FEAS CULTAS

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

158. Muy discretas y muy feas,
Mala cara y buen lenguaje,

(1) En los *Romances varios:*

Pues *cuanto* dinero cuestan,
Sean bocas de costal...

(2) *Ibid.:*

, Quien boca y *manos* cantare,
Á *malas pecosas* muera;
En malas *flacas se punce,*
Y á malas *gordas perezca.*

Pidan cátreda (1) y no coche,
Tengan oyente y no amante.
No las den sino atención,
Por más que pidan y garlen,
Y las joyas y el dinero
Para las tontas se guarde.
Al que sabia y fea busca,
El Señor se la depare;
Á malos conceptos muera;
Malos equívocos pase.
Aunque á su lado la tenga,
Y aunque más favor alcance,
Un catredático (2) goza,
Y á Pitágoras en carnes.
Muy docta lujuria tiene,
Muy sabios pecados hace;
Gran cosa será de ver
Cuando á Platón requebrare.
En vez de una cara hermosa,
Una noche y una tarde,
¿Qué gusto darán á un hombre
Dos cláusulas elegantes?
¿Qué gracia puede tener
Mujer con fondos en fraile,
Que de sermones y chismes
Sus razonamientos hace?
Quien deja lindas por necias,
Y busca feas que hablen,
Por sabias coma las zorras;
Por simples deje las aves.
Filósofos amarillos
Con barbas de colegiales,
Ó duende dama pretenda,
Que se escuche y no se halle.
Échese luego á dormir
Entre Bártulos y Abades,
Y amanecerá abrazado
De Zenón y de Cleantes.

(1) Janer, *cátedra*.
(2) Janer, *catedrático*.

Que yo, para mi traer,
En tanto que argumentaren
Los cultos con sus harpías,
Algo buscaré que palpe.

PENDENCIA MOSQUITO

JÁCARA

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

Á la salud de las marcas
159. Y libertad de los jacos,
Se entraron á hacer un brindis
En la bayuca del Santo
Ganchoso el de Ciempozuelos,
Catalinilla de Almagro (1),
Isabel de Valdepeñas,
Y Andresillo el desmirlado.
Á la carrera de sorbos
Y al apretón de los tragos,
Nunca ha dado a yegua el Betis
Potro que pueda alcanzarlos (2).
Un cogollo de lechuga
Fué el violón deste sarao;
Que el que es bailarín castizo
No repara en lo templado.
Como pobreta corriente,
Sacó Isabel del regazo,
En la esquina de un lenzuelo,
Unos garbanzos tostados.
Dióle primero á Ganchoso,
Aunque Andrés era su gancho;

---

(1) Janer, como en otras ediciones:

Catalnilla la de Almagro.

(2) Janer leyó equivocadamente:

Nunca ha dado yegua el Betis,
Potro que pueda alcanzarlos.

Que es muy cortesano el vino
En estómagos honrados.
  Encapotóse Catalna,
Y, meciéndose á lo zaino,
Al suelo, y luego á Isabel
Miró, y mordióse los labios.
  Isabel, que se las pela,
Soltó la taza y el jarro,
Y, terciando la mantilla,
Ya en el hombro, ya en el brazo,
  Dijo:—«Seora Catalna,
¿De qué sirven arrumacos,
Ni mirarnos entre dientes?
Parece que somos santos.»
  Arrimábanse las dos;
Ganchoso metió la mano,
Diciendo:—«Bueno está, reinas,
Bueno está: chico pecado.»
  —«No muy chico, dijo Andrés,
Que aquí no somos morlacos;
Entre bobos anda el juego,
No, sino güevos asados.»
  —«¿Qué güevos, dí, mal nacido?
Dijo Isabel sollozando.
Eso merece la penca
Que se empeña por cuitados.
  »Acuérdate que en Toledo,
En casa de aquel letrado,
Antes que se le perdiese,
Te hallaste un zurrón de cuartos,
  »Y que por resplente mío
Soldasmente te limpiaron
Con tohalla de vaqueta
El sudor del espinazo.
  »Acuérdate que en Sevilla,
En casa de un veinticuatro,
Sin licencia de su dueño
Se salió tras ti un caballo,
  »Y, porque no te arrojasen
Á apalear los lenguados,
Vendí catorce sortijas
Y mi jubón largueado.

»No me dejará mentir
Mondoñedo el escribano,
Que, por no escupir al cielo,
No supo hacer mal á un gato.»
Rebosábanle á Ganchoso
Lo bebido y lo escuchado
Y, desatando la sierpe,
Dijo, el gabïón calando:
«Lo que ha dicho Valdepeñas
Ha sido muy bien hablado,
Y mentirá, voto al cinto,
Quien dijere lo contrario.»
Andresillo, la del Cid
De las alforjas sacando,
Hubo de haber la que llaman
Una de todos los diablos;
Porque Ganchoso, hecho un perro,
Desabrigando el sobaco,
Le tiró dos tarascadas
Al cofre de lo mascado.
«¡Cáscaras!», dijo Andresillo,
Y tiróle un hurgonazo
Al barrio de los cuajares,
Y otro á la calle del trago.
Si, por milagro de Dios,
Ganchoso baja la mano
Un canto de un real de á dos,
Lo cuela de cabo á cabo.
Mas quiso Dios y la Virgen
Que Jeromillo el mulato
Llegase en estas y estotras,
Que salía de lo caro.
Desembarazó la vaina,
Y, antes de llegar cien pasos,
Puso en paz á los pobretes,
Que es Jerónimo un Bernaldo,
Diciendo: «Entre dos amigos,
Camaradas más que hermanos,
No es razón que haya *moginas;*
Vaya el malo para malo.
»Estas señoras honradas
Bien pudieran excusarlo;

Mas el demonio es sotil;
Son mujeres; no me espanto.»
«No se jable más en eso,
Dijo Andrés; ya está acabado,
Loado sea el Hijo de Dios.
Toca, Ganchoso». Y, tocando,
Se volvieron á dar gracias
De los peligros pasados
Á la ermita de San Sorbo,
En el altar de San Trago.

VIDA Y MILAGROS DE MONTILLA

JÁCARA

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

En casa de las sardinas,
160. En un almario de azotes,
Que en las galeras de España
Una apellidan San Jorge (1),
Donde el capitán Correa
Da mal rato con su nombre,
Excusando en los alfaques
Los corcovos del galope (2),
Cuando á la prima rendida
Pasan diez y molan once,
Dando música á las chinches,
Que se ceban y le comen,
Harto de vino y remar,
Devanado en un capote,
Que, remolino de jerga,
Si no le acuesta, le sorbe,
Montilla, que, en primer banco,

(1) En los *Romances varios de diversos autores*:

Llaman galera San Jorge...

(2) *Ibid.*:

Excusando los alfaques
Las corcobas del galope...

Arrempuja el primer gonce
Al escritorio de chusma,
Al vasar de los ladrones,
Tocando con la cadena
La jacarandina á coces,
Y punteando á palmadas
Con los dedos en el roble,
Imitando con la voz,
Cuando se despega, al odre,
Dijo con mucha tajada,
Y en un falsete de arrope:
«Quien tiene vergüenza vele,
Y quien no la tiene ronque;
Que á ningún sueño de bien
Se le permite que sople.
»Ponce se llamó mi padre,
Y los muchachos lo Ponce
Lo juntaron á Pilatos,
Echándolo yo á Leones.
»Fué tabernero en Sevilla,
Las sedes se lo perdonen;
Pues midió (1) lluvias morenas,
Con apellido de aloque.
»En naciendo, me incliné
Á ser portero de cofres,
Llavero de cerraduras,
De bolsas y joyas corte.
»Gorjeando yo en la cuna,
Me temblaban los ratones,
Y, en oyéndome, se daban
Á los demonios los gozques.
»Dí en guardarropa (2) de otros,
Llevándome muchos hombres,
Por mozo de garabato,
De balcones en balcones.
»Entrábamos yo y el fresco
Por las ventanas de noche,
Él, á guardarles el sueño;
Yo, á guardarles los calzones.

(1) Janer, por errata, *me dió.*
(2) Janer, *en guardar ropa.*

»Acuérdome que, en Madrid,
El libro de acuerdo entonces
Me dió, por falta de edad,
Sin el borrico unos golpes.
»Partíme para Toledo,
Con asomo de bigotes,
En donde, pidiendo capas,
Era muy bellaco pobre.
»Huyendo de los corchetes,
Por gustar más de botones,
Fuí á Consuegra, y me trató
Como á su yerno su nombre.
»Tropecé con el tintero:
Dí que hacer á los renglones;
Hubo el *este que declara,*
Y más vistas que en un monte.
»Hiciéronme *el susodicho,*
Y tras *este que depone,*
Por su pié se vino el fallo,
Acompañado de *conques.*
»Debajo de la camisa
Me vistieron dos jubones:
El traje que más mal talle
Hace á caballo en el orbe.
»Echáronme por seis años (1)
La condenación salobre;
Pasóse en un santiamén,
Que es la cosa que más corre.
»Muy remachado de barba
Salí de los eslabones,
Á Granada enderecé
Las uñaradas y el trote.
»Quitándoles dos borricos,
Desasné cuatro pastores;
Con borlas los disfracé
En la recua de Villodres.
»Llegamos á la ciudad,
Con sus arres y mis joes;
Campamos de mercaderes;

(1) En los *Romances varios*: por *diez* años.

Acreditábanos (1) Roque.
»En el mesón de la Luna,
Entrando de fuera un coche,
Gané un talego y dos líos,
Que me vinieron de molde.
»Halléme en la faldriquera
De un bendito sacerdote,
Estando tomando cartas,
Un burujón (2) de doblones.
»Corrí joyas, y decía,
Por disimular, á voces:
«¡Tengan al ladrón!» yo mismo,
Con su «Justicia, señores.»
»En dar chirlos á maletas
En posadas y mesones
Gasté catorce navajas;
Pero pagáronme el coste.
»En las comedias traía
Dos chiquillas (3) de á catorce,
Que cada tarde agarraban
Con virillas dos alcorques.
»Repartía los meninos
Á quien llamamos hurones,
En todas las apreturas,
Á dar tientos con buen orden.
»Junté diferentes muebles,
Y en el carro de Antón Monje
Á la villa de Madrid
Encomendé mis talones.
»Topé con Mari Corvino
En la venta de Xaloque (4),
Oreando unos pencazos,
En medio de dos pringones.
»Por decir: «¿Adónde va,
Mi querido?» equivocóse,
Y me dijo, «miz querido;»
Hubo risa y «él perdone.»

---

(1) Janer, parece que por errata, *Acreditábamos.*
(2) Janer, asímismo por errata, *Un burojón.*
(3) En los *Romances varios*: Dos *chiquillos.*
(4) *Xalope.*

»Atisbóme lo fundado,
Y con mi bulto añusgóse,
Desapareciendo pollos
En cas de los labradores.
»Curaba de mal de madre
Con emplastos de cerote,
Y acomodaba, de paso,
Descuidos de lienzo y cobre.
»Llegamos á Babilonia
Un miércoles por la noche;
Tendí raspa en el mesón
De Catalina de Torres.
»Andaba de mosca muerta,
Aturdido de faciones,
Con sotanilla y manteo
El carduzador Onofre.
»Introdújome en caleta
Con cartas (1) de no sé donde;
Ó el achaque daba lumbre,
Ó cobraba dellas portes (2).
»Por hermano de la chanza
Zampaba en los bodegones,
Y era juez entregador
De fulleros y de flores.
»Gradüé de esportilleros
Al Tiñoso y á Perote,
Y hacia el nido se perdieron
Con seis talegos de un conde (3).
»Tuve dos mozos de silla
Por noticia y avizores
De la entrada de las casas,
Puertas, ventanas y esconces.
»Con las mozas de fregar
Anduve siempre de amores,
Porque á sus amos perdiesen
Lo que más guardan y esconden.

---

(1) *En* cartas.

(2) *Y* el achaque daba lumbre,
Y cobraba dellas *porte*.

(3) Con *dos* talegos *del* conde.

»En la puente toledana,
Yo y otros dos cobradores
Recibimos un presente
De perniles y capones.
»Vendí parte á un despensero,
Que dió cuenta á los señores;
Y, estando comiendo dos
Con salsilla de limones,
»Alguaciles y corchetes
Nos acedaron los postres,
Llevándome á digerillos
Á la trox de los buscones.
»Reconocióme un portero,
Y el procesado enojóse,
Y juntáronme las causas,
El papel (1) y los cañones (2).
»Granizó el diablo testigos
De los que ni ven ni oyen;
Pusiéronme en el caballo
De las malas confesiones.
»Andaba el «dí la verdad»
Entre cuerdas y garrotes;
Yo, en el valor y el negar (3),
Fuí doce pares y nones.
»Mas, por materia de estado,
Que á mí se me volvió podre,
Doscientos, y diez de remo,
Me cantaron (4) los pregones.
»Dicen que lo manda el Rey;
No lo creo, aunque me ahorquen;
Que no lo he visto en mi vida,
Ni pienso que me conoce.
»La sala es algo enfermiza
De espaldas y de cogotes:
Más quiero alcoba y iglesia
Que sala con relatores.»

---

(1) Janer, por errata, *En* papel.

(2) Estos cuatro versos faltan en alguna edición de los *Romances varios*.

(3) En los *Romances varios*: Yo en el valor y negar.

(4) Me *contaron*.

ROMANCE BURLESCO (1)

(En los *Romances varios de diversos autores*)

161. Alguaciles y alfileres
Prenden todo cuanto agarran;
Levántanse fácilmente
Los testimonios y faldas.
Los necios y las cortinas
Se corren de buena gana;
Ser doblones y traidores
Es tener dobles las caras.
Los melones y doncellas
Están á veces con calas,
Y el limbo y ojos, con niñas,
Y el hombre y oso, con barbas.
El pan y los pies sustentan;
Higos y el tiempo se pasa;
Corren monedas y ríos;
Músicos y potras cantan.
Suénanse nuevas y mocos;
Comen las bocas y sarna;
Pican lancetas y pulgas;
Pestes y médicos matan.
Pónense plantas y huevos;
Píldora y verdad amargan;
Y tienen seises cumplidos
Catedrales y barajas.

(1) El sobrino de Quevedo dió cabida en *Las Tres Musas últimas* (Musa VII) á otra lección de este romance. Hela aquí:

Ya sueltan, Juanilla, presos
Las cárceles y las nalgas;
Ya están compuestos de puntos
El canto llano y las calzas.
Alguaciles y alfileres
Prenden todo cuanto agarran;
Levántanse solamente
Los testimonios y faldas.
Los necios y las cortinas
Se corren en nuestra España;
El doblón y los traidores
Son los que tienen dos caras.
Los jubones y las cruces

Vino y señores se tuercen
De la noche á la mañana;
Y con mujeres y vino
Los más cuerdos apostatan.
El abad y el lobo comen
Lo mejor de la manada;
Y la mujer y la loba
Del peor lobo se pagan.
Latín y frailes y peces
Se pierden fuera de casa,
Y la mujer y gallina
Más pronto cuanto más andan.
Tienen los danzantes vueltas,
Los toros y las espadas,
Y ofenden Juana las tuyas
Aún más que los de Jarama.
Por la cuerda de mi honra
Quince sé que te rechazan;
Mas en razón de pelota
No es mucho dé quince y falta.

Y las guerras, tienen mangas;
Y tan sólo tienen cielos
Los ángeles y las camas.
Tienen cámaras agora
Los señores y posadas;
Y tienen nueces sin cuento
Los nogales y gargantas.
Los melones y estriñidos
Suelen siempre estar con calas;
El limbo y ojos, con niñas;
El hombre y cabrón, con barbas.
Los árboles y justicia
Son los que tienen las varas;
Los ricos y los que mueren
Son los que en el mundo mandan.
Desdichas y maldiciones
Solamente agora alcanzan;
Y ya los que quieren sólo,
Y no los que deben, pagan.
El pan y los piés sustentan;
Higos y tiempo se pasan;
Corren monedas y ríos;
Músicos y potras cantan.
El codo y la lesna son
Agudos, que es cosa brava;
Y las llaves y los reyes
Tienen de contino guardas.

SENTIMIENTO

DE UN JAQUE POR VER CERRADA LA MANCEBÍA (1)

JÁCARA

(En *El Parnaso Español,* Musa V)

162. Añasco el de Talavera,
Aquel hidalgo postizo
Que en los caminos, de noche,
Demanda para sí mismo,
Quien no tuvo cosa suya,
Sin ser liberal y rico,
Hallador de lo guardado,
Santiguador de bolsillos,
El que en Medina del Campo
Hizo de vestir al vino,
Sastre de azumbres y arrobas,
Ropero de blanco y tinto,

---

(1) Con el título de *Sátira*, esta composición se reimprimió en la *Primavera y flor de los mejores romances y sátiras que se han cantado en la corte, por el Ldo. Pedro Arias Pérez* (Madrid, 1659). He aquí su texto, que difiere mucho del publicado en *El Parnaso*:

Añasco el de Talavera,
Aquel hidalgo postizo
Que en los caminos, de noche,
Demanda para sí mismo,
Quien no tiene cosa suya,
Sin ser liberal ni rico,
Hallador de lo guardado,
Santiguador de bolsillos,
El que en Medina del Campo
Hizo de vestir al vino,
Sastre de azumbre y de arrobas,
Ropero de blanco y tinto,
La valona en el sombrero,
En su espada el capotillo,
Lenzuelo por guardasol,
Y á la brida en el camino,
Por daga la calabaza,
Puñal de la sed buído,

Con el cuello en el sombrero,
Y en la espada el capotillo,
Lenzuelo por quitasol,
Y á la brida en el camino,
Por daga la calabaza,
Puñal de la sed buído,
Desmallador de los quesos,
Pasador de los chorizos,
Cuando el dios calentador,
Barbaroja de epiciclos,
En la contera del mundo
Se está haciendo mortecino,
Después de soplar un canto,

Gran desmallador de quesos,
Gran pasador de chorizos,
Después de soplar un canto,
Por asentarse más limpio,
Habiendo con el pañuelo
Deshollinado el hocico,
Desabotonando el trago
Á un tiempo con el vestido,
Á puras calabazadas
Se descalabró el gallillo.
Vueltos los ojos de gallo,
Los ojos amodorridos,
Acostados en el sorbo,
Los ballesteros, ya bizcos,
Viendo cerrada la manfla,
Con telaraña el postigo,
El patio lleno de hierba,
Enternecido le dijo:
«¡Oh mesón de las ofensas!
¡Oh paradero del vicio,
En el mundo de la carne,
Para el diablo baratillo,
»Adonde los cuatro cuartos
Han sido por tantos siglos
Ahorro de intercesiones,
Atajo de laberintos!
»¿Qué se ha hecho tanto padre
De sólo apuntados hijos?
¿Dónde fué el pecar á bulto,
Si más fácil, menos limpio?
»En ti trataba el dinero
Como quien es al delito,
Valendo unas bubas menos
Que una libra de pepinos.

Para sentarse más limpio,
Habiendo con el pañuelo
Deshollinado el hocico,
Desabotonando el trago
Á un tiempo con el vestido,
Á puras calabazadas
Se descalabró el gallillo;
Y, vueltos ojos de gallo
Los ojos amodorridos,
Acostados en el sorbo,
Ya ballesteros, ya bizcos,
Viendo cerrada la manfla,
Con telaraña el postigo,
El patio lleno de yerba,
Enternecido les dijo:
«¡Oh mesón de las ofensas!
¡Oh paradero del vicio,
En el mundo de la carne
Para el diablo baratillo!
»¿Qué se hizo tanto padre
De sólo apuntados (1) hijos?
¿Dónde fué el pecar á bulto,

»Yo conocí á la Chillona
En aquel aposentillo,
Más tomada que tabaco;
Más derretida que cirio.
»La Chaves, Dios la perdone,
Que parece que la miro,
Pasar parches por lunares,
Y gomas por sarpullidos.
»¿Dónde irá tanto calcillas,
Pecadores de improviso,
Que, á lo de porte de cartas,
Lograban sus parasismos?
»Los bribones de la culpa,
Que acudían los domingos,
Á la sopa del demonio,
Bordoneros de entresijos,
»Los deseos subitáneos
Y el colérico apetito,
¿Adónde irán que no hallen
El melindre y el mal vicio?»

(1) Janer, quizás por errata, *aputados*.

Si más fácil, menos rico?
»¿En dónde los cuatro cuartos
Han sido por muchos siglos
Ahorro de intercesiones,
Atajo de laberintos?
»En ti trataba el dinero
Como quien es al delito,
Costando unas bubas menos
Que una libra de pepinos.
»Yo conocí la Chillona
En aquel aposentillo,
Más tomada que tabaco;
Más derretida que cirio.
»¡Quien vió la Maldegollada,
Rodeada de lampiños,
Cobrar el maravedí
Después de los dos cuartillos!
»La Chaves, Dios la dé gloria,
Me parece que la miro
Pasar parches por lunares,
Y gomas por sarpullido.
»¿Dónde irán tantos calcillas,
Pecadores de improviso,
Que, á lo de porte de carta,
Compraban los parasismos?
»¿Los bribones de la culpa,
Que acudían los domingos
Á la sopa del demonio,
Bordoneros de entresijos? (1)
»Sin prólogo de criadas,
Gozaron los mal vestidos;
Ni dueña pidió aguinaldo,
Ni escudero vendió silbo.
»Costaba el arrepentirse
Vellón, y no vellocino;
Hizo el infierno barato;
Los diablos fueron amigos.
»Era el pecado mortal
En ti de extraño capricho,

(1) En la descuidadísima edición de Janer, *entrefijos*, por haber leído como *efe* una *ese* de forma antigua.

Pues, por cualquiera cascajo,
Nos dejaban meter ripio.
»La esperanza quitó el *luego;*
Los celos quitaba el sitio;
Poco dinero la paga;
El *entre,* mucho martirio,
»Los deseos supitaños,
El colérico apetito,
¿Adónde irán que no aguarden
El melindre ó el marido?
»Pecados de par en par
Ya se acabaron contigo;
Y, no siendo menos, son
Más caros y más prolijos.
»Aquí fué Troya del diablo;
Aquí Cartago de esbirros;
Aquí cayó en un barranco
El género femenino.»
Levantóse de tres veces,
Y, mal despierto de cinco,
Llevando el vino muy mal,
Pegó mosquitos al río.

1640-1643

MATRACA DE LOS PAÑOS Y SEDAS (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

163. Mirábanse de mal ojo
En la tienda de un cristiano
Viejo, si en la información
Da por testigos los años,
Las telas altas y bajas,
Que en sastre llaman recados;

(1) Bajo este título puso González de Salas, el grande amigo de Quevedo, la siguiente nota: «Este Romance escribió en León estando preso, y á mí después me dió su mismo original, bien satisfecho de él.»

Las ricas, empapeladas;
Y las bahunas, en fardos.
  El Sayal, hecho de yeles (1),
Estaba detrás de un banco,
Amenazado de alforjas
Y de ropillas de machos.
  Alegaba en su favor
Hopalandas de ermitaños,
Y penitencia gloriosa
En tantos frailes descalzos.
  «Mírenme, dijo; hallarán
El ál que tengo debajo,
Y, si fuere de almofrex,
En los colchones me zampo.»
  Pero al Anjeo atisbaba
Una Bayeta de zaino,
Por material de jergones
Y de camisas de payos.
  Él, que se quema de todo (2)
Y estaba calamocano (3),
Soltando la tarabilla,
Y más necio que otro tanto,
  La llamó sepulturera (4)
Y gala de los finados;
Peor si la traen por mí
Que si por otro la traigo.
  Capa negra del ahorro,
Y gravedad de guiñapos,
Hojaldre del ataúd,
Toda pésames y llantos.
  «¿La tirria toma conmigo,
Que en los talegos de cuartos
Suelo servir de camisas
Á millares de ducados?

---

(1) *Yeles*, por *hieles*, como *yerros* por *hierros* y *yerbas* por *hierbas*, según la pronunciación vulgar. Janer no lo entendió, y, á dé donde diere, escribió *pieles*.

(2) «Porque es de estopa» *(Nota de la primera edición)*.

(3) «Alude á su caña cuando está en hierba.» *(Nota de la primera edición)*.

(4) «A la bayeta.» *(Nota de la primera edición)*.

»Si no empobrecen las gentes,
Ó mueren, cesa su gasto;
Y con los talegos, todos
Son ricos y viven hartos.
»Acójase á Portugal,
Y vaya raspahilando
Á ser, con botas de Judas,
Locura de los fidalgos.»
El Bocaci, que, por negro,
Quiso vengar el agravio,
Como oropel del infierno
Remedaba los catarros;
Y el Fustán, que estaba cerca,
De verle se dió á los diablos:
Tratáronse de hi de aforros,
Y hi de túnicas con pasos.
Á más soleta sois vos
Andaban al morro, cuando,
Con humos de olla casera,
Los apartó el Chicha y nabo.
Aquí fué Troya, que el Fieltro,
Preciado de buenos cascos
Y de que nunca se pasa,
Por ser al gusto contrario,
Enfadado de sus bríos,
Le condenó (5), sin traslado,
Á ser naguas de busconas
Y golillas de gabachos.
Él, que se vió dedicar
Al vilísimo arremango
De pícaras, por la boca
Echó culebras y sapos.
Atestóle de invernizo,
Y muceta de lacayos,
Que en los cocheros defiende
Las vendimias de nublados.
Una Raja de Florencia
Los quiso tomar las manos,
Con podrida gravedad;
Mas no se quedó alabando.

(5) «Al chicha y nabo.» *(Nota de la primera edición).*

Él (1) la dijo las mil leyes,
Á trochimochi y con asco;
Que, en ofenderse del agua,
Remedaba á los borrachos.
Ella (2) replicó furiosa:
«Si pierdo, porque me mancho,
Den traslado á los linajes:
Responderán por entrambos.»
Quiso darla un tapaboca
Un tercio de Paño pardo;
Pero dejólo, de miedo
De tusonas y el barato (3).
Preciado más de las marcas
Que Antón de Utrilla y Maladros,
Y arremetiéndose á bula
Con sellos de plomo largos,
El Limiste de Segovia,
Con su Meléndez por fallo,
Los trató de bordoneros
Y gentecilla de rastro (4).
La Jerga con el Picote
Se estaban desgañitando,
Y, á poder de remoquetes,
Le pusieron como un trapo.
«Pues ¿con sus once de oveja,
Dijo (5), nieto de un zamarro,
Quiere meterse en docena?
También llevará su ajo.
»Si á medias es conocida,
Por la puente y por el paño,
Segovia, el ser de la carda
Mire si podrá negarlo.
»¿No deciende de perailes
Su presumido boato?

(1) «El fieltro.» *(Nota de la primera edición).*

(2) «La raja.» *(Nota de la primera edición).*

(3) «Alude al refrán vulgar» *(Nota de la primera edición).*—Tal refrán debe de ser aquel que dice: «De p... y paño pardo, lo mejor es lo más barato.»

(4) Janer leyó: *del Rastro.*

(5) «La jerga.» *(Nota de la primera edición).*

¿No es hijo de unos cornudos,
De puro carneros mansos?
»Su madre ¿no fué pelleja?
¿No andaba por esos campos
Con la roña y las cazcarrias,
Dando pesadumbre al pasto?
»¿No le han de dar una tunda
Primero que sirva de algo?
¿Qué puede ser quien se gasta
En horrendos ambularios?
»¿Con sotanas y manteos
Puede negar que se alzaron
Lanillas y Capicholas,
Y, con perdón, el Burato?
»¿Londres, no le pone el cuerno?
¿Las Navas, no le dan chasco?
¿Cuenca, no le da sus comos,
Y Baeza su recado?
»Los diez ducados por vara
Espérelos en diez años,
Entre mucetas de obispos,
Ó alguna del Padre Santo.»
La Seda, que se pudría
De oir á los dos picaños,
Y soltando la maldita,
De tafetanes chillando,
Por esos trigos de Dios
Echó, sin poder el Raso
Y el Terciopelo atajar
Su colérico desgarro.
El Cambray echaba verbos,
Y la Holanda espumarajos;
Cociéndose el Lienzo crudo,
Tomó el cielo con las manos.
Echaron por Capa rota (1),
Que la diese su recado
Á la Estopa, que se estaba
De unas ventosas temblando.
Ella, como quien no tiene

(1) «Barrio de Madrid que recibe este nombre.» *(Nota de Janer)*.

Que perder, por dar abasto
Tapones para difuntos,
Camisones á pazguatos,
Dijo desde una hasta ciento,
Sin principio, ni sin cabo:
Atestóla de embustera,
Y de chismosa sin labios.
«Tú, la dijo, que remedas,
Si te llevan paseando,
Algún hato de alcacer,
Ó alguna carga de ramos;
»Empeño de los maridos,
Pobreza de desposados,
Golondrina en chirriar
Y venir á los veranos;
»De las llagas y la podre
Parienta en segundo grado,
Pues ellos son tus abuelos,
Siendo hija tú de gusanos;
»Hipócrita de colores,
Á puro revolver caldos,
Pues, á poder de los brodios,
Desmientes el color rancio,
»De relatora presumes,
Porque charlas en estrados
Más preciada de la hoja
Que Escarramán y que Añasco.
»Nacida en la Morería (1),
Sin que tú puedas negarlo;
Y si las moras son perras,
De casta le viene al galgo.
»Yo soy muy yerba de bien (2),
Y si me siembran me nazco;
Muy cuerda en todas mis cosas,
Y muy justiciera en lazos.
»Colgados están de mí
Tantos como del esparto,
Y no has de poder decirme (3)

---

(1) «A la seda.» *(Nota de la primera edición).*
(2) «El lino.» *(Nota de la primera edición).*
(3) «Como al esparto.» *(Nota de la primera edición).*

Que soy lengua de estropajo.»
Preciada de colgaduras (1),
Como la Ene de palo,
Por mesones ciega yernos,
Arambeles por tabancos,
Quiso meter más bolina;
Mas cubrióla de gargajos
Y tuétanos de narices
Un lenzuelo de tabaco.
Viendo que en las mataduras,
Por la Seda, le están dando,
Muy de *deposuit potentes*
Y muy á lo cortesano,
De casa contra malicia,
Muy preciado de tres altos,
Dijo dos mil patochadas,
Bien colérico, el Brocado.
«Yo, que abrigo el sueño en oro,
En una cama de campo,
Y, colgadura, enriquezco
Á las paredes que tapo;
»Yo, que, en una saya entera,
De todo un tesoro cargo
Las damas, y la hermosura,
Á pura riqueza, canso,
»¿Consiento que en mi presencia
Estos pícaros del Rastro,
Por meter su cucharada,
Osen levantar el bramo?
»Váyanse á fardar corchetes;
Váyanse á vestir mulatos,
Y, entre gente del gordillo,
Blasonen de vestuario.»
Belitres los llamó á voces,
Y no bien lo dijo cuando,
Armado como un reloj,
Un Repostero dió un salto.
Sucediera una desgracia,

(1) «La estopa misma, cuyos usos refiere esta copla.» *(Nota de la primera edición).*

Sin ser posible atajarlo,
Á no salir hecho un cuero
Un Guadamací muy lacio,
  En jurar tan carretero (1),
Que sólo le faltó el carro,
Y los nombres de las Pascuas
Le dijo todos de plano.
  »Oro por oro, si quiere,
Salgamos tantos á tantos,
Yo, y las píldoras, con él,
Y con orozuz mascado.
  »Él fué en tiempo que los reyes
Usaban los cachidiablos,
Y para pascuas tenían
Un ropón suyo guardado.
  »Después en las pedorreras
Fué cuchilladas y tajos;
Rica pendencia de muslos,
En príncipe soberano.
  »Fué gala, con su Martín,
Del Rey que murió rabiando,
Y, para las fiestas recias,
Bohemio de Carlo Magno.
  »Mas ya los Guadamacíes
Le servimos de arrendajo;
Los Brocateles, de monas,
Con perdón de los aguados (2).
  »No sale de retraído
En la iglesia y en los santos;
Ternos le ven á deseo;
Imágenes, por milagro.
  »Reconózcase antigualla
De caducos mayorazgos,
Y aguarde entradas de reyes,
Con regidores y palio.»
  Aquí la Grana de Tiro,
Viendo tan gran desacato,

(1) «El guadamacil; cúbrense muchas veces carros con ellos.» *(Nota de la primera edición)*.

(2) «Con perdón de los clérigos.» Don Luís de Góngora. Es la misma figurada locución. (*Nota de la primera edición.*)

Hecha un múrice y un ostro
Con el veneno sarrano,
Envió al Guadamací,
Á coces y á puntillazos,
Con los Infantes de Lara,
Á trinquetes del barranco.
«Vayan, como lechoncillos,
Dijo, entre hembras del trato,
Á preciarse de los cueros,
Pues el burdel es su rancho.
»Todos se pueden coser
La boca donde yo hablo (1),
Pues soy Púrpura real,
Á modo de papagayo.»
Oyéronla estas palabras,
Por malos de sus pecados,
Unos Tapices flamencos,
Seda y oro como el brazo:
«Necios nos llaman figuras,
Dijeron con lindo garbo,
Y somos historiadores,
Sin pluma ni cartapacio.
»Vencemos con los telares
Los pinceles del Ticiano,
Donde son los tejedores
Urbinos y Carabachos.
»En la Batalla de Túnez
¿No está gozando Palacio
El vencimiento del Moro
Y la victoria de Carlos?
»Los caballos ¿no relinchan?
Los mosquetes ¿no dan pasmo?
La lumbre ¿no centellea?
¿No se disparan los arcos?
»El cielo ¿no tiene día?
El aire ¿no tiene claros?
Bien compartidas las sombras,
¿No animan á los retratos?
»El Tapiz de las Florestas,
Conocido por Lampazos,

(1) «La grana.» (*Nota de la primera edición*).

Ya sirve de babadores
En las tabernas al trago.
»Como la Púrpura alega
Que un tiempo vistió á Alejandro,
Acuérdese que hubo en donde
Fué vestidura de escarnio.
»Ya pasó doña Jimena
Y falleció Lain Calvo;
Él las gastaba en botargas,
Ella, en corpiño en disanto.
»Váyase á curar dolores
De estómago, como emplasto,
Y sacudiránla el polvo,
Sin dejarla hueso sano.»
Ella, de puro corrida,
Sin poder disimularlo,
Á Roma se fué por todo,
Al Cónclave Vaticano.
¡Dichoso el que, en un rincón,
Desnudo, no está aguardando
Que le envejezcan lo nuevo
Caprichos del uso vario!
¡Miren de qué se compone
La pompa de un mayorazgo:
De excrementos de animales
Y yerba molida á palos!
Mejores son para el cuerdo
Telarañas que no trastos,
Como para cortaduras,
Mejores que el boticario.
Quien viera llegar al lino
Á pedir á un potentado
Por suya la ropa blanca,
Y un carnero, los zapatos,
Las vicuñas, el sombrero,
Y las ovejas, el paño;
Los gusanos, los calzones,
Y ropilla de damasco;
El oro y plata, una mina;
Los diamantes, un peñasco;
Colmenas y cañas dulces,
Lo exquisito del regalo;

Quien viera martas y micos,
Y á los lobos desollados,
Pedirles á sus aforros,
Sus pellejos, aullando,
Mandáraselo volver (1)
Por hurto calificado,
Dejándole en carnes vivas,
Cualquier alcalde de palo.
Sin sastres ni mercaderes
Se borda todo el lagarto,
Y sin seda de matices
Cualquier jilguero pintado.
Andemos, como la borra,
En pelota, que es barato;
Ó repelemos la higuera,
Que fué tienda del manzano;
Ó salgamos, como el vino,
En cueros, ya que los charcos
No le consienten andar
In puribus en los jarros.
No lo calló en la barriga
De mama á ninguno el parto;
Que en el pelo de la masa
Nos arrojó tiritando.
Dejemos por loco al mundo
En poder de los muchachos;
Que, pues su pago nos da,
Ellos le darán su pago.

(1) Janer, *Mandarâselo;* lo cual, y el acentuar el *quien* cuatro versos atrás, demuestra á las claras que no entendió este pasaje.

1643

DESCRIBE EL RÍO MANZANARES

CUANDO CONCURREN EN EL VERANO Á BAÑARSE EN ÉL (1)

(En *El Parnaso Español,* Musa VI)

Llorando está Manzanares
164. Al instante que lo digo,
Por los ojos de su puente,
Pocas hebras hilo á hilo,
Cuando por ojos de agujas
Pudiera enhebrar lo mismo,
Como arroyo vergonzante,
Vocablo sin ejercicio.
Más agua trae en un jarro
Cualquier cuartillo de vino
De la taberna, que lleva
Con todo su argamandijo.
Pide á la fuente del Ángel,
Como en el infierno el Rico,
Que con una gota de agua
Á su rescoldo dé alivio.
No llueve Dios sobre cosa
Suya, á lo que yo colijo,
Pues que de calientes queman
Las migas de su molino (2).
En verano es un guiñapo,
Hecho pedazos y añicos,
Y, con remiendo (3) de arena,
Arroyuelo capuchino.
Florida toda la margen
De jamugas y borricos,

---

(1) «Preso en el Convento de León, poco antes de su libertad, escribió este romance.» (*Nota de la primera edición de «El Parnaso»*).
(2) Alusión al Soto de Migas Calientes.
(3) Janer, *remiendos.*

De damas que, con carpetas,
Hacen estrado el pollino.
  Al revés de los gotosos,
Ya no se mueve, estantío,
Pues de no gota es el mal
De que le vemos tullido.
  No alcanza á la sed el agua,
En su madre, á los estíos;
Que, facistol de chicharras,
Es la solfa de lo frito.
  Pues no aprende lo aguanoso
De tan húmedos resquicios,
No saldrá, de puro rudo,
En su vida de charquillos.
  Suenan tragos y bocados
Entre matracas y silbos,
Y llevan el contrapunto
Las gormonas y zollipos.
  Con poco temor de Dios,
Los mondongos, por lo limpio,
Pretenden para las pruebas
El ser actos positivos.
  Por haber faltado el ante
Con las levas que se han visto,
Todas las meriendas llevan
Sus coletos de pepinos.
  Los más en los salpicones
De carrera dan de hocicos;
En diciplinas del sorbo
Son abrojos los chorizos.
  En camisa, por ir presto,
Van no pocos palominos;
Y sin Marta algunos pollos,
Ya de ser suyos ahitos.
  Rábanos y queso, y bota,
En la gente del gordillo,
Dan más trabajo al gaznate
Que capones (1) cristalinos.

(1) Janer, y antes de él el que dirigió la edición de Sancha, por lo de *cristalinos*, entendieron que *capones* era errata, y enmendaron *copones*. Quevedo quiso decir, y dijo, *capones transparentes, de puro flacos*.

Agora se está una dueña
Desnudando el *ab initio;*
Haciéndoles encreyentes (1)
Que es el Jordán á sus siglos.
Yo le considero aquí
Muy poblado de bullicio,
Coche acá, coche acullá,
Y metido á porquerizo.
Tres carrozas de tusonas
Perdiendo van los estribos,
Con pecosas y bermejas,
Nariz chata y ojos bizcos.
Aguardando están la noche
Un potroso y un podrido,
Para sacar á volar
Uno, parches; otro, el lío.
Una doncella que sabe
Que se le ahoga su virgo
En poca agua, le salpica,
Escarbándola (2) á pellizcos.
Aun en carnes, una flaca
Es el Miércoles corvillo;
Una gorda, el Carnaval
Con masas del entresijo.
Dos piaras de fregonas
Renuevan el adanismo,
Compitiendo sus perniles
Los blasones del tocino.
Dos estudiantes sarnosos,
Más granados que los trigos,
Con Manzanares se muestran
Si no Clementes, Benignos.
El barbón y los bigotes
Se enfalda un jurisperito,
Por no sacarlos después
Con cazcarrias en racimo.
Una vieja con enaguas
Va salpicando de hechizos,

(1) Janer, *en creyentes.*
(2) *Escarbándola*: al agua, que por su grandísima escasez sólo podía cogerse á pellizcos. Janer lo entendió de otra manera y leyó *Escarbándole.*

Con dos pocilgas por ojos,
Por espinazo un rastrillo.
  Por piernas un tenedor,
Y por copete un erizo,
Por tetas unas bizazas,
Y por cara el Antecristo.
  Una fea, amortajada
En su sábana de lino,
Á lo difunto, se muestra
Marimanta de los niños.
  Con azadones y espuertas,
Son gabachos y coritos
Sepultureros del agua,
En telarañas de vidrio.
  Con sus capas en los hombros,
Y en piernas, algunos mizos,
Pescan de los nadadores,
En la orilla, los vestidos.
  En redrojos de rocines,
Entre caballeros finos,
Con sombreros de color,
Andan hidalgos postizos.
  Prebendados en sus mulas,
Galameros del atisbo,
Echan el ojo tan largo,
Gulusmeando descuidos.
  Anda en menudos Pilatos,
Repartido en cuatro ó cinco
Alguaciles, que avizoran
Pendencias y desafíos.
  Un médico de rebozo
Va tomando por escrito
Los nombres de los que cenan
Fiambrera y beben frío.
  Acuérdome que há tres años
Que dejó de ser Narciso,
Por falta de agua en que verse,
La zagala por quien vivo,
  En el ampo de la nieve,
Dos orientes encendidos,
Portento de yelo y fuego,
Non plus ultra de lo lindo;

Sobredorada su frente
Con las minas de los indios;
De las pechugas del sol,
Las guedejas y los rizos.
De llamas y nieve en paz
Era todo su edificio:
El yelo le ví volcán,
El volcán le ví florido.
Con tocarla, tomó el agua
Cantáridas: note el pío
Letor, estando con ella,
Lo que tomaba este indigno.
Ella gastó todo el charco
En escarpín de un tobillo,
Y, por subir más arriba,
La corriente daba brincos.
Bailar el agua delante
Sólo con ella lo he visto;
Mas al son de su meneo
Los muertos darán respingos.
Mas hoy, de lo que en él hay
Y de cuanto en él he visto,
Sin los cielos de Clarinda,
Nada apetezco ni envidio.
Arrebócese sus baños,
Y cálese un papahigo,
Y séquese, pues le falta
La Fuente del Paraíso.
Yo considero estas cosas,
Cuando estoy el susodicho,
Tres años há, sobre doce,
Entre cadenas y grillos (1),
Aquí, donde es año enero,
Con remudar apellidos;
Tan capona primavera,
Que no puede abrir un lirio.
Á modo de cachidiablos
Me cercan tres cachirríos:

(1) «Hacía la cuenta de todo el tiempo que en su vida había pasado en prisión». *(Nota de la edición príncipe de «El Parnaso»).*

Órbigo, el Castro y Vernesga,
Que son de Duero meninos.
Con mujeres en talega,
Que calzan, por zapatillos,
Artesas, del cordobán (1)
De los robles destos riscos.

1645

EL ESCARMIENTO

CANCIÓN

(En *Las Tres Musas últimas,* Musa VIII)

165. ¡Oh tú, que inadvertido peregrinas
De osado monte cumbres desdeñosas,
Que igualmente vecinas
Tienen á las estrellas sospechosas!
Ó ya confuso vayas
Buscando el cielo, que robustas hayas
Te esconden en las hojas,
Ó la alma aprisionada de congojas
Alivies y consueles,
Ó con el vario pensamiento vueles
Delante desta peña tosca y dura,
Que, de naturaleza aborrecida,
Invidia de aquel prado la hermosura:
Detén el paso y tu camino olvida,
Y el duro intento que te arrastra deja,
Mientras vivo escarmiento te aconseja.
En la que escura ves cueva espantosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa,
Dentro en mi propio cuerpo sepultado,
Pues mis bienes perdidos

---

(1) «Hasta aquí llegó sin pasar adelante, asegurándolo el mismo original que yo tuve». *(Nota de González de Salas en la dicha edición.)*

Sólo han dejado en mí fuego y gemidos,
Vitorias de aquel ceño
Que, con la muerte, me libró del sueño
De bienes de la tierra,
Y gozo blanda paz tras dura guerra,
Hurtado para siempre á la grandeza,
Al envidioso polvo cortesano,
Al inicuo poder de la riqueza,
Al lisonjero adulador tirano.
¡Dichoso yo, que fuera de este abismo,
Vivo me soy sepulcro de mí mismo!
Estas mojadas, nunca enjutas, ropas,
Estas no escarmentadas y deshechas
Velas, proas y popas,
Estos hierros molestos, estas flechas,
Estos lazos y redes
Que me visten de miedo las paredes,
Lamentables despojos,
Desprecio del naufragio de mis ojos,
Recuerdos despreciados,
Son, para más dolor, bienes pasados.
Fué tiempo que me vió quien hoy me llora
Burlar de la verdad y el escarmiento,
Y ya, quiérelo Dios, llegó la hora
Que debo mi discurso á mi tormento.
Ved cómo y cuán en breve el gusto acaba,
Pues suspira por mí quien me envidiaba.
Aun á la muerte vine por rodeos:
Que se hace de rogar, ó da sus veces
A mis propios deseos;
Mas, ya que son mis desengaños jueces,
Aquí, sólo conmigo,
La angosta senda de los sabios sigo,
Donde gloriosamente
Desprecio la ambición de lo presente,
No lloro lo pasado,
Ni lo que ha de venir me da cuidado;
Y mi loca esperanza, siempre verde,
Que sobre el pensamiento voló ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca puede estar de puro cana.
Aquí del primer hombre despojado,

Descanso ya de andar de mí cargado.
  Estos que han de beber fresnos ojosos
La roja sangre de la dura guerra,
Estos olmos hermosos,
Á quien esposa vid abraza y cierra
De la sed de los días,
Guardan con sombras las corrientes frías;
Y en esta dura sierra
Los agradecimientos de la tierra,
Con mi labor cansada,
Me entretienen la vida fatigada.
Orfeo del aire el ruiseñor parece,
Y ramillete músico el jilguero;
Consuelo aquél en su dolor me ofrece;
Este animal se muestra lisonjero.
Duermo, por cama, en este suelo duro,
Si menos blando sueño, más seguro.
  No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al Turco la ambición armada;
No en larga centinela
Al sueño inobediente, con pagada
Sangre y salud vendida,
Soy, por un pobre sueldo, mi homicida.
Ni á fortuna me entrego,
Con la codicia y la esperanza ciego,
Por cavar, diligente,
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La fénix en Arabia, temerosa,
Ni á ultraje de mis leños apercibe
El mar su inobediencia peligrosa:
Vivo como hombre que viviendo muero,
Por desembarazar el día postrero.
  Llenos de paz serena mis sentidos,
Y la corte del alma sosegada,
Sujetos y vencidos
Apetitos, de ley desordenada,
Por límite á mis penas,
Aguardo que desate de mis venas
La muerte prevenida
La alma que anudada está en la vida,
Disimulando horrores

Á esta prisión de miedos y dolores,
Á este polvo soberbio y presumido,
Ambiciosa ceniza, sepultura
Portátil, que conmigo la he traído,
Sin dejarme contar hora segura.
Nací muriendo, y he vivido ciego,
Y nunca al cabo de mi muerte llego.
Tú, pues, ¡oh caminante! que me escuchas,
Si pretendes salir con la victoria
Del monstro con quien luchas,
Harás que se adelante tu memoria
Á recibir la muerte,
Que obscura y muda viene á deshacerte.
No hagas de otro caso,
Pues se huye la vida paso á paso,
Y, en mentidos placeres,
Muriendo naces y viviendo mueres.
Cánsate ya ¡oh mortal! de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoro;
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te dejarán la plata y oro:
¡Vive para ti sólo, si pudieres,
Pues sólo para ti si mueres, mueres!

PINTA LA VANIDAD Y LOCURA MUNDANA

CANCIÓN

(En *Las Tres Musas últimas*, Musa VII) (1)

166. ¡Oh tú, que con dudosos pasos mides,
Huésped fatal, del monte la alta frente,
Cuyo silencio impides,
No impedido jamás de humana gente!
Ora confuso vayas

(1) En el fondo, esta canción y la que la antecede son una composición misma, y aun tienen bastantes versos iguales. Con todo, difieren de tal manera en algunos pasajes, que nos ha parecido conveniente dar en el texto ambas lecciones.

Buscando el cielo, que las altas hayas
Te esconden en su cumbre,
Ó ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies y consueles,
Y con el suelto pensamiento vueles,
Delante de esta peña tosca y dura,
Que, de naturaleza aborrecida,
Envidia á aquellos prados la hermosura,
Detén los pies y tu camino olvida.
Oirás, si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto voces y razones.
En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa,
Dentro en su mismo cuerpo sepultado;
Y todos mis sentidos,
Con beleño mortal adormecidos,
Libres de ingrato dueño,
Duermen despiertos ya de largo sueño
De bienes de la tierra,
Gozando blanda paz tras dura guerra,
Hurtado para siempre á la grandeza,
Al tráfago y bullicio cortesano,
Á la Circe cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo, y goza en vano.
¡Dichoso yo, que vine á tan buen puerto,
Pues, cuando muero vivo, vivo muerto!
Yo soy aquel mortal que por su llanto
Fué conocido más que por su nombre
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra sólo de aquel hombre
Que nació en Manzanares,
Para cisne del Tajo y del Henares.
Llaméme entonces Fabio;
Mudóme el nombre el desengaño sabio,
Y llámome Escarmiento;
Muy célebre habité, con dulce acento,
De Pisuerga en la orilla; mas agora
Canto mi libertad con mi silencio;
El Lete me olvidó de mi señora:
El Lete, cuyas aguas reverencio,
Y así, le ofrezco al santo Desengaño

Mi voluntad por víctima cada año.
  Estas mojadas, mal enjutas ropas,
Estas no escarmentadas ni deshechas
Velas, proas y popas,
Estos pesados grillos y estas flechas,
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes,
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
Á mi cuerpo de yugos (1),
Á mi memoria y alma de verdugos,
Son venturosas prendas, aunque atroces,
Que, mudas como ves, sin lengua y muertas,
Me están al alma siempre dando voces,
De arena y agua de la mar cubiertas
Y del llanto y licor que el alma suda,
Hechas tragedia de mis males muda.
  Aquí, con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas,
Descansan mis deseos;
Aquí paso las horas presurosas
Razonando conmigo,
Y obedézcome á mí lo que me digo.
Aquí, en blandos afanes,
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos,
Descubriendo á sus velos nuevos mundos;
Y mi loca esperanza, siempre verde,
Que, con estar tullida, vive ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca viene á estar de puro cana.
Aquí, de primer hombre despojado,
Descanso ya de andar de mí cargado.
  Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cría,
Aunque pobres, sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y día;
Sírvenme aquestas fuentes

(1) El sobrino de Quevedo, y, en general, todos los editores, leyeron en este lugar *nudos*, siendo así que el sentido y la consonancia de consuno piden el vocablo que, sin vacilar, hemos puesto.

De tazas de cristal resplandecientes;
Así, que en esta sierra
Los agradecimientos de la tierra
Á mi labor pasada
Me sustentan la vida trabajada;
Aquestos pajarillos, en su canto,
Imitan de los ángeles los tronos,
Reglando con mi gusto y con mi llanto
Ya los alegres, ya los tristes tonos;
Á murmurar me ayudan estos ríos
De la corte las pompas y atavíos.
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al Turco, la ambición armada;
No, en larga centinela,
De acero muestro ser, como mi espada,
Ni, el ánima vendida,
Soy, por un pobre sueldo, mi homicida;
Ni á fortuna me entrego,
De pasión loco y de esperanzas ciego,
Por cavar, diligente,
Los peligros preciosos del Oriente;
No de mi gula amenazada vive
La fénix en Arabia, temerosa,
Ni ultrajes de mi arado en sí recibe
La tierra, por ganancia codiciosa;
No, de envidioso, lloro todo el año
Más el ajeno bien que el propio daño.
Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la corte del alma sosegada,
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada,
Entre casos acerbos,
Aguardo á que desate destos niervos
La muerte prevenida
El alma, que anudada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio deste suelo,
Coronando de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo alcázar estrellado
Á recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado:
Aguardo que se esconda de esta guerra

Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
Tú, pues, ¡oh caminante! que me escuchas (1),
Si quieres escapar con la vitoria
Del mundo con que luchas,
Manda que salga lejos tu memoria
Á recibir la muerte,
Que viene cada punto á deshacerte.
No hagas de ti caso,
Pues ves que huye la vida paso á paso,
Y que los bienes della
Mejor los goza aquel que más los huella.
Cánsate ya, mortal, de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoro;
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te han de dejar la plata y oro.
Vive para ti solo, si pudieres,
Pues sólo para ti, si mueres, mueres.

(1) Con esta postrera estancia, sólo alterado su texto por tal cual variante, acaba el del popular librito intitulado *Espejo de cristal*, del antequerano Pedro Espinosa, en muchas de sus ediciones de los siglos XVII y XVIII, aunque no en la príncipe, que es de 1625. Quevedo y Espinosa fueron muy amigos.

SERIE SEGUNDA

POESÍAS DE QUEVEDO

POR EL ORDEN QUE LLEVAN EN LAS ANTIGUAS COLECCIONES

PRELIMINARES

DE

«EL PARNASO ESPAÑOL»

Portada de la edición príncipe (1648):

El Parnaso Español, Monte en dos cumbres dividido, con las Nueve Musas Castellanas.—Donde se contienen Poesías de Don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero de la Orden de Santiago, y Señor de la Villa de la Torre de Juan Abad: Que con Adorno y censura, ilustradas y corregidas, salen ahora de la Librería de Don Joseph Antonio González de Salas, Caballero de la Orden de Calatrava, y Señor de la antigua casa de los Gonzalez de Vadiella. (Un escudo ó lema del impresor, con un libro abierto y con este mote: *Scire tuum nihil est, nisi sciat alter)*. En Madrid. *Lo imprimió en su officina del libro abierto Diego Diaz de la Carrera. Año MDCXLVIII. A costa de Pedro Coello, Mercader de Libros.*

Sigue luego:

SYMMACHIANUS AFER ADVERSUS MARCIONEM. *Quocirca Biiugam ingeniorum illam Rupem senticosâ asperitudine protulimus, scandi haud proclivem, etenim, si eruditi adlevant Principes, Optimates; ecce scansiles, instar graduum, scopuli, aliter, si ineruditi, si imbenefici: nœ et illi scopuli sunt, et obsistunt.*

Dedicatoria:

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO JUAN LUIS DE LA CERDA, DUQUE DE MEDINACELI, Y DE ALCALÁ, CAPITÁN GENERAL DEL MAR OCEANO Y COSTAS DE LA ANDALUCÍA, ETC.

DON JUSEPE ANTONIO GONZÁLEZ DE SALAS

Los antiguos griegos y romanos, Excelentísimo Señor, dieron á las MUSAS en su PARNASO un *Apolo*, y después un *Hércules*, y en este PARNASO ESPAÑOL, parece que se quiso sustituir el *Apolo* mismo en Don Francisco de Quevedo Villegas; y con ese intento allí le comunica su laurel, que le corone. Para el *Hércules* juzgo á V. Excia. eligido, y con buenos respectos. Don Francisco bien cumplirá con su Presidencia, á todas las Musas dictando Música, que puedan cantar. Ansi de V. Ex. presumen, siendo ya su *Hércules*, beneficencia, y patrocinio. ¿Quién puede dudar de su grandeza, que acredite ese concepto?

Partido se levanta en dos cimas, difíciles de vencer, aquel primero monte; y en dos, no sé si fáciles, se ha partido muy semejante este, que á España adorno ha de ser; si menos hoy, alguno sin duda en otra edad más atenta, y propicia á los ingenios, que de los otros sobresalen. Su Apolo adoptivo tiene en él gran cumbre: menor es la mía (como ansí son las mismas del antiguo Parnaso), pero que sin la luz, y la existencia, que esta le prestó, nubes enlobreguecieran de aquella los más vivos splendores. Ambas reconocerán agradecidas á su Hércules esfuerzos de su brazo benigno: Y en correspondencia aquellas sus deidades eruditas, podrán encomendar á los siglos inmortal su memoria.

—

GARCILASO DE LA VEGA

DOCTO POETA CASTELLANO

Por vos me llevará mi osado paso
Á la cumbre difícil de Helicona.

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de aquí declina.

Bajaban, de él hablando, de dos cumbres
Aquellas nueve lumbres de la vida.
Con ligera corrida iba con ellas,
Cual luna con estrellas, el mancebo
Intonso, rubio Phebo.

DESCRIBE LA APOTEOSI Y LAURO

DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

en el Parnaso ya Español, don Jusepe Antonio.

Esa que de este monte hendida y ruda,
Si es cumbre ó nube apenas desengaña,
Que herida vidros flecha, y riscos baña,
Y cede al que, ave ó bruto, vuela en duda,
El sacro es Helicón. Mas ya desnuda
Su antiguamente célebre campaña
Olvida, y consagrándose hoy á España,
Culta la admira aún más, que antes ceñuda.
Ya es fuente castellana la Hipocrene,
Y en su margen, que ameno la aprisiona,
Nueve hoy aplausos músicos contiene;
Porque Apolo, que sol y luz blasona,
Otra á su coro luz y sol previene,
Á quien de Dafne con desdén corona.

(Sigue á continuación un grabado, en que se representa la apoteosis de DON FRANCISCO DE QUEVEDO. El dios Apolo corona en el Parnaso á nuestro autor, que está saludando á las nueve Musas, sentadas al pie de las dos cumbres, con sus diversos atributos, y el caballo Pegaso hiende los aires después de mirarse en el sagrado manantial que acaba de brotar en el monte Helicón. Más abajo presenta un sátiro el retrato de DON FRANCISCO, y al otro lado sostie-

ne otra figura un medallón con este título: *Las nueve Musas Castellanas.*—Dícese al pie de la lámina que Juan de Noort la grabó, y que don Jusepe Antonio la inventó, ó dió la traza: *(D. J. A. Inv.)*.

PREVENCIONES AL LECTOR

La felicidad del ingenio de nuestro DON FRANCISCO, fuera es de toda duda que reinó en la poesía. Pocos, creo, que lo entendieron ansí, por comunicarle íntimamente pocos; pero yo lo tuve bien advertido siempre, aun cuando más presumió de otras erudiciones; y ansiosa y afectadamente las profesó, y se divirtió por mucha edad en ellas. Grande facultad tuvo poética, y más por su naturaleza, digo, que por su cultura; pudiendo también asegurar que hasta hoy yo no conozco poeta alguno español versado más, en los que viven, de hebreos, griegos, latinos y franceses; de cuyas lenguas tuvo buena noticia, y de donde á sus versos trujo excelentes imitaciones. Pero aunque ansí, ventajoso era por su espíritu proprio. Fácil le tuvo, ígneo y arrebatado, y por esa ocasión no pocas veces se resistió á la emendación y á la lima, remitiendo ese estudio á otra sazón y á mejor ocio. Continuo fué por muchos años el ejecutarle yo por esta diligencia, prorogándomela siempre, hasta que llegando antes el término de su vida que el cumplimiento, no sólo no se logró, sino las poesías mesmas, que muchas había ya repetido de poseedores extraños y juntádolas en volúmenes grandes, se derrotaron y distrujeron. Summo dolor causa el referirlo. No fué de veinte partes una la que se salvó de aquellos versos, que conocieron muchos, quedaron en su muerte; y yo traté y tuve innumerables veces en mis manos, por nuestra continua comunicación. Lástima y piedad, pues, á su ingenio bien debida, pudo moverme á la atención de restaurar, si pudiese algo, esta pérdida (aunque molesta ocupación) cuando faltara el

superior apremio de mandármelo ansí quien en mis más difíciles acciones ha de hallar siempre blanda obediencia. Pospuse á esta fatiga luego otras proprias que espera el crítico senado, y de quien yo deseo no poco el desempeño, y si bien de ruinas y de despojos débiles ha sido fuerza que se hubiese de construir fábrica tan insigne, por ventura edificio daremos á la inmortalidad, que no desacredite la venerada memoria de los españoles grandes y gloriosos, que admirados fueron más en otras edades.

Concebido había nuestro poeta el distribuir las especies todas de sus poesías en clases diversas, á quienes las nueve Musas diesen sus nombres; apropiándose á los argumentos la profesión que se hubiese destinado á cada una. Atención que no observaron los italianos, cuando Marcelo Macedonio repartió en las mismas nueve Musas también unas breves poesías suyas, y Pedro Jerónimo Gentil, poesías de otros. Admití yo, pues, el dictamen de DON FRANCISCO, si bien con mucha mudanza, ansí en las profesiones que se aplicasen á las Musas, en que los antiguos proprios estuvieron muy varios, como en la distribución de las obras, que en aquellos rasgos primeros y informes él delineaba, según yo juzgué por mejor la conveniencia y el acierto, lo dispuse; pero con pena siempre (y pena es grande volverlo á la memoria) mendigando olvidos y aun desprecios tal vez que fueran suyos, para hacer de ellos cuenta; siendo tan copioso el número y tan ilustre, que alguna iniquidad nos había usurpado, si no fueron muchas. Contra quien yo exclamaré, en tanto que tenga vida, con sentimiento en mi corazón condolido y lastimado.

En suma, con estas asperezas habemos erigido este ESPAÑOL PARNASO. Que habemos, digo, y al término quita la envidia ó la disonancia nuestra antigua y nunca contenciosa amistad, continuada en mutua ansí y benigna correspondencia. Diverso en este PARNASO, pues, se ha de hallar el genio de nuestro poeta, del que comúnmente está

más introducido y frecuentado en las poesías hoy de los españoles, que en lo hinchado de la embarazada locucion y ruidosas palabras prevalece y se excita, de quien yo aquí no vengo á hacer censura, sino indiferente le dejo, cuando reprobado puede ser ó bien admitido, según la facultad uere ó ineptitud de el que le ejercitare. Carácter es y naturaleza diferente la que ama mi ingenio, que fácil tanto me querría significar y apacible, aun al descuido de quien me escucha. Esta virtud afectó DON FRANCISCO en sus versos cuidadosamente, no por eso olvidando el decoro debido y proprio á cada estilo, y adornándole ansímismo de frases puras y floridas. Y siendo el respeto suyo atentísimo á estas partes excelentes y difíciles, la principal y la que en grado superior cuidó que á todas se aventajase, la sentencia es, ó por mejor decir la alma y vida, que en la materia y exterior vestidura de las voces se contiene y incluye. La abundancia, pues, del pensar y enriquecer de conceptos sus poesías alcanzó tan felizmente, que, á mi entender, no existe escritor antiguo ni moderno que en ella le compita. Mucha es la variedad de argumentos y asuntos en que ejercitó su pluma, y quien en ellos no reconociere esta fecundidad superior y rara, muy turbado ha de tener el órgano del juicio, pues el cotejo con cualquiera que se quisiese eligir, por muchas parasangas de exceso, podría dejar desengañado y persuadido al que con pudrido sobrecejo lo hubiese antes dificultado. De ansí fecundo ingenio, rico y copioso en la multiplicación de los conceptos, sólo hay memoria que le pueda semejar, como los eruditos saben, el perspicuo, blando y opulentísimo poeta Ovidio Nason. De los demás todos, ansí griegos como latinos, distantes fueron mucho los rumbos que pudieron seguir.

Tal fué, pues, el espíritu transcendido y facultad poética de este famoso varón, y, por haber sido tal, fué posible después, que aunque de escasas mendigueces, un compuesto se viniese á formar, adornado ansí, especioso y admira-

ble, que, como él de varias composiciones figurado, por ventura otro alguno de edad antecedente no pueda hacerle emulación. Por ventura, digo, y esta proposición mía es cortés y dudosa, y quien ni aun dudosa y cortés la pudiere sosegar en su ánimo, á fuerza de indigestión erudita, saque al teatro otro compuesto igual que se le oponga, y del mundo, que ya con mucha espectación se prepara para auditorio, escucharemos el juicio que á mí, para dilatar tales contenciones, me falta todo el ocio. Mas ya que tocamos este punto, porque no parezca que inadvertido y temerario mi discurso procede, señalaré este ó el otro motivo por donde se dirige.

El primero y aun solo que á mí me pudiera persuadir, el argumento es que la dialéctica esgrime y también la retórica, de la que llaman con término proprio *de partes suficiente enumeración.* Yo por los ilustres idiomas curso, que ya pasados ó ya presentes ofenderse podrían, y pudieran presumir el desempeñarse, y, ó se han retirado de mí algunas sus más preciosas extravagancias, siendo de mi ingenio la mayor ambición esos retiros, ó mi juzgar todo palpa oscuras tinieblas. Luego individualmente se me ofrecen los poetas epigrammatarios, que en la diversidad de los argumentos tienen paridad suma con este género de composición de rimas varias, y oigo á nuestro Valerio, rey, sin duda, de cuantos con esa música sazonaron agudezas, que en un epigramma, si oráculo no es, dice de este modo:

Sunt bona, sunt quædam mediocra, sunt mala plura,
Quæ legis, hic aliter non fit, Avite, liber.

Algo leerás bueno aquí,
Algo mediano, ya escucho,
Avito, que hay malo mucho;
Pero el libro se hace ansí.

No sólo entiende en este lugar, como por modestia, sus libros, pues en muchos otros, con satisfacción muy presumida, los precia excesivamente, siendo frecuentadísi-

ma esta jactancia propria en los doctos varones de la antigüedad, como es observación mía. De los libros habla también de todos los otros que profesaron la variedad epigrammataria, á quien censura allí con sencilla ingenuidad. De donde instruído yo, si á graduar llego con desnudez de afectos estas poesías, diversamente las reputo, pues las *medianas* hallo que se deben colocar en la clase inferior, que éstas serán, como si dijésemos, las sólo *buenas*. Después es mi sentencia que se siguen otras, á quien el comparativo puede apellidar llamándolas *mejores*. Y últimamente de aquellas que con el superlativo elogio de *muy buenas* han de poder calificarse, será grande el número. Del argumento, pues, ahora *de menor á mayor*, bien se ha de poder colegir la ventaja. De *mala* en mi sentir ninguna ha de merecer el oprobio, pues error fuera sin disculpa, si algo admitiera yo que pudiera padecer vituperio en donde el escoger ó reprobar estuvo en mi albedrío. Bien hubo de poder sonar (de esta manera se consiguiese ú de la otra) lo que en este PARNASO se hubiese de introducir, cuando no á publicarse todo lo que cantó nuestro poeta, estuvimos siempre reducidos. Mucho impidió á este desinio del acertado delecto que yo me propuse, la impía maldad que usurpó lo mejor á sus cenizas; procuróse en algún modo conseguir (aunque con mucha pérdida), no admitiendo poesía alguna que le juzgase de averiguado desmérito. Voy feneciendo ya, pues, con las que parecen prevenciones necesarias.

Las *literarias ilustraciones* que se pudieran hacer muy oportunas y docentes, por ser tantos versos de estos muy eruditos, no tienen aquí lugar: otro podrá ser que las cuide-las fuentes se apuntan alguna vez. Los *equívocos* que vulgarmente se llaman y las *alusiones* suyas, son tan frecuentes y multiplicados aquéllos y éstas ansí en un solo verso y aun en una palabra, que es bien infalible que mucho número, sin advertirse, se haya de perder, y aunque fuera

diligencia prolija el notarlos, la ejecutara yo con menos resistencia, si no recelara que los advertidos presuntuosos sucediera ofenderse, si alguna vez por aventura se les avisara de agudeza que hubieran ya percibido, sin tomar en recompensa las que, sin sentirse, muchas veces se les pasaran. De donde aun quedo con escrúpulo, si pequé, aunque raro haya sido, en esa advertencia. Pero la prevención que creo, será bien recibida de todos, de los títulos míos es que preceden á cada poesía, pues siendo ellos muy breves, dan grande luz para la noticia del argumento que contiene cada una, y juntamente con una cuidada destreza que yo he pretendido se haya de observar en todos los argumentos que anteceden á cualquiera escrito. Que ayuden, digo, su inteligeneia y la faciliten, sin que descaezcan y entibien el vigor del concepto y de la sentencia, dando de ella anteriormente noticia, pues sucede ansí y, sin duda en este defecto peligra, cuando ya sabidor de lo precioso y suspensivo del cuento, le escucha el oyente. Primor es grande el excusarlo, y aunque ya prevenido años ha en mi *Poética de Aristóteles,* no le veo hasta ahora aprendido; no debe de ser muy fácil de ejecutar.

Otras noticias, que pudieran prevenirse al lector, dignamente se escusan, estándolo esparcidamente adelante en lugares diversos del contexto mismo, adonde queda remitido desde aquí el que curioso más viniere á su apacible y entretenida diversión. De quien todos podrán también participar, cuando ya esta vez quise se dedicase á universal auditorio. Todos vengan, pues, aunque desiguales sean entre sí, que á ninguno faltará en que apaciente proporcionalmente su oído, sin que disuene por rudo, al que más docto sea y delicado, lo que pudo saber bien al muy público paladar. Varias son las profesiones de las Musas, y ansí necesario es también que tengan respecto á oyentes muy diversos.

Llego últimamente ya á la cautela, que no puede fal-

tar á la ingenua sencillez de cualquiera mi escrito. Advertirla en uno, parece pudiera haber bastado para todos; pero repetídola he siempre, y hoy, para purgar de dos, de DON FRANCISCO, digo, y de mí, sospechas que el pecado ajeno pudiera ser maliciaria en nosotros, viene á ser necesaria. Oye el malo que se abomina la maldad, y como allí él se ve tan vivamente figurado, añade á su maldad su malicia, y el castigo que le da su conciencia, á la inocencia le imputa, que no imaginó entonces que hubiese sido en el mundo para hacerle ofensa. Ansí el pecado proprio nuestro nos advierte, pues, de su culpa, y nos ciega el juicio de quien avemos de tener la queja. En todas edades padecieron ansí esta falsa insimulación los que censuraron vicios; aunque no todos ansí se quisieron después calificar de sencillos y corteses, como de unos y de otros hay ejemplos insignes entre los antiguos escritores, y DON FRANCISCO y yo lo podríamos ser de los modernos. El buen caballero (no se puede negar), de severo ingenio, fué rígido y crudo; aunque en la verdad (y esto es cierto también) no sólo de mitigado veneno, sino casi ninguno, no empero hizo estima de que á esta benignidad suya se persuadiese el mundo; ó cuidó de satisfacer á quien, por imaginarse ofendido, quiso tener contrario concepto: en que exprimió bien semejante la condición de Catulo, muy antiguo epigrammatario, latino y su naturaleza. Yo, en esta parte muy diverso, me he querido representar, imitando á otro epigrammatario; á nuestro Valerio Marcial quiero decir, cortesano español, blando y benigno, y que extremadamente afectó el purgar la malicia en que no hubiese incurrido su intención. Inumerables son los lugares que de esto dan testimonio en sus libros, llegando en no pocos á satisfacer quejas leves y desatinadas tal vez. El referir alguno no será aquí fuera de propósito, pues servirá también para ejemplo del recelo grande con que vive el delincuente, de que es notado de los otros, apropiándose por esto la reprensión y censura, que no sólo

no se ajusta á su delito sino aun va muy remota. Pretendía un romano, llamado *Quinto,* á una dama, cuyo nombre era *Lais:* y sin memoria de esta afición, escribió Marcial aquel breve y agudo diálogo en un epigrama, que contra otro *Quinto* es, de nombre supuesto:

Thaida Quintus amat. Quam Thaida? Thaida luscam.
Unum oculum Thais non habet, ille duos.

Quinto ama á Thais. ¿Cuál Thais
Decís? La del ojo tuerto.
Que á Thais falta un ojo, es cierto;
Pero á él ambos á dos.

Ofendióse el verdadero Quinto, y el chiste, remotísimo de él, ciegamente á sí proprio se le legitimó su recelo. DON FRANCISCO, como Catulo también, no cuidaran de satisfacerle: pero nuestro Valerio, para quitarle el ánimo, le escribió otro epigramma, que después de convencerle su engaño, pudo, sin esta atención, dejarle corrido de ser el Quinto mismo quien hubiese manifestado su liviandad aplicándose la ajena. De nuestro Redivivo Marcial podrá aquí también quedar repetido:

Si tua nec Thais, nec lúsca est, Quincte, puella,
Cur in te factum distichon esse putas?
Sed simile est aliquid: pro Laide Thaida dixi,
Dic mihi, quid simile est Lais, et Hermione?
Tu tamen es Quintus: mutemus nomen amantis.
Si non vult Quinctus Thaida, Sextus amet.

Si no es Thais tu dama, ni
Tuerta tampoco, ¿por qué
Has de pensar, Quinto, que
La coplilla se hizo á ti?
Pero algo hubo semejante,
Que es la tuya Lais, y Thais
Dije yo. Dime, pues, ¿Lais
De Hermione es más distante? (1)

(1) Quiere decir *que de Thais.* En no siendo *Lais* y *Thais* una misma, *Lais* ha de ser tan otra de *Thais* como Hermione. Es agudo el argumento, y infalible; pero que no le veo bien percibido de algunos intérpretes (Libro 10, epig. 33).— (Nota de D. Jusepe Antonio en la primera edición de *El Parnaso.)*

Mas tú eres Quinto: por esto
Será bien demos distinto
Nombre al amante, y pues Quinto
No ama á Thais, ámela Sexto.

Fenezco, pues, este discurso con el mismo epigrammatario, ya que para él nos ha dado todo el material oportunamente, y no con otras, sino con las suyas proprias, significaré yo la verdad de nuestro pensamiento:

Hunc servare modum nostri novere libelli:
Parcere personis, dicere de vitiis.

Esta templanza ha observado
Mi musa: siempre perdona
El ofender la persona,
Sólo castiga el pecado.

CLIO

MUSA PRIMERA

CANTA POESÍAS HEROICAS

ESTO ES, ELOGIOS Y MEMORIAS

DE PRÍNCIPES Y VARONES ILUSTRES

EPICURUS

AD IDOMENEA, ORE SENECÆ FILII.

Ingeniorum crescit dignatio: nec ipsis tantum habetur, sed quidquid illorum memoriæ, adhaesit, ab oblivione excipitur.

(Va aquí una lámina con la musa Clío, que tiene una pluma en su mano derecha, y se apoya con la izquierda en el libro de la Historia. En segundo término se hallan batallando ciertos ejércitos, y detrás aparecen unos castillos y una ciudad.)

Clio gesta canens transactis tempora reddit. (Anoym.)

Á la fama y á la gloria
Que yo doy, el tiempo cede
Sus injurias; que no puede
La edad contra la memoria.
Plectro es mi pluma elocuente,
Deidad mi voz, que atrevida
Vuelve al ya muerto á la vida,
Y hace, lo que fué, presente.

D. J. A.

(La lámina de la musa Clío también fué inventada por D. Jusepe Antonio. *A. Can. Delin.* y *Herman Panneels. exc.*)

Á LA ESTATUA DE BRONCE DEL SANTO REY DON FELIPE III

¡Oh, cuánta majestad! ¡Oh, cuánto numen...

(Tomo II de la presente edición, pág. 378.)

Á LA MISMA ESTATUA

Más de bronce será que tu figura...

(Tomo II, pág. 378.)

Á ROMA SEPULTADA EN SUS RUINAS

Buscas en Roma á Roma ¡oh peregrino!...

(Tomo II, pág. 273.)

INSCRIPCIÓN

DE LA ESTATUA AUGUSTA DEL CÉSAR CARLOS V EN ARANJUEZ

Las selvas hizo navegar, y el viento
1. Al cáñamo en sus velas respetaba,
Cuando, cortés, su anhélito tasaba
Con la necesidad del movimiento.
Dilató su victoria el vencimiento
Por las riberas que el Danubio lava;
Cayó África ardiente; gimió esclava
La falsa religión en fin sangriento.
Vió Roma en la desorden de su gente,
Si no piadosa, ardiente valentía,
Y de España el rumor sosegó ausente.
Retiró á Solimán, temor de Hungría,
Y, por ser retirada más valiente,
Se retiró á sí mismo el postrer día.

Á UN RETRATO

DE DON PEDRO GIRÓN, DUQUE DE OSUNA,

QUE HIZO GUIDO BOLOÑÉS,

ARMADO, Y GRABADAS DE ORO LAS ARMAS

Vulcano las forjó, tocólas Midas,
2. Armas en que otra vez á Marte cierra;
Rigidas con el precio de la sierra
Y en el rubio metal descoloridas.
Al ademán siguieron las heridas
Cuando su brazo estremeció la tierra;
No las prestó el pincel: diólas la guerra;
Flandres las vió sangrientas y temidas.
Por lo que tienen de el Girón de Osuna,
Saben ser apacibles los horrores,
Y en ellas es carmín la tracia luna.
Fulminan sus semblantes vencedores;
Asistió al Arte, en Guido, la Fortuna,
Y el lienzo es belicoso en los colores.

Á LA FIESTA

DE TOROS Y CAÑAS DEL BUEN RETIRO,

EN DÍA DE GRANDE NIEVE (1)

Llueven calladas aguas en vellones
3. Blancos las nubes mudas; pasa el día,
Mas no sin majestad, en sombra fría,
Y mira el sol que esconde, en los balcones.
No admiten el invierno corazones
Asistidos de ardiente valentía;
Que influye la española monarquía
Fuerza igualmente en toros y rejones.
El blasón de Jarama, humedecida
Y ardiendo la ancha frente en torva saña,

(1) «Es imitación de Martial, lib. 4, epigr. 3.» (*Nota de la primera edición*).

En sangre vierte la purpúrea vida.
Y, lisonjera al grande Rey de España,
La tempestad, en nieve obscurecida,
Aplaudió al brazo, al fresno y á la caña.

AL DUQUE DE MAQUEDA,

EN OCASIÓN DE NO PERDER LA SILLA EN LOS GRANDES CORCOVOS DE SU CABALLO, HABIENDO HECHO BUENA SUERTE EN EL TORO

Descortésmente y cauteloso el hado,
4. Vuestro valor ¡oh Duque esclarecido!
Solicitó invidioso y, atrevido,
Logró apenas lo mal intencionado.
Por derribaros, de soberbia armado,
Diligencia en que estrellas han perdido
La silla, el animal enfurecido
Más alabanza os dió que os dió cuidado.
Poca le pareció su valentía
Al toro, presunción de la ribera,
Para desalentar vuestra osadía.
Vuestro caballo os duplicó la fiera;
Mas en vos vencen Arte y Valentía,
Juntas á la que os lleva y os espera.

CELEBRA EL ESFUERZO DE QUINTO MUCIO,

DESPUÉS LLAMADO SCÉVOLA (1)

Tú solo en los errores acertado,
5. Con brazo, Mucio, en llamas encendido,
Más temor diste, á Jove que atrevido

(1) En la primera edición de *El Parnaso* sigue al epígrafe esta nota: «Mucio, teniendo Porsena, rey de los etruscos, sitiada á Roma, entró solo en su real á darle muerte. Sucedió que, por no conocer al Rey, se la diese á uno de su cámara; pero, habiendo entendido su error, en su presencia se quemó la mano, y admirando su valor el Rey, levantó el sitio. Tiene este soneto imitaciones de Marcial, epigrama 22 del libro I».

El gigante (1) con ciento rebelado.
Tu diestra, con imperio fortunado,
Reinando entre las brasas, ha vencido
Con ceniza y con humo esclarecido
De Pórsena el ejército admirado.
Tú, cuya diestra fuerte, si no errara,
Hiciera menos, porque no venciera
Sitio que á Roma invicta sujetara,
Pudiste ver tu proprio brazo hoguera;
No pudo verte Pórsena, y ampara
Deshecho á quien armado no pudiera.

EXHORTACIÓN AL REY DON FELIPE IV

PARA EL CASTIGO DE LOS REBELDES

Escondido debajo de tu armada...

(Tomo II, pág. 21.)

AL RETRATO DEL REY NUESTRO SEÑOR,

HECHO DE RASGOS Y LAZOS, CON PLUMA, POR PEDRO MORANTE

6. Bien, con argucia rara y generosa
De rasgos, vence el único Morante
Los pinceles de Apeles y Timante;
Bien vuela ansí su pluma victoriosa.
Vive en imitación maravillosa,
Grande Filipo, augusto tu semblante,
Y, labirinto mudo, si elegante,
La tinta anima en semejanza hermosa.
Propriamente retratan tu belleza
Lazos, pues que son lazos tus faciones
Á Venus, como á Marte tu grandeza.
Tus ejércitos, naves y legiones

---

(1) González de Salas, en una apostilla de la edición príncipe, fijó así el sentido de este pasaje: «Que atrevido el gigante dió á Jove». Hizo bien en fijarlo, porque la transposición es violentísima. Aun con la explicación no entendió Janer el texto, según se colige de su puntuación:

Más temor diste á Jove, que atrevido...

Lazos son de tu inmensa fortaleza,
En que cierras los mares y naciones.

AL TORO Á QUIEN CON BALA

DIÓ MUERTE EL REY DON FELIPE IV

En el bruto que fué bajel viviente...

(Tomo II, pág. 384.)

AL MISMO TORO Y AL PROPIO TIRO

En dar al robador de Europa muerte...

(Tomo II, pág. 385.)

MEMORIA INMORTAL DE DON PEDRO GIRÓN,

DUQUE DE OSUNA, MUERTO EN LA PRISIÓN.

Faltar pudo su patria al grande Osuna...

(Tomo II, pág. 337.)

AL DUQUE DE LERMA

MAESE DE CAMPO, GENERAL EN FLANDRES

Tú, en cuyas venas caben cinco grandes...

(Tomo III, pág. 16.)

Á LA HUERTA DEL DUQUE DE LERMA

FAVORECIDA Y OCUPADA MUCHAS VECES
DEL REY DON FELIPE III, Y OLVIDADA DESPUÉS DE IGUAL CONCURSO

Yo ví la grande y alta jerarquía
7. Del magno, invicto y santo Rey tercero
En esta casa, y conocí lucero

Al que en sagradas púrpuras ardía.
  Hoy desierta de tanta monarquía,
Y del nieto, magnánimo heredero,
Yace; pero arde en glorias de su acero,
Como en la pompa que ostentar solía.
  Menos invidia teme aventurado
Que venturoso; el mérito procura,
Los premios aborrece escarmentado.
  ¡Oh amable, si desierta arquitectura,
Más hoy al que te ve desengañado
Que cuando frecuentada en tu ventura!

ES DE SENTENCIA ALEGÓRICA

TODO ESTE SONETO

8. Pequeños jornaleros de la tierra,
Abejas, lises ricas de colores,
Los picos y las alas con las flores
Saben hacer panales; mas no guerra.
  Lis suena flor, y Lis el pleito cierra
Que revuelve en Italia los humores;
Sic vos, non vobis, sois revolvedores,
Pues el León y el Águila os afierra.
  Son para las Abejas las venganzas
Mortales, y la guerra rigurosa
No codicia aguijones, sino lanzas.
  Hace puntas la Águila gloriosa;
Hace presa el León sin asechanzas;
El Delfín nada en onda cautelosa.

AL CARDENAL DE RUCHELI,

MOVEDOR DE LAS ARMAS FRANCESAS CON ALUSIÓN AL NOMBRE RUCELI, QUE ES ARROYO EN SIGNIFICACIÓN ITALIANA, POR ESTAR ESCRITO EN ESA LENGUA (1)

9. *Dove, Ruceli, andate col pie presto?*
Dove sangue, non purpura conviene;

(1) No exactamente: *arroyo* se dice *ruscello*.—Janer omitió este soneto en su edición de *El Parnaso*, como más adelante, en la Musa IV, el que empieza:

Diviso il sole, parloriva il giorno...

Per tributari il fiume il mar vi tiene;
I Ruceli nel mar han fin funesto.
Et hor Ruceli, onde procede questo,
Che senza il Rosignuolo il Gallo vene,
Et rauco grida, et vol bater le pene
Nel nido, che gli a stato mai infesto?
Credo che il Ciel ad ambi dui abassi,
Che vi attende la mente di Scipioni,
E gli occhi mai nelle vigilie lassi,
Un' Ocha se riguardi ai tempi buoni,
Scacció i galli de i tarpei Sassi,
Hor che farano l' Aquile e i Leoni.

FIGURADA CONTRAPOSICIÓN DE DOS VALIMIENTOS

Sabe ¡oh Rey tres cristiano! la festiva...

(Tomo II, pág. 391).

AL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV (1)

Aquella frente augusta, que corona
10. Cuanto el mar cerca, cuanto el sol abriga,
Pues lo que no gobierna lo castiga
Dios con no sujetarlo á su persona,
Pudo, vistiendo á Flora y á Pomona,
Mandar que el tiempo sus colores siga,
Haciendo que el invierno se desdiga
De los hielos y nieves que blasona.
Pudo al sol que al Diciembre volvió Mayo
Volverle, de invidioso, al Occidente,
La luz con ceño, el oro con desmayo.
Correr galán y fulminar valiente
Pudo; la caña en él, ser flecha y rayo;
Pudo Lope cantarle solamente.

Hubo de entender tan á la letra lo de *Parnaso Español* del título, que, por sí y ante sí, resolvióse á despojar á Quevedo de cuanto hubiese escrito en distinto idioma.

(1) «Escribióse en ocasión de haber salido en un día muy lluvioso á jugar cañas, y haberse serenado luego el cielo; y Lope de Vega describió esta fiesta en liras» *(Nota de la primera edición).*

PARENÉTICA ALEGORÍA

Décimotercio Rey, esa Eminencia...

(Tomo II, pág. 392.)

Á DON LUIS CARRILLO

HIJO DE DON FERNANDO CARRILLO...

Ansí, sagrado mar, nunca te oprima...

(Tomo II, pág. 172.)

Á LA CUSTODIA DE CRISTAL

QUE DIÓ EL DUQUE DE LERMA Á SAN PABLO DE VALLADOLID...

Sea que, descansando la corriente...

(Tomo II, pág. 172.)

AL REY NUESTRO SEÑOR

SALIENDO Á JUGAR CAÑAS (1)

11. Amagos generosos de la guerra
En esa mano diestra esclarecidos
Militan, y estremecen referidos,
Y el ademán ejércitos encierra.
El pino, que fué greña de la sierra
Y copete de cerros atrevidos,
Fulminando con hierros sacudidos,
Rígida era amenaza de la tierra.
La caña descansó el temor al día
En que tu lanza aseguró campañas
Que ardor disimulado prometía;

(1) «Que atemoriza aun al enemigo en la guerra festiva» *(Nota de la primera edición).*

Figurando, en la entrada de estas cañas,
Cortés y religiosa profecía,
La de Jerusalén á tus hazañas.

AL REY CATÓLICO NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV

INFESTADO DE GUERRAS

No siempre tienen paz las siempre hermosas
12. Estrellas en el coro azul ardiente,
Y, si es posible, Jove omnipotente
Publican que temió guerras furiosas.
Cuando armó las cien manos belicosas
Tifeo con cien montes, insolente,
Víboras de la greña de su frente
Atónitas lamieron á las Osas.
Si habitan en el cielo mal seguras
Las estrellas, y en él teme el Tonante,
¿Qué extrañas guerras tú? ¿Qué paz procuras?
Vibre tu mano el rayo fulminante:
Castigarás soberbias y locuras,
Y, si militas, volverás triunfante.

JURA DEL SERENÍSIMO PRÍNCIPE DON BALTASAR CARLOS...

Cuando glorioso, entre Moisés y Elías...

(Tomo III, pág. 1.ª)

CELEBRA LA VICTORIA DE LOS NAVÍOS DE TURCOS

QUE TOMÓ EL DUQUE DE PASTRANA PASANDO Á ROMA

SILVA ENCOMIÁSTICA

Esclarecidas señas da Fortuna
13. De vuestro valimiento con su rueda,
¡Oh príncipe glorioso!
Pues os postra la luna,
Que á vuestros piés desvanecida queda,

Vencido al Afro, Endimïon celoso.
Apenas por los líquidos umbrales
Del Ponto, á quien de la África y Europa
Sirve opuesto confín de verde copa
Y de venas torcidas los corales,
Sonora resbalaba vuestra quilla,
Haciéndose menor siempre la orilla;
Y, espirando en la popa
Cortés el viento, sobre el mar suave
Tasaba el soplo que en las velas cabe,
Cuando la diligencia desvelada
De atento marinero
(Sirviéndole la gabia con la entena
De árbitros de las ondas),
Descubrió en las campañas fluctuantes
Del yermo mar bajeles delincuentes
De cosarios valientes,
Cuyo temor fatiga las riberas
Cuya paz amenazan sus banderas.
Vos, advertido en el peligro ajeno,
De ardor glorioso y de esperanzas lleno,
Porque, aun de paso, no se malograse
Ocasión que ilustrase
El estandarte del mayor Monarca
Á quien sirve Fortuna, religiosa,
En cuanto el cerco de la luz abarca,
Con voz cuanto valiente generosa,
Distes orden á todos,
Armándolos con vos de muchos modos:
Pues cuanto más alguno os imitaba,
Tanto más al peligro se llegaba;
Y vuestra valentía
Fué general ejército aquel día;
Escuadrón la familia, y los criados
Lisonjeros los hados;
La muerte, aduladora,
Se mostró en los peligros cada hora.
Pasaron despreciadas
Flechas, de hierro y de veneno armadas;
Fulminaron en vano
Los mentidos enojos del verano,
Sin que os debiesen atención sus balas,

Burlándoles la mira vuestras galas.
  Rindieron los navíos,
Con vuestra providencia y vuestros bríos,
Y al volaros su llama,
Remedio que, turbada, siempre tarde,
La desesperación dicta al cobarde,
En alas os dejó de vuestra fama.
Y, presumido en lazos el turbante,
Globo sutil, soberbia de Levante,
Derribado del ceño que vestía,
Nevó de presunción vuestra crujía.
Y los que miedo de las costas fueron
Y los senos de España sacudieron
Con ímpetu violento,
Besaron vuestras plantas.
Luego, entre glorias tantas,
Descansaron las velas,
Y con ellas después suplen el viento,
Y se calzan de espumas por espuelas.
Y Tétis soberana,
En cuyos labios nace la mañana,
Galán, os mira Febo;
Armado, os juzga Aquiles,
Gozando, en el esfuerzo y el semblante,
Hijo valiente; venturoso amante.

DESTERRADO SCIPIÓN

Á UNA RÚSTICA CASERÍA SUYA, RECUERDA CONSIGO LA GLORIA DE SUS HECHOS, Y SU POSTERIDAD (1)

  Faltar pudo á Scipión Roma opulenta;
14. Mas á Roma Scipión faltar no pudo;
Sea blasón de su invidia, que mi escudo,

(1) «Á este soneto dió el argumento y mucha parte de su locución la ilustre epístola LXXXVI de nuestro Lucio Séneca, escrita á Lucilio, desde la misma casa de campo de Publio Cornelio Scipión, junto á Linterno, ciudad de Campania. De ella, famosa con el destierro de este gran varón, de su casería, de su ara y de su sepulcro, disputo yo dignamente en mi ilustración latina á la Geografía de nuestro español Pomponio Mela, no en la caste-

Que del mundo triunfó, cede á su afrenta.
  Si el mérito africano la amedrenta,
De hazañas y laureles me desnudo;
Muera en destierro en este baño rudo,
Y Roma de mi ultraje esté contenta.
  Que no escarmiente alguno en mí, quisiera,
Viendo la ofensa que me da por pago,
Porque no falte quien servirla quiera.
  Nadie llore mi ruina, ni mi estrago,
Pues será á mi ceniza cuando muera,
Epitafio Annibál; urna Cartago.

ELOGIO AL DUQUE DE LERMA DON FRANCISCO

CUANDO VIVÍA VALIDO FELIZ

DE EL SEÑOR REY DON FELIPE III.

CANCIÓN PINDÁRICA

De una madre nacimos...

(Tomo II, pág. 176.)

En la edición príncipe de *El Parnaso*, á este elogio «Precede una breve Disertación, para el conocimiento de este género de poesía». Es la siguiente:

MELANIPPIDES MELIO,

ILUSTRE POETA GRIEGO TRÁGICO

  De rey el apellido
Raro es aquel tirano que le alcanza;
Mas raro es más también aquel valido
Que, muerto, la alabanza
Pueda alcanzar que, vivo, en la privanza.

---

llana. La memoria, pues, de la queja de Scipión aquí contenida, me advirtió de haber careado con ella nuestro poeta la de otro valeroso capitán, en todo bien semejante. Quien cotejare con éste el soneto 13 arriba referido, *Á la inmortal memoria de don Pedro Girón, duque de Osuna* [t. II, n.º 90 de la presente edición], sentirá luego la consonancia y á ambos ejemplos dos sensibles de las patrias ingratas» (*Nota de D. Jusepe Antonio en la edición primera).*

Al Señor Don Pedro Pacheco Girón, del Consejo del Rey Catholico nuestro Señor Don Philippe IV, en los dos Supremos de Castilla, y de la General Inquisición, etc.,

DON JUSEPE ANTONIO

Bien era necesario, y bien era ansimesmo preciso, que en pudiendo la primera MUSA de este PARNASO significar de su ánimo la obligación y el afecto, hubiese luego de articular su voz el ilustrísimo nombre de V. S., el primero también. Lo que hasta aquí CLÍO ha cantado, dictado se lo ha DON FRANCISCO, como los mitólogos enseñan sucedía á todas las Musas con Apolo; pero ahora que podría parecer que por sí ya discurre (amaestrando alguna parte de su poética institución para elogios de príncipes é insignes varones), desdijérase de deidad, si á V. S. no se manifestara antes agradecida y empeñada. Mucha carrera había de siglos, que habitando en Thesalia las Musas todas aquel célebre monte, desiertas se hallaban más de veneración y frecuencia de sus griegos mismos, que antiguos dueños habían sido de aquella provincia, que aun de otras naciones. Y en esta edad, para restituirlas á aquella su primera estimación y erudita asistencia de espíritus altos y excelentes, pudo V. S. solo mudar á otra región aquella montaña entera, con su Pegaso también, y con su fuente Castalia. Hazaña fué de su ánimo, á quien tan dignamente por tan valeroso respeto llamará (como á otro pudo) *Thaumaturgo* la memoria. Del ánimo, digo, fué de V. S. benigno á la patria y á los ingenios, pues adornarla ha querido hoy con uno tanto ilustre, reservando del olvido la parte superior, que fué su poesía, y al tiempo mismo que más duramente solicitó el hado encubrirla y oscurecerla. Cierto es que yo obedecí á V. S. en ayudar á esta acción cuando los desconsuelos de ver usurpadas á DON FRANCISCO sus obras poéticas, de empresa tan dificultosa más remoto me tenían el pensamiento. Si algún adorno, pues, fuere para

España este PARNASO suyo en otra edad á los méritos menos esquiva, no ignore, quedando aquí ya impreso, que á V. S. deberá legítimamente el beneficio. Y paso ahora yo á discurrir en el propuesto asunto.

El primero fué, pues, Señor, nuestro poeta, según yo he podido averiguarlo, el que, con aliento erudito, emprendió traer á los números españoles la ternaria estructura de los poetas líricos griegos, contenida en la strophe, antistrophe y epodos. Ansí me lo significó el mismo; y contra esta oda, que aquí tiene lugar oportuno, no creo podrá ofrecerse alguna que se acredite anterior. Después vi que otro poeta castellano lo intentase, pero sin la gloria de primero inventor, y con qué acierto, de otros será el juicio. También repitió el mesmo DON FRANCISCO en otros asumptos esta mesma composición pindárica, siempre grande y sublime su genio. Si bien en ésta que tenemos presente quedó imperfecta su forma, ansí como todos los principios de las artes y acometimientos del ingenio humano rudos nacieron, y con la sucesiva repetición se mejoran. Y ansimismo ninguna de las obras suyas llegó á mis manos más irregular y turbada. Cuidóse, empero, no con infelicidad, el restituirla; porque he pretendido que quede ya en este lugar para perfecta idea de esta estructura artificiosa, ansí en las partes de la cualidad y naturaleza de su composición, como en las de la cuantidad versificatoria. Cuya doctrina, en la profesión poética, ni fácil ni de leve importancia, hasta hoy de antiguo ó moderno escritor no ha sido prevenida. Por esta razón, pues, precederán antes aquí algunos preceptos muy sucintos, que instruyan bastantemente en unas y otras partes al que fuere medianamente erudito. No á V. S., que, como superior es en otras más robustas facultades, con leve atención transcendidamente juzga y advierte en éstas que de amena y florida recreación se reputan.

Digo, pues, que esta distribución de strophas alcanza-

ron también algunos coros de las comedias y tragedias antiguas, con cuya ocasión traté yo de ellas en mi *Ilustración á la Poética de Aristóteles,* de donde se podrá tomar noticia más exacta, pues fuera mendiguez aquí el repetirla. Pero á los poetas líricos era sin duda su uso más familiar, y entre ellos de Stesíchoro es y de Píndaro de quien tenemos más memoria. Del primero no duran hoy sino tan deformes y atenuados fragmentos, que no pueden referir la imagen de esta compostura. Siendo cierto haber sido en ella tan frecuente, que pudo dar origen al adagio de los griegos, que para exagerar la mucha ignorancia de alguno, venían á encarecerla con no haber llegado aun á tener noticia del *Ternario de Stesíchoro,* cuando tan común era también á todos y tan multiplicado su ejercicio, según es la interpretación de Diogeniano y Suidas, adagiographos griegos. Del segundo viven obras grandes, enteras, y que todas casi se componen de odas semejantes.

De los líricos poetas latinos ignoramos hoy que antiguamente las hubiesen usurpado; y de Horacio se puede extrañar mucho, que tan grande imitador fué de Píndaro; aunque, como refiere Quintiliano, creyó ser inimitable, siendo también á él á quien legítimamente pertenecía, como príncipe de los líricos romanos, llevar á los suyos esta composición de los griegos. Pero algunos modernos emprendieron después suplir esa omisión de los mayores, si no fué cobardía. Entre ellos, con merecido título, tiene el supremo lugar el que también le tuvo en la Iglesia católica, Urbano VIII, Cabeza suya, antes Maffeo Barberino, escribiendo elegantísimos elogios y himnos á la Virgen purísima y Madre de Dios y también á sus santos, en estos rhitmos, con versos horacianos, que se leen entre sus obras poéticas. Y no parando en los términos latinos, los pasó también á los toscanos con la mesma felicidad.

Advierto ya, pues, en su cualidad ser para este género de canciones la materia más oportuna los elogios, enco-

mios y alabanzas, y, en suma, toda celebración de virtudes y hechos ilustres. De esta doctrina es plenario testimonio enteramente Píndaro, pues sus canciones todas no son otra cosa sino estas alabanzas. Pero añado yo en el modo de su disposición una observación mía singular, que juzgo es la principalísima y de importancia mayor en este género de poesía. Conviene á saber: que la *strophe* contenga siempre una disposición previa del argumento que se haya de tratar en aquel ternario, sin designación de personas, y una como materia universal, y *cuestión,* que llamaron los retóricos antiguos *infinita,* y que significaron los mismos en la *thesis;* y luego, que la *antistrophe* haya de corresponder á la *hypothesis* retórica, particularizando el asunto y adecuándole á la materia propuesta en la *strophe.* El *épodo* ha de abrazar y comprehender artificiosamente ambos institutos. Podría, pues, también decirse, para explicar más esta enseñanza, que en la *strophe* se contenga en *abstracto* el asunto; y en *concreto* en la *antistrophe.* Ejemplo da bien expreso de todo este discurso mío el ternario primero de esta canción, cuya *strophe* universalmente discurre en la celebración de las virtudes, atrayéndolas de toda especificación á la persona que quiere alabar; pero luego la *antistrophe* va ajustando todo lo antes prevenido al sujeto cuyo es el elogio, prestando al segundo ternario la mesma distribución y economía, y juntamente también modelo muy oportuno de cómo se pueda variar la materia de las alabanzas y multiplicarlas con ejemplos. Y podrá el ingenioso inventar otros medios que conduzcan al intento mesmo. Y con la arte propuesta, en que ya quedará de aquí bien instruído, sabrá distribuir cualquier argumento que se ofrezca en el ternario número de miembros con que esta composición se continúa.

Esfuerzo más este concepto mío, persuadiéndome tuvieron el mismo los maestros primeros que fabricaron esta armonía, cuando considero los nombres con que dividieron

su composición. *Strophe,* pues, propriamente significa toda conversión y vuelta que se hace, como la que quisieron manifestar que el coro hacía volviendo del lado derecho del teatro al siniestro. Y la *antistrophe* ansí necesariamente ha de significar aquella reversión que repetía el mismo coro cuando volvía del lado siniestro al derecho, de donde había partido, señalando juntamente con estos proprios nombres aquellos trozos de versos que se cantaban, correspondientes también á aquellas vueltas y revueltas. Pero esto tenía así lugar y significación oportuna en donde juntamente había oportuno lugar para la danza y para la música, que era, conviene á saber, en los coros cómicos y en los trágicos. Pero en las canciones líricas, que se escribían y se cantaban también, pero no se danzaban, y así no tenía lugar en ellas aquella versión y reversión significadas con los nombres de *strophe* y *antistrophe;* algún respecto se ha de buscar que les hubiese movido para usurparlos con prudencia, cuando hallamos que para su división usaron sus artífices de aquellos nombres mismos. Bien, pues, se ha de conocer ahora muy conveniente á ese fin aquel discurso previo que digo se prevenga en la *strophe,* para después volver repitiendo las mismas pisadas en la *antistrophe,* y en ellas adecuando la comparación á lo comparado, y la sentencia abstraída y universal á las propriedades y particulares virtudes que se celebran. Verificándose también lo mismo en el *épodo,* que compuesto es de la oda, voz simple, y que significa *canto, canción* ó *cantilena.* Y ansí el *épodo* viene á ser una parte música que se añade y acresce al canto que pareció en la *strophe* y la *antistrophe.* Un muy docto intérprete de Píndaro, reconociendo la obligación de buscar alguna congruencia que hubiese traído estos apellidos desde los coros á las canciones tan distantes, y no advirtiendo ésta, que siendo tan conforme luego ha de sosegar á los eruditos el ánimo, cayó en la cosa más absurda que pudo aquí pensarse. Soñó, pues, que se cantasen

aquellas odas líricas, y que los vencedores á quienes escritas fueron, las danzasen también; y del movimiento en sus idas y venidas, numeroso, así se denominasen, como sucedió en las acciones dramáticas que se han referido. Siendo así que fueron escritas en tiempos desiguales y separados siempre de la celebración de aquellos ilustres juegos *olympios, pythios, nemeos* y *isthmios,* y de los lugares mesmos donde se celebraron sus certámenes; cuando diéramos aquellos robustos y esforzados mancebos, no poco oportunos á la elegancia de tan atentos y delicados compases y mudanzas.

En la cuantidad será necesario también advertir lo que los scholiastes griegos de Pindaro y Aristóphanes nos enseñan. Dicen, pues, que la *strophe* y *antistrophe* han de constar de un mismo número de versos y de unas especies mismas, que yo llamaré igualmente ambas stancias regulares y de una propria compostura. Pero el *epodos* en todo ha de ser diferente, mas conforme también á los otros *epodos* que en la misma canción se multiplicaren, como de la misma suerte será la propria medida la de las otras *strophes* y *antistrophes.* Y la razón que á esto obliga es excelente. Cantábanse estas poesías á la lira, y de ahí quieren algunos de los gramáticos antiguos que se nombrasen *líricas,* y sus poetas *líricos.* Necesaria era, pues, su regularidad para las diferencias músicas, que no pueden vagar, sino en firmes términos constituirse, ansí también regulares y correspondientes á la cuantidad uniforme de las stancias.

Otras advertencias más menudas fueran importunas aquí, donde no venimos á comunicar con los estudiosos poetas nuestros lo áspero de esta crítica institución, sino á deleitar los ánimos de todas las naciones ingeniosas y eruditas, con tan varia, florida y elegante primavera de las Musas, cuanto fácilmente otra vez no se habrá visto junta. Cuidóse, pues, en este lugar prevenir sólo lo suficiente para

la ilustración de esta forma, que ahora como de nuevo sale á añadir adorno á las composiciones castellanas.

Suena ya, pues, la música del Elogio, y aunque elogio escrito á valido en su vida, no disuena á las orejas de aquellos que, habiéndole conocido le escuchan celebrar hoy, cuando difunto. Siendo así excepción á lo contrario, que aseguran los antiguos y la experiencia nos lo acredita.

—

Al fin de la Musa Clío van estos versos:

Ansí cantaba Clío,
Al son de la trompeta de la Fama,
Y el numen que la inflama,
Suspenso aquí, desacordado y frío,
Cesó, y entre las flores
Los vientos quiso oir murmuradores.

POLYMNIA

MUSA SEGUNDA

CANTA POESÍAS MORALES

ESTO ES, QUE DESCUBREN Y MANIFIESTAN

LAS PASIONES Y COSTUMBRES DEL HOMBRE

PROCURÁNDOLAS ENMENDAR

LUCIUS ANNÆUS SENECA:

hoc maiores nostri quæsti sunt, hoc nos querimur, hoc posteri nostri querentur, eversos esse mores, regnare neqaitiam, in deterius res humanas, et omne fas labi. At ista stant loco eodem, stabuntque; paullulum dumtaxat ultró aut citró mota, ut fluctus.

En la lámina que precede á la Musa Polimnia, se halla ésta sentada con un libro abierto, y contempla á diversas personas que, en segundo término, escuchan los consejos de un anciano.

Amat Polymneia verum. (Virgil.)

De el ánimo los afectos
Represento yo, que llaman
Costumbres; mis voces claman,
Ya virtudes, ya defectos.
Al mal en bien simulado
El disfraz quito, y después
Lo que más perfección es
Con elegancia persuado.

D. J. A.

MUESTRA CON ILUSTRES EJEMPLOS

CUÁN CIEGAMENTE DESEAN LOS HOMBRES (1)

Próvida dió Campania al gran Pompeo
15. Piadosas, si molestas calenturas;
La salud le abundó de desventuras
Y le usurpó á sus glorias el trofeo.
¿Quién podrá disculpar nuestro deseo,
Si en el cerco del sol camina á escuras?
Sobráranle en Campania sepolturas;
Fáltanle de su muerte en el rodeo.
Si Mario la alma espléndida exhalara
Opima con los triunfos de la guerra,
Lagos, destierro y cárcel ignorara.
Mucha tiniebla y grande noche cierra
Cuanto destina el hombre, y todo pára
En pretendida muerte y poca tierra.

ENSEÑA

COMO NO ES RICO EL QUE TIENE MUCHO CAUDAL (2)

Quitar codicia, nó añadir dinero,
16. Hace ricos los hombres, Casimiro:
Puedes arder en púrpura de Tiro,
Y no alcanzar descanso verdadero.
Señor te llamas; yo te considero,
Cuando el hombre interior que vives miro,
Esclavo de las ansias y el suspiro
Y de tus proprias culpas prisionero.
Al asiento de l'alma suba el oro;
No al sepulcro del oro l'alma baje,

(1) «Es imitación de Juvenal, sátira X, *Provida Pompeio* etc.» *(Nota de la primera edición).*

(2) «El primer verso es de Epicuro, citado por Séneca. El primer terceto, de San Pedro Crisólogo, sermón 22. El postrer verso, de Séneca.» *(Nota de la primera edición).*

Ni le compita á Dios su precio el lodo.
Descifra las mentiras del tesoro;
Pues falta (y es del Cielo este lenguaje)
Al pobre, mucho; y al avaro, todo.

SÉNECA VUELVE Á NERÓN

LA RIQUEZA QUE LE HABIA DADO (1)

17. «Esta miseria, gran señor, honrosa,
De la humana ambición alma dorada;
Esta pobreza ilustre acreditada,
Fatiga dulce y inquietud preciosa;
»Este metal de la color medrosa
Y de la fuerza contra todo osada
Te vuelvo: que alta dádiva invidiada
Enferma la fortuna más dichosa.
»Recíbelo, Nerón; que, en docta historia,
Más será recibirlo que fué darlo,
Y más seguridad en mí el volverlo:
»Pues juzgarán, y te será más gloria,
Que diste oro á quien supo despreciarlo,
Para mostrar que supo merecerlo.»

RESPUESTA DE NERÓN Á SÉNECA,

NO ADMITIENDO LO QUE LE VOLVIA

18. «Séneca, el responder hoy de repente
Á tu razonamiento prevenido
Gloria es de tu enseñanza, que ha podido
Formar mi lengua contra ti elocuente.
»Á lo que yo te debo aún no es decente
Eso que de mi mano has recibido;
Y, para lo que á mí me debo, ha sido

(1) «Las causas que él significó, referidas por Tácito, se repiten aquí; como las respondidas de Nerón.» *(Nota de la edición primera).*

Empezar á premiarte escasamente.
»Quieres, á costa de la fama mía,
Que alaben tu modestia y tu templanza,
Y que acusen mi avara hidropesía.
»El premio, pues, debido á mi enseñanza
Goza, porque el volvérmele este día,
Y no admitirle yo, nos sea alabanza.»

UN DELITO IGUAL SE REPUTA DESIGUAL,
SI SON DIFERENTES LOS SUJETOS QUE LE COMETEN,
Y AUN LOS DELITOS DESIGUALES (1)

19. Si de un delito proprio es precio en Lido
La horca, y en Menandro la diadema,
¿Quién pretendes ¡oh Júpiter! que tema
El rayo á las maldades prometido?
Cuando fueras un robre endurecido,
Y no del cielo Majestad Suprema,
Gritaras, tronco, á la injusticia extrema,
Y, Dios de mármol, dieras un gemido.
Sacrilegios pequeños se castigan;
Los grandes en los triunfos se coronan,
Y tienen por blasón que se los digan.
Lido robó una choza, y le aprisionan;
Menandro un reino, y su maldad obligan
Con nuevas dignidades que le abonan.

EL PECAR INTERCEDE POR LOS PREMIOS,
PREFIRIÉNDOSE Á LA VIRTUD (2)

20. Si gobernar provincias y legiones
Ambicioso pretendes, ¡oh Licino!
Procura que el favor y el desatino

(1) «Es imitación de Juvenal, sátira 13, y de Séneca, epístola 87.» *(Nota de la primera edición).*
(2) «Es de Juvenal, sátira 1.» *(Nota de la primera edición).*

Aseguren de infames tus acciones.
No merezca ninguno las prisiones
Mejor que tú; pues cuanto más vecino
Al suplicio te vieres, el destino
Más te apresurará las elecciones.
Felices son y ricos los pecados:
Ellos dan los palacios suntuosos,
Llueven el oro, adquieren los estados.
Alábanse los hombres virtuosos;
Mas, para lo que viven alabados,
Quien los alaba elije los viciosos (1).

QUE DESENGAÑOS SON LA VERDADERA RIQUEZA

21. ¿Cuándo seré infeliz sin mi gemido?
¿Cuándo sin el ajeno fortunado?
El desprecio me sigue desdeñado;
La invidia, en dignidad constituído.
Ó del bien ó del mal vivo ofendido;
Y es ya tan insolente mi pecado,
Que, por no confesarme castigado,
Acusa á Dios con llanto inadvertido.
Temo la muerte, que mi miedo afea;
Amo la vida, con saber es muerte:
Tan ciega noche el seso me rodea.
Si el hombre es flaco y la ambición es fuerte,
Caudal que en desengaños no se emplea,
Cuanto se aumenta, Caridón, se vierte.

POR MÁS PODEROSO QUE SEA, EL QUE AGRAVIA DEJA ARMAS PARA LA VENGANZA (2)

22. Tú ya ¡oh ministro! afirma tu cuidado
En no injuriar al mísero y al fuerte;

(1) Janer, no entendiendo el sentido de este terceto, lo puntuó y lo enmendó así:

Alábanse los hombres virtuosos,
Mas para *los* que viven alabados,
Quien los alaba elige los viciosos.

Pero así menos se entiende todavía.

(2) «Juvenal, en la sátira 8, prestó espíritu á estos versos.» *(Nota de la primera edición).*

Cuando les quites oro y plata, advierte
Que les dejas el hierro acicalado.
   Dejas espada y lanza al desdichado,
Y poder y razón, para vencerte:
No sabe pueblo ayuno temer muerte;
Armas quedan al pueblo despojado.
   Quien ve su perdición cierta, aborrece,
Más que su perdición, la causa della;
Y ésta, no aquélla, es más quien le enfurece (1).
   Ama su desnudez y su querella
Con desesperación, cuando le ofrece
Venganza del rigor quien le atropella.

PERSUADE Á LA JUSTICIA QUE ARROJE EL PESO,

PUES USA SÓLO DE LA ESPADA (2)

   Arroja las balanzas, sacra Astrea,
23. Pues que tienen tu mano embarazada,
Y si se mueven, tiemblan de tu espada,
Que el peso y la igualdad no las menea.
   No estás justificada, sino fea;
Y, en vez de estar igual, estás armada;
Feroz te ve la gente: no ajustada;
¿Quieres que el tribunal batalla sea? (3)
   Ya militan las leyes y el derecho,
Y te sirven de textos las heridas
Que escribe nuestra sangre en nuestro pecho.
   La Parca eres fatal para las vidas:
Pues lo que hilaron otras has deshecho,
Y has vuelto las balanzas homicidas.

(1) Es violenta la transposición: «es *quien más* le enfurece», se ha de entender.

(2) «Vulgar es su pintura con un peso de balanzas en una mano y una espada en la otra.» *(Nota de la primera edición).*

(3) Janer no hace interrogado este verso.

MANIFIESTA

UN ARDID GRANDE DEL PERVERSO PRETENDIENTE,

CUANDO DESEA

QUE TODOS SEAN BUENOS, CON INTENTO MALO (1)

¿Cuándo, Licino, dí, contento viste
24. Hombre con un pecado solamente,
Si quien merece pena es suficiente,
Y el inculpable, inútil yace y triste?
¿Quién al mayor delito se resiste?
¿Qué cortesano habrá que no se afrente
De que le exceda en vida delincuente,
El que á los ojos, que pretende, asiste?
¡Oh ingenio del pecado escandaloso!
Pues Licas, habitado de serenos
Áspides el espíritu ambicioso,
Todos los malos quiere que sean buenos,
Para que á su maldad el poderoso,
Por sola, comunique sus venenos.

DESCRIBE EL APETITO EXQUISITO DE PECAR (2)

No agradan á Polycles los pecados
25. Con el uso plebeyo repetidos,
Ni delitos por otro introducidos:
Sí los mayores, y por sí inventados.
Cual si fueran virtud, los moderados
Vicios Polycles tiene aborrecidos,
Y los templadamente distraídos
Yacen de su privanza desterrados.
De puro pecador, le son ingratos
Los pecados tal vez, pues al pequeño,

(1) «Es de Juvenal, libro 5.°, sátira 13.» *(Nota de la primera edición).*

(2) «Imita una perversa sentencia de Catulo, epigrama 92, y á Petronio: *Non vulgo notat placebant gaudia, non usu plebeio trita voluptas*, etcétera.» *(Nota de la primera edición).*

Ó desprecia, ó le admite con recatos.
  De vicios hace escrupuloso empeño:
Ni los quiere ordinarios ni baratos;
Si tú le imitas, tú serás su dueño.

Á LA VIOLENTA Y INJUSTA PROSPERIDAD (1)

26. Ya llena de sí solo la litera
Matón, que apenas anteyer hacía
(Flaco y magro malsín) sombra, y cabía,
Sobrando sitio, en una ratonera.
  Hoy, mal introducida con la esfera
Su casa, al sol los pasos le desvía,
Y es tropezón de estrellas; y algún día,
Si fuera más capaz, pocilga fuera.
  Cuando á todos pidió le conocimos;
No nos conoce cuando á todos toma;
Y hoy dejamos de ser lo que ayer dimos.
  Sóbrale tanto cuanto falta á Roma,
Y no nos puede ver, porque le vimos:
Lo que fué esconde; lo que usurpa asoma.

ADVIERTE

QUE AUNQUE SE TARDA LA VENGANZA DEL CIELO CONTRA EL PECADO,

EN EFECTO, LLEGA (2)

27. Porque el azufre sacro no te queme,
Y toque el robre, sin haber pecado,
¿Será razón que digas obstinado,
Cuando Jove te sufre, que te teme?
  ¿Que tu boca sacrílega blasfeme,

(1) «Es de Juvenal, sátira 1.ª Y con la permisión satírica, se desliza al donaire.» *(Nota de la primera edición).*

(2) «Es de Persio, en la sátira 2: *Sulphure discutitur sacro*, etc.» *(Nota de la primera edición).*

Porque no eres *bidéntal* evitado? (1)
¿Que en lugar de enmendarte perdonado,
Tu obstinación contra el perdón se extreme?
¿Por eso Jove te dará algún día
La barba tonta (2) y las dormidas cejas,
Para que las repele tu osadía?
Á Dios, ¿con qué le compras las orejas?
Que parece asquerosa mercancía
Intestinos de toros y de ovejas.

ADVIERTE EL LLANTO FINGIDO Y EL VERDADERO

CON EL AFECTO DE LA CODICIA (3)

28. Lágrimas alquiladas del contento
Lloran difunto al padre y al marido,
Y el perdido caudal ha merecido
Solamente verdad en el lamento.
Codicia, no razón ni entendimiento,
Gobierna los afectos del sentido:
Quien pierde hacienda dice que ha perdido;
No el que convierte en logro el monumento.
Los sacrosantos bultos adorados
Ven sus muslos raídos, por el oro (4);
Sus barbas y cabellos, arrancados.
Y el ser los dioses masa de tesoro,
Los tiene al fuego y cuño condenados,
Y al Tonante, fundido en cisne y toro (5).

(1) «Aquí y en Persio se toma por hombre á quien quemó rayo. *Evitado*, porque nadie le tocaba.» *(Apostilla de la primera edición).*

(2) «Toda la sentencia de este terceto significa preguntar si por eso se olvidará Júpiter del pecador.» *(Apostilla de la misma edición).*

(3) «Es de Juvenal, sátira 13: *Ploratur lacrymis amissa pecunia veris*, etc.» *(Nota de la primera edición).*

(4) *«Qui radat in aurati femur Herculi...» (Apostilla de la primera edición).* Aunque ni en ella ni en todas ó casi todas las demás hay coma después de la palabra *raídos*, ni, en rigor, hace falta, ponémosla para facilitar la inteligencia de la frase, que, al pronto, es algo anfibológica.

(5) «Ó ya esté representado Cisne, ó ya Toro.» (*Apostilla de la misma edición*).

AL AMBICIOSO VALIMIENTO,

QUE SIEMPRE ANHELA Á SUBIR MÁS (1)

Descansa, mal perdido, en alta cumbre,
29. Donde á tantas alturas te prefieres;
Si no es que acocear las nubes quieres,
Y en la región del fuego beber lumbre.
Ya te padece, grave pesadumbre,
Tu ambición propria (2); peso y carga eres
De la fortuna, en que viviendo mueres,
Y esperas que podrá mudar costumbre.
El vuelo de las águilas que miras
Debajo de las alas con que vuelas,
En tu caída cebarán sus iras.
Harto crédito has dado á las cautelas.
¿Cómo puedes lograr á lo que aspiras,
Si, al tiempo de espirar, soberbio anhelas?

PELIGRO DEL QUE SUBE MUY ALTO,

Y MÁS SI ES POR LA CAIDA DE OTRO

Pára, si subes; si has llegado, baja;
30. Que ascender á rodar es desatino;
Mas si subiste, logra tu camino,
Pues quien desciende de la cumbre, ataja.
Detener de fortuna la rodaja,
Á pocos concedió Poder Divino;
Y si la cumbre desvanece el tino,
También tal vez la cumbre se desgaja.

(1) «Toda es metafórica simulación, continuada también en la figura de las águilas, que son otros ambiciosos inferiores, que aguardan á que caiga el superior, para cebarse en él. (*Nota de la primera edición*).

(2) Janer, que copió el verso primero del segundo cuarteto tal como como está en la edición príncipe, sin coma ninguna, advierte en una nota que en algunas ediciones se quiso corregir este verso, «imprimiéndose *ya te parece grave pesadumbre*», y añade: «Podria aceptarse esta corrección sin gran dificultad». Disentimos de Janer: el sentido es claro, entrecomando las dos últimas palabras del verso: «Ya te padece (dice el valimiento), como grave pesadumbre que eres, tu propia ambición».

El que puede caer, si él se derriba,
Ya que no se conserva, se previene
Contra el semblante de la suerte esquiva.
Y, pues nadie que llega se detiene,
Tema más quien se mira más arriba;
Y el que subió, por quien rodando viene.

MÁS SE HAN PERDIDO EN LA PROSPERIDAD CONFIADOS,

QUE EN LA ADVERSIDAD PREVENIDOS

Más escarmientos dan al Ponto fiero
31. (Si atiendes) la bonanza y el olvido
Que el peligro y naufragio prevenido,
Y el enojo del Euro más severo.
Ansí, cuando cortés y lisonjero
Noto tus velas mueva adormecido,
Y sirva, por tus gavias extendido,
De líquido y sonoro marinero,
Entonces ¡oh Mirtilo! desvelados
En la milicia de la calma ociosa
Tus sentidos irán y tus cuidados.
Menos dulce es la paz que peligrosa;
No salgas, no, á recibir los hados (1):
Tarda, con advertencia perezosa.

MORALIDAD ÚTIL

CONTRA LOS QUE HACEN ADORNO PROPRIO

DE LA AJENA DESNUDEZ (2)

Desabrigan en altos monumentos
32. Cenizas generosas, por crecerte,

(1) Este verso no consta, ó es flojísimo, si se le quiere hacer constar. Quevedo no lo escribiría así, probablemente. Quizás donde ahora se lee, en las primeras ediciones, *No salgas no* pondría Quevedo *No salgas nunca*. Convida á pensarlo así hasta la falta de coma del verbo.

(2) «Estudia esta enseñanza en la fábrica del castillo de Cartagena, que para edificarle deshicieron unos sepulcros de romanos.» (*Nota de la primera edición*).

Y altas ruinas, de que te haces fuerte,
Más te son amenaza que cimientos.
De venganzas del Tiempo, de escarmientos,
De olvidos y desprecios de la Muerte,
De túmulo funesto, osas hacerte
Árbitro de los mares y los vientos.
Recuerdos y no alcázares fabricas;
Otro vendrá después, que de sus torres
Alce en tus güesos fábricas más ricas.
De ajenas desnudeces te socorres,
Y procesos de mármol multiplicas:
Temo que con tu llanto el suyo borres.

ADVIERTE LA DOCTRINA SEGURA:

QUE CASTIGOS DE LA PROVIDENCIA DIVINA, FUERA DEL USO COMÚN,

AVISAN LA ENMIENDA DE PECADOS (1)

Si son nuestros cosarios nuestros puertos,
33. Si usurpa primavera belicosa
Al hibierno, estación facinorosa,
Con cielo armado, y con escollos iertos;
Si caudal sumergido, y hombres muertos,
La voz que gime el Ponto procelosa,
No acuerdan la conciencia perezosa,
Más estamos difuntos que despiertos.
Tú, Señor, ligas en tu diestra mano
Tempestades sonoras, ondas frías,
Fabricando en azote el Oceano.
Por cobradores tuyos nos envías
Hoy la borrasca, ayer el Luterano,
Y ejecutores son horas y días.

(1) «Está tomado oportunamente el argumento deste soneto de la pérdida de unos baxeles, gente y hacienda, en nuestro proprio puerto.» *(Nota de la primera edición).*

ENSEÑA Á MORIR ANTES,

Y QUE

LA MAYOR PARTE DE LA MUERTE ES LA VIDA, Y ÉSTA NO SE SIENTE,

Y LA MENOR, QUE ES EL ÚLTIMO SUSPIRO,

ES LA QUE DA PENA

Señor don Juan, pues con la fiebre apenas
34. Se calienta la sangre desmayada,
Y por la mucha edad, desabrigada,
Tiembla, no pulsa, entre la arteria y venas,
Pues que de nieve están las cumbres llenas,
La boca, de los años saqueada,
La vista, enferma en noche sepultada,
Y las potencias, de ejercicio ajenas,
Salid á recibir la sepoltura,
Acariciad la tumba y monumento;
Que morir vivo es la última cordura.
La mayor parte de la muerte, siento
Que se pasa en contentos y locura,
Y á la menor se guarda el sentimiento.

A UN AMIGO QUE RETIRADO DE LA CORTE

PASÓ SU EDAD

Dichoso tú, que, alegre en tu cabaña,
35. Mozo y viejo espiraste la aura pura,
Y te sirven de cuna y sepoltura
De paja el techo, el suelo de espadaña.
En esa soledad, que, libre, baña
Callado sol con lumbre más segura,
La vida (1) al día más espacio dura,
Y la hora, sin voz te desengaña.
No cuentas por los cónsules los años;
Hacen tu calendario tus cosechas;

(1) «Hypallage.» (*Apostilla de la primera edición*).

Pisas todo tu mundo sin engaños.
De todo lo que ignoras te aprovechas;
Ni anhelas premios, ni padeces daños,
Y te dilatas (1) cuanto más te estrechas.

EXCLAMA CONTRA EL RICO HINCHADO Y GLOTÓN

36. ¡Cuántas manos se afanan en Oriente
Examinando la mayor altura,
Porque en tus dedos breve coyuntura
Con todo un patrimonio esté luciente!
¡Cuánta descaminada ciega gente
Tiene en poco del mar la saña dura,
Sólo para que adorne tu locura
Rubia calamidad, púrpura ardiente!
¡Cuánto pirata de Noruega, atento
Ministro de tu gula, remontado
Despuebla de familia alada el viento!
¡Cuánto engaño de cáñamo anudado
Tiene el golfo, inquiriendo su elemento
Al pasto delicioso del pecado!

ACONSEJA Á UN AMIGO
QUE ESTABA EN BUENA POSESION DE NOBLEZA

NO TRATE DE CALIFICARSE, PORQUE NO LE DESCUBRAN LO QUE NO SE SABE (2)

37. Solar y ejecutoria de tu abuelo
Es la ignorada antigüedad sin dolo;
No escudriñes al Tiempo el protocolo,
Ni corras al silencio antiguo el velo.
Estudia en el osar de este mozuelo,
Descaminado escándalo del polo:
Para probar que descendió de Apolo,

(1) «En la vida.» (*Apostilla de la misma edición.*)
(2) «Con agudeza se vale del suceso de Faetón, quemado por acreditarse hijo del sol.» (*Nota de la primera edición*).

Probó, cayendo, descender del cielo.
No revuelvas los huesos sepultados;
Que hallarás más gusanos que blasones,
En testigos de nuevo examinados:
Que de multiplicar informaciones,
Puedes temer multiplicar quemados,
Y con las mismas pruebas Faetones.

EL POBRE CUANDO DA

PIDE MÁS QUE CUANDO PIDE (1)

38. Si lo que ofrece el pobre al poderoso,
Licas, á logro es dón interesado,
Pues da por recibir, menos cuidado
Pedigüeño dará que dadivoso.
Yo, que mendigo soy, mas no ambicioso,
Apenas de mi sombra acompañado,
Con lo que no te doy he disculpado
En mi necesidad lo cauteloso.
Pues que tu hacienda á mi caudal excede,
Deja que el ruego tu socorro cobre,
Por quien mi desnudez sola intercede.
No aguardes que mañosa ofrenda obre,
Pues sólo con no dar al rico puede
Ser con el rico liberal el pobre.

CASTIGA Á LOS GLOTONES Y BEBEDORES,

QUE CON LOS DESÓRDENES SUYOS

ACELERAN LA ENFERMEDAD Y LA VEJEZ (2)

39. Que los años por ti vuelen tan leves,
Pides á Dios, que el rostro sus pisadas
No sienta, y que á las greñas bien peinadas

(1) «Es argumento repetido de epigramatarios latinos y griegos.» (*Nota de la primera edición*).
(2) «Persio: *Poscis opem nervis*, etc.» (*Nota de la primera edición*).

No pase corva la vejez sus nieves.
Esto le pides, y borracho bebes
Las vendimias en tazas coronadas,
Y para el vientre tuyo las manadas
Que Apulia pasta son bocados breves.
Á Dios le pides lo que tú te quitas;
La enfermedad y la vejez te tragas,
Y estar de ellas exento solicitas.
Pero en rugosa piel la deuda pagas
De las embriagueces que vomitas,
Y en la salud que comilón estragas.

REPRESÉNTASE LA BREVEDAD DE LO QUE SE VIVE,

Y CUÁN NADA PARECE LO QUE SE VIVIÓ (1)

40. ¡Ha de la vida! ¿Nadie me responde?
Aquí de los antaños que he vivido;
La fortuna mis tiempos ha mordido (2);
Las horas mi locura las esconde (3).
¡Que, sin poder saber cómo ni adónde,
La salud y la edad se hayan huído!
Falta la vida, asiste lo vivido,
Y no hay calamidad que no me ronde.
Ayer se fué; mañana no ha llegado;
Hoy se está yendo sin parar un punto:
Soy un fué, y un será, y un es cansado.
En el hoy y mañana y ayer, junto
Pañales y mortaja, y he quedado
Presentes sucesiones de difunto.

(1) «Da á las mismas pensiones de la vida contenidas en el soneto antecedente, vejez y enfermedad, diversa causa; esta es: el propio vivir.» (*Nota de la primera edición*).

(2) «Las ambiciones han perdido parte de mi edad.» (*Apostilla de la primera edición*).

(3) «Los devaneos, otra parte.» (*Otra apostilla de la misma*).

SIGNIFÍCASE LA PROPRIA BREVEDAD DE LA VIDA,

SIN PENSAR

Y CON PADECER SALTEADA DE LA MUERTE

41. ¡Fué sueño ayer; mañana será tierra!
¡Poco antes, nada; y poco después, humo!
¡Y destino ambiciones, y presumo
Apenas punto al cerco que me cierra!
Breve combate de importuna guerra,
En mi defensa soy peligro sumo;
Y mientras con mis armas me consumo,
Menos me hospeda el cuerpo que me entierra.
Ya no es ayer; mañana no ha llegado;
Hoy pasa, y es, y fué, con movimiento
Que á la muerte me lleva despeñado.
Azadas son la hora y el momento,
Que, á jornal de mi pena y mi cuidado,
Cavan en mi vivir mi monumento.

ENSEÑA

EL CAMINO MÁS SEGURO PARA LA VIRTUD,

Y QUITA EL VELO ENGAÑOSO Á LA RIQUEZA (1)

42. Á quien la buena dicha no enfurece,
Ninguna desventura le quebranta;
Camina, Fabio, por la senda santa,
Que no en despeñaderos permanece.
Huye el camino izquierdo, que florece
Con el engaño de tu propria planta;
Pues cuanto en curso alegre se adelanta,
Tanto en mentidas lumbres te anochece.
Huye la multitud descaminada;
Deja la culpa espléndida, y seguro
La virtud dará el fin de la jornada.
Y si al engaño, en la opulencia obscuro,

(1) «Empieza con aquellas palabras de San Agustín: *Nulla infelicitas frangit, quem nulla felicitas corrumpit.*» (*Nota de la primera edición*).

Aplicas luz, harás que te persuada
Que el oro es cárcel con blasón de muro.

REPREHENDE LA CONTINUA SOLICITUD

DE LOS USUREROS (1)

Con más vergüenza viven Euro y Noto,
43. Licas, que en nuestra edad los usureros;
Sosiéganse tal vez los vientos fieros,
Y ocioso el mar no gime su alboroto.
No siempre el Ponto en sus orillas roto
Ejercita los roncos marineros;
Ocio tienen los golfos más severos;
Ocio goza el bajel; ocio el piloto.
Cesa de la borrasca la malicia;
Nunca cesa el despojo ni la usura,
Ni sabe estar ociosa su codicia.
No tiene paz; no sabe hallar hartura.
Osa llamar á su maldad justicia;
Arbitrio al robo; á la dolencia cura.

QUE AL MÁS VALEROSO LEÓN

PUEDE HACER DAÑO UNA SABANDIJA

Y BENEFICIO OTRA

¿Ves la greña que viste por muceta
44. Erizada, y la sima en donde embosca
Armas por dientes? ¿Que la cola enrosca,
Y en cada uña alista una saeta?
¿Que el bramido le sirve de trompeta,
Y que la zarpa desanuda tosca?
Pues todo lo ocasiona aquella mosca,

(1) «Es una expresión de las palabras de San Ambrosio, *De Ælia, Iejunio: Verecundiores sunt venti*, etc.» (*Nota de la primera edición*).

Y un átomo importuno le inquïeta.
  Por otra parte, aquel ratón, royendo,
Le quita la prisión que no ha podido
Quitarse, muy león y muy horrendo.
  Tal sucede al poder que es más temido:
Que le libra un ratón, que vive huyendo,
Y del mosquito le congoja el ruído.

LA HONESTA HUMILDAD EN EL TRAJE

ABRIGA AL HOMBRE Y LE ACONSEJA

  Sin veneno sarrano (1), en pobre lana,
45. Que acuerda de la oveja, no de Tiro,
Me abrigo, en tanto que vestidas miro
Las coronadas furias con la grana.
  La pálida ceniza (2), que tirana
Se guarda, y se descubre con suspiro,
No encamina la invidia á mi retiro,
Ni el sueño y la conciencia me profana.
  Las guijas que el Oriente por tesoro
Vende á la vanidad y á la locura,
Si no encienden mis dedos, no las lloro.
  De balde me da el sol su lumbre pura,
Plata la luna, las estrellas oro:
Basta que dé la tierra sepultura.

BURLA DE LOS QUE CON DONES

QUIEREN GRANJEAR DEL CIELO PRETENSIONES INJUSTAS

  Para comprar los hados más propicios,
46. Como si la deidad vendible fuera,

---

(1) «Con gran sabor de los poetas antiguos, llamó ansí á la *púrpura*, por haberse llamado la ciudad Tiro, de donde era la mejor, también *Sar*. Ennio la nombró *Sarra*. En diversos lugares usó deste apellido nuestro poeta. Baste advertirlo aquí.» *(Apostilla de la primera edición).*

(2) «El temor.» *(Apostilla de la misma edición).*

Con el toro mejor de la ribera
Ofreces cautelosos sacrificios.
Pides felicidades á tus vicios;
Para tu nave rica y usurera,
Viento tasado y onda lisonjera,
Mereciéndole al golfo precipicios.
Porque exceda á la cuenta tu tesoro,
Á tu ambición, no á Júpiter engañas;
Que él cargó las montañas sobre el oro.
Y cuando l'ara en sangre humosa bañas,
Tú miras las entrañas de tu toro,
Y Dios está mirando tus entrañas.

CONTRA LOS QUE QUIEREN GOBERNAR EL MUNDO

Y VIVEN SIN GOBIERNO (1)

47. En el mundo naciste, no á enmendarle,
Sino á vivirle, Clito, y padecerle;
Puedes, siendo prudente, conocerle;
Podrás, si fueres bueno, despreciarle.
Tú debes como huésped habitarle,
Y para el otro mundo disponerle;
Enemigo de l'alma, has de temerle,
Y, patria de tu cuerpo, tolerarle.
Vives mal presumidas y ambiciosas
Horas, inútil número del suelo,
Atento á sus quimeras engañosas;
Pues, ocupado en un mordaz desvelo,
Á ti no quieres enmendarte, y osas
Enmendar en el mundo tierra y cielo.

ADVERTENCIA À ESPAÑA

DE QUE ANSÍ COMO SE HA HECHO SEÑORA DE MUCHOS, ANSÍ SERÁ DE TANTOS ENEMIGOS INVIDIADA Y PERSEGUIDA, Y NECESITA DE CONTINUA PREVENCIÓN POR ESA CAUSA (2)

48. Un godo, que una cueva en la Montaña
Guardó, pudo cobrar las dos Castillas;

(1) «Séneca, epístola 108.» (*Nota de la primera edición*).
(2) «Séneca, epístola 88: *Quod unus populus eripuerit omnibus, facilius uni ab omnibus eripi posse.*» (*Nota de la primera edición*).

Del Betis y Genil las dos orillas
Los herederos de tan grande hazaña.
  Á Navarra te dió justicia y maña;
Y un casamiento, en Aragón, las sillas
Con que á Sicilia y Nápoles humillas,
Y á quien Milán espléndida acompaña.
  Muerte infeliz en Portugal arbola
Tus castillos. Colón pasó los godos
Al ignorado cerco de esta bola.
  Y es más fácil ¡oh España! en muchos modos,
Que lo que á todos les quitaste sola
Te puedan á ti sola quitar todos.

DIFÍCIL, AUNQUE LE LLAMARON FÁCIL,

PERO SOLO MEDIO VERDADERO

DE TENER RIQUEZA Y ALEGRÍA EN EL ÁNIMO (1)

49. Todo lo puede despreciar cualquiera;
Mas nadie ha de poder tenerlo todo:
Sólo, para ser rico, es fácil modo
Despreciar la riqueza lisonjera.
  El metal que á las luces de la Esfera
Por hijo primogénito acomodo,
Luego que al fuego se desnuda el lodo,
Espléndido tirano reverbera.
  Á ser peligro tan precioso viene
Polvo que, en vez de enriquecer, ultraja,
Que sólo á quien le tiene honor se tiene.
  La amarillez del oro está en la paja
Con más salud, y, pobres, nos previene,
Desde la choza alegre, la mortaja.

(1) «Doctrina es la que aquí se contiene muy repetida ya, por haberlo sido de muchos antiguos. Pero aquí quiso exprimir á Séneca en la epístola 62: *Contemnere omnia* etc.» (*Nota de la primera edición*).

MUESTRA POR EXTRAÑO Y INGENIOSO CAMINO

QUE ES DICHA NO SER PODEROSO, Y QUE SIEMPRE LOS QUE LO SON SUELEN EMPLEARLO MAL (1)

No es falta de poder que yo no pueda
50. Tener al benemérito quejoso,
Ni harto de venganza al invidioso
Que al bien obrar infama la vereda,
Ni eligir en ministro á quien enreda
El sosiego y la paz del virtuoso,
Ni ocupar en aumentos del vicioso
De la Fortuna próspera la rueda.
No es falta de poder que el poderío
Me falte para ofensas, siendo miedo
Al varón docto, y amenaza al pío.
Y, pues sin esta potestad me quedo,
Mucho le debo al poco poder mío,
Pues cuanto debo no querer no puedo.

DESCUBRE EL VICIO DE LA HIPOCRESÍA,

QUE AFECTAN MUCHOS EN LA DISIMULACIÓN DE SUS MALDADES (2)

Si el sol, por tu recato diligente,
51. No ve ¡oh Licas! horribles tus locuras,
Es argumento de vivir á escuras;
Pero no de que vives innocente.
Abona la ignorancia de la gente
Tu astucia, sí, no tus costumbres duras,
Cuando no parecer malo procuras,
Y serlo, si es posible, juntamente.
No dejas la maldad, y la retiras;

(1) «Es imitación de Séneca en la epístola 68: *Quidquid debebam nolle, non possum.*» (*Nota de la primera edición*).

(2) «Es sentencia de Séneca, libro I *De Ira*, cap. 14, *Innocentem quisquis se dicit* etc.» (*Nota de la primera edición*).

Eres prisión de culpas y venenos;
Son tus virtudes pálidas mentiras.
  Cubrir los vicios no los hace ajenos;
Pocos son malos, si á testigos miras;
Si á la consciencia, pocos son los buenos.

ADMIRABLE ENSEÑANZA DEL PEDIR (1)

  El barro, que me sirve, me aconseja,
52. Y el golpe, no el ladrón me le arrebata;
No pudo el Potosí guardar la plata,
Ni el mar, que ondoso y próvido le aleja.
  Del no guardarla yo, docto me deja
Bien la ambición, á mi quietud ingrata,
Cuando, con menos susto, se desata
El natural sustento en una teja.
  Pues tiene el vituperio por salida
El pedir, avergüéncese en la entrada,
Cuando tan poco ha menester la vida.
  Mas si el pedir es fuerza no excusada,
Quiero pedirme á mí que á nadie pida,
Primero que pedir á nadie nada (2).

ENSEÑA COMO LOS PUESTOS EN ALTA FORTUNA NO SUELEN ADMITIR CONSEJO (3)

  Conso, el primer consejo que nos diste
53. Fué mandarnos bajar para lograrte;

(1) «Fué de Demetrio, filósofo cínico, de quien refiere Séneca haber sido notable la profesión de su filosofía, pues como todos los otros filósofos la tuvieron de las virtudes, el sólo filosofó de la Pobreza.» (*Nota de la primera edición*).

(2) «Aquí, con todo rigor (sin el abuso permitido ya de las negaciones en la lengua castellana), *paritas negationum affirmat;* y ansí, es la sentencia: *primero que pedir algo.*» *(Apostilla de la primera edición).*

(3) «Conso fué tenido en Roma por dios del Consejo, á cuyo templo se bajaba por escalones, siendo ansí que á todos los otros se subía por ellos. Ansí lo refiere Dionisio Alexandrino. Da, pues, la razón aquí que parece pudieron tener los antiguos para esa diferencia; aunque Plutarco da otra.» (*Nota de la primera edición*).

Á los templos de Júpiter y Marte
Se sube, si se baja al que eligiste (1).
Al que desciende tu deidad asiste,
Y en lo humilde y lo bajo puede hallarte
Dios; que en las cumbres nunca tienes parte,
Donde la vanidad se te resiste.
Mas si te admite aquel que subir quiere,
Búsquete en Roma, que creció contigo,
Y en ella sus aumentos considere (2).
Yo, que desciendo, tus altares sigo;
Y quien por ti no baja, si subiere,
Buscando premios, hallará castigo.

Á UN CABALLERO

QUE CON PERROS Y CAZAS DE MONTERÍA OCUPABA SU VIDA

Primero va seguida de los perros
54. Vana tu edad que de sus pies la fiera;
Deja que el corzo habite la ribera,
Y los arroyos la espadaña y berros.
Quieres en ti mostrar que los destierros
No son castigo ya de ley severa;
El ciervo, empero, sin tu invidia muera;
Muera de viejo el oso por los cerros.
¿Qué afrenta has recibido del venado,
Que le sigues con ansia de ofendido?
Perdona al monte el pueblo que ha criado.
El pelo de Acteón, endurecido
En su frente, te advierte tu pecado:
Oye, porque no brames, su bramido.

---

(1) Janer, *erigiste*, como en la edición de 1661, entre otras, aun percatándose de que las primeras dicen *eligiste*. Conso no *erigió* el templo, ni es eso lo que el poeta quiso decir. Con todo, bueno será tener en cuenta que éste, ó, lo que más creemos, su editor D. Jusepe Antonio, escribía *eligir* por *erigir*, como el lector ha visto dos páginas atrás, en el soneto 50:

Ni *eligir* en ministro á quien enreda....

(2) «Colija del ejemplo de Roma los aumentos que tendrá proprios.» (*Apostilla de la primera edición*).

REPREHENDE Á UNA ADÚLTERA

LA CIRCUNSTANCIA DE SU PECADO (1).

Sólo en ti, Lesbia, vemos ha perdido...

(Tomo II, pág. 22).

DESCRIBE LA VIDA MISERABLE DE LOS PALACIOS,

Y LAS COSTUMBRES DE LOS PODEROSOS QUE EN ELLOS FAVORECEN (2)

Para entrar en palacio, las afrentas
55. ¡Oh Licino! son grandes, y mayores
Las que dentro conservan los favores
Y las dichas mentidas y violentas.
Los puestos en que juzgas que te aumentas
Menos gustos producen que temores,
Y, vendido al desdén de los señores,
Pocas horas de vida y de paz cuentas.
No te queda deudor de beneficio
Quien te comunicare cosa honesta;
Y sólo alcanzarás puesto y oficio
De quien su iniquidad te manifiesta;
Á quien, cuando quisieres, de algún vicio
Pudieres acusarle sin respuesta.

LLAMA Á LA MUERTE (3)

Vén ya, miedo de fuertes y de sabios:
56. Huya el cuerpo indignado con gemido

(1) «Es imitación muy expresa de Marcial, libro I, epigrama 35.» (*Nota de la primera edición*).

(2) Tienen los tercetos imitación de aquellos versos de Juvenal, sátira 3:

Nil tibi se debere putat, nil conferet unquam,
Participem qui te secreti fecit honesti.
Carus erit Verri, qui Verrem tempore, quo vult,
Accusare potest.

(*Nota de la primera edición*).

(3) Tomó favor el principio de este soneto de aquellas palabras de Virgilio: *Vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.* (*Nota de la primera edición*).

Debajo de las sombras, y el olvido
Beberán por demás (1) mis secos labios.
Fallecieron los Curios y los Fabios,
Y no pesa una libra, reducido
Á cenizas, el rayo amanecido
En Macedonia á fulminar agravios.
Desata de este polvo y de este aliento
El nudo frágil en que está animada
Sombra que succesivo anhela el viento.
¿Por qué emperezas el venir rogada,
Á que me cobre deuda el monumento,
Pues es la humana vida larga, y nada?

ESTE SONETO

REFINGIÓ DESPUÉS CASI TODO CON MUCHO ESPÍRITU, DE ESTE MODO

Vén ya, miedo de fuertes y de sabios:
57. Irá l' alma indignada con gemido
Debajo de las sombras, y el olvido
Beberán por demás mis secos labios.
Por tal manera Curios, Decios, Fabios
Fueron; por tal ha de ir cuanto ha nacido;
Si quieres ser á alguno bien venido,
Trae con mi vida fin á mis agravios.
Esta lágrima ardiente con que miro
El negro cerco que rodea á mis ojos
Naturaleza es; no sentimiento.
Con el aire primero este suspiro
Empecé, y hoy le acaban mis enojos,
Porque me deba todo al monumento.

ACONSEJA Á UN AMIGO

NO PRETENDA EN SU VEJEZ (2)

Deja la veste blanca desceñida,
58. Pues la visten los años á tus sienes,

(1) «Sin ser necesario». (*Apostilla en la misma*).

(2) «Alude á la costumbre antigua de los romanos, que, cuando pretendían, traían una vestidura blanca, de donde se llamaban *candidatos.*» (*Nota de la primera edición*).

Y los sesenta que vividos tienes
No los culpes, por cuatro ó seis de vida.
Dejar es prevención de la partida;
Es locura inmortal el juntar bienes
Y que, caduco, la ambición estrenes,
Sed que se enciende y crece, socorrida.
Doy que alcanzas el puesto que deseas,
Y que, escondido en polvo cortesano,
Las pretendientes sumisiones creas (1);
Pues yo sé bien que no será en tu mano
Que ayune, en los aumentos que granjeas,
De tu consciencia el vengador gusano.

QUE LA VIDA ES SIEMPRE BREVE Y FUGITIVA (2)

Todo tras sí lo lleva el año breve
59. De la vida mortal, burlando el brío
Al acero valiente, al mármol frío,
Que contra el tiempo su dureza atreve.
Antes que sepa andar el pie, se mueve
Camino de la muerte, donde envío
Mi vida oscura: pobre y turbio río,
Que negro mar con altas ondas bebe (3).
Todo corto momento es paso largo
Que doy, á mi pesar, en tal jornada,
Pues, parado y durmiendo, siempre aguijo.
Breve suspiro, y último, y amargo,
Es la muerte, forzosa y heredada;
Mas si es ley y no pena, ¿qué me aflijo?

(1) «Cuando ya fueres magistrado.» (*Apostilla en la misma edición*).
(2) «Concluye el discurso con una sentencia stoica». (*Nota de la primera edición*).
(3) «El mar bebe al río.» (*Apostilla de la misma edición*).

QUE SE HA DE TENER

DADO Á DIOS EN EL ÁNIMO TODO LO QUE EL HOMBRE POSEE,

PARA QUE

CUANDO LE FALTARE NO PAREZCA QUE SE LO QUITÓ (1)

60. Tuya es, Demetrio, voz tan animosa:
«Agravio á mi obediencia, Dios, hiciste,
Cuando tu voluntad no me dijiste
Antes que la trujera hora forzosa.
»Diera lo que me llevas, pues no hay cosa
Que me quites, si no es lo que me diste;
Pudiste recibir, y más quisiste
Ejecutar con mano rigurosa.
»Esto, que es obediencia, yo quisiera
Que fuera ofrecimiento: la alma mía
Y los hijos te doy del mismo modo.
»Cobra la hacienda que otro dueño espera:
No me agravie, Señor, tu cortesía,
Y, pues todo lo das, cóbralo todo.»

QUE EL ESPÍRITU SIN CULPA NO TEME LOS TRABAJOS ENVIADOS DEL CIELO (2)

«Llueve ¡oh Dios! sobre mí persecuciones»...

(Tomo III, pág. 26) (3).

---

(1) «Son unas esforzadas palabras que de Demetrio, filósofo cínico, refiere Séneca en el capítulo 5 del libro *De Providentia: Hanc quoque animosam Demetrij fortissimi viri vocem* etc.» (*Nota de la primera edición*).

(2) «Celebra otras no menos valerosas palabras que las antecedentes. Estas son de Epicteto, filósofo stoico de singular virtud y doctrina, que se refieren dignamente con admiración: *Plue, Iupiter, super me calamitates.* De donde con razón se colige discípulo en la escuela de los escritos de Job.» (*Nota de la primera edición*).

(3) Quevedo publicó este soneto en los principios de su *Epicteto traducido*. En la Musa II ofrece algunas variantes:

Verso 2: Mendigo esclavo y *cojo*, repetía.
» 9: ¡Oh *espíritu hazañoso! si* hospedado.
Versos 13 y 14: Y *por* tener á Dios desafiado,
No le ofendes, presumes ni te alteras.

CONOCE LAS FUERZAS DEL TIEMPO, Y EL SER EJECUTIVO COBRADOR DE LA MUERTE (1)

61. ¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Qué mudos pasos traes, ¡oh muerte fría!
Pues con callado pie todo lo igualas!
Feroz, de tierra el débil muro escalas
En quien lozana juventud se fía;
Mas ya mi corazón del postrer día
Atiende al vuelo, sin mirar las alas.
¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer vivir mañana,
Sin la pensión de procurar mi muerte!
Cualquier instante de la vida humana
Es nueva ejecución, con que me advierte
Cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

DESPRECIO DEL APARATO VANO Y SUPERFLUO

62. Pise, no por desprecio, por grandeza,
Minas el avariento fatigado;
Viva amando, medroso y desvelado,
En precioso dolor, pobre riqueza.
Ose contrahacer en su cabeza
Zodíaco y esferas, de ilustrado

(1) En la Musa VII publicó el sobrino de Quevedo otra lección de este admirable soneto, tan distinta de la inserta en la Musa II, que, más que sacar las variantes, convendrá copiarla íntegramente:

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, *vida* mía!
¡Qué mudos pasos *trae la* muerte fría,
Con pisar vanidad, soberbia y galas!
Ya cuelgan de mi muro sus escalas,
Y es su fuerza mayor mi cobardía;
Por nueva vida tengo cada día
Que al Tiempo cano nace entre las alas.
¡Oh *mortal condición!* ¡Oh dura suerte!
¡Que no puedo querer *ver á* mañana
Sin *temor de si quise ver* mi muerte!
Cualquier instante *desta* vida humana
Es *un nuevo argumento* que me advierte
Cuán frágil es, cuán mísera *y* cuán vana.

Cintillo, de planetas coronado,
Que en Oriente mintió Naturaleza.
  El escultor á Deucalión imite,
Cuando anime las piedras de su casa;
El pincel á los muertos resucite.
  Que en mi cabaña, con mi lumbre escasa,
Poco tendrá la Muerte que me quite,
Y la Fortuna en que ponerme tasa.

QUE LOS TRABAJOS ENSEÑAN VIRTUD,

COMO LAS PROSPERIDADES OLVIDO DE ELLA (1)

63. Tuvo, enojado, el alto Mar de España (2)
Apenas, Fabio, por orilla al cielo:
La ley de arena que defiende al suelo
Ofensas receló de tanta saña.
  Con temeroso grito la montaña
Hirió; llevóse el día obscuro velo;
Mezcló en las venas á la sangre el yelo
Erizado temor que le acompaña.
  ¡Qué me dictó de votos la tormenta!
Y ¡cuántas mi pavor al Ponto debe,
Y á la Deidad Suprema, exclamaciones!
  Nunca tierra alcanzara: antes violenta
Mi nave errara, pues el puerto, breve,
Olvido trujo á tantas oraciones.

PINTA EL ENGAÑO DE LOS ALQUIMISTAS

64. ¿Podrá el vidro llorar partos de Oriente?
¿Cabrá su habilidad en los crisoles?
¿Será la tierra adúltera á los soles,

(1) «Muéstralo, como Agatón Samio, poeta trágico, con el ejemplo de los que en el mar corren tormenta.» (*Nota de la primera edición*).

(2) Dábase este nombre al Mediterráneo.

Por concebir de un horno siempre ardiente?
¿Destilarás en baños á Occidente?
¿Podrán lo mismo humos que arreboles?
¿Abreviarán por ti los españoles
El precioso naufragio de su gente?
Osas contrahacer su ingenio al día;
Pretendes que le parle docta llama
Los secretos de Dios á tu osadía (1).
Doctrina ciega, y ambiciosa fama
El oro miente en la ceniza fría,
Y cuando le promete le derrama.

CONVENIENCIA DE NO USAR DE LOS OJOS,

DE LOS OÍDOS Y DE LA LENGUA

Oir, ver y callar remedio fuera
65. En tiempo que la vista y el oído
Y la lengua pudieran ser sentido,
Y no delito que ofender pudiera.
Hoy, sordos los remeros con la cera,
Golfo navegaré que (encanecido
De huesos, no de espumas) con bramido
Sepulta á quien oyó voz lisonjera.
Sin ser oído y sin oir, ociosos
Ojos y orejas, viviré olvidado
Del ceño de los hombres poderosos.
Si es delito saber quién ha pecado,
Los vicios escudriñen los curiosos,
Y viva yo ignorante y ignorado.

REPITE LA FRAGILIDAD DE LA VIDA,

Y SEÑALA SUS ENGAÑOS Y SUS ENEMIGOS

66. ¿Qué otra cosa es verdad sino Pobreza,
En esta vida frágil y liviana?

(1) Janer puso interrogado este terceto.

Los dos embustes de la vida humana,
Desde la cuna, son Honra y Riqueza.
  El Tiempo, que ni vuelve ni tropieza,
En horas fugitivas la devana (1);
Y, en errado anhelar, siempre tirana,
La Fortuna fatiga su flaqueza.
  Vive muerte callada y divertida
La Vida misma; la salud es guerra
De su proprio alimento combatida.
  ¡Oh, cuánto, inadvertido, el hombre yerra:
Que en tierra teme que caerá la Vida,
Y no ve que, en viviendo, cayó en tierra!

RETIRO DE QUIEN EXPERIMENTA CONTRARIA LA SUERTE,

YA PROFESANDO VIRTUDES, Y YA VICIOS (2)

67. Quiero dar un vecino á la Sibila
Y retirar mi desengaño á Cumas,
Donde, en traje de nieve con espumas,
Líquido fuego oculto mar destila (3).
  El son de la tijera que se afila
Oyen alegres mis desdichas sumas;
Corta á su vuelo la ambición las plumas,
Pues ya la Parca corta lo que hila.
  Fuí malo por medrar: fuí castigado
De los buenos; fuí bueno: fuí oprimido
De los malos, y preso, y desterrado.
  Contra mí solo atento el mundo ha sido;
Y, pues, sólo fué inútil mi pecado,
Cual si fuera virtud, padezca olvido.

---

(1) «Á la Vida.» (*Apostilla de la primera edición*).

(2) «Empieza con el principio de la sátira 3 de Juvenal, retirándose un amigo suyo á Cumas, patria de la sibila Cumea:

Laudo tamen vacuis quod sedem figere Cumis
Destinet, atque unum avem donare Sibyllæ etc.

(*Nota de la primera edición*).

(3) «Por la vecindad de Baya.» *(Apostilla de la misma edición).*

PREVENCIÓN PARA LA VIDA Y PARA LA MUERTE

68. Si no temo perder lo que poseo,
Ni deseo tener lo que no gozo,
Poco de la Fortuna en mí el destrozo
Valdrá, cuando me elija actor ó reo.
Ya su familia reformó el deseo;
No palidez el susto, ó risa el gozo,
Le debe (1) de mi edad el postrer trozo,
Ni anhelar á la Parca su rodeo.
Sólo ya el no querer es lo que quiero;
Prendas del alma son las prendas mías;
Cobre el puesto la muerte, y el dinero.
Á las promesas miro como á espías;
Morir al paso de la edad espero:
Pues me trujeron, llévenme los días.

ARREPENTIMIENTO Y LÁGRIMAS

DEBIDAS AL ENGAÑO DE LA VIDA

69. Huye sin percebirse, lento, el día,
Y la hora secreta y recatada
Con silencio se acerca, y, despreciada (2),
Lleva tras sí la edad lozana mía.
La vida nueva, que en niñez ardía,
La juventud robusta y engañada,
En el postrer invierno sepultada,
Yace entre negra sombra y nieve fría.
No sentí resbalar mudos los años;
Hoy los lloro pasados, y los veo
Riyendo de mis lágrimas y daños.
Mi penitencia deba á mi deseo,
Pues me deben la vida mis engaños,
Y espero el mal que paso, y no le creo.

(63) «Al deseo.» *(Apostilla de la primera edición).*
(64) «La hora secreta.» *(Apostilla de la misma edición).*

PRIVILEGIOS DE LA VIRTUD

Y TEMORES DEL PODER VIOLENTO

70. Desembaraza Júpiter la mano,
Derrámanse las nubes sobre el suelo,
Euro se lleva el sol y borra el cielo,
Y en noche y en invierno ciega el llano.
Tiembla escondido en torres el tirano,
Y es su guarda su muro y su recelo;
Y erizado temor le cuaja en yelo
Cuando el rayo da música al villano.
¡Oh serena virtud! El que valiente
Y animoso te sigue, en la mudanza
Del desdén y el halago de la gente,
Se pone más allá de donde alcanza
En vengativa luz la saña ardiente,
Y no del miedo pende y la esperanza.

AGRADECE, EN ALEGORÍA CONTINUADA,

Á SUS TRABAJOS SU DESENGAÑO Y SU ESCARMIENTO

71. ¡Qué bien me parecéis, jarcias y entenas,
Vistiendo de naufragios los altares,
Que son peso glorioso á los pilares
Que esperé ver tras mi destierro apenas!
Símbolo sois de ya rotas cadenas,
Que impidieron mi vuelta, en largos mares;
Mas bien podéis, santísimos lugares,
Agradecer mis votos en mis penas.
No tanto me alegrárades con hojas
En los robres antiguos, remos graves,
Como colgados en el templo y rotos.
Premiad con mi escarmiento mis congojas;
Usurpe al mar mi nave muchas naves;
Débanme el desengaño los pilotos.

REPREHENDE Á UN AMIGO,

DÉBIL EN EL SENTIMIENTO DE LAS ADVERSIDADES,

Y EXHÓRTALE Á SU TOLERANCIA

72. Desacredita, Lelio, el sufrimiento,
Blando y copioso el llanto que derramas,
Y con lágrimas fáciles infamas
El corazón, rindiéndole al tormento.
Verdad severa enmiende el sentimiento,
Si, varón fuerte, dura virtud amas;
Castigo (1) con profana boca llamas
El acordarse Dios de ti un momento.
Alma robusta en penas se examina
Y trabajos ansiosos y mortales
Cargan, mas no derriban, nobles cuellos.
Á Dios quien más padece se avecina;
Él está sólo fuera de los males,
Y el varón que los sufre, encima dellos.

REPRESENTA

LA MENTIROSA Y LA VERDADERA RIQUEZA

73. ¿Ves, con el oro, áspero y pesado
Del poderoso Licas el vestido?
¿Ves el sol por sus dedos repartido,
Y en círculos su fuego encarcelado?
¿Ves de inmortales cedros fabricado
Techo? ¿Ves en los jaspes detenido
El peso del palacio, ennoblecido
Con las telas que á Tiro han desangrado?
Pues no lo admires, y alta invidia guarda
Para quien de lo poco, humildemente,

(1) Algunas ediciones, *castigar*.

No deseando más, hace tesoro.
No creas fácil vanidad gallarda;
Que con el resplandor y el lustre miente
Pálida sed hidrópica del oro.

CONOCE LA DILIGENCIA CON QUE SE ACERCA LA MUERTE

Y PROCURA CONOCER TAMBIÉN LA CONVENIENCIA DE SU VENIDA,

Y APROVECHARSE DE ESE CONOCIMIENTO

Ya formidable y espantoso suena
74. Dentro del corazón el postrer día,
Y la última hora, negra y fría,
Se acerca, de temor y sombras llena.
Si agradable descanso, paz serena,
La muerte en traje de dolor envía,
Señas da su desdén de cortesía;
Más tiene de caricia que de pena.
¿Qué pretende el temor desacordado
De la que á rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?
Llegue rogada, pues mi bien previene;
Hálleme agradecido, no asustado;
Mi vida acabe, y mi vivir ordene.

ADVIERTE

LA TEMERIDAD DE LOS QUE NAVEGAN (1)

Creces, y con desprecio disfrazada
75. En yerba humilde, máquina espantosa,
Que fuerza disimula poderosa,
Y tiene toda la agua amenazada.

(1) «Significalo con mucho espíritu en una elegante execración que hace contra el cáñamo en yerba.» *(Nota de la primera edición).*

Vé, Noto (1), que secreta y encerrada
Alimentas en caña maliciosa
Tu más larga fatiga y peligrosa;
Tu peregrinación más codiciada.
Con menos hojas vive que cautelas;
Pues, á pesar del mar, sobre él tendidas
Juntará las orillas con sus telas.
Ahogáranse en ésta menos vidas
Corrida en lazos que tejida en velas:
Mortajas á volar introducidas.

MUESTRA EL ERROR DE LO QUE SE DESEA

Y EL ACIERTO EN NO ALCANZAR FELICIDADES

76. Si me hubieran los miedos sucedido
Como me sucedieron los deseos,
Los que son llantos hoy fueran trofeos:
Mirad el ciego error en que he vivido.
Con (2) mis aumentos proprios me he perdido:
Las ganancias me fueron devaneos;
Consulté á la Fortuna mis empleos,
Y en ellos adquirí pena y gemido.
Perdí, con el desprecio y la pobreza,
La paz y el ocio; el sueño, amedrentado,
Se fué en esclavitud de la riqueza.
Quedé en poder del oro y del cuidado,
Sin ver cuán liberal naturaleza
Da lo que basta al seso no turbado.

REY ES QUIEN REINA EN SUS PASIONES,

Y ESCLAVO EL REY SI ELLAS SON SEÑORAS

77. Lleva Mario el ejército, y á Mario
Arrastra ciego la ambición de imperio;
Es su anhelar al Cónsul vituperio,

(1) «Es irónica, no parenética, esta locución, de que usaron con grande energía los autores, como yo observo á aquellas palabras de Arbitro: *Ite, o mortales*, etc. *(Apostilla de la primera edición.)*

(2) En la edición de Janer, por errata, *Como*.

Y su llanto á Minturnas tributario.
  Padécenle los Cimbros temerario;
Padece en sí prisión y captiverio;
Fatigó su furor el hemisferio,
Y á su discordia falleció el erario.
  Y con desprecio, en África rendida,
Después mendigó pan quien las legiones
Desperdició de Roma esclarecida.
  ¿Qué sirve dominar en las naciones,
Si es monarca el pecado de tu vida (1)
Y provincias del vicio tus pasiones?

CIEGAS PETICIONES DE LOS HOMBRES Á DIOS (2)

78. «¡Oh! fallezcan los blancos los postreros
Años de Clito, y ya que ejercitado
Corvo reluzga el diente del arado,
Brote el surco tesoros y dineros.
  «Los que me apresuré por herederos (3),
Parto á mi sucesión anticipado,
Por deuda de la muerte y del pecado
Cóbrenlos ya los hados más severos.»
  ¿Por quién tienes á Dios? (4) ¿De esa manera
Previenes el postrero parasismo?
¿Á Dios pides insultos, alma fiera?
  Pues siendo Stayo de maldad abismo,
Clamara á Dios (5) ¡oh Clito! si te oyera;
Y ¿no temes que Dios clame á sí mismo? (6)

---

(1) Menos anfibológico hubiera sido decir, ya que no empeoraba el verso: *Si el pecado es monarca de tu vida.*

(2) «Este soneto es imitado de Persio en la sátira 2, y ansí, de sentencia dificultosa; y aunque se ayudó en algunas partes para su inteligencia, no basta sin alguna declaración. Representa los injustos votos y pretensiones que se suelen pedir á Dios. Estos se contienen en los cuartetos, en persona de Clito. Luego, en el postrero terceto hace este argumento: «Stayo, perversísimo hombre, si oyera iguales peticiones, exclamara á Dios: «Señor, ¿cómo lo sufres?» No, pues, podrá el mesmo Dios dejar de exclamar á sí proprio, siendo la suma bondad.»

(3) *Heredi poetas. (Apostilla de la primera edición.)*

(4) *De Iove quid sentis?* (*Apostilla de la misma edición.*)

(5) *Dic agedum Staio: Proh Iuppiter, Iuppiter, ó bone, clamet.» (Idem.)*

(6) *At sese non clamet Iuppiter ipse?* (*Idem.*)

CONJETURA LA CAUSA DE TOCARSE LA CAMPANA DE VELILLA,

EN ARAGÓN, DESPUÉS DE LA MUERTE DEL PIADOSO REY DON FELIPE III,

Y MUESTRA LA DIFERENCIA

CON QUE LA OIRÁN LOS HUMANOS

Ó el viento, sabidor de lo futuro,
79. Clamoreó por el difunto hado,
Ó en doctos caracteres anudado,
Le repitió parlero gran conjuro.
Y puede ser que spíritu más puro,
Á la advertencia humana destinado,
Pronunció penitencias al pecado
En lenguaje tan breve y tan obscuro.
Profético metal, los ciudadanos
Que de agüero y cometa son exentos,
Á tu son bailarán por estos llanos;
En tanto que tu voz y tus acentos
Oyen descoloridos los tiranos,
Y te atienden los reyes macilentos.

ENSEÑA

COMO TODAS LAS COSAS AVISAN DE LA MUERTE

Miré los muros de la patria mía,
80. Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo; vi que el sol bebía
Los arroyos del hielo desatados,
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa; vi que, amancillada,
De anciana habitación era despojos;
Mi báculo, más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

IMAGEN DEL TIRANO Y DEL ADULADOR (1)

81. Desconoces, Damocles, mi castigo,
Por no culpar tu lengua en mi tormento,
Y del semblante que esforzado miento
Con grande ostentación eres amigo.
No ves la amarillez que dentro abrigo,
Ni el corazón, que yace macilento,
Ni atiendes al mortal razonamiento
Del invisible y pertinaz testigo (2).
Pues sólo me acompañas (3), algún día
Contradígame voz tuya severa:
Oiga verdades la consciencia mía.
Merezca un desengaño antes que muera;
Que la contradicción es compañía,
Y no seremos dos de otra manera.

ENSEÑA NO SER SEGURA POLÍTICA REPREHENDER ACCIONES, AUNQUE MALAS SEAN, PUES ELLAS TIENEN GUARDADO SU CASTIGO (4)

82. Raer tiernas orejas con verdades
Mordaces ¡oh Licino! no es seguro:
Si desengañas, vivirás obscuro,
Y escándalo serás de las ciudades.
No las hagas, ni enojes las maldades,
Ni mormures la dicha del perjuro;
Que si gobierna y duerme Palinuro,
Su error castigarán las tempestades.

(1) «Represéntase en Dionisio y en Damocles ambas figuras. Y refiere aquí también aquella advertida sentencia: «Que aunque esté acom»pañado el príncipe de muchos de sus aduladores, está solo, porque todos »dicen lo que él.» (*Nota de la primera edición.*)

(2) «La propria conciencia.» (*Apostilla de la primera edición.*)

(3) «Porque muchos eran como uno.» (*Idem.*)

(4) «Es imitación de Persio, sátira 2: «*Sed quid opus teneras mor»daci radere vero auriculas*, etc.» (*Nota de la primera edición.*)

El que piadoso desengaña amigos
Tiene mayor peligro en su consejo
Que en su venganza el que agravió enemigos.
Por esto á la maldad y al malo dejo.
Vivamos, sin ser cómplices, testigos;
Advierta al mundo nuevo el mundo viejo.

MUESTRA QUE ALGUNAS REPÚBLICAS SE ENFERMAN CON LO QUE IMAGINAN MEDICINA (1)

83. Miedo de la virtud llamó algún día
En Atenas *virtud* al ostracismo,
Y en Sicilia arrojaba el petalismo,
Por dolencia, al valor y valentía.
Si á Scipión, que gozaba, le temía
Roma, que del postrero parasismo
La libró, y de Aníbal, siendo de él mismo
Aquel temor que él antes sido había,
¿Cómo también con votos no apedrea
El Ostraco los pérfidos tiranos
Que en vicio exceden y codicia fea?
¿Por qué han de ser los malos, ciudadanos?
Que si el destierro en la virtud se emplea,
Es echar la salud por quedar sanos.

RUINA DE ROMA

POR CONSENTIR ROBOS DE LOS GOBERNADORES DE SUS PROVINCIAS (2)

84. El sacrílego Verres ha venido
Con las naves cargadas de trofeos,

(1) «En repúblicas de la Grecia fué costumbre que los ciudadanos que excedían mucho en virtudes á los otros fuesen desterrados por votos del pueblo, y el modo de votar era con unas *pedrezuelas* ó *tejuelas* que daba cada uno. De donde esta costumbre se llamó *ostracismo*, y *petalismo* también, porque en otras partes, como en la Magna Grecia de Sicilia, en vez de *piedras*, votaban con *hojas de árboles*. Aristóteles, en el libro tercero de su *Politica* y los scholiastes de Aristófanes lo discurren. El argumento, pues, de este soneto es, refiriendo esta costumbre, persuadir después que fuera más acertada si se ejecutara en los tiranos y ciudadanos perversos.» (*Nota de la primera edición.*)

(2) «Es casi traducción, y elegante, de Juvenal en la sátira 8, desde aquellas palabras: «*Inde Dolabella est*, etc.» (*Nota de la primera edición.*)

De paz culpada, y con tesoros reos,
Y triunfo de lo mismo que ha perdido;
¡Oh Roma! ¿por qué culpa han merecido
Grandes principios estos fines feos?
Gastas provincias en hartar deseos
Y en ver á tu ladrón enriquecido.
Después que la romana santa y pura
Pobreza pareció, se han coronado
Tus delitos, tu afrenta y tu locura.
De tu virtud tus vicios han vengado
Á los que sujetó tu fuerza dura,
Y aclaman por victoria tu pecado.

ADVIERTE CONTRA EL ADULADOR
QUE LO DULCE QUE DICE NO ES POR DELEITAR AL QUE LO ESCUCHA,
SINO POR INTERÉS PROPRIO SUYO,
Y AMENAZA Á QUIEN LE DA CRÉDITO

85. Con acorde concento, ó con ruidos
Músicos, ensordeces al gusano,
Para que los enojos del verano
No atienda, ni del cielo los bramidos.
No es piedad confundirle los sentidos;
Codicia sí, guardándole (1) tirano,
Para que su mortaja con su mano
Hile, y en su mortaja tus vestidos.
Nació paloma, y en tu seno el vuelo
Perdió; gusano, arrastra (2) despreciado,
Y osas llamar tu vil cautela celo.
Tal fin tendrá cualquiera desdichado
Á quien estorba oir la voz del Cielo,
Con músico alboroto, su pecado.

---

(1) «El que le guarda.» (*Apostilla de la primera edición*).
(2) «Hácele verbo neutro; esto es: *Va arrastrando.*» (*Idem*).

Á UN SEÑOR PERSEGUIDO

Y CONSTANTE EN LOS TRABAJOS (1)

86. De amenazas del Ponto rodeado
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Más aplauso te da que nó cuidado.
Reinas con majestad, escollo osado,
En las iras del mar enfurecido,
Y, de sañas de espuma encanecido,
Te ves de tus peligros coronado.
Eres robusto escándalo á orgullosa
Prora que, por peligros naufragante,
Te advierte (2), y no te toca, escrupulosa.
Y á su invidia y al mar, siempre constante,
De advertido bajel seña piadosa
Eres, norte y aviso á vela errante.

AMENAZA DE LA INOCENCIA PERSEGUIDA,

QUE HACE AL RIGOR DE UN PODEROSO

87. Ya te miro caer precipitado,
Y que en tus proprias ruinas te confundes;
Que en ti proprio te rompes y te hundes,
Entre tus chapiteles sepultado.
Tanto como has crecido has enfermado,
Y, por más bien que los cimientos fundes,
Mientras en oro y vanidad abundes,
Tu tesoro y poder son tu pecado.
Si de los que derribas te levantas
Y si de los que entierras te edificas,
En amenazas proprias te adelantas.
Medrosos escarmientos multiplicas;
Lágrimas tristes, que ocasionas, cantas:
Son tu caudal calamidades ricas.

(1) «Figúrale con la alegoría de un peñasco del mar.» (*Nota de la primera edición.*)

(2) «Te conoce.» (*Apostilla de la misma edición.*)

SIGUE EL MISMO ARGUMENTO,

HABLANDO CON DIOS (1)

88. Á tu justicia tocan mis contrarios,
Pues á encargarte de ellos te comides,
Cuando venganzas para ti nos pides,
Que guarda tu decreto en tus erarios.
Contigo lo han de haber los temerarios,
Pues en humo y ceniza los divides;
Y el blasón de sus armas y sus lides
Desmentirás con escarmientos varios.
Pues Dios de las Venganzas te apellidas,
Baja al tirano débil encumbrado;
Hártese en él tu saña de heridas.
De mi agravio, Señor, te has encargado:
Pues tus promesas, grande Dios, no olvidas,
Caiga deshecho el monstro idolatrado.

AL INCENDIO DE LA PLAZA DE MADRID,

EN QUE SE ABRASÓ TODO UN LADO DE CUATRO

Cuando la Providencia es artillero...

(Tomo II, pág. 383.)

TOMA VENGANZA DE LA LASCIVIA

LA PENITENCIA DE LA RIQUEZA DESPERDICIADA,

Y ADORA LA MESMA LASCIVIA

EN ÍDOLO SU ARREPENTIMIENTO (2)

89. Si Venus hizo de oro á Fryne bella,
En pago á Venus hizo de oro Fryne,

(1) «Parece estar escrito este soneto con atención á que el Señor dice en el Deuteronomio *que le encomienden la venganza, que su Majestad la enviará á su tiempo*. Refiere estas palabras San Pablo *ad Romanos et ad Hebræos*, cap. 10, verso 30: «*Mihi vindictam, et ego retribuam.*» (*Nota de la primera edición.*)

(2) «Fryne, famosa ramera, dedicó á Venus una estatua de oro, y en la basa escribió: «*Ex græcorum intemperantia*», castigando así su desatino la que había sido la causa. De donde tomó este soneto el argumento.» (*Nota de la primera edición.*)

Porque el lascivo corazón se incline
Al precio de sus culpas como á ella (1).
Adore sus tesoros, si los huella
El desperdicio, y tarde ya los gime;
Que tal castigo y penitencia oprime
A quien abrasa femenil centella.
En pálida hermosura enriquecidas
Sus faciones, dió vida á su figura
Fidias, á quien prestó sus manos Midas.
Arde en metal precioso su blancura;
Veneren, pues les cuesta seso y vidas,
Los griegos su pecado y su locura.

RESTITUYE FRYNE EN SEGURIDAD A SU PATRIA

LO QUE HABÍA USURPADO EN INQUIETUDES (2)

Fryne, si el esplendor de tu riqueza
90. Á Tebas dió muralla bien segura,
Tantos padrones cuente á tu hermosura,
Cuantas piedras se ven en su grandeza.
Del grande Macedón la fortaleza
Desfiguró su excelsa arquitectura;
Mas lo que abate fuerza armada y dura
Restituye desnuda tu flaqueza.
Tú, que fuiste prisión de los Tebanos,
Eres defensa á Tebas, que yacía
Cadáver lastimoso de estos llanos.
La ciudad que por ti lasciva ardía
Se venga del poder de otros tiranos,
Con lo que le costó tu tiranía.

---

(1) «Á la estatua de Venus haga veneración, como la hizo á la hermosura de la ramera» (*Apostilla de la primera edición*)

(2) «Llegó á tanta riqueza por su hermosura, que pudo reedificar los muros de Tebas, que había arruinado Alejandro Macedón.» (*Nota de la primera edición.*)

LAS CAUSAS DE LA RUINA

DEL IMPERIO ROMANO

91. En el precio el favor, y la ventura,
Venal; el oro, pálido tirano;
El erario, sacrílego y profano;
Con togas la codicia y la locura.
En delitos patíbulo la altura;
Más suficiente el más soberbio y vano;
En opresión el sufrimiento humano,
En desprecio la sciencia y la cordura.
Promesas son ¡oh Roma! dolorosas
Del precipicio y ruina que previenes
Á tu imperio y sus fuerzas poderosas.
El laurel que te abraza las dos sienes
Llama al rayo, que evita, y peligrosas
Y coronadas por igual las tienes.

ABUNDOSO Y FELIZ LICAS EN SU PALACIO,

SÓLO ÉL ES DESPRECIABLE

92. Harta la toga del veneno tirio,
Ó ya en el oro pálida y rigente,
Cubre con los tesoros del Oriente,
Mas no descansa ¡oh Licas! tu martirio.
Padeces un magnífico delirio,
Cuando felicidad tan delincuente
Tu horror oscuro en esplendor te miente,
Víbora en rosicler, áspid en lirio.
Competir su palacio á Jove quieres,
Pues miente el oro estrellas á su modo
En el que vives sin saber que mueres.
Y en tantas glorias, tú, señor de todo,
Para quien sabe examinarte, eres
Lo solamente vil: el asco, el lodo.

LA TEMPLANZA,

ADORNO PARA LA GARGANTA, MÁS PRECIOSO QUE LAS PERLAS

DE MAYOR VALOR

Esta concha que ves presuntuosa,
93. Por quien blasona el mar índico y moro;
Que en un bostezo concibió un tesoro
Del sol y el cielo, á quien se miente esposa,
Esta pequeña perla y ambiciosa,
Que junta su soberbia con el oro,
Es defecto del nácar, no decoro,
Y mendiga beldad, aunque preciosa.
Bastaba que la gula el mar pescara,
Sin que avaricia en él tendiera redes
Con que la vanidad alimentara.
Floris, mejor con la templanza puedes
Adornar tu garganta, que con rara
Perdición rica que del Ponto heredes.

COMPREHENDE LA OBEDIENCIA DEL MAR

Y LA INOBEDIENCIA DEL CODICIOSO EN SUS AFECTOS

La voluntad de Dios por grillos tienes...

(Tomo II, pág. 19).

CONTIENE UNA ELEGANTE ENSEÑANZA

DE QUE TODO LO CRIADO

TIENE SU MUERTE, DE LA ENFERMEDAD DEL TIEMPO

94. Falleció César; fortunado y fuerte
Ignoran la piedad y el escarmiento

Señas de su glorioso monumento,
Porque también para el sepulcro hay muerte (1).
Muere la vida, y de la misma suerte
Muere el entierro rico y opulento;
La Hora, con oculto movimiento,
Aun calla (2) el grito que la Fama vierte.
Devanan sol y luna, noche y día (3),
Del mundo la robusta vida, y lloras
Las advertencias que la edad te envía.
Risueña enfermedad son las auroras;
Lima de la salud es su alegría;
Licas, sepultureros son las Horas.

DESCUBRE

QUIÉN LLEVA LOS PREMIOS DE LAS VICTORIAS MARCIALES (4)

Más vale una benigna hora del Hado
95. Al que sigue la caja y la bandera,
Que si una carta de favor le diera
Vénus para Mavorte enamorado.
Heridas son lesión al desdichado:
Nó mérito á su fama verdadera;
Servir no es merecer, sino quimera
Que entretiene la vida del soldado.
De las pérdidas triunfa el venturoso;
Padece sus vitorias el valiente,
En mañosa calumnia del ocioso.
Druso, acomoda con la edad la mente:
Guarda para la paz lo belicoso;
Aprende á ser en el peligro ausente.

---

(1) «*Mors etiam saxis, marmoribusque venit.*» (*Apostilla de la primera edición*)

(2) «Verbo activo.» (*Idem*)

(3) «Apposición.» (*Idem*)

(4) «Contiénese una imitación bien expresa de Juvenal en la sátira última:

...plus etenim Fati valet hora benigna,
Quam si nos Veneris commendet epistola Marti, etc.

(*Nota de la primera edición.*)

DESCONSUELA AL PODEROSO

QUE AFLIGE Y DESFAVORECE A ALGUNO POR VENGARSE

Y ENSEÑA AL PERSEGUIDO COMO LE DESPRECIE

El que me niega lo que no merezco
96. Me da advertencia: no me quita nada;
Que en ambición sin méritos premiada,
Más me deshonro yo que me enriquezco.
Si con las otras malas yerbas crezco,
Pues se aborrece más la más medrada,
Mereceré el enojo de la azada,
Cuando inútil los surcos empobrezco.
Quien mi pobreza y soledad aumenta,
Á pesar de su intento, me asegura,
Y con lo que me niega me acrescienta.
No puede estar sujeto á desventura
Quien teme el beneficio por afrenta;
Quien tiene la esperanza por locura.

CONTRA LOS HIPÓCRITAS

Y FINGIDA VIRTUD DE MONJAS Y BEATAS,

EN ALEGORÍA DEL COHETE

No digas, cuando vieres alto el vuelo
97. Del cohete, en la pólvora animado,
Que va derecho al cielo encaminado,
Pues no siempre quien sube llega al cielo.
Festivo rayo que nació del suelo,
En popular aplauso confiado,
Disimula el azufre aprisionado;
Traza es la cuerda, y es rebozo el velo.
Si le vieres en alto radïante,
Que con el firmamento y sus centellas
Equivoca su sitio y su semblante,
¡Oh, no le cuentes tú por una dellas!
Mira que hay fuego artificial farsante,
Que es humo y representa las estrellas.

ES AMENAZA Á LA SOBERBIA

Y CONSUELO Á LA HUMILDAD DEL ESTADO

¿Puedes tú ser mayor? ¿Puede tu vuelo
98. Remontarse á más alta y rica cumbre,
Ni á más hermosa y clara excelsa lumbre
Que la que ves arder por todo el cielo?
¿Puede mi desnudez y mi desvelo,
Y el llanto que á mis ojos es costumbre,
Bajarme más que al cardo y la legumbre,
Que son desmedro al más inútil suelo?
Pues todo el oro fijo y el errante,
Que sombras de la noche nos destierra
Y son vista del orbe centellante,
Todo el pueblo de luz que el zafir cierra,
Eterno al parecer, siempre constante,
Tiene donde caer; mas no la tierra.

NÁUFRAGA NAVE,

QUE ADVIERTE Y NO DA ESCARMIENTO

Tirano de Adria el Euro, acompañada
99. De invierno y noche la rugosa frente,
Sañudo se arrojó y inobediente,
La cárcel rota y la prisión burlada.
Bien presumida y mal aconsejada,
Pomposa nave sus enojos siente;
Gime el mar ronco temerosamente;
Líquida muerte bebe gente osada,
Cuando en maligno escollo inadvertida,
De escarmientos la playa procelosa
Infamó, en mil naufragios dividida.
Y nunca faltará vela animosa
¡Tal es la presunción de nuestra vida!
Que repita su ruina lastimosa.

Á UN IGNORANTE

MUY DERECHO, SEVERO Y MISTERIOSO DE FIGURA

100. Esta frente ¡oh Giaro! en remolinos
Torva y en rugas pálida y funesta,
Antes señas de toro manifiesta
Que de estudios severos y divinos.
Tus semblantes ceñudos y mohinos,
Si no descifran délfica respuesta,
Obligan que, de risa descompuesta,
Se descalcen los proprios Calepinos.
No tiene por fructífera el villano
La espiga que como huso se endereza,
Sino la curva, á quien derriba el grano.
Hacia la tierra inclina tu entereza,
Porque lo erguido se promete vano,
Y que está sin meollo la cabeza.

DESCUIDO DEL DIVERTIDO VIVIR

Á QUIEN LA MUERTE LLEGA IMPENSADA

101. Vivir es caminar breve jornada,
Y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
Ayer al frágil cuerpo amanecida,
Cada instante en el cuerpo sepultada.
Nada, que, siendo, es poco, y será nada
En poco tiempo, que ambiciosa olvida;
Pues, de la vanidad mal persuadida,
Anhela duración, tierra animada.
Llevada de engañoso pensamiento
Y de esperanza burladora y ciega,
Tropezará en el mismo monumento.
Como el que, divertido, el mar navega,
Y, sin moverse, vuela con el viento,
Y antes que piense en acercarse, llega.

VIRTUD DE LA MÚSICA HONESTA Y DEVOTA,

CON ABOMINACIÓN DE LA LASCIVA (1)

102. Músico Rey (2) y médica harmonía,
Exorcismo canoro sacrosanto,
Y en angélica voz tutelar canto,
Bien acompañan cetro y monarquía.
La negra Majestad (3) con tiranía
De Saul en las iras y en el llanto
Reinaba, y fué provincia suya, en tanto
Que de David á la harpa no atendía.
Decente es santo coro al rey sagrado (4);
Útil es el concento religioso
Al rey que de Luzbel yace habitado (5).
¡Oh no embaraces, Fabio, el generoso
Oído con los tonos del pecado,
Porque halle el psalmo tránsito espacioso!

ENSEÑA Á LOS AVAROS Y CODICIOSOS

EL MÁS SEGURO MODO DE ENRIQUECER MUCHO

103. Si enriquecer pretendes con la usura,
Cristo promete ¡oh pálido avariento!
Por uno que en el pobre le des, ciento:
¿Dónde hallarás ganancia más segura?
La desdicha del pobre es tu ventura;
Su hambre y su miseria, tu sustento;
Su desnudez tus galas y tu aumento,
Si socorres su afan y pena dura.

(1) «Cuatro reyes asisten á este soneto: el del Cielo, el del Infierno y dos de la Tierra» (*Nota de la primera edición.*)
(2) «David» (*Apostilla de la misma edición.*)
(3) «Luzbel.» (*Idem*)
(4) «Dios, solo verdadero rey.» (*Idem.*)
(5) «Saul.» (*Idem.*)

Fías de la codicia del tratante (1),
Y de la tierra (2), y en alado pino
Los tesoros al mar siempre inconstante (3),
Y sólo dudas del poder divino,
Pues su misma promesa no es bastante
Á persuadir tu ciego desatino.

LOS VANOS Y PODEROSOS,

POR DEFUERA RESPLANDECIENTES, Y DENTRO PÁLIDOS Y TRISTES

Si las mentiras de Fortuna, Licas,
104. Te desnudas, veráste reducido
Á sola tu verdad, que, en alto olvido,
Ni sigues, ni conoces, ni platicas.
Esas larvas espléndidas y ricas,
Que abultan tus gusanos con vestido
En el veneno tirio recocido (4),
Presto vendrán á tu soberbia chicas.
¿Qué tienes, si te tienen tus cuidados?
¿Qué puedes, si no puedes conocerte?
¿Qué mandas, si obedeces tus pecados?
Furias del oro habrán de poseerte;
Padecerás tesoros mal juntados;
Desmentirá tu presunción la Muerte.

EL ORO, CONSIDERÁNDOLE EN SU ORIGEN,

Y DESPUÉS EN SU ESTIMACIÓN (5)

Este metal que resplandece ardiente
105. Y tanta invidia en poco bulto encierra,

(1) «Si eres usurero.» (*Apostilla de la primera edición.*)
(2) «Si eres labrador.» (*Idem.*)
(3) «Si eres mercader.» (*Idem.*)
(4) «*Purpura dibapha et bis tincta.*» (*Idem.*)
(5) «Los cuartetos tienen imitación de Tertuliano.» (*Nota de la primera edición.*)

Entre las llamas renunció la tierra:
Ya no conoce al risco por pariente.
  Fundido, ostenta brazo omnipotente,
Horror que á la ciudad prestó la sierra,
Descolorida paz, preciosa guerra,
Veneno de la Aurora y del Poniente.
  Este en dineros ásperos cortado,
Orbe pequeño, al hombre le compite
Los blasones de ser mundo abreviado.
  Pálida ley que todo lo permite;
Caudal perdido cuanto más guardado;
Sed que no en la abundancia se remite.

DESENGAÑO DE LA EXTERIOR APARIENCIA

CON EL EXAMEN INTERIOR Y VERDADERO

106. ¿Miras este gigante corpulento,
Que con soberbia y gravedad camina?
Pues por de dentro es trapos y fagina,
Y un ganapán le sirve de cimiento.
  Con su alma vive y tiene movimiento,
Y adonde quiere su grandeza inclina;
Mas quien su aspecto rígido examina
Desprecia su figura y ornamento.
  Tales son las grandezas aparentes
De la vana ilusión de los tiranos:
Fantásticas escorias eminentes.
  ¿Veslos arder en púrpura, y sus manos
En diamantes y piedras diferentes?
Pues asco dentro son, tierra y gusanos.

ADVIERTE Á LOS AVAROS

LA OCASIÓN DE FALTARLES MUCHAS VECES SUS AUMENTOS (1)

107. Injurias dices, avariento, al cielo;
Llámasle de metal, porque no llueve;

(1) «Es doctrina de San Cipriano á Demetrio, y de San Gregorio Nazianzeno, *Oratione in Plagam Grandinis.*» (*Nota de la edición primera.*)

Dime el socorro que á tu trox le debe
En el pobre que viste sin consuelo.
De estéril osas acusar el suelo,
Porque á los gritos tuyos no se mueve;
Presumes, necio, de mandar la nieve,
Y al invierno tasar quieres el yelo.
Si no se abre el cielo soberano,
Si no dan fruto á tu labor las tierras,
Imitan tus graneros y tu mano.
En cuanto al cielo le suplicas yerras;
Pues, de los bienes que te dió tirano (1),
Le pides que se abra, y tú le cierras.

DESASTRE DEL VALIDO QUE CAYÓ,

AUN EN SUS ESTATUAS (2)

108. ¿Miras la faz, que al orbe fué segunda,
Y en el metal vivió rica de honores,
Cómo arrastrada sigue los clamores,
En las maromas de la plebe inmunda?
No hay fragua que sus miembros no los funda
En calderas, sartenes y asadores;
Y aquel miedo y terror de los señores
Sólo de humo en la cocina abunda.
El rostro que adoraron en Seyano,
Despedazado en garfios es testigo
De la instabilidad del precio humano.
Nadie le conoció, ni fué su amigo;
Y sólo quien le infama de tirano
No acompañó el horror de su castigo.

---

(1) «Tirano de los bienes que te dió», explica, aclarando, la apostilla de González de Salas, en la edición primera. Y á fe que la aclaración era harto necesaria, pues la transposición hace tan anfibológico el sentido de esta frase, que al pronto no se cae en la cuenta de si Quevedo llama *tirano* á secas al avaro, ó al *cielo*, que le dió los bienes, y más parece cualquiera de estas cosas que lo que es en realidad.

(2) «Es muy precisa expresión de Juvenal, en la sátira 10:

Ardet adoratum populo caput, etc.»

(*Nota de la primera edición.*)

REPREHENSIÓN DE LA GULA (1)

109. ¿Tan grande precio pones á la escama?
Ya fuera más barato, bien mirado,
Comprar el pescador, y no el pescado,
En que tanta moneda se derrama.
No el pescado que comes, mas la fama,
Lo caro y lo remoto, es lo preciado,
Pues, de los peces de otro mar cargado,
Lleva tu sueño vuelcos á la cama.
Yo invidio al que te vende la murena
Que entre Caribdi y Scila resbalaba,
Pues más su bolsa que tu vientre llena.
Das grande precio por lo que otro alaba;
Más es la tuya adulación, que cena,
Y más tu hacienda que tu hambre acaba.

MUESTRA LA INIQUIDAD

QUE LOS PODEROSOS USAN CON LA HEREDAD DEL POBRE,

SI TIENEN CODICIA DELLA,

HASTA QUE SE LA TOMAN EN BAJO PRECIO (2)

110. En la heredad del pobre las espigas
Más gruesas te parecen, más opacas,
Y ni en tus trojes la codicia aplacas,
No pudiendo sufrir su mies las vigas.
Arrójanle tus ansias enemigas
Con laso cuello (3) en su quiñón tus vacas,
Para que, hambrientas las que entraron flacas,
Le saquen la cosecha en las barrigas.

---

(1) «Es imitación de la sátira cuarta de Juvenal:

Hoc pretium squammæ? Potuit fortassè minoris,
Piscator, quam piscis emi, etc.»

(*Nota de la primera edición.*)

(2) «Es también de Juvenal, sátira 14: *Quorum si pretio dominus non vincitur ullo*, etc.» (*Nota de la primera edición*)

(3) Janer leyó «con *suelto* cuello», no sabemos por qué.

¡Oh, cuánto (1) lloran robos dolorosos
De la invidia opulenta! ¡Oh, cuántos males
Ocasionan vecinos poderosos!
Hasta que, á intercesión de injurias tales,
Les expongan los dueños querellosos
Aquellas posesiones, ya venales.

MUESTRA

EN OPORTUNA ALEGORÍA LA SEGURIDAD DEL ESTADO POBRE

Y EL RIESGO DEL PODEROSO

¿Ves esa choza pobre, que en la orilla
111. Con bien unidas pajas burla al Noto?
¿Ves el horrendo y líquido alboroto,
Donde agoniza poderosa quilla?
¿No ves la turba ronca y amarilla
Desconfiar de la arte y del piloto,
Á quien, si el parasismo acuerda el voto,
La muerte los semblantes amancilla?
Pues eso ves en mí, que, retirado
Á la serena paz de mi cabaña,
Más quiero verme pobre que anegado.
Y miro, libre, naufragar la saña
Del poder cauteloso que, engañado,
Tormenta vive cuando alegre engaña.

ENSEÑA QUE, AUNQUE TARDE,

ES MEJOR RECONOCER EL ENGAÑO DE LAS PRETENSIONES

Y RETIRARSE Á LA GRANJERÍA DEL CAMPO

Cuando esperando está la sepoltura
112. Por semilla mi cuerpo fatigado,

(1) Janer, como en algunas ediciones, *cuántos*.

Doy mi sudor al reluciente arado
Y sigo la robusta agricultura.
Disculpa tiene, Fabio, mi locura,
Si me quieres creer escarmentado:
Probé la pretensión con mi cuidado,
Y hallo que es la tierra menos dura.
Recojo en fruto lo que aquí derramo,
Y derramaba allá lo que cogía;
Quien se fía de Dios sirve á buen amo.
Más quiero depender del sol y el día,
Y de la agua, aunque tarde si la llamo,
Que de l'áulica infiel astrología.

Á UN JUEZ MERCADURÍA

Las leyes con que juzgas ¡oh Batino!
113. Menos bien las estudias que las vendes;
Lo que te compran solamente entiendes;
Más que Jasón te agrada el vellocino.
El humano derecho y el divino,
Cuando los interpretas, los ofendes;
Y, al compás que la encoges ó la extiendes,
Tu mano para el fallo se previno.
No sabes escuchar ruegos baratos,
Y sólo quien te da te quita dudas;
No te gobiernan textos, sino tratos.
Pues que de intento y de interés no mudas,
Ó lávate las manos con Pilatos,
Ó con la bolsa ahórcate con Judas.

VIRTUD DE LA PRESENCIA DEL SEÑOR

EN LA AGRICULTURA Y EN LA GUERRA

Más fertilizan mi heredad mis ojos
114. Que el Mayo que las lluvias no resista;
Pues, con el beneficio de mi vista,
En espigas reviven mis rastrojos.

Vuélvense los gañanes en gorgojos
Si falta el dueño que al trabajo asista;
Y quien espera grano, coge arista,
Mal acondicionada con abrojos.
Lo mismo es la batalla que la tierra:
El que la viere dar tendrá vitoria,
Pues los ojos del rey arman la guerra.
El que manda y gobierna de memoria,
Y á su defensa entrambos ojos cierra,
Sin cetro y con bordón busca la gloria.

COMPARACIÓN

DE LAS FÁBRICAS DE LA SOBERBIA CON LAS DE LA HUMILDAD

115. Es la soberbia artífice engañoso;
Da su fábrica pompa, y no provecho:
Vé, Nabuco, la estatua que te ha hecho;
Advierte el edificio cauteloso.
Hizo la frente del metal precioso;
Armó de plata y bronce cuello y pecho;
Y, por trocar con el cimiento el techo,
Los pies labró de barro temeroso.
No alcanzó el oro á ver desde la altura
La guija, que rompió con ligereza
El polvo en quien fundó rica locura.
El que pusiere el barro en la cabeza
Y á los pies del metal la lumbre pura,
Tendrá, si no hermosura, fortaleza.

ESPÁNTASE DE LA ADVERTENCIA

QUIEN TIENE OLVIDADA LA CULPA

116. De los misterios á los brindis llevas
¡Oh Baltasar! los vasos más divinos,
Y de los sacrificios á los vinos,
Porque injurias de Dios, profano, bebas.

¡Que á disfamar los cálices te atrevas
Que vinieron del Templo peregrinos,
Juntando á ceremonias desatinos,
Y á ancianos ritos tus blasfemias nuevas...!
Después de haber sacrílego bebido
Toda la edad á Baco en urna santa,
Mojado el seso y húmedo el sentido,
Ver una mano en la pared te espanta,
Habiendo tu garganta merecido,
No que escriba, que corte tu garganta.

AL REPENTINO Y FALSO RUMOR DE FUEGO

QUE SE MOVIÓ EN LA PLAZA DE MADRID EN UNA FIESTA DE TOROS

Verdugo fué el temor, en cuyas manos...

(Tomo II, pág. 383.)

AMENAZA Á UN PODEROSO OFENSIVO, QUE LA DILACIÓN DE LA PENA QUE SE LE PREVIENE DEL BRAZO DE DIOS, ES PARA AUMENTARLA

Duro tirano de ambición armado,
117. En la miseria ajena presumido,
O la piedad de Dios llamas olvido,
Ó arguyes su paciencia de pecado.
Y puede ser que llegues obstinado,
Y de mordaz blasfemia persuadido,
Á negarle el valor, cuando ofendido
Crecer quiere el castigo dilatado.
No es negligencia la piedad severa;
Bien puede emperezar; mas nó olvidarse
La atención más hermosa de la esfera.
Estále á Dios muy bien el descuidarse
De la venganza que tomar espera;
Que sabe, y puede, y debe desquitarse.

DESDE LA TORRE (1)

118. Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos, pero doctos libros juntos (2)
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos á los muertos.
Si no siempre entendidos, siempre abiertos,
Ó enmiendan, ó secundan mis asuntos;
Y en músicos callados contrapuntos (3)
Al sueño de la vida hablan despiertos.
Las grandes almas que la muerte ausenta,
De injurias de los años, vengadora,
Libra ¡oh gran don Joseph! docta la emprenta.
En fuga irrevocable huye la hora;
Pero aquella el mejor cálculo cuenta (4)
Que en la lección y estudios nos mejora.

MUESTRA LO QUE SE INDIGNA DIOS DE LAS PETICIONES EXECRABLES DE LOS HOMBRES, Y QUE SUS OBLACIONES PARA ALCANZARLAS SON GRAVES OFENSAS (5)

119. Con mudo incienso y grande ofrenda ¡oh Licas!
Cogiendo á Dios á solas, entre dientes,
Los ruegos, que recatas de las gentes,
Sin voz á sus orejas comunicas.

(1) En la primera edición tiene este soneto el siguiente epígrafe en que habla, á todas luces, D. Jusepe Antonio: «Algunos días antes de su prisión me envió este excelente soneto desde la Torre» Nosotros le hemos puesto por epígrafe estas últimas palabras; Janer, siguiendo una antigua edición de Bruselas, le puso estotro epígrafe: «Gustoso el autor con la soledad y sus estudios, escribió este soneto».

(2) «Alude con donaire á que casi siempre los tuvo repartidos en diferentes partes.» (*Apostilla de la primera edición.*)

(3) «Entiende que también los poetas» (*Idem.*)

(4) «*Numera melio ti lapillo*» (*Idem*)

(5) «Discurriendo con D. Francisco en la sátira 10 de Juvenal y 2 de Persio, donde se abomina la perversidad de los votos humanos, me refirió los cuartetos de este soneto, pidiéndome le añadiera los tercetos, al propósito de lo que yo había discurrido.» (*Nota de la primera edición.*)

Las horas pides prósperas y ricas,
Y que para heredar á tus parientes,
Fiebres reparta el cielo pestilentes,
Y de ruinas fraternas te fabricas.
¡Oh grande horror! Pues cuando de ejemplares
Rayos á Dios armó la culpa, el vicio,
Víctimas le templaron los pesares.
Y hoy le ofenden ansí, no ya propicio,
Que, vueltos sacrilegios los altares,
Arma su diestra el mesmo sacrificio.

SERMÓN ESTOICO

Y EPÍSTOLA SATÍRICA (1),

AMBAS POESÍAS MORALES, Á SEMEJANZA

DE LAS DE HORACIO FLACCO

Precede una disertación compendiosa, para ilustración de estos dos géneros de compostura.

Oid, oid, humanos, al espejo,
Que la imagen de l'alma os representa;
Lo que os dice, aunque amarga, no es afrenta;
Verdad sí, y medicina. Gran consejo
Clama su voz: de padre es, no enemiga,
Que, porque ama, castiga.

AL SEÑOR DON JUAN GIRÓN Y ZÚÑIGA,

Caballero de la Orden de Santiago y Comendador de Pozo-Rubio, del Consejo de Su Majestad en el Real de las Órdenes, Aposentador mayor en su corte, y Gentilhombre de la cámara del señor Emperador Ferdinando III,

DON JOSEPH ANTONIO.

(1) Esta queda inserta en la pág. 210 del presente volumen.

Verdaderamente (ansí vengo á discurrir ante V. S., ilustre señor don Juan, no con oficio importuno en esta erudición ingeniosa) que considerando aquí la Parte Segunda de Poesía que profesó el curiosamente feliz Horacio Flacco (1), *moral y censoria* (dejando para otra ocasión la primera parte *lírica*, en que los escolásticos latinos le conceden el principado), hallo haber sido en ella singular, abriendo una senda por donde griego ó romano escriptor no le habían precedido. Que mucho distan, digo, sus *sátiras* de las que escribió con nombre de *Menipeas* Marco Varrón, si de ellas no fué primero, aunque rudo inventor, Pacuvio ó Ennio. Y de las de Lucilio también, de cualquiera suerte que puedan considerarse, siendo así que ambos, Pacuvio y Lucilio, dos cabezas fueron y dos fuentes, de donde se continuaron por las siguientes edades dos formas ó géneros satíricos, diversos entre sí. De este argumento hay ya disputación mía en los preludios al *Satírico* de Petronio Árbitro, que yo no repito. Diferencióse, pues, de ellos, como es mi sentir, el rumbo horaciano, y ansí procedo en su comprobación.

No ignoro que nuestro Quintiliano, libro X, *Instit. Orat.*, capítulo X, parece confundir con el mesmo Lucilio el progreso de los satíricos siguientes de aquel género, nombrando con él al proprio Horacio y á Persio. Pero es manifiestamente para distinguir aquellas dos formas, que ya he significado; no para que estos mismos Lucilio, Horacio y Persio dejasen de quedar entre sí también muy diferentes, como diferentes fueron ansímismo en la sucesión del tiempo en que habían florecido, y ansí alterando cada uno aquella, aunque una, forma mesma satírica que profesaba. La comparación de estos proprios poetas, para el crítico de docto y delicado paladar, será el testimonio más vivo; no,

(1) *Et Horatii curiosa felicitas.*

empero, para el que, aunque lea los auctores, puede percibir mal la diferencia de sus metales, si en los colores se semejan. De donde el mismo Horacio viene á quedar ahora entendido, cuando también en la sátira primera del libro segundo, dice: *Que del modo satírico suyo fué el primero inventor Lucilio,* pues es con el mismo respecto de diferentes species, en aquel otro género, á diferencia del de Varrón ó Pacuvio.

La inadvertencia de estas distinciones ha ocasionado á varones grandes que cayesen en absurdos no pequeños cerca de esta parte de la poética antigua, como yo advierto en lugar oportuno, haciendo disertación previa á la sátira tercera de Persio, que volví en números castellanos, que si algo en eso yo puedo juzgar, podría ser mi primera presunción en las traduciones de poetas; y con cuya emulación ingenua y amigable volvió nuestro don Francisco en rhithmos semejantes la segunda del mismo Persio, que hoy esconde igualmente, como tantas otras poesías, mano inicua y envidiosa.

Diversa, pues, afirmo ser, aunque en el mismo género consista, de la de sus antecesores poetas, y también sucesores, toda la satírica poesía de Horacio, ansí la que en los libros de sus *Sermones ó sátiras* se contiene, como también la de sus *Epístolas*. De los griegos poco hay que disputar cuando no alcanzaron uso de forma alguna poética á éstas parecida, fuera de las festivas comedias, donde tuvieron lugar proprio todos sus desahogos satíricos, según enseña el mismo Horacio, libro primero, sátira cuarta, y yo observé ya en la *Poética* de Aristóteles. De los latinos, cuando faltara el argumento fuerte arriba señalado, el Horacio proprio lo asegurara en la propria sátira cuarta del libro primero y en otros lugares muchos. Ni debe esto admirarnos en grande manera, si es ansí, hallarse raras veces ingenio tan servil y cobarde que scrupulosamente no exceda de las pisadas que otro dejase impresas. Cierto es que cada

ingenio excelente indulge á su ingenio (como es la fórmula proverbial antigua) y fabrica su carácter diverso en la estructura y forma esencial de la arte que profesa y practica, como en el estilo de que viste su sentencia.

Pero en la imitación hoy moderna de los famosos autores de la edad pasada, acercándonos ya á nuestro propósito, es virtud digna de alabanza lo que agora figurábamos vituperio; y destreza estimable del ingenio y de la doctrina el traer, digo, á los idiomas vulgares ilustres copias y traslados de los originales de las dos eruditas lenguas griega y latina; bien ansí como los mismos latinos se enriquecieron y adornaron usurpando á los griegos el splendor y mejor caudal de sus sciencias y artes. Otros lo examinen de otras naciones, yo de la española puedo asegurar que ninguna, aunque la más enmendada sea de la Europa, podrá hacerla ventaja en las mejores elegancias y culturas que de aquellas ambas lenguas insignes se hayan hasta hoy derivado y deducido para su ornamento. Muchas veces de esta verdad se repetirán en la obra presente testimonios; y muchos otros en la misma podrá observar cualquiera de iguales transferidos adornos, ya connaturalizados en nuestro lenguaje, que tanta aptitud tiene para recibirlos y convertirlos en suyos naturales.

Con eminencia, empero, hallaremos agora que se verifica lo referido en estas dos satíricas composiciones que aquí se han de seguir, advirtiendo de ellas que de nuevo pasan á la lengua española de la romana las dos satíricas species que en aquel género luciliano habemos dicho que Horacio siguió con alguna mudanza. Estas son, como ya sabemos, las que con nombre de *sátiras* ó *sermones,* y las que con el de *epístolas* se veneran entre sus escritos. Y si bien se puede observar la semejanza de estas dos nuestras con muchas de aquéllas, cada una con las de su specie, particularmente con dos tienen paridad tanta, que casi es ya identidad en todo lo que no es identidad del proprio argu-

mento. Es, pues, la primera que habemos de proponer la que á no pocos visos de nuestra habla y de la latina propriamente llamaremos *sermón;* y por el género y sabor de la doctrina con que en él se discurre, añadimos *stoico.* Pero ansí tan parecido en común á los también llamados *sermones* en los libros de Horacio, y con singularidad y ventaja al primero del primero libro, que confiriendo á los dos en todas las partes principales suyas, en que según su cualidad pueden convenir entre sí dos poesías de una misma forma ó specie, son estas dos una misma. Si por las cuatro causas con que la filosofía dirige sus discursos se examinan, *material, formal, eficiente* y *final,* se verá como no discrepan. Su *materia,* moral es en ambos, discurriendo en las *costumbres* del hombre. Su *forma,* censoria y satírica, castigando lo que en las costumbres es culpable; el *fin,* la enmienda suya; y si en la *eficiente* consideramos los auctores, bien parecidos, sin duda, fueron sus ingenios. Horacio introdujo á Mecenas Cilnio, con quien hablase; nuestro Poeta, la figura supuesta de Clito. Y ni aun en la cuantidad se desavienen, pues lo que el auctor latino esparció en algunos otros sermones, el castellano lo continuó en uno artificiosamente. Bien, pues, ansí ennobleció nuestro poeta el Parnaso español con tan ilustre género de poesía, que mereció lugar estimable en la edad que Roma tuvo más culta y erudita. Cuya imitación hoy ya, siguiendo esta senda, no será difícil para los nuestros.

Paso á la segunda composición, también satírica, si *epístola* en la figura, que habemos de dar aquí, merecedora no menos de igual aprecio y estimación. Esta, según yo discurro, aunque con la antecedente conviene en la *materia* suya moral, cerca de que se ocupa, y en la *forma,* conviene á saber, satírica y de censura severa, y finalmente, en el mismo *fin* de la enmienda, otras extrínsecas formas tiene, hábitos y circunstancias, que en no pequeña distancia la distinguen de la primera. Pero como en efecto es, sin duda

parísimo original tiene, según ya se ha insinuado, en otro género de poesía del proprio Horacio, de quien esta compostura es ejemplar insigne. Observaráse en ella, luego que se ofrezca á la atención, estar escrita con superior espíritu, estilo bien enmendado, adorno de palabras, y sentencias vivas y vibrantes que se sazonan y excitan con el picante del satírico amargor. En cuyas partes todas semeja tanto á las doctísimas epístolas del proprio Flacco, que muy sordo ha de tener aun el sentido común el que sin vagar no percibiere la concordancia: bien que acercándose á algunas mucho más parecida, que en aquellas partes mesmas de las otras sobresalen (1). La primera epístola de Horacio, afirmo yo, escrita al mesmo excelente príncipe Mecenas, si se conviniera bien con la nuestra en el argumento, en las otras concurrencias referidas eran una mesma, y ansí, singularizándolas, se pudiera observar de muchas.

Advierto también ahora oportunamente que poco es lo que se diferencian las *epístolas* de aquel autor de sus *sátiras:* en el castigo, hablo, y enmendación de las costumbres, de donde los antiguos, con el apellido de *sermones* nombraron á unas y á otras. Sin que valga la distinción de aquellos que quieren que el *sermón* sea escrito á los presentes y á los ausentes la *epístola:* que esto lo confundieron los mayores, y vemos expresamente que llama *sermón* el proprio Horacio (2) la celebrada *Epístola* que envió al César Augusto, colocada hoy primera del libro II. Y bien ya con esta advertencia se convencerá mejor la semejanza que proponemos de esta epístola española á aquellas latinas, siendo ansí que no ha de haber otra imagen que imite con precisión tanta la nuestra como la de una satírica reformación de costumbres, en traje y hábito de epístola familiar; que es la figura puntualísima que hacen las epístolas de Horacio.

(1) *Prima dicte mihi*, etc.
(2) *Si longo sermone*, etc.

Esfuerza también á esta observación mía no levemente hallarse que este género de *epístolas* se escribieron en números entonces y en aquellos mismos que las *sátiras*, para que ambas poesías, se debe entender, aficionasen más á su leción. Artificio de que se han valido siempre todos los que han hecho medicina para el ánimo enfermo de las advertencias y censuras severas, y aun hasta los profetas del pueblo de Dios lo observaron algunas veces en sus amenazas, porque después de la golosina que pusiesen en los versos, para la frecuencia de su repetición, se les quedasen mejor en la memoria para la enmienda. Advirtiéndolo no de otra manera los rabinos, haberlo atendido ansí Jeremías en sus *Threnos*. Y demás de ser las de Horacio buen testimonio de este advertimiento, con el suyo lo asegura no menos Marco Cicerón, refiriendo de su hermano Quinto haber escrito semejantes epístolas en rhithmos tales; como también refiere lo mismo de un Mummio Spurio, su contemporáneo, en otra carta á Tito Pomponio Atico.

De donde quedarán prevenidos desde ahora nuestros alentados ingenios, que en poesías suyas, que de igual sabor y structura de versos, unas veces escritas á príncipes y grandes señores y otras á amigos familiares, se deslizan siempre casi á censores de las costumbres, por sólo natural dictamen que los dirige; es ansí, que tienen forma ilustre y original, hacia donde se encaminan, sin advertencia propria ni dirección de preceptos.

Esto, pues, compendiariamente disertado en este lugar, imaginé yo sería conveniente hubiese de preceder á estas dos nobles poesías, que con grave y rígido semblante cantará nuestra Musa Segunda; bien ansí como proprio le ha de convenir ese concepto á quien corrige y castiga; siendo ellas mismas, y esta mi prevención, de adorno á la poesía castellana, que en toda ocasión oportuna habemos procurado adelantar. Lo uno y lo otro he pretendido también quede aquí calificado con el ilustre nombre de V. S.

mismo, que en cierto modo había dado motivo á su observación; pues habiendo ya pasado por sus eruditas orejas, podrá esperar la aprobación de las que fueren difíciles y rigurosas. Y lograré yo juntamente que sepan todos tiene V. S., entre otras manos mayores, superior facultad aun en esta profesión para legítimo juez, pues siempre sentí por importuna aquella significación de obsequio que disuena ó excede al ingenio y doctrina de aquel á quien se dirige alguna inspección, censura ó dedicación.

Empieza, pues, ya ansí á fulminar su estilo nuestro Poeta, en el *sermón* universalmente, contra toda la humana nación, parece que cada día pervertida más y degenerada; y en la *epístola,* con singularidad, contra las costumbres de su patria, renovando con alabanza las que fueron severas y valerosas de los antiguos españoles, para afear más, con la comparación, las deliciosas de los presentes.

SERMÓN STOICO

DE CENSURA MORAL

¡Oh corvas almas, oh facinorosos
Espíritus furiosos! (1)
¡Oh varios pensamientos insolentes!
Deseos delincuentes,
Cargados sí, mas nunca satisfechos;
Alguna vez cansados,
Ninguna arrepentidos,
En la copia crecidos,
Y en la necesidad desesperados!
De vuestra vanidad, de vuestro vuelo,
¿Qué abismo está ignorado?
Todos los senos que la tierra calla,
Las llanuras que borra el Oceano
Y los retiramientos de la noche,
De que no ha dado el sol noticia al día,
Los sabe la codicia del tirano.
Ni horror, ni religión, ni piedad, juntos,
Defienden de los vivos los difuntos.
Á las cenizas y á los huesos llega,
Palpando miedos, la avaricia ciega.
Ni la pluma á las aves,
Ni la garra á las fieras,
Ni en los golfos del mar, ni en las riberas
El callado nadar del pez de plata,
Les puede defender del apetito;
Y el Orbe, que infinito
Á la navegación nos parecía,
Es ya corto distrito
Para las diligencias de la gula,

(1) «Tomólo de Persio, sátira 2: *O curvæ in terris animæ*, etc. *Quasi pecudum.* Pacuvius: *Incurvi cervicum pecus.*» (*Apostilla de la primera edición.*)

Pues de esotros sentidos acumula
El vasallaje, y ella se levanta
Con cuanto patrimonio
Tienen, y los confunde en la garganta.
Y antes que los desórdenes del vientre
Satisfagan sus ímpetus violentos,
Yermos han de quedar los elementos,
Para que el Orbe en sus angustias entre.
Tú, Clito, entretenida, mas no llena,
Honesta vida gastarás contigo;
Que no teme la invidia por testigo
Con pobreza decente fácil cena;
Más flaco estará ¡oh Clito!
Pero estará más sano
El cuerpo desmayado que el ahito;
Y en la Escuela divina
El ayuno se llama medicina,
Y esotro, enfermedad, culpa y delito.
El hombre, de las piedras descendiente
(¡Dura generación, duro linaje!)
Osó vestir las plumas;
Osó tratar ardiente
Las líquidas veredas; hizo ultraje
Al gobierno de Eolo;
Desvaneció su presunción Apolo,
Y en teatro de espumas
Su vuelo desatado,
Yace el nombre, y el cuerpo justiciado,
Y navegan sus plumas.
Tal has de padecer, Clito, si subes
Á competir lugares con las nubes.
De metal fué el primero
Que al mar hizo guadaña de la muerte:
Con tres cercos de acero
El corazón humano desmentía.
Éste con velas cóncavas, con remos
¡Oh muerte! ¡Oh mercancía!
Unió climas extremos;
Y, rotos de la tierra
Los sagrados confines,
Nos enseñó, con máquinas tan fieras,
Á juntar las riberas;

Y de un leño, que el céfiro se sorbe,
Fabricó pasadizo á todo el Orbe,
Adiestrando el error de su camino
En las señas que hace enamorada
La Piedra Imán al Norte,
De quien, amante, quiere ser consorte,
Sin advertir que, cuando ve la estrella,
Desvarían los éxtasis en ella.
  Clito, desde la orilla
Navega con la vista el Oceano:
Oyele ronco, atiéndele tirano,
Y no dejes la choza por la quilla;
Pues son las almas que respira Tracia (1)
Y las iras del Noto,
Muerte en el Ponto, música en el soto.
  Profanó la razón y disfamóla
Mecánica codicia diligente,
Pues al robo de Oriente destinada,
Y al despojo precioso de Occidente,
La vela desatada,
El remo sacudido,
De más riesgos que ondas impelido,
De aquilón enojado,
Siempre de invierno y noche acompañado,
Del mar impetuoso
(Que tal vez justifica el codicioso)
Padeció la violencia,
Lamentó la inclemencia,
Y, por fuerza piadoso,
Á cuantos votos dedicaba á gritos
Previno en la bonanza
Otros tantos delitos,
Con la esperanza contra la esperanza.
Este, al sol y á la luna,
Que imperio dan y templo á la fortuna,
Examinando rumbos y concetos,
Por saber los secretos
De la primera madre,

(1) «*Impellunt animæ lintiæ Thraciæ*, etc.» (*Apostilla de la primera edición.*)

Que nos sustenta y cría,
De ella hizo miserable anatomía.
Despedazóla el pecho,
Rompióle las entrañas,
Desangróle las venas,
Que de estimado horror estaban llenas;
Los claustros de la muerte
Duro solicitó con hierro fuerte.
¡Y espantará que tiemble algunas veces,
Siendo madre y robada
Del parto, á cuanto vive preferido!
No des la culpa al viento detenido,
Ni al mar: por proceloso,
De ti tiembla tu madre, codicioso.
Juntas grande tesoro,
Y en Potosí y en Lima
Ganas jornal al cerro y á la sima.
Sacas al sueño, á la quietud, desvelo,
Á la maldad consuelo,
Disculpa á la traición, premio á la culpa,
Facilidad al odio y la venganza,
Y en pálido color verde esperanza,
Y debajo de llave
Pretendes acuñados
Cerrar los dioses y guardar los hados,
Siendo el oro tirano de buen nombre,
Que siempre llega con la muerte al hombre;
Mas nunca, si se advierte,
Se llega con el hombre hasta la muerte.
  Sembraste ¡oh tú, opulento! por los vasos,
Con desvelos de la arte,
Desprecios del metal rico, no escasos;
Y en discordes balanzas
La materia vencida,
Vanamente podrás después preciarte
Que induciste en la sed dos destemplanzas,
Donde tercera aún hoy delicia alcanzas,
Y á la naturaleza pervertida,
Con las del tiempo intrépidas mudanzas,
Transfiriendo al licor en el estío
Prisión de invierno frío.
Al brindis luego el apetito necio

Del murrino y cristal creció ansí el precio (1),
Que fué pompa y grandeza
Disipar los tesoros
Por cosa, ó vicio ciego,
Que pudiese perderse toda y luego.
  Tú, Clito, en bien compuesta
Pobreza, en paz honesta,
Cuanto menos tuvieres,
Desarmarás la mano á los placeres,
La malicia á la invidia,
Á la vida el cuidado,
Á la hermosura lazos,
Á la muerte embarazos,
Y en los trances postreros
Solicitud de amigos y herederos.
Deja en vida los bienes,
Que te tienen, y juzgas que los tienes.
Y las últimas horas
Serán en ti forzosas, no molestas,
Y al dar la cuenta excusarás respuestas.
  Fabrica el ambicioso
Ya edificio, olvidado
Del poder de los días,
Y el palacio crecido
No quiere darse, no, por entendido
Del paso de la edad sorda y ligera,
Que fugitiva calla,
Y en silencio mordaz, mal advertido,
Digiere la muralla,
Los alcázares lima,
Y la vida del mundo poco á poco,
Ó la enferma ó lastima.
  Los montes invencibles,
Que la naturaleza
Eminentes crió para sí sola
(Paréntesis de reinos y de imperios),
Al hombre inacesibles,
Embarazando el suelo

(1) «*Plinius, proemio lib. 33: Murrhina, et christalina ex eadem terra effodimus*, etc. *Hæc vera luxuriæ gloria existimata est, habere quod posset statim totum perire.*» (*Apostilla de la primera edición.*)

Con el horror de puntas desiguales,
Que se oponen, erizo bronco, al cielo,
Después que les sacó de sus entrañas
La avaricia, mostrándola á la tierra,
Mentida en el color de los metales,
Cruda y preciosa guerra,
Osó la vanidad cortar sus cimas,
Y desde las cervices
Hender á los peñascos las raíces;
Y erudito ya el hierro,
Porque el hombre acompañe
Con magnífico adorno sus insultos,
Los duros cerros adelgaza en vultos,
Y viven los collados
En atrios y en alcázares cerrados,
Que apenas los cubría
El campo eterno que camina el día (1).
Desarmaron la orilla,
Desabrigaron valles y llanuras
Y borraron del mar las señas duras;
Y los que en pie estuvieron,
Y eminentes rompieron
La fuerza de los golfos insolentes,
Y fueron objeción, yertos y fríos,
De los atrevimientos de los ríos
Agora navegados,
Escollos y collados,
Los vemos en los pórticos sombríos,
Mintiendo fuerzas y doblando pechos,
Aun promontorios, sustentar los techos.
Y el rústico linaje,
Que fué de piedra dura (2),
Vuelve otra vez viviente en escultura.
Tú, Clito, pues le debes
Á la tierra ese vaso de tu vida,
En tan poca ceniza detenida,

---

(1) «El cielo.» (*Apostilla de la primera edición.*)
(2) «Alude al origen de los hombres después del diluvio de Deucalión y Pyrrha, á que también aludió arriba:

«*El hombre, de las piedras descendiente...*»

(*Apostilla de la primera edición*).

Y en cárceles tan frágiles y breves
Hospedas alma eterna,
No presumas ¡oh Clito! no presumas
Que la del alma casa tan moderna
Y de tierra caduca
Viva mayor posada que ella vive,
Pues que en horror la hospeda y la recibe.
No sirve lo que sobra,
Y es grande acusación la grande obra:
Sepultura imagina el aposento,
Y el alto alcázar vano monumento.
Hoy al mundo fatiga,
Hambrienta y con los ojos desvelados,
La enfermedad antigua (1)
Que á todos los pecados
Adelantó en el Cielo su malicia,
En la parte mejor de su milicia.
Invidia sin color y sin consuelo,
Mancha primera que borró la vida
Á la inocencia humana,
De la quietud y la verdad tirana:
Furor envejecido,
Del bien ajeno, por su mal, nacido;
Veneno de los siglos, si se advierte,
Y miserable causa de la muerte.
Este furor eterno
Con afrenta del sol, pobló el infierno,
Y debe á sus intentos ciegos, vanos,
La desesperación sus ciudadanos.
Esta previno avara
Al hombre las espinas en la tierra,
Y el pan, que le mantiene en esta guerra,
Con sudor de sus manos y su cara.
Fué motín porfiado
En la progenie de Abraham eterna,
Contra el padre del pueblo endurecido,
Que dió por ellos el postrer gemido.
La invidia nos combate
Los muros de la térrea y mortal vida,

(1) *Antigua* no es consonante de *fatiga*, á no ser que nuestro Quevedo dijese *antiga*, como se había dicho dos siglos antes.

Si bien la salud propria combatida
Deja también: solo pretende palma
De batir los alcázares de l'alma;
Y antes que las entrañas
Sientan su artillería,
Aprisiona el discurso, si porfía.
Las distantes llanuras de la tierra
Á dos hermanos fueron
Angosto espacio para mucha guerra.
Y al que Naturaleza
Hizo primero, pretendió por dolo,
Que la invidia mortal le hiciese sólo.
  Tú, Clito, doctrinado
Del escarmiento amigo,
Obediente á los doctos desengaños,
Contarás tantas vidas como años;
Y acertará mejor tu fantasía
Si conoces que naces cada día.
Invidia los trabajos, no la gloria;
Que ellos corrigen, y ella desvanece,
Y no serás horror para la Historia,
Que con sucesos de los reyes crece.
De los ajenos bienes
Ten piedad, y temor de los que tienes.
Goza la buena dicha con sospecha,
Trata desconfiado la ventura,
Y póstrate en la altura.
Y á las calamidades
Invidia la humildad y las verdades,
Y advierte que tal vez se justifica
La invidia en los mortales,
Y sabe hacer un bien en tantos males:
Culpa y castigo que tras sí se viene,
Pues que consume al proprio que la tiene.
  La grandeza invidiada,
La riqueza molesta y espiada,
El polvo cortesano,
El poder soberano,
Asistido de penas y de enojos,
Siempre tienen quejosos á los ojos,
Amedrentado el sueño,
La consciencia con ceño,

La verdad acusada,
La mentira asistente,
Miedo en la soledad, miedo en la gente,
La vida peligrosa,
La muerte apresurada y belicosa.
¡Cuán raros han bajado los tiranos,
Delgadas sombras, á los reinos vanos
Del silencio severo,
Con muerte seca (1) y con el cuerpo entero!
Y vió el yerno de Céres
Pocas veces llegar hartos de vida
Los reyes sin veneno ó sin herida.
Sábenlo bien aquellos
Que de joyas y oro
Ciñen medroso cerco á los cabellos.
Su dolencia mortal es su tesoro;
Su pompa y su cuidado, sus legiones.
Y el que en la variedad de las naciones
Se agrada más y crece
Los ambiciosos títulos profanos,
Es, cuanto más se precia de monarca,
Más ilustre desprecio de la Parca.
El Africano duro
Que en los Alpes vencer pudo el invierno,
Y á la Naturaleza
De su alcázar mayor la fortaleza;
De quien, por darle peso al señorío,
La mitad de la vista cobró el frío (2),
En Cannas el furor de sus soldados,
Con la sangre de venas consulares,
Calentó los sembrados,
Fué susto del imperio,
Hízole ver la cara al captiverio,
Dió noticia del miedo su osadía
Á tanta presumpción de monarquía.
Y peregrino, desterrado y preso
Poco después por desdeñoso hado,
Militó contra sí desesperado.
Y vengador de muertes y vitorias,

(1) «*Et sicca morte Tyrani*, etc.» (*Apostilla de la primera edición.*)
(2) «Perdió entonces un ojo Anibal.» (*Idem.*)

Y no invidioso menos de sus glorias,
Un anillo piadoso,
Sin golpe ni herida,
Más temor quitó en Roma, que en él vida.
Y ya, en urna ignorada,
Tan grande capitán y tanto miedo
Peso serán apenas para un dedo.
Mario nos enseñó que los trofeos
Llevan á las prisiones,
Y que el triunfo que ordena la Fortuna,
Tiene en Minturnas cerca la laguna (1).
Y si te acercas más á nuestros días,
¡Oh Clito! (2) en las historias
Verás, donde con sangre las memorias
No estuvieren borradas,
Que de horrores manchadas
Vidas tantas están esclarecidas,
Que leerás más escándalos que vidas.
Id, pues, grandes señores,
Á ser rumor del mundo;
Y, comprando la guerra,
Fatigad la paciencia de la tierra,
Provocad la impaciencia de los mares
Con desatinos nuevos,
Sólo por emular locos mancebos (3);
Y á costa de prolija desventura,
Será la aclamación de su locura (4).
Clito, quien no pretende levantarse
Puede arrastrar, mas no precipitarse.
El bajel que navega
Orilla, ni peligra, ni se anega.
Cuando Jove se enoja soberano
Más cerca tiene el monte que no el llano,
Y la encina en la cumbre

(1) «Porque la sexta vez consul Mario, en guerra civil vencido por Sila, huyendo de la muerte se escondió en una laguna, cerca de la ciudad Minturnas. Appiano Alexandrino» (*Apostilla de la primera edición.*)

(2) Janer, en vez de *¡Oh Clito!*, leyó *Oculto*, evidentemente por yerro.

(3) «Las expediciones de Baco y Alejandro.» (*Apostilla de la primera edición.*)

(4) Janer, con algunas ediciones posteriores á las primeras, leyó: de *esa locura.*

Teme lo que desprecia la legumbre.
Lección te son las hojas,
Y maestros las peñas;
Avergüénzate ¡oh Clito!
Con alma racional y entendimiento,
Que te pueda en España
Llamar rudo discípulo una caña;
Pues si no te moderas,
Será de tus costumbres, á su modo,
Verde reprehensión el campo todo.

EPÍSTOLA SATÍRICA Y CENSORIA

CONTRA LAS COSTUMBRES PRESENTES DE LOS CASTELLANOS

No he de callar, por más que con el dedo...

(Tomo III, pág. 210.)

—

Al fin de la Musa Polymnia van estos versos:

Aquí Polimnia, en tanto
Que la estoica familia atenta imprime
En láminas su música sublime,
Suspender quiso el canto;
Pero ésta fué su cláusula postrera:
«Del corazón en la inmortal esfera,
No en bronce, ó mármol que el cincel anime,
Mortales, imprimid mi voz severa.»

REGISTRO ALFABÉTICO

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Á buen puerto habéis llegado, página 183.
Á la salud de las marcas, 294.
Á la sombra de un risco, 195.
Alguaciles y alfileres, 303.
Allá va, en letra, Lampuga, 267.
Amagos generosos de la guerra, 355.
Añasco el de Talavera, 305.
Aquella frente augusta, que corona, 354.
Á quien la buena dicha no enfurece, 383.
Arroja las balanzas, sacra Astrea, 372.
Á tu justicia tocan mis contrarios, 410.
Bien, con argucia rara y generosa, 351.
Canto los disparates, las locuras, 91.
Católica, sacra y real Majestad, 220.
Ciego eres, Amor, y no, 259.
¡Cómo de entre mis manos te resbalas! 395.
Con acorde concento, ó con ruidos, 408.
Con más vergüenza viven Euro y Noto, 384.
Con mudo incienso y grande ofensa ¡oh Licas! 427.
Conso, el primer consejo que nos diste, 389.
Creces, y con desprecio disfrazada, 402.
«Cruel llaman á Nerón, 283.
Cuando esperando está la sepoltura, 423.
Cuando glorioso, entre Moisés y Elías, 1.
¿Cuándo, Licino, dí, contento viste, 373.
¿Cuándo seré infeliz sin mi gemido? 371.
¡Cuántas manos se afanan en Oriente, 380.
Cubriendo con cuatro cuernos, 186.
De amenazas del Ponto rodeado, 409.

Deja la veste blanca desceñida, pág. 392.
De los misterios á los brindis llevas, 425.
Desabrigan en altos monumentos, 377.
Desacredita, Lelio, el sufrimiento, 401.
Descansa, mal perdido, en alta cumbre, 376.
Desconoces, Damocles, mi castigo, 406.
Descortésmente y cauteloso el hado, 350.
Desembaraza Júpiter la mano, 400.
Dichoso tú, que, alegre en tu cabaña, 379.
Dióle el León de España su Cordero, 15.
Dove, Ruceli, andate col pie presto? 353.
Duro tirano de ambición armado, 426.
El barro, que me sirve, me aconseja, 389.
El instrumento artífice de muros, 207.
El que me niega lo que no merezco, 415.
El que vivo enseñó, difunto mueve, 15.
El sacrílego Verres ha venido, 407.
En casa de las sardinas, 297.
En el mundo naciste, no á enmendarle, 386.
En el precio el favor, y la ventura, 412.
En la heredad del pobre las espigas, 422.
Entre las coronadas sombras mías, 7.
En un valle de mirtos y de alisos, 8.
Erase que se era, 199.
Esclarecidas señas da Fortuna, 356.
Es la soberbia artífice engañoso, 425.
Esta concha que ves presuntuosa, 413.
Esta frente ¡oh Giaro! en remolinos, 417.
«Esta miseria, gran señor, honrosa, 369.
¿Estamos entre cristianos? 180.
Este metal que resplandece ardiente, 419.
Faltar pudo á Scipión Roma opulenta, 358.
Falleció César; fortunado y fuerte, 413.
Fryne, si el esplendor de tu riqueza, 411.
Fué sueño ayer; mañana será tierra, 383.
Gobernando están el mundo, 225.
¡Ha de la vida! ¿Nadie me responde? 382.
Harta la toga del veneno tirio, 412.
Helas, helas por do vienen, 239.
Huye sin percebirse, lento, el día, 399.
Injurias dices, avariento, al cielo, 420.
Lágrimas alquiladas del contento, 375.
La que hubiere menester, 273.
Las cosas, exterior y interiormente, 31.
Las leyes con que juzgas ¡oh Batino! 424.
Las selvas hizo navegar, y el viento, 348.
Los médicos con que miras, 247.
Lleva Mario el ejército, y á Mario, 403.

Llorando está Manzanares, pág. 320.
Llueven calladas aguas en vellones, 349.
Madre, asperísima sois, 245.
Madres, las que tenéis hijas, 236.
Mala la hubisteis, franceses, 138.
«Manzanares, Manzanares, 287.
Más escarmientos dan al Ponto fiero, 377.
Más fertilizan mi heredad mis ojos, 424.
Más vale una benigna hora del Hado, 414.
Miedo de la virtud llamó algún día, 407.
Mirábanse de mal ojo, 309.
¿Miras este gigante corpulento, 420.
¿Miras la faz, que al orbe fué segunda, 421.
Miré los muros de la patria mía, 405.
Muérome yo de Francisca, 204.
Músico Rey y médica harmonía, 418.
Muy discretas y muy feas, 292.
No agradan á Polycles los pecados, 373.
No digas, cuando vieres alto el vuelo, 415.
No es falta de poder que yo no pueda, 388.
No he de callar, por más que con el dedo, 210.
No siempre tienen paz las siempre hermosas, 356.
Ó el viento, sabidor de lo futuro, 405.
¡Oh corvas almas, oh facinorosos, 436.
«¡Oh! fallezcan los blancos los postreros, 404.
¡Oh tú, que con dudosos pasos mides, 328.
¡Oh tú, que inadvertido peregrinas, 325.
Oir, ver y callar remedio fuera, 397.
Para comprar los hados más propicios, 385.
Para entrar en palacio, las afrentas, 391.
Pára, si subes; si has llegado, baja, 376.
Pequeños jornaleros de la tierra, 353.
Pidiéndole está dineros, 281.
Pise, no por desprecio, por grandeza, 395.
¿Podrá el vidro llorar partos de Oriente? 396.
Porque el azufre sacro no te queme, 374.
Primero va seguida de los perros, 390.
Próvida dió Campania al gran Pompeo, 368.
¿Puedes tú ser mayor? ¿Puede tu vuelo, 416.
¡Qué bien me parecéis, jarcias y entenas, 400.
Que los años por ti vuelen tan leves, 381.
¿Qué otra cosa es verdad sino Pobreza, 397.
¡Qué preciosos son los dientes, 290.
Quiero dar un vecino á la Sibila, 398.
Quitándose está Medoro, 243.
Quitar codicia, nó añadir dinero, 368.
Raer tiernas orejas con verdades, 406.
Rayo ardiente del mar helado y frío, 13.

Retirado en la paz de estos desiertos, pág. 427.
Salamandra frondosa y bien poblada, 14.
Selvas y bosques de amor, 271.
«Séneca, el responder hoy de repente, 369.
Señor don Juan, pues con la fiebre apenas, 379.
Si de un delito proprio es precio en Lido, 370.
Si el sol, por tu recato diligente, 388.
Si enriquecer pretendes con la usura, 418.
Si gobernar provincias y legiones, 370.
Si las mentiras de Fortuna, Licas, 419.
Si lo que ofrece el pobre al poderoso, 381.
Si me hubieran los miedos sucedido, 403.
Si no temo perder lo que poseo, 399.
Sin veneno sarrano, en pobre lana, 385.
Si son nuestros cosarios nuestros puertos, 378.
Si Venus hizo de oro á Fryne bella, 410.
Solar y ejecutoria de tu abuelo, 380.
¿Tan grande precio pones á la escama? 422.
Tirano de Adria el Euro, acompañada, 416.
Todo lo puede despreciar cualquiera, 387.
Todo se lo muque el tiempo, 249.
Todo se sabe, Lampuga, 264.
Todo tras sí lo lleva el año breve, 393.
Tu alta virtud, contra los tiempos fuerte, 7.
Tú, en cuyas venas caben cinco grandes, 16.
Tus dos ojos, Mari Pérez, 235.
Tú solo en los errores acertado, 350.
Tuvo, enojado, el alto Mar de España, 396.
Tuya es, Demetrio, voz tan animosa, 394.
Tú ya ¡oh ministro! afirma tu cuidado, 371.
Una picaza de estrado, 232.
Un godo, que una cueva en la Montaña, 386.
Vén ya, miedo de fuertes y de sabios, 391.
Vén ya, miedo de fuertes y de sabios *(bis)*, 392.
¿Ves, con el oro, áspero y pesado, 401.
¿Ves esa choza pobre, que en la orilla, 423.
¿Ves la greña que viste por muceta, 384.
Vi, debe de haber tres días, 229.
Vivir es caminar breve jornada, 417.
Vulcano las forjó, tocólas Midas, 349.
Ya formidable y espantoso suena, 402.
Ya llena de sí solo la litera, 374.
Ya te miro caer precipitado, 409.
Yo, con mis once de oveja, 262.
Yo el menor padre de todos, 190.
«Yo el único caballero, 256.
Yo vi la grande y alta jerarquía, 352.
Zampuzado en un banasto, 275.

ÍNDICE

		Págs.
Advertencia		v
1632	Jura del Sermo. Principe D. Baltasar Carlos en Domingo de la Transfiguración	1
	Túmulo al Serenísimo Infante D. Carlos	7
	Al mismo señor Infante	»
	Fragmentos que se pudieron hallar, entre los originales del autor, de la traducción y paráfrase de los Cantares de la Esposa. *Schir hasschirim ascher lischlomóh.* Cantar de Cantares de Salomón	8
	Lamentable inscripción para el túmulo del rey de Suecia Gustavo Adolfo	13
	Ardor disimulado de amante	14
1633	Funeral elogio al padre maestro fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, predicador de Su Majestad	15
1634	Sepulcral relación en el Monumento de Wolistan	»
	Al Duque de Lerma, Maese de Campo General en Flandes.	16
1635	Epicteto traducido	17
	Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando el Enamorado. Dirigido al hombre más maldito del mundo.	91
1636	La toma de Valles Ronces: romance con su comento	138
1637	Con nombre supuesto se queja de una madre y de una hija.	180
	Responde á la sacaliña de unas pelonas	183
	En la simulada figura de unas prendas ridículas, burla de la vana estimación que hacen los amantes de semejantes favores	186
	Sacúdese de un hijo pegadizo	190
	Ausente de Flori, huye sus pensamientos y ellos le dejan..	195
	Suceso que, aunque parece de conseja, fué verdadero	199
	Alegórica enfermedad y medicina de amante	204
	Á don Jerónimo de Mata, en el libro de *Las tristezas de Amarilis*	207
1639	Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita á don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, en su valimiento	210
	Á S. M. el rey D. Felipe IV: memorial	220

Págs.

1643 Los borrachos........ 225
Boda de negros........ 229
Advertencias de una dueña á un galán pobre........ 232
Niña anciana de ojos dormidos........ 235
Varios linajes de calvas........ 236
Las valentonas, y destreza: baile........ 239
Burla el poeta de Medoro y Medoro de los Pares........ 243
Los santeros y santeras manifiestan sus interiores........ 245
Quejas del abuso del dar á las mujeres........ 247
Los valientes y tomajonas: baile........ 249
Refiere las partes de un caballo y de un caballero........ 256
Declama contra el amor........ 259
Significa su amor á una dama y procura introducir que no se debe dar á las mujeres........ 262
Carta de la Perala á Lampuga, su bravo: jácara........ 264
Respuesta de Lampuga á la Perala: jácara........ 267
Doctrina de marido paciente........ 271
Marido que busca comodo y hace relación de sus propiedades. 273
Relación que hace un jaque de sí y de otros: jácara........ 275
Dama calvatrueno de condes........ 281
Jocosa defensa de Nerón y del señor rey D. Pedro de Castilla........ 283
Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan... 287
Procura enmendar el abuso de las alabanzas de los poetas.. 290
Burla de los eruditos de embeleco que enamoran á feas cultas. 292
Pendencia mosquito: jácara........ 294
Vida y milagros de Montilla: jácara........ 297
Romance burlesco........ 303
Sentimiento de un jaque por ver cerrada la mancebía: jácara. 305
1640-1643 Matraca de los paños y sedas........ 309
1643 Describe el río Manzanares cuando concurren en el verano á bañarse en él........ 320
1645 El escarmiento: canción........ 325
Pinta la vanidad y locura mundana: canción........ 328

SEGUNDA SERIE: POESÍAS DE QUEVEDO POR EL ORDEN QUE LLEVAN EN LAS ANTIGUAS COLECCIONES (1).

Preliminares de *El Parnaso Español*........ 335
CLÍO: MUSA I *(principios)*........ 347

(1) Las poesías señaladas con asterisco quedan insertas en la primera serie, y en ésta sólo se indican por sus epigrafes y sus primeros versos.

Págs.

*Á la estatua de bronce del santo rey D. Felipe III...... 348
*Á la misma estatua .... »
*Á Roma sepultada en sus ruinas .... »
Inscripción de la estatua augusta del César Carlos V en Aranjuez .... »
Á un retrato de D. Pedro Girón, duque de Osuna, que hizo Guido Boloñés, armado, y grabadas de oro las armas... 349
Á la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro, en día de grande nieve .... »
Al Duque de Maqueda, en ocasión de no perder la silla en los grandes corcovos de su caballo, habiendo hecho buena suerte en el toro 350
Celebra el esfuerzo de Quinto Mucio, después llamado Scévola .... »
*Exhortación al rey D. Felipe IV para el castigo de los rebeldes 351
Al retrato del Rey nuestro Señor, hecho de rasgos y lazos, con pluma, por Pedro Morante.................... »
*Al toro á quien con bala dió muerte el rey D. Felipe IV.. 352
*Al mismo toro y al propio tiro .... »
*Memoria inmortal de D. Pedro Girón, duque de Osuna, muerto en la prisión .... »
*Al Duque de Lerma, Maese de Campo General en Flandes. »
Á la huerta del Duque de Lerma, favorecida y ocupada muchas veces del rey D. Felipe III, y olvidada después de igual concurso .... »
Es de sentencia alegórica todo este soneto 353
Al Cardenal de Rucheli, movedor de las armas francesas, con alusión al nombre *Ruceli*, que es *Arroyo* en significación italiana, por estar escrito en esa lengua........ »
*Figurada contraposición de dos valimientos 354
Al rey nuestro señor D. Felipe IV.................... »
*Parenética alegoría................................ 355
*Á D. Luís Carrillo, hijo de D. Fernando Carrillo........ »
*Á la custodia de cristal que dió el Duque de Lerma á San Pablo de Valladolid .... »
Al Rey nuestro Señor saliendo á jugar cañas............ »
Al rey católico nuestro señor D. Felipe IV, infestado de guerras.................................... 356
*Jura del Sermo. Príncipe D. Baltasar Carlos .... »
Celebra la victoria de los navíos de turcos que tomó el Duque de Pastrana pasando á Roma: silva encomiástica... »

Págs.

Desterrado Scipión á una rústica casería suya, recuerda consigo la gloria de sus hechos, y su posteridad.......... 358
*Elogio al duque de Lerma D. Francisco, cuando vivía valido feliz de el Señor Rey D. Felipe III: canción pindárica . 359
MUSA II: POLYMNIA *(principios)*..................... 367
Muestra con ilustres ejemplos cuán ciegamente desean los hombres.................................... 368
Enseña como no es rico el que tiene mucho caudal ...... »
Séneca vuelve á Nerón la riqueza que le había dado...... 369
Respuesta de Nerón á Séneca, no admitiendo lo que le volvía. »
Un delito igual se reputa desigual, si son diferentes los sujetos que le cometen, y aun los delitos desiguales....... 370
El pecar intercede por los premios, prefiriéndose á la virtud. »
Que desengaños son la verdadera riqueza............... 371
Por más poderoso que sea, el que agravia deja armas para la venganza................................. »
Persuade á la justicia que arroje el peso, pues usa sólo de la espada................................. 372
Manifiesta un ardid grande del perverso pretendiente, cuando desea que todos sean buenos, con intento malo..... 373
Describe el apetito exquisito de pecar.................. »
Á la violenta y injusta prosperidad.................... 374
Advierte que aunque se tarda la venganza del Cielo contra el pecado, en efecto, llega .... »
Advierte el llanto fingido y el verdadero con el afecto de la codicia 375
Al ambicioso valimiento, que siempre anhela á subir más.. 376
Peligro del que sube muy alto, y más si es por la caida de otro .... »
Más se han perdido en la prosperidad confiados, que en la adversidad prevenidos...................... 377
Moralidad útil contra los que hacen adorno proprio de la ajena desnudez............................ »
Advierte la doctrina segura: que castigos de la Providencia divina, fuera del uso común, avisan la enmienda de pecados.................................... 378
Enseña á morir antes, y que la mayor parte de la muerte es la vida, y ésta no se siente, y la menor, que es el último suspiro, es la que da pena...................... 379
Á un amigo que retirado de la Corte pasó su edad........ »
Exclama contra el rico hinchado y glotón............... 380
Aconseja á un amigo que estaba en buena posesión de no-

Págs.

bleza no trate de calificarse, porque no le descubran lo que no se sabe.................................. 380
El pobre cuando da pide más que cuando pide.......... 381
Castiga á los glotones y bebedores, que con los desórdenes suyos aceleran la enfermedad y la vejez .... »
Represéntase la brevedad de lo que se vive, y cuán nada parece lo que se vivió 382
Significase la propria brevedad de la vida, sin pensar y con padecer salteada de la muerte 383
Enseña el camino más seguro para la virtud, y quita el velo engañoso á la riqueza .... »
Reprehende la continua solicitud de los usureros......... 384
Que al más valeroso león puede hacer daño una sabandija y beneficio otra.. »
La honesta humildad en el traje abriga al hombre y le aconseja.. 385
Burla de los que con dones quieren granjear del Cielo pretensiones injustas................................ »
Contra los que quieren gobernar el mundo y viven sin gobierno.. 386
Advertencia á España de que ansí como se ha hecho señora de muchos, ansí será de tantos enemigos invidiada y perseguida, y necesita de continua prevención por esa causa. »
Difícil, aunque le llamaron fácil, pero solo medio verdadero de tener riqueza y alegría en el ánimo............... 387
Muestra por extraño y ingenioso camino que es dicha no ser poderoso y que siempre los que lo son suelen emplearlo mal.. 388
Descubre el vicio de la hipocresía, que afectan muchos en la disimulación de sus maldades .... »
Admirable enseñanza del pedir 389
Enseña como los puestos en alta fortuna no suelen admitir consejo .... »
Á un caballero que con perros y cazas de montería ocupaba su vida.. 390
*Reprehende á una adúltera la circunstancia de su pecado.. 391
Describe la vida miserable de los palacios y las costumbres de los poderosos que en ellos favorecen............ »
Llama á la muerte.................................... »
Este soneto refingió después casi todo con mucho espíritu, de este modo.................................... 392
Aconseja á un amigo no pretenda en su vejez .... »

Págs.

Que la vida es siempre breve y fugitiva 393
Que se ha de tener dado á Dios en el ánimo todo lo que el hombre posee, para que cuando le faltare no parezca que se lo quitó 394
*Que el espíritu sin culpa no teme los trabajos enviados del Cielo .... »
Conoce las fuerzas del tiempo, y el ser ejecutivo cobrador de la muerte 395
Desprecio del aparato vano y superfluo .... »
Que los trabajos enseñan virtud, como las prosperidades olvido de ella 396
Pinta el engaño de los alquimistas .... »
Conveniencia de no usar de los ojos, de los oídos y de la lengua 397
Repite la fragilidad de la vida, y señala sus engaños y sus enemigos .... »
Retiro de quien experimenta contraria la suerte, ya profesando virtudes, y ya vicios 398
Prevención para la vida y para la muerte 399
Arrepentimiento y lágrimas debidas al engaño de la vida... »
Privilegios de la virtud y temores del poder violento 400
Agradece, en alegoría continuada, á sus trabajos su desengaño y su escarmiento .... »
Reprehende á un amigo, débil en el sentimiento de las adversidades, y exhórtale á su tolerancia 401
Representa la mentirosa y la verdadera riqueza .... »
Conoce la diligencia con que se acerca la muerte y procura conocer también la conveniencia de su venida, y aprovecharse de ese conocimiento 402
Advierte la temeridad de los que navegan .... »
Muestra el error de lo que se desea y el acierto en no alcanzar felicidades 403
Rey es quien reina en sus pasiones, y esclavo el rey si ellas son señoras .... »
Ciegas peticiones de los hombres á Dios 404
Conjetura la causa de tocarse la campana de Velilla, en Aragón, después de la muerte del piadoso rey D. Felipe III, y muestra la diferencia con que la oirán los humanos 405
Enseña como todas las cosas avisan de la muerte .... »
Imagen del tirano y del adulador 406
Enseña no ser segura política reprehender acciones, aunque

Págs.

malas sean, pues ellas tienen guardado su castigo...... 406
Muestra que algunas repúblicas se enferman con lo que imaginan medicina.................................... 407
Ruina de Roma por consentir robos de los gobernadores de sus provincias................................ »
Advierte contra el adulador que lo dulce que dice no es por deleitar al que lo escucha, sino por interés proprio suyo, y amenaza á quien le da crédito.................. 408
Á un señor perseguido y constante en los trabajos........ 409
Amenaza de la inocencia perseguida, que hace al rigor de un poderoso.................................. »
Sigue el mismo argumento, hablando con Dios.......... 410
*Al incendio de la Plaza de Madrid, en que se abrasó todo un lado de cuatro................................ »
Toma venganza de la lascivia la penitencia de la riqueza desperdiciada, y adora la mesma lascivia en ídolo su arrepentimiento.................................. »
Restituye Fryne en seguridad á su patria lo que había usurpado en inquietudes.............................. 411
Las causas de la ruina del Imperio romano............ 412
Abundoso y feliz Licas en su palacio, sólo él es despreciable. »
La templanza, adorno para la garganta, más precioso que las perlas de mayor valor........................ 413
*Comprehende la obediencia del mar y la inobediencia del codicioso en sus afectos......................... »
Contiene una elegante enseñanza de que todo lo criado tiene su muerte, de la enfermedad del tiempo.......... »
Descubre quién lleva los premios de las victorias marciales. 414
Desconsuela al poderoso que aflige y desfavorece á alguno por vengarse y enseña al perseguido como le desprecie. 415
Contra los hipócritas y fingida virtud de monjas y beatas, en alegoría del cohete.......................... »
Es amenaza á la soberbia y consuelo á la humildad del estado.................................... 416
Náufraga nave, que advierte y no da escarmiento........ »
Á un ignorante muy derecho, severo y misterioso de figura. 417
Descuido del divertido vivir á quien la muerte llega impensada.................................... »
Virtud de la música honesta y devota, con abominación de la lasciva.................................. 418
Enseña á los avaros y codiciosos el más seguro modo de enriquecer mucho............................ »

Págs.

Los vanos y poderosos, por defuera resplandecientes, y dentro pálidos y tristes 419
El oro, considerándole en su origen, y después en su estimación .... »
Desengaño de la exterior apariencia con el examen interior y verdadero 420
Advierte á los avaros la ocasión de faltarles muchas veces sus aumentos .... »
Desastre del valido que cayó, aun en sus estatuas........ 421
Reprehensión de la gula.......................... 422
Muestra la iniquidad que los poderosos usan con la heredad del pobre, si tienen codicia della, hasta que se la toman en bajo precio .... »
Muestra en oportuna alegoría la seguridad del estado pobre y el riesgo del poderoso 423
Enseña que, aunque tarde, es mejor reconocer el engaño de las pretensiones y retirarse á la granjería del campo ... »
Á un juez mercaduría 424
Virtud de la presencia del señor en la agricultura y en la guerra .... »
Comparación de las fábricas de la soberbia con las de la humildad 425
Espántase de la advertencia quien tiene olvidada la culpa.. »
*Al repentino y falso rumor de fuego que se movió en la Plaza de Madrid en una fiesta de toros............. 426
Amenaza á un poderoso ofensivo que la dilación de la pena que se le previene del brazo de Dios es para aumentarla. »
Desde la Torre 427
Muestra lo que se indigna Dios de las peticiones execrables de los hombres, y que sus oblaciones para alcanzarlas son graves ofensas .... »
Sermón estoico y Epistola satírica (disertación preliminar).. 428
Sermón stoico de censura moral 436
*Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos 446
Registro alfabético de las poesias contenidas en este tomo.. 447
Índice.. 451

✠

Acabóse de imprimir este tercer tomo de las OBRAS DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO en la Oficina Tipográfica de Francisco de P. Díaz, en Sevilla, Plaza de Alfonso XIII núm. 6, el día XV de Mayo del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de M.CMVII

LAUS DEO



SOCIEDAD
DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

LISTA DE SEÑORES SOCIOS

S. M. el Rey (q. D. g.)

S. A. R. la Condesa de París.

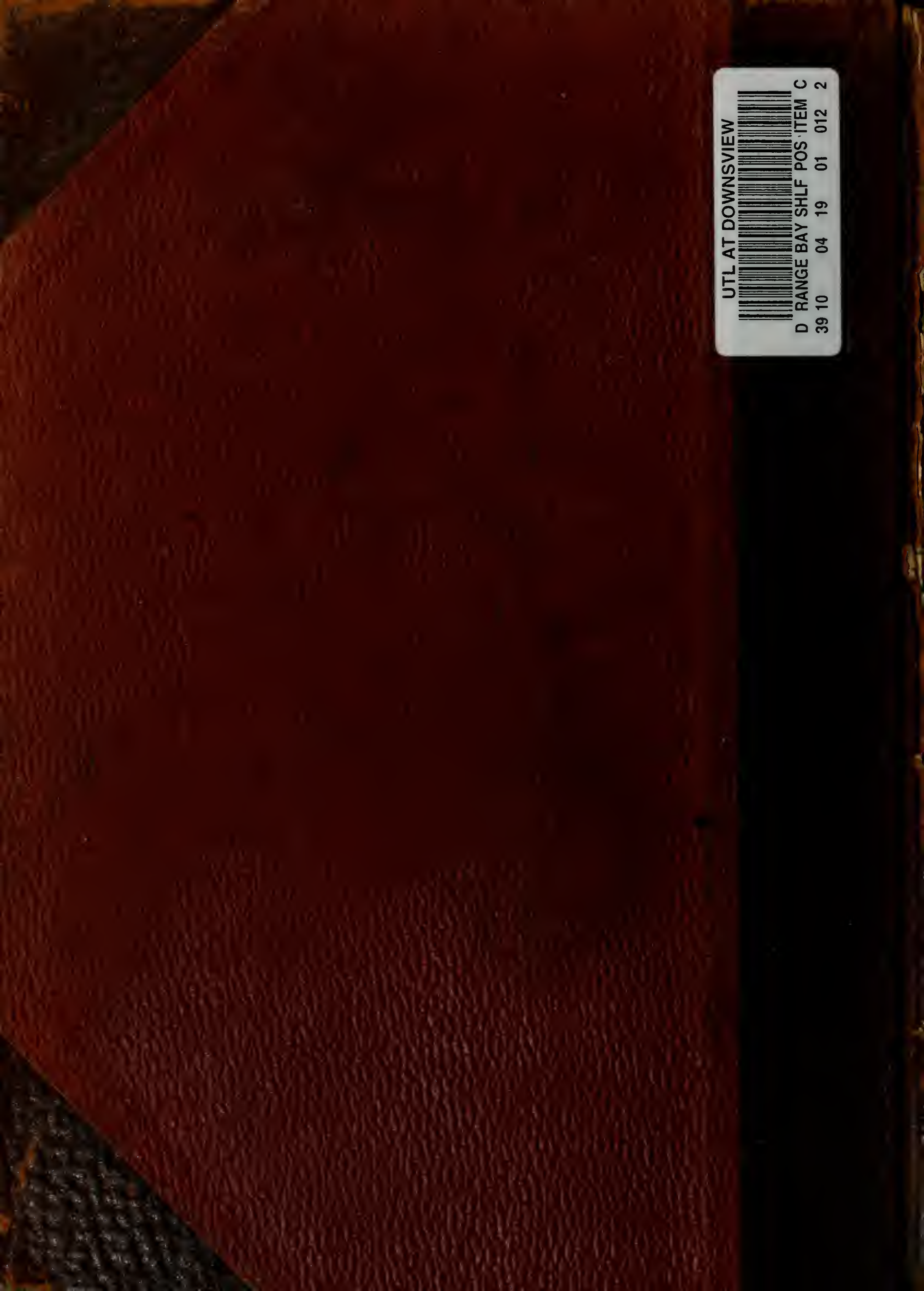
S. A. R. D. Antonio de Orleans.

Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Presidente honorario.
Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaes, Presidente efectivo.
Excmo. Sr. D. Manuel Gómez Ímaz, Vicepresidente.
Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, Secretario 1.º
Ilmo. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa, Secretario 2.º
Sr. D. José María de Valdenebro y Cisneros, Tesorero.
» » Agustín Guajardo Fajardo y Torres, Contador.
Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros, Vocal.
Sr. D. Luís Montoto y Rautenstrauch, Vocal.
Excmo. Sr. D. José Gestoso y Pérez, Vocal.
Sr. Doctor Thebussem.
Sr. D. Elías Romera Medina. Almazán (Soria).
» » Antonio Aguilar y Cano, Marchena.
Círculo de Labradores de Sevilla.

Casino Militar de Sevilla.
Ateneo de Sevilla.
Archivo de la Delegación de Hacienda de Sevilla.
Excmo. Sr. Barón de la Vega de Hoz.
Excmo. Sr. D. Carlos Cañal Migolla.
M. I. Sr. D. Santiago Magdalena. Ciudad Real.
Excmo. Sr. D. Eduardo de Ibarra.
Sr. D. Francisco Ysern y Maury.
Excmo. Sr. D. Julio Betancourt.—2 ejemplares.
Sr. D. José Morón Cansino.
» » José Velázquez y Toledo.
Excmo. Sr. D. Anselmo R. de Rivas.
El Ayuntamiento de Córdoba.
Círculo de la Amistad de Córdoba.
Instituto Provincial de Córdoba.
Sr. D. Rafael Ramírez de Arellano.
Dr. Arturo Farinelli. Insbruck (Austria).
Sr. D. W. E. Retana.
Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
Mr. N. Maccoll. Londres.
Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.
Sr. D. Fernando Holm.
» » Manuel Marañón.
» » Adolfo Herrera.
» » José de la Bastida.
Excmo. Sr. Duque de Alba.
Biblioteca del Ministerio de Marina.
Ateneo de Madrid.
Sr. D. Victoriano Suárez.—12 ejemplares.
» » Enrique Barón y Cea Bermúdez.
Museo Arqueológico de Sevilla.
Sr. D. Isidoro Junquitu.
» » José Kith.
» » Juan de Grimarest.
» » José Sánchez Arjona.
» » Nicolás Tenorio.

Sr. D. José Buiza y Mensaque.
» » Ricardo Franco.
» » Nicolás Gómez.
» » Antonio Mejías.
» » Alfredo Heraso.
» » José G. Mora. Huelva.
» » Fernando Barón.
» » Tomás Mendigutia.
» » Francisco Morales.
» » José Nogales.
Excmo. Sr. D. Francisco González Alvarez.
Sr. D. Amante Laffón.
» » Manuel Luís Romero.
» » Manuel Jiménez Morales.
» » José Cruz Cordero.
Casino de Osuna.
Sr. D. Manuel Sales y Ferré.
» » José Joaquín Arráez.
Excmo. Sr. Conde de Bagaes.
» Sr. Conde de Lugar Nuevo.
» Sr. Marqués de San Marcial.
» Sr. Marqués de Gandul.
Sr. D. Salvador Cumplido.
» » Rafael Vallejo. Madrid.
Casino Sevillano.
Sr. Barón de Stanffenberg.
Sr. D. Juan Antonio Fe.
Escuela de Medicina de Sevilla.
Sr. D. Cecilio Gasca.—2 ejemplares.
» » Julio Ferrand.
» » Fernando Fe.—8 ejemplares.
» » Lorenzo Velasco.
» » José Guerra.
» » Manuel de la Puente.
Biblioteca Provincial y Universitaria de Sevilla.
Archivo general de Indias.

Sr. D. Alfonso Bonay. Barcelona.
» » José Zanetti. Barcelona.
M. I. Sr. D. José Roca y Ponsa.
Mr. Lucien Thomas. Lieja.
Sr. D. Juan Olivella. Barcelona.
» » Carlos Padrós. Barcelona.
Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
Ayuntamiento de Sevilla.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 04 19 01 012 2